

Realidades & Ficciones I

Volumen 12, Nº 1, Año 2014



Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis





Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Volumen 12, Nº 1, Año 2014

ISSN 2304-5531

Publicación oficial de FEPAL
(Federación Psicoanalítica de América Latina)

Luis B. Cavia 2640 apto. 603 esq. Av. Brasil,
Montevideo, 11300, Uruguay.

revista@fepal.org

Tel: 54 2707 7342. Telefax: 54 2707 5026.

www.facebook.com/RevistaLatinoamericanadePsicoanalysis



Federación
Psicoanalítica
de América Latina

Comisión Directiva

Presidente

Abel Mario Fainstein (Asoc. Psic. Argentina)

Suplente: Fernando Weissmann (Asoc. Psic. Argentina)

Secretaría General

Jeanette Dryzun (Asoc. Psic. Argentina)

Suplente: Darío Alberto Arce (Asoc. Psic. Argentina)

Tesorería

Liliana Tettamanti (APdeBA)

Coordinador Científico

Sergio Lewkowicz (Soc. Psic. de Porto Alegre)

Suplente: Zelig Libermann (Soc. Psic. de Porto Alegre)

Directora de Sede

Susana García Vázquez (Asoc. Psic. del Uruguay)

Suplente: Ana María Chabalgoity (Asoc. Psic. del Uruguay)

Directora del Consejo Profesional

Amelia Jassan (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

Suplente: Alexis Schreck Schuler (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

Directora de Comunidad y Cultura

Mónica Cardenal (Asoc. Psic. de Buenos Aires)

Suplente: Nara Amália Caron (Soc. Psic. de Porto Alegre)

Coordinador de Niños y Adolescentes

Sérgio Nick (Soc. Bras. de Psic. do Rio de Janeiro)

Suplente: Maria Cecília Pereira da Silva (Soc. Brasileira de Psicanálise de São Paulo)

Director de Publicaciones

Luis Alejandro Nagy Urbina (Soc. Psic. de México, A.C.)

Suplente: Alejandro Martini Morel (Soc. Psic. de México, A.C.)

• Las opiniones de los autores de los artículos son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de la publicación. Se autoriza la reproducción citando la fuente y sólo con la autorización expresa y por escrito de los editores.

• Los editores han hecho todo lo posible para contactarse con los poseedores de los copyrights de las imágenes usadas. Si usted es responsable de alguna de las imágenes y no nos hemos puesto en contacto, por favor, comuníquese con nosotros a nuestro correo.

Editores

- Mariano Horenstein (Argentina), Editor en jefe.
- Laura Verissimo de Posadas (Uruguay), Editora en jefe suplente.
- Raya Angel Zonana (Brasil), Editora asociada.
- Andrea Escobar Altare (Colombia), Editora asociada.

Comisión Ejecutiva

Gloria Gitaroff (Argentina-Editora de sección *Bitácora*), Admar Horn (Brasil), Marta Labraga de Mirza (Uruguay-Editora de sección *Ciudades Invisibles*), Sandra Lorenzon Schaffa (Brasil-Editora de sección *De memoria*), Fernando Orduz (Colombia-Editor de sección *Textual*), Lúcia Palazzo (Brasil-Editora de sección *Vértice*), Jean Marc Tauszik (Venezuela-Editor de sección *Clásica & Moderna*), Laura Verissimo de Posadas (Uruguay, editora de sección *Argumentos*), Raya Angel Zonana (Brasil-Editora de *Dossier*).

Consejo de editores regionales

César Luís de Souza Brito (SPPA), Helena Surreaux (SBPPA), Candida Holovko (SBPSP), Viviane Frankenthal (SBPRJ), Maria Arleide da Silva (SPR), Miriam Catia Bonini Codorniz (SPMS), Claudia Borensztein (APA), Cristina Bisson (APdeBA), Eduardo Kopelman (APC), Rosa Amaro (SPM), Ana María Pagani (APR), Julia Braun (SAP), Marta Labraga de Mirza (APU), Marta Guzmán (APCH), Jorge Bruce (SPP), Carlos Gómez-Restrepo (Socolpsi), Rómulo Lander (SpdeC), Paolo Polito (AsoVeP), Julia Casamadrid (APM), Adriana Lira (APG).

Revisión de la versión en español: Andrea Escobar Altare.

Revisión de la versión en portugués: Raya Angel Zonana.

Colaboradores: Natalia Mirza (APU), Noemí Chena (APC), Iliana Horta Warchavchik (SBPSP), Raquel Plut Ajzenberg (SBPSP), Regina Weinfeld Reiss (SBPSP), Osvaldo Canosa (APA), Verónica Ester Díaz (APdeBA), Adriana Yankelevich (APdeBA), Eloá Bittencourt Nóbrega (SBPRJ), Wania Maria Coelho Ferreira Cidade (SBPRJ), Analía Wald (APA), Vivian Schwartzman (SPP), Alfredo Valencia (APM), Helena Surreaux (SBPPA), Natalia Barrionuevo (APC), Marcelo Marques (APF).

Logística & Comercialización: Jorge Federico Gómez.

Traducción, corrección y normalización de textos: Denise Mota, Natalia Mirza, Alejandro Turell, Nadia Piedra Cueva, Néstor Gamarra, Ana Tanis, Gastón Sironi, Sandra Lorenzon Schaffa, Janisa Antoniazzi, Camila Barretto Maia, Regina Reiss, Marta Labraga, Analía Wald e Isabelle Vallantín.

Diseño: Di Pascuale Estudio [www.dipascuale.com].

Índice

6	Editorial
7	Heródoto, Tucídides y el psicoanálisis <i>por Mariano Horenstein</i>
15	Argumentos
16	Psicoanálisis criollo <i>por Jorge Bruce</i>
35	La formación analítica, en tiempos del psicoanálisis plural <i>por Alberto C. Cabral</i>
55	Realidad y ficción. Personas (historia), objetos internos (fantasías inconscientes), personajes (elección del elenco) <i>por Antonino Ferro</i>
76	Realidades y ficciones en la sexualidad y de la sexualidad en el psicoanálisis. Ficciones, fantasías y realidades <i>por Raul Hartke</i>
98	Realidades y ficciones. ¿Qué ficción? ¿Qué realidad? <i>por Elías Mallet da Rocha Barros</i>
108	Diversas formas de realidad y ficción <i>por Julio Moreno</i>
119	El Extranjero
120	Realidad y ficción <i>por Elvio E. Gandolfo</i>
127	Textual
128	“En producción clínica, los latinoamericanos adelantaron a Europa, aunque ella continúa menospreciándolos” <i>Entrevista a Élisabeth Roudinesco</i>

- 143 Vórtice: El dinero en psicoanálisis
- 144 **Del capital a lo pulsional:
sobre el valor del dinero en psicoanálisis**
*por Eloá Bittencourt Nóbrega
y Wania Maria Coelho Ferreira Cidade*
- 151 **Amor de transferencia y dinero**
por José Sahoalder
- 154 **¿Una bolsa de sal, una libra de carne? El dinero en psicoanálisis**
por Celmy Araripe Quilelli Corrêa
- 158 **El dinero en psicoanálisis. Una esfera de muchas facetas**
por Maria Elisabeth Cimenti
- 162 **“Los diamantes (y el dinero) son los mejores amigos
de una mujer”: reflexiones acerca del acuerdo de dinero
en el encuadre psicoanalítico**
por Francesco Castellet y Ballará
- 167 **Oro o vil metal en el progreso del proceso analítico**
por Federico Aberastury
- 170 **El dinero frente al psicoanálisis**
por Ruth Axelrod
- 174 **Poderoso caballero “Don Dinero”**
por Osvaldo Canosa
- 178 **Encuentro marcado**
por Cintia Buschinelli
- 181 **Algunas cuestiones sobre el dinero en la relación analítica**
por Anette Blaya Luz
- 185 Dossier: La época del psicoanálisis
- 187 **Psicoanálisis y pedagogía. Ensayo desde una página
aparentemente en blanco**
por Graciela Frigerio
- 195 **Arquitectura y psicoanálisis: múltiples intereses**
por Jorge Mario Jàuregui

- 200 **El secreto en los ojos**
por Roger Alan Koza
- 207 **Psicoanálisis y literatura: convergencias, divergencias**
por Judith Rosenbaum
- 216 **El interés del psicoanálisis para el derecho:
algunas reflexiones sobre la dominación**
por Hélène Tessier
- 225 **Fuera de Campo**
- 226 **La escritura en psicoanálisis. Sobre el discurso freudiano**
por Joel Birman
- 239 **Ciudades Invisibles**
- 240 **Buenos Aires, cuando yo te vuelvo a ver...**
por Monica Vorchheimer
- 247 **Clásica & Moderna**
- 248 **Willy Baranger y el psicoanálisis de hoy**
por Marcelo Viñar
- 255 **Bitácora**

Editorial



Cildo Meireles: *Zero dollar* (lito *offset* sobre papel, edición ilimitada, 6,5 × 15,5 cm cada billete, 1978-84).

Heródoto, Tucídides y el psicoanálisis

No hago más que luchar siempre con la tensión entre ficción y realidad para encontrar la verdad.

ENRIQUE VILA-MATAS

EL CAMPO DE TRABAJO Y REFLEXIÓN de los psicoanalistas latinoamericanos, estimulado durante dos años por el encuentro que se realizará en setiembre en Buenos Aires, está tensionado, puesto a trabajar, a partir del par ficción/realidad. Por ese motivo elegimos el tema de los dos números de *Calibán* de este año. Los psicoanalistas hemos escrito mucho a partir de este par temático, especialmente cercano a nuestra extraña práctica, y hay mucho que decir allí desde todas las filiaciones teóricas a las que adscribimos.

Aunque a veces hay que alejarse del propio campo para entenderlo mejor.

Procurémosnos, entonces, algún extrañamiento inicial, apelando –abusando de cierto esquematismo– a dos protohistoriadores griegos: Heródoto y Tucídides. Heródoto, considerado el padre de la historia, narró los estragos del encuentro entre occidente, los griegos y los “bárbaros”, el imperio persa, y de ese modo, a partir de sus crónicas de viaje donde recababa testimonios, se entrevistaba con testigos y asentaba leyendas, se ocupó de retratar a “lo Otro”. Construyó así el primer relato histórico formal, los nueve libros de su *Historia*. Estos están escritos en un estilo digresivo, donde lo anecdótico de las pequeñas historias se entrelaza con los grandes episodios de la gran Historia, donde se consignan tanto detalles de color como fechas y lugares, donde la fábula –ese otro nombre de la historia– encuentra un espacio junto a los hechos.

Su sucesor Tucídides, en cambio, narra la Guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta, pero sobre todo –más allá del foco distinto de su tarea de historiador– realiza una fuerte crítica al método de Heródoto, postulándose a sí mismo como un historiador más objetivo, y por ende más científico, un observador que expurgaba a los relatos de su estofa novelesca y transcribía documentos y discursos de un modo científico. Desde su óptica, seguramente Heródoto era un charlatán y él un sabio y responsable hombre de ciencia.

Sin forzar demasiado las cosas, podríamos ubicar a Heródoto del lado de las *ficciones*, mientras que Tucídides se sentiría cómodo junto a las *realidades*.

Cabría conjeturar, por qué no, un campo psicoanalítico que –obligado a escoger entre una y otra y tensando la cuerda de los extremos– se deje tentar por entender la cura como la progresiva reducción de las ficciones que estructuran

la vida del neurótico, a las realidades que lo esperan al final del camino. En otro extremo, podemos imaginar una fracción de psicoanalistas que imaginan que la ficción forma parte de la misma realidad, que no hay realidad sino ficcional y que en todo caso, aceptando esa cruda evidencia, se trata de poder desnudar en algo y, sobre todo, propender a un saber hacer mejor con esas ficciones.

Quizás lo único que hilvane la serie de excelentes textos que publicamos en **Argumentos** –la primera parte de los textos prepublicados del XXX Congreso Latinoamericano– sea la imposibilidad de una distinción clara y precisa entre realidad y ficción.

De un modo u otro, todos esos agudos artículos nos acercan a pensar un psicoanálisis que, si es fiel a la verdad de su práctica, está más en la senda de Heródoto que de Tucídides, pese a lo que anhelaríamos o incluso pese a lo que nos convendría en tanto colectivo profesional.

Si nos sentimos algo incómodos dedicando nuestras vidas a un oficio inestable que le presta tanta o incluso más atención a las incoherencias del sueño que a las certezas del yo en estado de vigilia, a los pequeños chismes que a las grandes declaraciones, a los detalles que a las panorámicas, cuyos historiales –como bien sabía Freud– se leen mejor como fábulas que como casuística científica... Si no nos acostumbramos del todo a habitar ese terreno de arenas movedizas y pocas certezas más que la fe en el inconsciente y la confianza en un dispositivo tan simple como maravilloso, debiera confortarnos saber también lo que la moderna historiografía ha podido descubrir aun en el adalid de la objetividad histórica.

Pues está claro el modo en que Heródoto trabajaba, bastante cercano al de Freud: confiaba en lo que escuchaba sin someterlo a crítica ni filtro alguno, prestaba atención por igual a los productos de la imaginación como a la narración escueta de los hechos. Pero sucede también, contra todo pronóstico, que aquel Tucídides tan amante de las realidades como crítico de su antecesor no parece haber estado del todo inmune al terreno ficcional.

Hay algo de la máscara –científica *avant la lettre*– de Tucídides que cae cuando comienza a advertirse que –tras el esfuerzo por relatar sólo hechos y discursos, tras la puntillosidad en evitar distracciones y digresiones, tras la crítica de lo anecdótico y la precisión metodológica de la que hacía gala– sus escritos mostraban algunas sugerentes regularidades. Por ejemplo, los discursos que transcribía en su purismo objetivista, aun atribuidos a distintos sujetos, se parecían demasiado entre sí... y por ende se supone que a su autor. Y ante el pretendido relato exacto de los hechos inexcusables frente al *maremágnum* de informes contradictorios de Heródoto, hoy en día se advierte un cuidadoso trabajo de selección, de omisiones y cambios, de juicios subrepticios e interpretaciones que remitían a un punto de vista determinado políticamente y alineado con el poder.

En ese sentido, es evidente que hay una confianza de Heródoto en la ficción que no se encuentra quizás en Tucídides. Sin embargo, esto no acerca más ni menos al segundo a las complejas realidades que ambos pretenden historiar. El *deseo del historiador* aparece de un modo u otro. Y como lo ha planteado con claridad Michel De Certeau, historiador y psicoanalista,¹ hay algo rechazado

1. De Certeau, Michel (2007). *Historia y psicoanálisis* (p. 21), México D.F.: Universidad Iberoamericana.

en el discurso científico que toma forma ficcional, de literatura. Y, en ese sentido, la ficción no es extraña a lo real, y por el contrario puede estar –como quería Jeremy Bentham– más próxima a lo real que el discurso “objetivo”.

El dinero como ficción

Un ejemplo evidente de cómo una ficción puede tener efectos en la realidad, tanto simbólicos como imaginarios e incluso reales, es el del dinero.

Esos billetes con los que nuestros analizantes nos pagan sesión a sesión, esos billetes más o menos limpios o arrugados que embolsamos día a día y con los cuales nos ganamos la vida los analistas, no son otra cosa que ficciones.

En este número de *Calibán*, en **Vórtice**, intentamos desplegar de modo coral y plural algunos, sólo algunos de los puntos de vista a partir de los cuales podemos hablar de un tema del que, curiosamente, no se habla demasiado. No se habla demasiado en términos teóricos –en proporción a otros temas objeto de la discusión psicoanalítica– aunque sabemos del peso libidinal que ocupa en las curas, aunque nos reservamos el cobro en mano y personalmente de cada sesión, aunque nos referimos a él, siguiendo el sabio consejo freudiano, con la menor mojigatería posible. No se habla demasiado en términos teóricos aunque sí es frecuente motivo de conversación informal entre analistas que, como los integrantes de cualquier otra profesión liberal, nos encontramos obligados a intercambiar nuestro saber por metálico, o, mejor dicho, por papel.

Eso con lo que nuestros pacientes nos pagan (aunque pagan también con mucho más que su dinero), es una ficción. Nada la encarna mejor que el dólar. Es en dólares, esa común medida, esa *lingua franca* de las transacciones económicas, que hicimos una sucinta y sólo aproximativa comparación de honorarios en distintas ciudades, y es en dólares que se miden por lo general los ingresos y los gastos a lo largo no sólo de nuestra región sino del mundo entero. Las reservas soberanas de los países suelen estar “respaldadas” en dólares, como si hubiera una realidad más sólida –en divisas– para sostener nuestras a menudo endebles monedas nacionales. Las mismas divisas obtienen a su vez respaldo de bienes valorables y codiciados como el oro (aunque también han ocupado ese mismo lugar la plata, la sal, incluso el ganado). Así, una “ficción” como el papel moneda circulante aparece sustentándose en una aparente “realidad” como unas cuantas toneladas de oro en una bóveda que no por ocupar ese espacio real o ser un mineral precioso y escaso extraído de las entrañas de la tierra tiene menos valor ficcional.

Extremando aún más esta tensión entre realidad y ficción, es curioso e ilustrativo saber en qué consiste el respaldo de los dólares en el único país en donde se imprimen legalmente: los Estados Unidos. Más de un lector podría pensar que el respaldo es en monedas extranjeras, pero no es así. O podría pensarse que lo respaldan sólidos lingotes de oro, pero tampoco es así. El respaldo de los dólares estadounidenses es... ninguno, o la sola confianza que genera el Tesoro de un país poderoso. Hace muchos años ya, desde 1971, que la Reserva Federal abandonó el respaldo en oro de la moneda que emite, extremando así el valor ficcional de los billetes verdes que muchas veces orientan nuestras vidas. Hay allí, tras esos pedazos de papel verde y sus sucedáneos –cheques, dinero electrónico, bonos o *bitcoins*–, apenas disimulada, cierta *nada*.

Es eso lo que pone de manifiesto la obra de Cildo Meireles, *Zero dollar*, que ilustra estas líneas. Y también lo que el sugerente trabajo que Pablo Boneu –argentino trashumante residente en México– muestra a través de sus *Instrucciones para destruir dinero* que dialoga con los textos de **Vórtice**.

Detrás de la máscara no hay nada

Tomemos, nuevamente, a Heródoto y Tucídides como metáforas para pensar dos modos de aproximarnos a la realidad. Podríamos suponer que, para Tucídides, una selva de imagerías enturbian el abordaje de la realidad, y le cabe entonces –al historiador, al analista– el trabajo de desmalezarla de toda contaminación ficcional, tras lo cual aparecería, desnuda y radiante, la realidad real.

Heródoto en cambio, como lo imaginamos, no se preocuparía demasiado por eso; despreocupado acerca de si lo que le cuentan es verdad o no, lo anota. Le otorga así el mismo estatuto a la realidad que a la ficción y, en ese sentido, no considera que haya una máscara que vele lo real que le compete arrancar.

Muchas veces, en nuestro trabajo, ayudamos a los sujetos en análisis a quitarse algunas máscaras... sólo para descubrir que aparecen otras. Nuestro oficio está más cerca de la idea de la máscara como lugar desde donde la verdad puede decirse –tal como se desprende de la entrevista a Juan Villoro que aparecerá en el próximo número de *Calibán*– que de la idea de la máscara como disfraz, como falsedad. No hay realidad sino enmascarada, ficcionalizada, y detrás de la máscara no cabe encontrar una realidad última sino esa nada que la ficción del dinero apenas vela, y que lo emparenta con el evanescente objeto que funciona como centro gravitacional de la práctica analítica.

Algo de esto parece señalarnos el artista guatemalteco Luis González Palma en la fotografía que aparece en la tapa de este número, y en la serie de fotografías que –algunas en soledad, otras junto a Graciela de Oliveira– aparecen en las retiraciones y en el **Dossier**: lejos de cualquier apuesta realista, sus obras son verdaderas ficciones, inventos producidos para poder decir la verdad.

Los artistas toman siempre un atajo para cernir esa verdad, que siempre se dice a medias, mestiza entre la imposibilidad de decirse del todo y el necesario ropaje ficcional, que nosotros intentamos aprehender con esfuerzo, paso a paso, en cada análisis.

El arte –como Heródoto– no diferencia demasiado la realidad de la ficción, sabe que la realidad es ficcional tanto como la ficción es real. Picasso –de quien Lacan tomara la prescripción metodológica que tan bien nos sienta: *encontrar*, más que *buscar*– lo sabía bien cuando decía que “el arte es una mentira que nos hace ver la verdad”²

El modo en que el psicoanálisis cambió al mundo

Desde principios de este milenio, al cumplirse un siglo de la invención del psicoanálisis, se multiplican los encuentros que pivotan sobre los textos fundacionales de nuestra disciplina, tales como el texto inaugural, *La interpretación de los sueños* o *Introducción del narcisismo*. Cabe esperar que en los próximos

2. Declaraciones hechas a Marius de Zayas en 1923, aparecidas en mayo de ese mismo año en la revista *The Arts* de Nueva York.

20 años nos dispongamos a releer otros tantos, de *Más allá del principio del placer* a *Construcciones en el análisis*. Siempre es oportuno releer a Freud, y siempre encontramos allí más de lo que fuimos a buscar.

Por nuestra parte, no hemos permanecido ajenos a esa tentación y tanto este número de *Calibán-RLP* como el siguiente se harán eco de artículos freudianos apenas centenarios. Sólo que los tomaremos apenas como excusas para hincar el diente en nuestra contemporaneidad. Aprovecharemos algunas piedras de la cantera freudiana como incitaciones a producir, a pensar.

En *El interés del psicoanálisis*, artículo publicado en 1913 a pedido de una revista científica italiana, *Scientia*, Freud –quien contaba ya con las fundaciones de su doctrina y a la vez intentaba hacer ver al mundo su potencial– conjeturaba acerca de los posibles aportes a varias disciplinas. Lo que hemos hecho desde *Calibán* es recoger ese guante para evaluar, un siglo después, qué quedó de aquel proyecto freudiano, es decir, cuánto de sus expectativas de transformar o al menos incidir en el mundo se cumplió y cuánto no. En qué medida el psicoanálisis ha transformado o influido en artes y ciencias tan diversas como la lingüística o la biología, la historia del arte o la sociología, la antropología o el derecho, no es algo que podamos decir los psicoanalistas. No podemos, pues el riesgo es quedarnos en discursos autocomplacientes donde creamos haber viajado a lugares en que apenas se nos reconoce; o a la inversa, donde podamos ignorar una huella fértil trazada por el descubrimiento del inconsciente allí donde no nos lo imaginábamos. Por lo tanto, hemos convocado a prestigiosos intelectuales que irán desgajando, en nuestro **Dossier**, la incidencia que el psicoanálisis ha tenido en sus respectivas disciplinas.

En este número de *Calibán* comenzamos por la pedagogía, el derecho, el cine, la literatura y la arquitectura, con textos a cargo de extranjeros a nuestro campo –aunque, por lo que veremos, no tanto– como el crítico de cine Roger Koza o la experta en educación Graciela Frigerio, ambos de Argentina, o la jurista canadiense Hélène Tessier o el conocido arquitecto y urbanista argentino pero afincado en Río de Janeiro, Jorge Jáuregui, o la literata paulista Judith Rosenbaum. Y esto apenas para empezar, pues iremos trazando, a partir de éste y también en el próximo número, un panorama que muestre el modo en que el psicoanálisis ha cambiado –quizás– al mundo en este último siglo.

El relato real

En **El extranjero**, el escritor –argentino residente en Montevideo– Elvio Gandolfo aborda la misma temática que los autores de **Argumentos** y escribe –desde el lugar de quien se gana la vida pergeñando ficciones– un encantador ensayo sobre la forma en que realidad y ficción se entrecruzan, sobre la imposibilidad de una verdadera diferenciación.

Su texto se acomoda perfectamente a la sección que lo aloja, que tiene por función interpelarnos desde el exterior de la práctica analítica, para repensar lo que sucede al interior de ésta. Las peripecias de un escritor a la hora de construir sus personajes, el “peso de lo real” en sus referencias y los “ataques de ficción” que lo embargan, el afán de serle fiel y a la vez la necesidad de evitar hacer reconocible a un personaje, acercan de un modo sorprendente al analista que escribe (y por ende construye) un caso clínico al escritor de ficción.

Realidad y ficción funcionan más bien como en la figura topológica de la banda de Möebius: no hay discontinuidad allí y la realidad tal como la conocemos está tramada por el relato, y cualquier relato –Gandolfo lo demuestra bien– obtiene sus materiales de la cantera de la realidad. No hay realidad –para nosotros al menos– por fuera de la posibilidad de relatarla: un analizante en el diván relata su realidad refractada por su fantasma; tanto el sueño que eventualmente nos cuenta como las peripecias de su día o incluso el relato que nosotros mismos podemos hacer de una sesión al construirla como caso clínico, son relatos.

Pero relatos *reales*, por citar el oxímoron con el que Javier Cercas ha *cercado* con precisión a la crónica: relatos que son inventos, pero inventos que sostienen una apuesta ética, la de la fidelidad a lo real. Y en esa apuesta, por la vía del rodeo de la ficción, logran destilar algunas gotas de verdad que echamos de menos en los informes etnográficos, en las descripciones que apuntan a encastres tipológicos o en las desgrabaciones obsesivas por las que el cientificismo siente debilidad. Un historial clínico analítico, el de Dora o el del pequeño Hans o cualquiera de los que construimos a diario, son a su modo *relatos reales*, crónicas de ese viaje que hacemos con nuestros analizantes para ayudarlos a convertirse en lo que verdaderamente son.

El afán historizador atraviesa este número también de otro modo, al haber entrevistado a Élisabeth Roudinesco, responsable de algunas de las obras canónicas acerca de la historia de una disciplina que le da lugar a la historia como pocas. La entrevista que publicamos en **Textual** es la primera que hacemos en esa sección a alguien que es psicoanalista además de historiadora, y la primera hecha a alguien de fuera de Latinoamérica. Su perspectiva es doblemente valiosa pues a partir de la autoría, junto a Michel Plon, del *Diccionario de psicoanálisis* y de otros proyectos, tiene una amplitud de miras incomparable del estado del psicoanálisis en el mundo, manteniéndose además ajena a miradas que, por lealtad a una u otra institución, podrían empobrecer la lectura del conjunto.

Como Roudinesco no se caracteriza precisamente por ser complaciente, podemos tomar en serio lo que asevera respecto al psicoanálisis de nuestra región y su potencia clínica, a menudo ignorada o incluso menospreciada en otras regiones.

En **Fuera de Campo** publicamos, a tono con el particular modo que la clínica psicoanalítica exige para ser contada, el texto de una conferencia pronunciada por Joel Birman en Río de Janeiro, en una de las por suerte ya habituales presentaciones de *Calibán* que vienen sucediéndose tanto en la *Cidade Maravilhosa* como en Porto Alegre o San Pablo, en Buenos Aires o Córdoba, en Madrid, Montevideo, México D.F., Lima o Montreal. Allí lo que una vez fue un sueño –es decir, una ficción–, el de tener una revista latinoamericana que circule ampliamente, que encuentre sus lectores y nos haga conocernos entre nosotros y hacia fuera de nuestro continente, comienza a convertirse en una realidad.

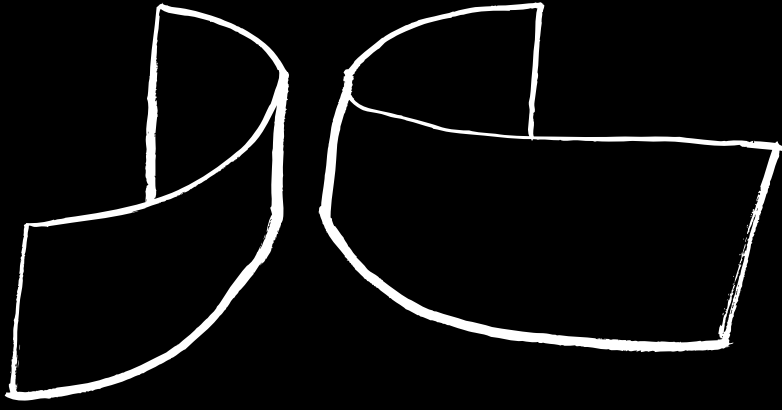
En **Clásica & Moderna**, Marcelo Viñar pone al día a otro maestro latinoamericano que, para hacer honor a la extranjería siempre inherente al lugar del psicoanalista, nació en Francia: Willy Baranger.

Completa este número, además de nuestra **Bitácora** de viaje, con datos y lecturas sugeridas, una crónica sobre Buenos Aires, otra de nuestras **Ciudades**

Invisibles –tan ficcional como real– en donde nos encontraremos los psicoanalistas latinoamericanos al final del invierno, para continuar la discusión a la que desde las páginas de *Calibán*, desde la apuesta deseante y comprometida de quienes trabajamos en ella, intentamos contribuir y estimular.

Mariano Horenstein

Editor en jefe *Calibán-RLP*



Argumentos

Psicoanálisis criollo

Ocios son estos que nos permiten estudios más severos; ¿Pero qué puede haber bueno en las Indias? ¿Qué puede haber que contente a los europeos que desta suerte dudan? ¿Sátiros nos juzgan, tritones nos presumen, que brutos de alma, en vano se alientan a desmentir nos máscaras de humanidad.”

JUAN DE ESPINOSA MEDRANO,
El Lunarejo. Cusco, 1652.

Los malvados españoles que conquistaron América son vuestros antepasados, no los míos.

JAVIER CERCAS, escritor español,
*respondiendo por Skype a una entrevista
de Gabriela Wiener, escritora peruana. 2013*

La cuestión colonial

La primera mención en documentos oficiales en el Perú de la palabra “criollo” aparece en 1567 (Lavallé, 2011, p. 442). Designaba a los españoles nacidos en América. Desde entonces, el término ha sufrido una evolución considerable. En el Perú, por ejemplo, se habla de “comida criolla” para referirse a la gastronomía costeña, cuyos platos emblemáticos son el cebiche o el lomo saltado. Es interesante observar que ambos son producto de fusiones entre la cocina peruana y la japonesa, uno, la peruana y la china, el otro. Y cuando decimos peruana estamos, por supuesto, aludiendo a una historia compleja en donde la conquista, la colonización y la independencia que funda las repúblicas en el territorio de las antiguas colonias, con la excepción de Brasil, cuya historia difiere en este punto esencial pues en ese país no se dio una guerra de independencia (Sader, 2011, p. 624), están íntimamente entrelazadas.

En una perspectiva diametralmente opuesta, se usa el término “criollo”, siempre en mi país, el Perú, para referirse a la picardía o viveza de individuos de la costa, por oposición a la supuesta ingenuidad o pereza mental de los migrantes andinos, llamados despec-

* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

tivamente “cholos” o serranos, pero no tanto por su procedencia geográfica como en alusión a una imaginaria condición de inferioridad racial (Bruce, 2007). Esa misma “viveza criolla” es asociada por científicos sociales contemporáneos, y cada vez más por el público en general, con los fenómenos de la anomia y el “achoramiento”.¹ Es decir, mientras que en un caso se privilegia la integración placentera que genera identificación y reconocimiento, e incluso una pujante actividad económica en torno al desarrollo de la gastronomía a nivel tanto nacional como internacional, en el otro prima la discriminación racista que refuerza prejuicios y barreras estamentales, estancando el desarrollo de la sociedad democrática. La polisemia del término, a tenor de estos ejemplos que podrían aumentar de número, es elocuente.

Pero, ¿qué vienen a hacer estas consideraciones iniciales en un texto sobre psicoanálisis latinoamericano, destinadas un congreso en torno a realidades y ficciones?

Mi punto de partida es que el psicoanálisis latinoamericano, al que estoy llamando criollo, en muchos sentidos se ha desarrollado al margen de esta historia, de estos orígenes, de esta identidad fluctuante por definición. Más bien hemos caído en la ilusión de la identidad coherente, unificada, abiertamente contradictoria con las premisas psicoanalíticas que ponen en evidencia lo frágil e ilusorio de la unidad del Yo. Uno puede tomar un texto latinoamericano al azar y, en la mayoría de casos, de no ser por las referencias a la procedencia del autor, podría pensar que se trata de un escrito de un europeo o norteamericano. Como si lo que sucede en el ámbito del consultorio o, más significativo aún, en la mente del analista y el paciente fuera independiente –la palabra no es casual– del lugar histórico donde transcurren esos procesos analíticos. Como si la condición poscolonial fuera contingente. La tesis que parece subyacer a este enfoque es la universalidad del inconsciente, así como de la transferencia o el conflicto, por citar algunos de los conceptos esenciales de la tarea psicoanalítica.

Quisiera proponer algunas ideas al respecto, con la esperanza de generar una discusión de las mismas entre nosotros. Tengo para mí que la clínica o la teoría, el pensamiento clínico para decirlo con la feliz expresión de André Green (2002), no existe fuera de esas coordenadas historizadas sino, por el contrario, están profundamente determinados por las mismas. En el primer número de la revista de Fepal (Bruce, 2012b), propuse, a manera de homenaje crítico al fallecimiento de Green (quien fuera mi analista en Francia), algunas reflexiones vinculadas a su asimilación exitosa al psicoanálisis francés y europeo, produciendo la obra admirable e indispensable que co-

1. “Achoramiento” es el nombre en jerga que se ha dado, en el Perú, a una actitud trasgresora y agresiva, observada desde hace algunos años, en migrantes del campo a la ciudad, de los que se esperaba sumisión y obediencia.

2. Es sugerente el paralelismo con la tesis de Freud, en Moisés y el Monoteísmo (Freud, 1939), acerca del origen egipcio, no europeo, del fundador del judaísmo.

Hasta donde se sabe, la mayoría trabajamos respetando las reglas del tratamiento psicoanalítico, tal como han evolucionado desde aquel entonces, en particular con el desarrollo, iniciado ese mismo año de 1910, de la contratransferencia. Pero acaso sí somos unos psicoanalistas salvajes en el sentido del Lunarejo, solo que no nos damos o no nos queremos dar cuenta. De ahí que el nombre de la revista *Calibán* sea particularmente feliz, por su referencia al personaje de *La tempestad* de Shakespeare, con sus connotaciones salvajes y en particular caníbales, retomando un aspecto esencial de la cultura brasileña en relación al simbolismo del canibalismo. Es a esto que aludo cuando intento reivindicar el término “criollo” para el psicoanálisis latinoamericano. Cuando Freud detalla, al final de su vida, practicando el estilo tardío (Said, 2009), lo que se espera de un psicoanalista, escribe lo siguiente en *Análisis Terminable e Interminable*:

Por tanto es razonable esperar de un psicoanalista –como parte de sus calificaciones– un grado considerable de normalidad y de salud mentales. Además, ha de poseer alguna clase de superioridad, de modo que en ciertas situaciones analíticas pueda actuar como modelo para su paciente y en otras como maestro. Y finalmente, no debemos olvidar que la relación psicoanalítica está basada en un amor a la verdad *esto es, en el reconocimiento de la realidad* [las cursivas son mías] y que esto excluye cualquier clase de impostura o engaño. (Freud, 1937/1973, p. 3361).

He resaltado la mención del reconocimiento de la realidad que hace Freud en este ensayo crepuscular, porque quiero incidir en los vasos comunicantes entre realidad psíquica y material, es decir social e histórica. El mismo Said, en otro texto, *Freud and the non-European* (Said, 2003), hace referencia a la alucinación negativa para describir la forma en que el Estado de Israel actúa con respecto a Palestina. Por mi parte, he acudido a esa misma metáfora psicoanalítica para enfocar una actitud análoga con respecto a los ya mencionados cholos, en mi texto dedicado a analizar, desde una óptica psicoanalítica, el racismo en nuestras sociedades (Bruce, 2007).

Ahora bien, otra de las connotaciones del salvaje para los colonizadores es la figura demoníaca. Esta se encuentra implícita en las lamentaciones del Lunarejo, al constatar que los conquistadores nos juzgan sátiros, tritones o brutos. Por lo tanto, es útil consignar aquí tres tentaciones que nos asedian cuando nos ubicamos, como pretende este texto, en esa frontera, en ese borde imaginario entre lo social y lo más íntimo (que nos es lo mismo que lo individual):³

3. Rosine Perelberg hace una útil distinción entre identidad e identificación, en paralelo con aquella de individuo y persona (Perelberg, 2008, p. 68). No obstante, la distinción que ella opera es entre una identidad unida y otra desunida, dividida. Existe una tercera opción que me propongo explorar acá: la de una identidad quebrada, rota.

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
- En primer lugar, aquella de reducir la experiencia humana a una infinita serie de variaciones en torno a la omnipresencia del conflicto. Sería atentar contra el paradigma de la complejidad que nos exige respetar, no sin razón, Edgar Morin.
 - En segundo lugar, hay que cuidarse de la amalgama entre los conflictos individuales y los sociales. Ésta es una pirueta hermenéutica que puede terminar en un porrazo si no se tiene el debido cuidado.
 - Por último, la sempiterna tentación de dejarse seducir por el canto de sirenas de la moda de los conflictos sociales, particularmente en Latinoamérica, como explicación de cuanto acontece en nuestra región.

Una vez tomadas esas precauciones (o, si se quiere, formulados estos conjuros contra los malos espíritus), permítanme presentarles dos viñetas clínicas que, a mi modo de ver, evidencian los desafíos que se nos presentan a los analistas latinoamericanos debido tanto a la historia de la cual procedemos y a la cual pertenecemos, como a los emergentes, en los varios sentidos de esta palabra, tanto dentro como fuera del psicoanálisis, de esas historias, de esas sociedades. Me refiero en concreto a las nuevas clases medias que están apareciendo en nuestras ciudades, en nuestros consultorios, en nuestras mentes. Pero también al síntoma, arriba mencionado, que emerge de esta negación de la condición poscolonial y sus determinaciones en cada uno de nosotros.

El caso de Simón

Admito tener una debilidad particular por personas que exhiben esas mezclas culturales y generacionales. Pienso en Simón, un joven cuyos padres son hijos de migrantes provenientes de zonas andinas. Esto, que en muchos aspectos de la vida limeña solía ser una desventaja (y en varios sentidos discriminatorios todavía lo es), les ha permitido desarrollar una actividad comercial próspera, consistente en negociar terrenos en zonas de Lima que han sido tomadas por oleadas migratorias, las que se iniciaron en la década de los cuarenta del siglo XX. No me refiero a zonas de vivienda que suelen encontrarse fuera del casco urbano –los llamados “conos”, ubicados en la periferia de la ciudad– sino a ámbitos ubicados en zonas más céntricas, de intensa actividad comercial, tugarizados y carentes de servicios adecuados. Lo cual los hace inseguros e insalubres y por eso son rehuidos por los negociantes de bienes raíces tradicionales, a los que convendría llamar comerciantes de “*real state*”, por el modelo alienado que orienta su trabajo.

En cambio los padres de Simón tuvieron la claridad y determinación de incursionar precisamente en esos lugares abandonados por los comerciantes aludidos, espantados por las condiciones tanto del lugar como de las personas que se instalan ahí. En otras palabras,

lo que el racismo y el clasismo dejaron de lado, como residuos desvalorizados, fue aprovechado por esta pareja, que supo aprovechar esos puntos ciegos de la sociedad limeña tradicional, mucho antes de que las grandes empresas locales comprendieran el lucro cesante gigantesco que suponía abandonar el floreciente mercado de consumo representado por esas marejadas migratorias antes denostadas y hoy, cada vez más, codiciadas por su masivo poder adquisitivo. Lo cual les permitió, a estos migrantes desprejuiciados y audaces, acumular un capital respetable, en un trabajo con comerciantes minoristas, a los que, por ejemplo, les venden puestos para mercados o centros de venta de los productos más diversos.⁴

Pero Simón, quien, gracias entre otras cosas a la prosperidad de sus padres, ha accedido a una educación sofisticada en las mejores universidades del Perú, se da cuenta de las graves carencias en términos de gestión del esforzado trabajo de sus progenitores. Entonces entra en conflicto con ellos. Les propone el uso de herramientas más avanzadas, así como técnicas de negociación con los bancos de los que sus padres desconfían y a lo cual se resisten. Aunque Simón entiende sus temores –después de todo la posición económica privilegiada de su familia se ha construido precisamente sobre esos puntos ciegos de la sociedad peruana, racista, excluyente y estamental–, también es consciente de que el modelo de sus padres está llegando a un punto de obsolescencia, vale decir ineficiencia.

Aquí se combinan, por supuesto, elementos de la historia personal con otros de la historia social y económica. No es tarea del psicoanalista intentar explicarle a Simón los segundos. Pero es ineludible que estos se hagan presentes en el vínculo entre nosotros. Con lo cual el conflicto se traslada a la intimidad del consultorio. O acaso deba escribir que el conflicto me es trasladado a mí, en la medida que soy yo quien debo decidir cuáles son los límites de mi intervención.

De este modo, la “realidad peruana” exige respuestas de parte del analista. Es inútil pretender permanecer neutral ante una situación en donde el desafío, consiste, más bien, en encontrar las líneas demarcatorias de unas áreas de la experiencia humana que no se dejan atrapar. Pero eso es precisamente lo que hace apasionante este trabajo: su constante movilidad y su capacidad inagotable de plantear preguntas que no tienen respuestas preconcebidas.

Quizás sea esto lo que me motiva a escribir estas líneas. La búsqueda de una claridad incierta y por momentos efímera como la

4. Vale la pena visitar, en Lima, el centro comercial llamado Polvos Azules, en referencia a la vieja calle del centro histórico de donde fue trasladado a su ubicación actual. Es un auténtico cafarnaúm, en donde se puede encontrar infinidad de productos que van desde una zapatilla hasta un sofisticado equipo de fotografía o sonido, pasando por todas las copias piratas de películas imaginables. Así como hay muchos puestos de películas comerciales, *blockbusters*, series de televisión y pornografía, algunos de esos puestos se han especializado en el cine culto; se puede encontrar filmes que dejan boquiabiertos a amigos cinéfilos de otros países. Este lugar expresa a las claras las aceleradas y complejas transformaciones de nuestras sociedades.

llama de un fósforo de madera.⁵ El caso de Simón me exime de continuar divagando en torno a preguntas cuyas respuestas han derribado las certezas de pensadores de todas las épocas y latitudes. Lo seguro es que los humanos nos las arreglamos como podemos, cuando podemos.

Para retornar al día a día del consultorio: a medida que se agravan las dificultades en la gestión de los padres, se agudizan las diferencias entre estos y Simón. Esto trae una consecuencia económica inmediata: a Simón le resulta cada vez más difícil cumplir con el pago de sus sesiones. Esta es una paradoja que resulta familiar para analistas y psicoterapeutas: cuando más necesitan ayuda los pacientes, suele suceder que sea cuando se acentúan sus dificultades económicas. Esta situación introduce elementos de conflicto en la situación terapéutica, los que deben ser trabajados *más allá del principio de realidad*.

Esto supone un desafío complejo para ambos integrantes de la pareja analítica. El paciente debe enfrentar los sentimientos confusos (desde la culpa hasta el goce trasgresor) generados por el retraso en los pagos. El analista, por su parte, tiene que ser capaz de sostener la tarea analítica pese al malestar ocasionado por no poder recibir la remuneración acordada, así como los fantasmas concomitantes (por ejemplo, que el paciente deje de venir, *diga lo que diga el analista*). Así como plantearse la cuestión de los límites de esa variable. Pero, insisto, es preciso mantener el encuadre en medio de esa turbulencia. Para entender mejor la dimensión conflictiva y sus diversos registros aludidos, en los ámbitos internos y externos, individuales y sociales, retornemos al caso de Simón.

Es visible la incomodidad que le produce encontrarse en medio de una crisis familiar, cuyas aristas económicas se encuentran acompañadas por un aumento palpable de la tensión en el hogar, el cual es compartido, además de sus padres, con sus dos hermanas. Los tres integrantes de la fratría están vinculados con el negocio familiar, pese a que cada uno de ellos ha realizado estudios diferentes: biología, comunicaciones, administración de negocios. Pero un lazo invisible y potente los mantiene atados al núcleo familiar, pese a que por sus edades –los tres por encima de la treintena– ya podrían estar viviendo en su propia vivienda cada uno de ellos. Aunque habitan una residencia cómoda y espaciosa, Simón transmite una sensación de encierro y saturación, comparable, son sus palabras, a la experiencia de una cárcel.

5. En el Perú se comercializa desde hace décadas unos fósforos de madera cuya marca y emblema es precisamente una llama, el auquérido, en un juego de palabras que suele pasar desapercibido a fuerza de ser familiar. No obstante, vale la pena anotar como anécdota que en la Plaza San Martín, una de las plazas más importantes del centro de Lima, hay una estatua de una mujer que ostenta un auquérido en la cabeza: se dice que al escultor se le pidió que le colocara una llama, es decir una flama, pero el lenguaje hizo de las suyas. La imagen de lo efímero comparado a la llama de un fósforo de madera es de William Faulkner.

Y pese a que insiste en que mi consultorio es un ámbito de libertad, en donde puede evocar sin restricciones los afectos negativos, los conflictos que toda esta crisis le generan, yo siento que la cárcel, paulatinamente, se está apoderando de nuestro espacio. Como si viera crecer rejas en los cristales de mis ventanales, apriándonos a los dos en un confinamiento asfixiante y desprovisto de las provisiones que antes nos hacían sentir seguros y nutridos a ambos. Es aquí donde la metáfora del dinero resulta portadora de esas laberínticas encrucijadas iluminadas por los trabajos de Cornelius Castoriadis.

Hasta que un día Simón me anuncia que no puede seguir viniendo, por lo menos hasta que su familia vuelva a tener ingresos sustanciales, pues por ahora solo tienen deudas y una amenaza cada vez más atemorizante, como una tempestad que oscurece el horizonte, de quiebra total.

Yo también veía venir ese fenómeno atmosférico.

Pero la tempestad que yo preveía se desencadenaba en el consultorio.

Aquí voy a procurar introducir unos eslabones entre la situación familiar de Simón, tomando en cuenta su crisis económica y vincular (a saber los conflictos que surgen entre ellos a raíz de dichas dificultades), y por otro lado la situación de Simón en su tratamiento conmigo. Si tuviéramos que ponerle un nombre a la cadena formada por esos eslabones, este sería probablemente “deuda”. La deuda contraída por sus padres, a raíz de haberse aventurado en un negocio cuya inversión salía por completo de los márgenes que ellos estaban habituados a manejar, es la que los coloca en la situación de insolvencia actual. Por otro lado, como producto de ese estrangulamiento económico, Simón se encuentra sin medios para poder afrontar el pago de las sesiones.

En ese momento me encontré bajo fuego cruzado. La empatía que sentía con mi paciente me impelía a no abandonarlo en esa crisis, lo cual significaba que él contrajera una deuda creciente conmigo. De otro lado, las exigencias del encuadre psicoanalítico me cuestionaban, recordándome que hace falta respetar el encuadre para que la cura proceda. Este es un callejón sin salida aparente que todos los psicoanalistas conocen, en el que cada cual debe hallar su camino en función de las circunstancias únicas de cada caso clínico. A mí me resultó muy útil, en la exploración de ese callejón, que Lacan consideraba indispensable en el proceso analítico, un debate reciente entre psicoanalistas miembros de la IPA, realizado en Internet.⁶

En ese fructífero intercambio de ideas, se partió de un trabajo del analista argentino José Bleger (1969), *Teoría y práctica del psicoanálisis: La praxis psicoanalítica*, cuya obra no cesa de sorprendernos

6. lapdebate@googlegroups

tantos años después de su precoz fallecimiento (murió a los 49 años de un infarto). La promotora de ese encuentro fue Haydée Faimberg, quien redactó un comentario ad hoc al texto de Bleger,⁷ que voy a citar a continuación, a propósito del impase en el que me encontré con Simón:

La originalidad absoluta de José Bleger consiste en reconocer y definir un encuadre aportado por el paciente que al comienzo es 'mudo' hasta que en un punto del análisis comienza a 'hablar' -a condición de que el analista sea capaz de 'oírlo'. En toda su obra Bleger irá afinando el fundamento teórico que vuelve inteligible la existencia de este segundo encuadre.

El reconocimiento (tanto por parte del analizando como por parte del analista) de estos dos encuadres como siendo dos, y no solamente uno, *abre un hiato, una diferencia, por donde se crean las condiciones de posibilidad para que el analizando reconozca, como veremos, la alteridad del analista, que el analista es un 'otro'.*

Es decir, existe el encuadre formulado por el analista, pero en la penumbra de lo no dicho se agazapa el encuadre aportado por el paciente. Este segundo encuadre es mudo (lo cual hace preguntarse por su relación con la resistencia y hasta, eventualmente, con la pulsión de muerte, pero esa es otra discusión que nos desviaría de nuestro cometido). He citado extensamente el comentario de Faimberg por su enorme interés, pero también porque ella se refiere a un caso de Bleger, citado por el autor en el texto que da pie a la discusión por Internet en el que precisamente un paciente de este último contrae una deuda con su analista, que intenta apresurarse en pagar. En el citado texto de Bleger, éste hace una afirmación que ha sido comentada por Ricardo Bernardi, en un enjundioso texto dedicado a analizar la vigencia del trabajo de Bleger: "la teoría desarrollada y explicitada no siempre coincide con la teoría implícita en la práctica" (Bernardi, 2009, p. 226). Como es obvio, está idea de Bleger anticipa uno de los puntos centrales de la reflexión psicoanaComo es obvio, está idea de Bleger anticipa uno de los puntos centrales de la reflexión psicoanalítica de los años posteriores.

A partir de ahí Bleger comienza a escuchar el encuadre mudo del paciente –que obviamente ha dejado de ser tal, pues comienza a "hablar"– y esto le da un giro inesperado al tratamiento. Esto le permite a Bleger interpretar ese apresuramiento como un intento del paciente de borrar una huella familiar dolorosa. No voy a ahondar aquí en esa dirección. Quiero retornar a Simón. A la inversa del pa-

7. Faimberg, H. (2013). El pensamiento dialéctico de José Bleger. Publicado on line en lapdebates@googlegroups. Traducido del francés.

ciente de Bleger, el mío afirma que no puede enfrentar su deuda conmigo y por eso propone suspender el tratamiento, hasta que pueda asumirla. La encrucijada en la que me coloca, el dilema que me suscita aparece en una primera lectura como un problema exclusivamente material. En efecto, nuestro acuerdo contractual estipula un pago por sesión. Incluso si yo optaba por darle un crédito y continuar el tratamiento sin interrupciones, esto nos habría ahorrado (el término no es casual) a ambos tener que escuchar ese encuadre del paciente que, a no dudarlo, contiene valiosas informaciones acerca del vínculo transferencia-contratransferencia. A saber, aquello que el paciente me atribuye inconscientemente, aquello que yo le atribuyo inconscientemente al paciente, creando entre ambos un campo en el que interactuamos.

A estas alturas el lector habrá adivinado que el tratamiento no se interrumpió. Lo que sí ocurrió es que, inspirado en el relato del caso de Bleger, este tomó un rumbo distinto a aquel por donde venía transcurriendo. El desafío consistía –por lo menos así lo entendí– en mantener el encuadre que nos permite continuar el análisis, sabiendo que las condiciones económicas del paciente (y las de su familia que, como lo habrá advertido el lector, no estaba ausente del tratamiento) lo estaban erosionando. Pues del mismo modo que los cuestionamientos de Simón hacia la metodología de trabajo de sus padres –aquella misma que les había permitido tener un nivel de vida privilegiado, pero que hoy había alcanzado un punto de inviabilidad– desestabilizaban los lazos familiares, ese momento de inflexión se había trasladado a la intimidad del consultorio. Pero con un agregado que hace a la tesis del psicoanálisis criollo: yo represento para Simón, por mi apariencia “occidental”, la ubicación de mi consultorio, mi reputación, etcétera, a esa clase social de la que sus padres desconfían y que, piensan, es la que los está llevando a la quiebra. Simón acaso no comparte esta creencia de manera monolítica, pero es inimaginable que no esté contaminado por la misma.

El análisis de Simón no es el asunto central de esta ya prolongada digresión; lo es el enlace entre los cambios sociales, familiares e individuales, así como los conflictos que la superposición y encabalgamiento de estos registros artificialmente separados, inevitablemente ocasionan. También esto lo anticipó Bleger, inspirado en otros analistas del llamado psicoanálisis del Río de la Plata (como Pichon-Rivière), con su propuestas de los puntos de vista situacional, dramático y dialéctico, en reemplazo, acaso, de los puntos de vista de la metapsicología freudiana clásica.

A menudo cuando se lee la literatura psicoanalítica se tiene la impresión de que todo transcurre exclusivamente en el campo creado entre el analista y su paciente. Desde un punto de vista técnico esto es sostenible. Pero de la misma manera que cada vez se exploran más los ámbitos de lo no dicho –verbalmente– y de lo expresado por

otras vías en la intimidad del consultorio,⁸ así como la teoría implícita que informa el trabajo del analista, tal como anticipaba Bleger en su texto citado, propongo que sería útil e incluso indispensable tener en cuenta asimismo estas evoluciones que conflictúan, en el sentido más fecundo de esta palabra, nuestro trabajo como analistas integrantes de no solo de una sociedad analítica, sino de una sociedad en su sentido más amplio.

Ahora voy a introducir un segundo ejemplo clínico, que he citado antes (Bruce, 2012a), el cual, espero, nos ayudará a esclarecer en algo esta propuesta titubeante, lo reconozco, de un psicoanálisis criollo.

El caso de Marco

La primera vez que me pidió una cita por teléfono, este joven de unos 28 años me llamó desde una ciudad de provincia, dónde él residía entonces. Ahora vive en la capital, pero durante algún tiempo se desplazaba largas horas en ómnibus para poder acudir a sus sesiones, las cuáles eran dobles y tenían lugar cada dos semanas. Marco proviene de un barrio pobre y violento, que lleva el irónico nombre de El Milagro.⁹ Gracias a su esfuerzo y talento, pudo no solo salir de ahí, sino que terminó una carrera con muy buenos resultados académicos y hoy vislumbra un porvenir profesional auspicioso. El asunto es que no ha podido desprenderse de un tenaz rencor por su lugar de origen y sus habitantes. Siendo un hombre cultivado, poseedor de un vocabulario que no dudaría en describir como sofisticado, persiste en referirse a sus antiguos compañeros de barrio, en bloque, como “los pobres”. Una de sus frases recurrentes es ésta:

“Los pobres son malos, doctor”.

Quisiera anotar aquí que la mayoría de mis pacientes no me trata de Doctor. En primer lugar, porque no poseo un doctorado –soy magíster– y tampoco soy médico, profesión a la que en mi país se acostumbra llamar por ese apelativo, independientemente de que hayan obtenido ese grado académico. Pero Marco, pese a mi pedido explícito en el sentido que acabo de explicar, persiste en llamarme así.

Esto es relevante porque tengo la impresión de que para él acudir a mi consulta forma parte de un conjunto de logros que refuerzan su convicción de haber escapado a lo que, en su imaginario, podría describirse como una distopía: una utopía perversa que tiene algo de

8. Este es precisamente el enfoque que desarrollan los autores abajo citados, en este texto citado del servicio PEP de la International Psychoanalytical Association: Non-Interpretive Mechanisms in Psychoanalytic Therapy: The ‘Something More’ Than Interpretation Daniel N. Stern , Louis W. Sander , Jeremy P. Nahum , Alexandra M. Harrison , Karlen Lyons-Ruth , Alec C. Morgan , Nadia Bruscheilerstern and Edward Z. Tronick

9. Es significativa la frecuencia de este tipo de nombres que invocan la esperanza (El Porvenir, El Paraíso, Bello Horizonte, Nueva Esperanza, etcétera) en los llamados asentamientos humanos, que muchas veces son precisamente lo contrario: lugares signados por una existencia inhumana en términos de calidad de servicios, calidad de vida en general. Como si al lado de la esperanza, se encontraran la negación y la desmentida. El eufemismo, la ironía involuntaria se hacen presentes en el acto de fundación de lugares de vida que casi siempre se iniciaron como invasiones de arenales y espacios desolados.

cárcel y también de campo de concentración. A juzgar por los relatos que me hace de los destinos de varios de sus ex compañeros de clase o juegos, no deja de haber cierta base en ese fantasma. Algunos de ellos han alcanzado incluso cierta notoriedad en la prensa, por la manera violenta en que han perecido por obra de bandas rivales o la policía.

Por eso llamarme “doctor” es algo a lo que Marco no está dispuesto a renunciar sin luchar, como siempre lo ha hecho.

Por otro lado, cuando me describe las durísimas condiciones de existencia –acaso la palabra más apropiada sería supervivencia– de su viejo hábitat, no hay duda que Marco *goza*. Esta *jouissance* tuvo ocasión de ponerla a prueba en una sesión, durante la cual, en una de esas descripciones apocalípticas de las maneras de actuar y expresarse de alguno de los personajes primitivos y vulgares, a más de codiciosos y falsos que aparecen en las sesiones, se me ocurrió hacerle la siguiente pregunta:

“¿Si tuvieras el poder mágico de arreglar El Milagro y convertirlo en un lugar civilizado, de gentes cultas y respetuosas de la ley y los derechos ajenos, lo harías?”

Marco no lo dudó un instante. Soltó una sonora y alegre carcajada y me respondió:

“¡De ninguna manera, doctor!”

El brillo de sus ojos –nuestras sesiones son cara a cara– mientras pronunciaba esta sentencia lapidaria, refrendaba el entusiasmo de su negativa. Si hiciera semejante cosa, parecía decir –más adelante lo dijo– se perdería todo el disfrute de poder contarme, de poder exhibir la magnitud de su triunfo y manifestar la inmensa superioridad que esto le confería. Mi pregunta amenazaba con destruir el andamiaje que con tanto trabajo había construido, hasta poder llegar a Lima, a mi consultorio, a mí, el *doctor* Bruce.

No obstante, este goce no estaba, por definición, exento de conflicto. En El Milagro continúan viviendo sus padres y una hermana, fuera de una serie de personas con las que mantiene diversos grados de vinculación, como una ex enamorada, a la que suele referirse con nostalgia e incluso dosis elevadas de sentimentalismo. Pero ese es un costo que Marco está dispuesto a asumir para no renunciar a esa condena, ese castigo a “los pobres malos”. Con lo cual confirmaba, por otro lado, su pertenencia a esa comunidad de origen. A saber, su propia “maldad”, de la cual me colocaba a mí, el “doctor”, como testigo, notario, certificador:

“Los pobres son malos, doctor (yo también): tome nota”.

Ahora vamos a procurar ubicar el punto de enlace entre la primera y la segunda parte de este enredo entre lo público y lo privado.

El asunto es que esta tensión por el modelo hegemónico tiene diversos efectos en la mente de los individuos. El caso de Marco nos anuncia, parafraseando el medio publicitario que, por lo menos en mi país, suele perpetuar estos estereotipos (Bruce, 2012a), algunos de éstos. Una primera lectura nos pone en contacto con el mecanismo

de identificación con el agresor, al subrayar esa desconfianza básica respecto de los pobres: la carencia económica los pervierte y convierte en malos. *Se malean* dice Marco.

En la mente de Marco son porosas y borrosas las diferencias entre los individuos que integran el conjunto –en el sentido matemático del término– de los pobres. Permítanme recurrir en este punto a la noción de “dispositivo” de Michel Foucault. Paul Veyne (2008), en un libro reciente sobre el pensamiento y la persona del autor de *Historia de la locura*, lo define en estos términos: “El dispositivo es menos el determinismo que nos produce que el obstáculo contra el cual reaccionan o no nuestro pensamiento y nuestra libertad. Estos se activan contra éste porque el dispositivo es en sí mismo activo; es un instrumento ‘que tiene su eficacia, sus resultados, que produce algo en la sociedad, que está destinado a tener un efecto” (p. 143).¹⁰

Eso que hemos llamado “la mente de Marco” es el escenario en el que se pueden observar los embates del dispositivo. Dicho espacio se encuentra zarandeado por el choque con esos obstáculos considerables que son la subalternización o, de plano, la desaparición, en virtud de la alucinación negativa antes mencionada, en el universo sociosimbólico.¹¹

¿Qué viene a hacer el psicoanalista en este intríngulis entre lo social y lo individual? (permítanme una vez más esta visión esquemática forzada para avanzar rápido).

Para Marco, el doctor Bruce es una figura idealizada y purificada de las intenciones aviesas de los pobres que pueblan El Milagro. Por lo menos eso es lo que anuncia su discurso. ¿Mi misión es la de ponerlo a salvo mediante mis sofisticados equipos analíticos, sacándolo definitivamente del Milagro? ¿O bien corre el riesgo de retornar, en virtud de esa misma magia, a la verdad de sus orígenes malvados y condenados?

En suma, ¿soy parte del dispositivo, tal como Zizek recurre a la figura del agente Smith al analizar la película *The Matrix* (Zizek, 2005),¹² o más bien soy el socio capaz de hacerlo entrar en ese club privilegiado limeño de gentes nobles?

En cualquier caso soy instrumental para los objetivos conscientes e inconscientes de Marco. Pero al mismo tiempo soy un engranaje del dispositivo. Ambos estamos, diría Foucault, sumergidos en la pecera. Solo lo advertiremos cuando comiencen a producirse los primeros cambios. Los cambios a los que se refiere el filósofo francés se

10. La traducción es mía. Veyne, a su vez, cita una publicación recopilatoria de textos de Foucault: *Dits et Écrits* (2001).

11. En el mundo literario abundan las referencias a lo que Foucault denomina el “dispositivo”. Dos veces por mes modero un foro teatral después de la función en el Teatro La Plaza, quizás el más importante del Perú. Este mes nos toca discutir la pieza *Casa de muñecas*, de Ibsen. Una clara muestra de lo que estamos enunciando. La casa de muñecas encierra a todos, no solo a Nora, la protagonista, quien se atreve a abandonarla al final.

12. Específicamente el capítulo IV titulado: *Matrix* o los dos aspectos de la perversión.

verifican en la esfera social. Pero esta idea puede ser aplicada ventajosamente a los cambios en el curso del proceso transferencial y contratransferencial analítico. Para ello es indispensable que yo dé cuenta de con quién estoy hablando.

¿Puedo hacerlo? ¿Lo sé? ¿Quién es Marco para mí?

Marco es un emisario del inframundo que se presenta, ávido, voraz y malherido, pidiendo una exención que le permita seguir usufructuando esa *jouissance* narcisista sin la culpa que lo atormenta. Siente –y no le falta razón– que ha hecho méritos para que se le conceda esa gracia. Piensa –y ahí me utiliza como agente reflector de su potente voluntad de supervivencia– que soy la persona indicada para hacerle el “milagro” de absolverlo sin desempoderarlo. En otras palabras, que mis poderes le permitirán perpetuar la desmentida sin pasar por la castración simbólica.

Yo lo acojo. Le ofrezco un lugar para reinventarse. Pero tengo que frustrarlo, no debo olvidarlo. Esa es la condición (el dispositivo, mientras tanto, vigila). ¿Logrará Marco saber con quién está hablando? Pienso que ya lo sabe pero teme, se resiste a darse por enterado. Renunciar a esos roles alternativos que me atribuye representa un riesgo. Lo asedia el mismo temor a la impotencia que se puede advertir en la penumbra asociativa de esas piezas publicitarias diseñadas para vender un producto, al mismo tiempo que procuran consolidar un aparato ideológico irremediabilmente fisurado, pero todavía operativo, como esas “carcochas” (automóviles viejos) que continúan circulando y prestando servicios de transporte colectivo en El Milagro. Las mismas a las que la policía persigue implacablemente para arrancarles “coimas”.¹³

Podríamos continuar preguntándonos si en alguna dimensión Marco y yo sentimos que el pago por las sesiones constituye esa “coima” que le permite acceder al mundo excluyente que lo había confinado en El Milagro.

¿Culturas de ficción o de fricción?

Deseo iniciar este tramo final de mi trabajo dejando en claro que no me siento, ni mucho menos, ajeno al proceso de alienación que yace en el núcleo de lo que he llamado el psicoanálisis criollo. Viví 13 años en Francia, me analicé con un analista francés (pero de origen egipcio, como hemos visto), hice mis estudios de posgrado en la universidad de París, ciudad donde además tuve hijos y trabajé. Mi retorno a Latinoamérica, al Perú, a la Lima de Fujimori y Montesinos, significó un proceso de adaptación laborioso y no exento de desgarramientos. Baste decir que durante algún tiempo me negaba a acudir al teatro –una de mis pasiones actuales, como se puede inferir

13. La palabra “coima” designa en jerga el pago de un estipendio a un funcionario público, en particular pero no exclusivamente un policía, en un acto de corrupción que permita evadir la ley.

sentía no en una provincia¹⁴ latinoamericana, sino en Lyon o Bordeaux. Tal como la moda de citar a Melanie Klein o a Bion, lo más probable es que ésta también ceda a alguna otra corriente en boga en el futuro. Ese no es, por supuesto, el punto. En este mismo texto he citado y lo continuaré haciendo, a una serie de autores europeos indispensables. ¿En nombre de qué fanatismo regional deberíamos privarnos del pensamiento y la obra de Lacan o Green, Winnicott o Bion, Kernberg u Ogden?

Todos estos autores me resultan de imprescindible utilidad para comprender casos como los de Marco o Simón. Pero hay dimensiones de esos casos que requieren de una mirada específicamente latinoamericana. Una mirada que proviene de nuestra historia y nuestro presente, de nuestros desafíos actuales y futuros.¹⁵ Pero lo más relevante es el proceso de descolonización del conocimiento. Los psicoanalistas latinoamericanos hemos, en muchos sentidos, continuando pensando y trabajando como si este proceso, esta ficción colonial que desgarraba y continúa desgarrando a pensadores e intelectuales de otras especialidades, no nos afectara en lo más profundo de nuestra identidad y nuestra práctica.

En el texto arriba citado de Ricardo Bernardi (2009), este autor uruguayo menciona una parte descriptiva de este proceso, pero, acaso no siendo el objetivo de su trabajo que es el de comentar la vigencia de Bleger, no extrae consecuencias del mismo. Afirma Bernardi:

El predominio indiscutido de las ideas kleinianas y el surgimiento de promisorios aportes originales de los autores locales dejaron paso en esa década y en las siguientes a una variedad de enfoques inspirados en una variedad de autores, como son Bion, Winnicott, y en especial autores franceses, entre los que se destaca Jacques Lacan. Estos cambios desembocaron en una situación de pluralismo, en el sentido de la coexistencia de múltiples enfoques y posturas psicoanalíticas. Mucho del aporte innovador de los pioneros,¹⁶ que iba claramente más allá del marco kleiniano, sucumbió también ante el aluvión de las nuevas influencias. (Bernardi, 2009, p. 225).

Al leer lo anterior acude a la mente la *boutade* de Octavio Paz, quien sostiene que Latinoamérica es el “Extremo Occidente”. También el clásico texto de Edward Said (2002), *Orientalismo*. Es cierto, como lo afirma la historiadora argentina Beatriz Bragoni (2011), que cada

14. Palabra que procede de *pro vinci*, en el imperio romano: donde viven los vencidos.

15. El mexicano Leopoldo Zea fue quien creó el aforismo: “La América Latina es un continente sin historia, porque aquí el pasado y el presente son una y la misma cosa.” El historiador peruano Heraclio Bonilla observa que la frase alude a que la historia reproduce el pasado, lo reitera o lo reintegra (Bonilla, 2011). Una suerte de compulsión a la repetición.

16. Bernardi se refiere a los pioneros latinoamericanos.

_____ colonia tiene su especificidad. Venezuela, Brasil o Perú provienen de
_____ historias particulares, pese a sus rasgos unificadores. Pero no es
_____ menos cierto, como nos lo recuerda la propia Bragoni, que:

_____ Pensar el colonialismo hoy no supone tan solo reconocer le-
_____ gados como barreras u obstáculos en el desenvolvimiento de
_____ las sociedades contemporáneas, esto es, un punto de origen
_____ común que determina, anticipa y organiza el proceso posterior
_____ aun reconociendo las diferencias de cada caso y lugar; *supone*
_____ *ante todo mejorar los instrumentos conceptuales y metodoló-*
_____ *gicos para capturar la extrema complejidad de las comunidades*
_____ *creadas por el colonialismo y avanzar en la comprensión de ló-*
_____ *gicas que lo superan y crecen independientemente de él [las*
_____ *cursivas son mías]. (Bragoni, 2011, p. 21).*

_____ Espero haber dejado en claro que no pretendo proponer, menos aún
_____ imponer un discurso militante. Carezco de las certezas que conducen
_____ a esos extremismos. Pero sí tengo una serie de cuestionamientos a las
_____ diversas estrategias con que los analistas latinoamericanos hemos en-
_____ frenteado nuestra formación, nuestra teoría y nuestra práctica. En suma,
_____ nuestra identidad analítica. Una identidad que hemos imaginado uni-
_____ ficada e integrada. Cuando es probable que se trate de un proceso no
_____ solo dividido, sino acaso quebrado. Esto se debe a que, en muchos
_____ sentidos, hemos actuado como si la dramática de nuestras sociedades,
_____ parafraseando a Bleger, no ingresara en la dramática de nuestra tarea
_____ con nuestros pacientes, en los linderos de nuestros consultorios.

_____ Los casos de Marco y Simón pueden, ciertamente, ser tratados
_____ con las herramientas tradicionales del psicoanálisis contemporáneo.
_____ Sin embargo, hay algo esencial en sus personas que elude un trata-
_____ miento convencional. Desde sus orígenes de clase hasta sus conflictos
_____ étnicos. Marco, por ejemplo, me relata en una sesión su incomodidad
_____ en un restaurante de Lima que a muchos colegas nos parecería com-
_____ pletamente inocuo por su carácter informal y bullicioso (es uno de
_____ esos locales en donde por una suma fija es posible servirse reiteradas
_____ porciones de una comida internacional tan variada como mediocre).
_____ Pero este lugar está ubicado en una zona exclusiva que a Marco le re-
_____ sulta intimidante. Siente que lo miran con rechazo o desdén. Para-
_____ dójicamente, puede aparecer en programas de televisión de alta sin-
_____ tonía, explicando las investigaciones que está realizando en barrios
_____ como aquel del cual proviene, enfrentando los cuestionamientos de
_____ periodistas conocidos por sus preguntas incisivas. Pero mientras que
_____ en ese contexto está como pez en el agua pues domina su trabajo
_____ con mucho más información y profundidad que los periodistas, en
_____ el restaurante es un pez fuera del agua: un cholo desempoderado.

_____ El caso de Simón es aún más sutil. Por su crianza en un medio
_____ económico acomodado, no sufre estos procesos de autodiscrimina-
_____ ción tan gruesos como los de Marco. Pero poco a poco se abre campo

en sus asociaciones, en el proceso de la transferencia, una incomodidad ante chicas de clase alta, sobre todo con ciertos rasgos físicos que él denomina “europeos”. En la medida que mi apariencia coincide con la de esos personajes amenazantes en diverso grado para estas dos personas, es en la transferencia que se pueden y deben abordar estas cuestiones en donde se entremezclan las historias personales con las sociales. La realidad psíquica con la material. Y así procuro hacerlo. Al mismo tiempo, no dejo de preguntarme cómo puedo integrar estos aspectos que he intentado evocar en las páginas de este texto, en el núcleo de mi trabajo analítico.

Pienso, como Oscar Terán citado por Bragoni (2011, p. 28), en que somos culturas de fricción entre civilización y barbarie. Tengo que para mí que los psicoanalistas latinoamericanos nos hemos refugiado en la ficción de ser impermeables a esa hibridez que nos enrostra García Canclini (2001). Tengo, asimismo, la esperanza de que esta Fepal del siglo XXI nos proporcione los espacios propicios para abordar esta desmentida y darle un giro creativo y fecundo.

Resumen

El texto aborda la problemática de la alienación poscolonial en el psicoanálisis latinoamericano. En muchos sentidos, el trabajo analítico en nuestras sociedades continúa desenvolviéndose como si éstas fueran réplicas de aquellas en las que se encuentran los principales centros de producción de teoría y técnica psicoanalíticas. No solo seguimos fielmente el pensamiento de los grandes analistas europeos, lo hacemos en detrimento de las obras creadas en nuestra región. Esta desmentida de nuestra historia y culturas se ve jaqueada por la emergencia de una serie de pacientes propios de nuestras complejas realidades, así como íntimamente ligados a la problemática latinoamericana. Es en esa especificidad que debemos encontrar las claves para diseñar un psicoanálisis que emane de nuestra experiencia y, sin desconocer las contribuciones de sus grandes pensadores en otras latitudes, seguir construyendo un pensamiento clínico que dé cuenta de quiénes somos y dónde vivimos.

Descriptor: Alienación, Cultura. **Candidatos a descriptor:** Poscolonial, Criollo, Especificidad.

Abstract

The text addresses the problem of alienation in postcolonial Latin American psychoanalysis. In many ways, the analytical work in our societies continues to unfold as if they were replicas of the main production centers of psychoanalytic theory and technique. We do not only follow faithfully the thinking of the great European analysts, we

do so at the expense of the work created in our region. This denial of our history and cultures is defied by the appearance of a lot of patients of our own complex realities, and closely linked to Latin American issues. We must find the keys to a psychoanalysis flowing from our experience and, while acknowledging the contributions of great thinkers elsewhere, continue to build a clinical thought according to who we are and where we live.

Keywords: Culture, Alienation. **Candidates to keywords:** Post-colonial, Creole, Specificity.

Referencias

- Bernardi, R. (2009). ¿Qué metapsicología necesitamos? vigencia de J. Bleger. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, 223-248.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: La praxis psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3-4), 287-303.
- Bonilla, B. (2011). Presentación. En H. Bonilla (Ed.), *La cuestión colonial* (pp. 13-18). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bragoni, B. (2011). Las enseñanzas. En H. Bonilla (Ed.), *La cuestión colonial* (pp. 19-32). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bruce, J. (2007). *Nos habíamos choleado tanto: Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad San Martín de Porres.
- Bruce, J. (2012a). Le substitut de dieu. *Penser/rêver*, 21, 171-184.
- Bruce, J. (2012b). Un país como el suyo: André Green, un testimonio comprometido. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 214-219
- Espinosa Medrano, J. de. (1982). *Apoloético*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Freud, S. (1973). El psicoanálisis silvestre. En *Obras completas* (3ª ed., Vol. 2, pp. 1571-1579). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1910)
- Freud, S. (1973). Análisis terminable e interminable. En *Obras completas* (3ª ed., Vol. 3, pp. 3339-3364). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1937)
- Freud, S. (1973). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras completas* (3ª ed., Vol. 3, pp. 3272-3324). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1939)
- Foucault, M. (2001). *Dits et écrits*. París: Gallimard.
- García Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Green, A. (2002). *La pensée clinique*. París: Odile Jacob.
- Hernández, M. (2012). *En los márgenes de nuestra memoria histórica*. Lima: Universidad San Martín de Porres.
- Lavallé, B. (2011). Sobre indios y criollos: Creación e imposición de identidades subalternas en un contexto colonial. En H. Bonilla (Ed.), *La cuestión colonial* (pp. 437-450). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Perelberg, R. J. (2008). *Time, space and phantasy*. London: Routledge.
- Sader, E. (2011). El destino manifiesto de ser colonizado. En H. Bonilla (Ed.), *La cuestión colonial* (pp. 621-628). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Said, E. (2002). *Orientalismo*. Madrid: Debolsillo
- Said, E. (2003). *Freud and the non-european*. London: Verso.
- Said, E. (2009). *Sobre el estilo tardío: Música y literatura a contracorriente*. Barcelona: Debate.
- Veyne, P. (2008). *Foucault, sa pensée, sa personne*. París: Albin Michel.
- Zizek, S. (2005). *La suspensión política de la ética*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
-

La formación analítica, en tiempos del psicoanálisis plural

Mahler una vez hizo notar que “el elemento más importante de la música no se encontraba en las notas”. Tampoco el elemento más importante del psicoanálisis se encuentra en los libros.

No puede componer música el que notiene la música dentro de sí; los cursos de psicoanálisis deben existir, pero con el objeto de formar analistas, pues lo que se puede “enseñar” es sólo una pequeña parte de la educación analítica.

TH. REIK

Sorpresa, ficciones y prejuicios

Voy a comenzar por transmitir un registro de *sorpresa* compartido por varios de los colegas asistentes a un Taller que presentamos en el reciente Congreso de San Pablo, a propósito de los tres modelos de formación vigentes en IPA. Intentaré, después, examinar los fundamentos de esta sorpresa, haciendo uso (y espero que no abuso) de los términos propuestos por la Secretaría Científica de FEPAL: ficciones y realidades.

La sorpresa en cuestión surgió en el curso de la lectura de la ponencia de Marie France Dépaux, la directora del Instituto belga de psicoanálisis. Más precisamente, al escuchar que son diez los institutos europeos en los que rige el así llamado “modelo francés”. Que es a la vez el modelo por el que parecen inclinarse los dos grupos de estudio de IPA en Turquía, en proceso de institucionalización.

Resultaba evidente -a la luz de las palabras de M. France- que el “modelo francés” se había expandido mucho más allá de las fronteras francesas. Al punto que si un etnólogo se interesara por registrar qué cosas vienen ocurriendo en la “tribu-IPA” desde 1930 podría seguramente reportar una pérdida gradual y significativa del rol -en otros momentos rector- desempeñado por los *standards* de Eitington.¹ En forma más pronunciada desde el 2007: año en que la vigencia de los tres modelos quedó sancionada por los estatutos de IPA.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. Tanto el modelo francés como el uruguayo coinciden -con matices- en un efecto de des-institucionalización del análisis de formación. Transitarlo es, para ambos modelos, una exigencia ineludible; pero las instituciones que adhieren a ellos dejan librado el pautado de la experiencia a la dupla analista-colega en formación. El modelo británico, por su parte, sostiene la observancia estricta de los *standards* como criterio para reconocer un análisis como didáctico.

Pero volvamos a nuestra sorpresa: mi impresión es que no se explica meramente por la irrupción de un saber (en nuestro caso, datos) hasta ese momento desconocido. Quienes, como yo, han cursado la carrera de medicina, seguramente recordarán horas de lectura en un clima más próximo al aburrimiento que al de una sorpresa permanentemente renovada ante cada renglón que aportaba el nombre de una nueva referencia anatómica, ignorada hasta entonces.

En nuestra práctica cotidiana, por el contrario, estamos familiarizados con el surgimiento del efecto de sorpresa (en el analizante, pero también en nosotros mismos) como respuesta a una interpretación eficaz. Y estamos expuestos al mismo registro en el curso de supervisiones, así como en algunos momentos (no tan frecuentes, pero siempre memorables) de nuestra mal llamada “formación teórica”: ya sea en espacios compartidos (seminarios o grupos de estudio) o en la privacidad de la ceremonia de lectura (y no solamente de textos psicoanalíticos).

Todas estas situaciones comparten, sí, la irrupción de un saber hasta entonces ignorado... pero que tiene además la aptitud de introducir un cambio subjetivo en quien lo recibe. Un cambio que determina que en algún punto, cualquiera de nosotros no sea exactamente el mismo que era antes de la irrupción del saber que, por eso mismo, nos sorprende. En otros términos: es sorpresa aquello nuevo... que nos transforma, también, en algo (o alguien) nuevo.

Es en ese punto que la noción de “formación teórica” puede vehiculizar una desmentida de la *disposición subjetiva al efecto de sorpresa* que sostiene el encuentro con un texto psicoanalítico, cuando el sujeto² de ese encuentro está atravesando un análisis de formación. Son coordenadas que favorecen la expectativa de que ese encuentro *bajo transferencia* precipite “momentos memorables”. Esa desmentida –lo retomaremos más adelante– puede sostener una concepción de la formación que desdibuje su especificidad psicoanalítica, asimilándola a las modalidades de adquisición de saberes y destrezas propias de otras disciplinas. Podemos ya ir notando cómo la *ficción* de que es posible la “formación teórica” en nuestro campo... no es inocua: acarrea consecuencias.

Pero regresemos por ahora a nuestro Taller de San Pablo. Mi impresión es que la sorpresa de marras fue consecuencia del impacto que produjeron las palabras de M. France, en el punto en que conmovieron una *ficción* sólidamente instalada aun entre nosotros: aquella que sigue haciendo girar la galaxia IPA alrededor del sol excluyente que durante décadas constituyeron los *standards* de Eitington. Podríamos decir: como si la novedad del 2007 y la consiguiente irrupción de los modelos francés y uruguayo (con sus efectos de des-institucionalización del análisis de formación) hubieran tenido para muchos colegas un destino de *non arrivée*.

2. Podríamos decir, también, el *objeto* del encuentro, porque... ¿quién encuentra a quién, en esas situaciones?

Como podrán intuir, la perspectiva de análisis que escogí no es tanto la de oponer ficciones y realidades sino –por el contrario– la de ponerlas en serie. Más precisamente: valorar el poder de las *ficciones* para configurar lo que habitualmente consideramos *realidades*.

Es una orientación convergente con el abordaje que propone Lacan (1959/1988) del término “ficticio” y de la noción de “ficción”, tal cual son trabajados por Jeremy Bentham, el creador del utilitarismo. Lacan alerta contra el sentido peyorativo que el término puede adquirir coloquialmente, y que va de la mano de imputar a lo ficticio la intrascendencia propia de aquello que carece de estatuto de realidad. Es por eso que Lacan subraya que para Bentham “*fictitious* no quiere decir ilusorio o engañoso”.

Por el contrario, en el empleo que el filósofo inglés hace de “ficticio”, Lacan reconoce el mismo sentido que él le otorga en su afirmación de que “la verdad tiene estructura de *ficción*”. Y es sabido el valor que Lacan le otorga a esta verdad “ficcional”: señuelo, si se quiere (en tanto no hay la “Verdad” última que perseguimos: pensemos en las versiones sucesivas del recuerdo encubridor)... pero con un poder determinante en tanto organizador de la relación del sujeto con el mundo. Tan determinante como puede serlo el mismo inconsciente. Recordemos, en ese sentido, su afirmación de que “el inconsciente es un dejar hablar a la verdad” (Lacan, 1965/1980a). A tono con nuestra convocatoria, podríamos decir: “es un dejar hablar a aquellas ficciones que para el sujeto revisten estatuto de verdad”.

Es por ello que en el curso de su análisis del pensamiento de Bentham, Lacan irá remitiendo progresivamente la noción de “ficticio” a su concepto de “orden simbólico”. En particular, en lo que se refiere al poder que le asigna para organizar y modelar la escena –ficticia, como toda escena– a la vez singular, pero históricamente condicionada, en la que el sujeto recorta y enmarca aquel fragmento de lo real, que entonces puede reconocer y aprehender como “su mundo”.

Abordada desde esta perspectiva, la noción de *ficción* encuentra también su lugar en una sugerente referencia de Borges (1952/1996). Recordemos que, citando a S. Coleridge, Borges afirma que los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Para estos últimos, nos dice, “las clases, los órdenes y los géneros *son realidades*”, y proporcionan “un mapa del universo”. Son, por supuesto, construcciones del lenguaje (las clases, órdenes y géneros no son un producto natural), pero no por ello constituyen artificios meramente “ilusorios y engañosos”. Es por ello que podemos reconocer, en ellas, a las ficciones de Bentham y de Lacan, con su poder modelador y aun más, autenticador de aquello que reconocemos como “la realidad”.

Quienes han logrado –hasta aquí– sustraerse al sopor de la lectura... habrán percibido las resonancias freudianas de este poder autenticador de la realidad. Son las que nos permiten inscribir nuestras ficciones en la misma línea de pensamiento que llevé a

Freud (1921/1986b), en un momento de su reflexión, a ubicar en el Ideal la función del *examen de realidad*.

Es una hipótesis que se conjuga muy bien con la observación que hacemos a diario en nuestros consultorios: el neurótico no puede ver más allá de sus propios prejuicios. Esos mismos prejuicios, sostenidos en rasgos del ideal, que recortan, seleccionan y organizan –platónicamente– las figuras visibles de su realidad, sobre un fondo rechazado de invisibilidad.

Podemos darle ahora un mayor espesor a nuestra afirmación inicial, de acuerdo a la cual las palabras de M. France habían conmovido una ficción profundamente arraigada en muchos de nosotros. Equivale a decir que sacudieron un prejuicio sólidamente instalado (también en la franja de la comunidad analítica no perteneciente a la IPA), de acuerdo al cual la especificidad constitutiva de la IPA como asociación, y aun más: los elementos determinantes de lo que la IPA reconocería como especificidad psicoanalítica en una *talking-cure*, estarían dados por la obediencia a los *standards* de Eitingon.

Se trata de un prejuicio sostenido en el movimiento silencioso por el cual los *standards* se han deslizado en el imaginario de muchos colegas al lugar señalado por la primera acepción del término inglés: “estandarte” o “emblema”. En él reconocemos al rasgo del ideal en torno al que se constituye el grupo: en nuestro caso, el grupo analítico... pero en tanto formación de masa. Es comprensible entonces que en este contexto de interrogación –la masa analítica– cualquier cuestionamiento de los *standards* resulte inquietante y –en el extremo– promueva fantasías de disolución. El rigor de esta lógica de masas alienta entonces la reticencia y, aun más, la resistencia de muchos de nuestros colegas a debatir en profundidad el efecto facilitador u obstaculizador que la fidelidad a los *standards* imprime a los análisis de formación.

Mi impresión, también, es que en segmentos importantes de nuestras instituciones se ha configurado en torno a los *standards* un fenómeno afín con lo que Haydée Faimberg (2004) describe como “idolatría”. Esto es, el estatuto particular que puede adquirir en el psiquismo del analista “un texto, una idea o una concepción particular de nuestro trabajo” (cursivas mías), cuando sus contenidos están al servicio de “organizar nuestra identidad”. En estas situaciones, precisa Haydée, “ciertos discursos, en boca del paciente o en boca de otro analista”, pueden despertar angustia al suscitar “un temor inconsciente a poner en riesgo una filiación analítica particular, explícita o implícita”. Algunas controversias teóricas –concluye Haydée– pueden en este contexto ser vividos como “una amenaza para el ser del analista”.

Si –en efecto– los *standards* han sido promovidos inadvertidamente a la condición de rasgos identificatorios en torno a los cuales muchos de nuestros colegas consolidan su identidad analítica (individual y grupal)... se nos hace más comprensible la *sorpresa paulista*

y, más allá de ella, que la determinación de IPA del 2007 haya tenido y siga teniendo hasta ahora dificultades para ser cabalmente registrada.

¿Es “enseñable” la posición analítica?

Me voy a referir ahora a una ficción con grados variables de presencia en nuestras instituciones: puede expresarse en distintas formulaciones, en general articuladas con lo que se suele entender entre nosotros como “formación teórica”. En el extremo, se la puede enunciar en términos de que *la posición del analista sería susceptible de ser “enseñada”*. Esto es, que sería factible una adquisición operativa del saber psicoanalítico, con prescindencia de aquellos cambios de posición subjetiva que hacen posible sostener el lugar del analista, y que sólo puede brindar el tránsito por un análisis de formación.

En nuestro contexto cultural, la difusión de esta ficción se ve facilitada por el prestigio creciente del modelo universitario de enseñanza, y se expresa en la oferta cada vez más abundante de maestrías, diplomaturas y cursos de especialización que toman al psicoanálisis como objeto de estudio. Es un proceso del que nuestras instituciones también participan, y cada vez más decididamente: movidas –entre otras razones valederas, que Abel Fainstein (2013) desarrolla en profundidad– por la expectativa de promover transferencias genuinas con nuestra disciplina, también en los poblados claustros universitarios. Esto sucede aun cuando en los hechos se constata (en particular entre las nuevas generaciones de graduados) que esta oferta en “formato universitario” suele entrar en competencia con la formación analítica “tradicional”.

Una competencia “desleal”, podríamos agregar. En tanto seduce a quienes se inician –parafraseando a Zygmunt Bauman (2006)– con la propuesta de un compromiso más *líquido*. Esto es, un compromiso que permitiría sortear los costos económicos, pero también –en estos tiempos urgentes– la morosidad propia del requisito “anacrónico” del análisis personal, evadiendo a la vez el anclaje *sólido* en el “vértice” (Bion) que singulariza nuestra clínica, y que hace de ella “una terapéutica que no es como las demás” (Lacan, 1955/1980b, p. 92). El corpus teórico psicoanalítico queda así equiparado a una más entre las tantas destrezas y técnicas que provee la universidad, al compás de las exigencias de una época empeñada en la promoción de ese hombre unidimensional y “sin atributos” que inquietaba a Robert Musil (2004).

Mencionábamos más arriba el prestigio creciente del modelo universitario, que respalda la ficción que estamos abordando. Es un prestigio que circula en muchas ocasiones “naturalizado”, limitando entonces las posibilidades de formular una mirada crítica que responda por la especificidad de nuestra disciplina. Y que permita a la vez incorporar –por ejemplo– el análisis de los efectos epocales cada vez más determinantes del discurso universitario sobre los procesos de constitución de subjetividades (Lacan, 1970/1992), así como sus efectos disciplinantes y se-

gregativos en el campo de los saberes, de los que ha dado cuenta Michel Foucault (1976/2000). Una de sus consecuencias, la desaparición de la figura del “sabio aficionado” –de fuerte presencia en los siglos XVIII y XIX, y con tantas resonancias con el lugar social del psicoanalista– no deja de ser una advertencia en relación a los efectos potenciales de la antinomia entre discurso analítico y discurso universitario...

Por supuesto que no se trata de cuestionar *toda* relación entre las instituciones psicoanalíticas y la universidad. Esa relación transcurre ya –de hecho– y resulta además *inevitable*: por el imperio de las mismas condiciones de selección y reconocimiento que la universidad impone en el campo de los saberes, y que amenazan con su lógica de exclusión a aquellos que quedan en sus márgenes.³

Ahora bien: aun cuando inevitable, esa relación puede sin embargo transitar carriles muy diferentes. El trabajo ya citado de A. Fainstein lo analiza exhaustivamente, y eleva a la condición de paradigmáticos los caminos hasta ahora diseñados por la Asociación Psicoanalítica Argentina, por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay y por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. De su texto se desprende con claridad que cada uno de ellos comporta riesgos y obstáculos de diferente envergadura en lo que se refiere a la apuesta de nuestras instituciones por la difusión del psicoanálisis.⁴

No es el punto en el que me voy a detener; me interesa en cambio subrayar aquí la importancia de plantear nuestra relación con la universidad *desde una posición más advertida de sus riesgos*. En particular respecto a los efectos de rebote sobre nuestros dispositivos de formación. Me refiero a los “efectos de rebote” –que alimentan las diferentes versiones de la ficción que nos ocupa– de la lógica expansiva y englobante propia de los modelos de enseñanza universitaria.

Podemos registrar los efectos pregnantes de esta lógica, por ejemplo, en el pulular de propuestas orientadas a encuadrar la producción escrita psicoanalítica (y no sólo la de los colegas en formación) en el marco de las exigencias propias del *canon* universitario.

Podemos registrarla, también, en una preocupación que circula con insistencia en nuestros Institutos, de acuerdo a la cual no se podría completar la formación analítica sin haber estudiado en su transcurso algunos textos, conceptos o autores considerados fundamentales. Desde esta perspectiva, se entienden los recelos y cuestionamientos que despiertan los dispositivos de libertad curricular, que –para algunos– podrían admitir y hasta alentar recorridos de la formación que omitieran esos escalones básicos.

3. “[La universidad] ... ejerce su papel por la especie de monopolio de hecho, pero también de derecho, que hace que un saber que no haya nacido, que no se haya formado dentro de esa suerte de campo institucional –de límites relativamente fluctuantes, pero que constituyen en líneas generales la universidad y los organismos oficiales de investigación– el saber en estado salvaje, el saber nacido en otra parte, quede, de entrada y de manera automática, no digamos que totalmente excluido, pero sí al menos descalificado a priori” (Foucault, 2000, p. 171).

4. Luis Campalans Pereda (2012) encara el mismo análisis, aun cuando difiere parcialmente con A. Fainstein en la valoración de los riesgos involucrados en cada uno de los modelos.

Mi impresión es que es conveniente abordar esta problemática a partir de subrayar la diferencia entre un *modelo universitario de enseñanza*, y lo que entendemos más precisamente como un *proceso de formación analítica*.⁵ Seguramente es desaconsejable el intento de aprobar una materia universitaria sorteando el estudio en profundidad de una de las unidades temáticas que forman parte de su programa. Es igualmente difícil de concebir que alguien pueda lícitamente obtener un título universitario sin haber aprobado debidamente, y en la secuencia prevista, todas las materias de la *currícula*.

Pero la responsabilidad que tienen por delante nuestros Institutos es distinta: lo que jerarquizamos es la creación del marco más adecuado para promover –en quienes recurren a nosotros– aquellas *transformaciones subjetivas* necesarias para adquirir un *saber hacer con el propio inconsciente* (una “purificación” del propio inconsciente, decía Freud, 1912/1986a) que permita sostener la posición de analista.

Es por eso que insistimos en la importancia de nuestro clásico trípode, y es por eso también que (aunque no siempre lo explicitamos) no valoramos *igualmente* el peso de sus tres componentes. Desde Freud en adelante, una de las pocas (si no la única) coincidencia implícita entre las distintas corrientes e instituciones analíticas, ha sido y sigue siendo la de *privilegiar la importancia del análisis de formación* en el proceso de devenir analista. Privilegio que en algunos modelos formativos puede equipararse, tal vez, al otorgado a las supervisiones... pero que es claramente diferente al lugar segundo que concedemos a la enseñanza teórica.

Y sin embargo, una y otra vez, retorna esta idea sobre la que creo conveniente seguir reflexionando. Mi impresión es que su insistencia responde a la incidencia y al prestigio cada vez más fuerte en todos nosotros del modelo universitario, con su concepción sistematizada, progresiva y secuencial de la enseñanza y del aprendizaje, así como con sus *standards* de excelencia. Pero, sobre todo, se trata de una alternativa sostenida en la ilusión de que la teoría psicoanalítica constituye un cuerpo de saber *unificado, coherente y sistemático* (volvemos sobre esto), que por eso es susceptible de ser aprehendido por un programa de estudio adecuado. Un saber que podría (al igual que en ciertas “técnicas”) sostener y garantizar por sí mismo el ejercicio correcto de nuestra práctica.

Es en el contexto de esta ficción que cobra fuerza la idea de que sin la lectura del texto X o sin el manejo adecuado del concepto Y, se configura una suerte de agujero negro en la formación de un futuro analista. Pero... ¿acaso estamos convencidos realmente de que un

5. Es una línea divisoria de aguas sobre la que ha llamado la atención enfáticamente Madé Baranger (2003): “La formación analítica nunca se puede confundir con un modelo universitario. Desconocer esta aporía redundante en banalización y superficialización del psicoanálisis, alejándolo cada vez más del inconsciente, transformando en recuerdo intelectual lo que alguna vez fue descubrimiento” (p. 1048).

analista que no haya estudiado, por ejemplo, los escritos metapsicológicos, se desempeñaría en su práctica clínica peor que otro colega que sí los habría estudiado concienzudamente? (Otro tanto podríamos decir en relación a la topología borromea desplegada por Lacan, al concepto de *holding* winnicottiano, a la grilla de Bion...).

Mi impresión es que no es ese el criterio que empleamos cuando, por ejemplo, nos ocupamos seriamente de una derivación para alguien de quien nos sentimos responsables. Es que todos compartimos la intuición de que la pericia clínica de un analista no es una variable que dependa de su erudición, y por lo tanto no está condicionada por la cantidad de páginas leídas que pueda acreditar.

A mi modo de ver, esta perspectiva que estamos considerando supone una *sobrevaloración del papel del saber teórico* en la determinación de la práctica del analista. Los desarrollos de Edward Glover (1931/1970) pueden ayudar a redimensionarlo. Glover escribe en una época sacudida por la irrupción de lo que él llama “nuevos códigos interpretativos” (aquellos aportados por Melanie Klein), cuya eficacia constataba... y que lo llevaban a plantearse imperativamente las razones de la eficacia de las prácticas previas, *que los ignoraban*. ¡Entre ellas, nada menos que la freudiana! En otros términos: sin el recurso a la interpretación de las fantasías esquizoparanoides que recién ahora estamos conociendo— podía preguntarse Glover— ¿cómo se las arreglaron sin embargo los analistas que nos precedieron para conducir eficazmente sus curas?

La objeción fuerte (y “reikiana”, si recordamos el epígrafe) que me despierta la idea que estamos sopesando es, entonces, que la posición del analista no está sostenida en una cuota (por importante, exhaustiva o sistematizada que fuera) de saber *aprendido*. Es por eso que *no puede cabalmente enseñarse*, ni con la mejor secuencia concebible de seminarios obligatorios: *se transmite*, en cambio, como un efecto del análisis de formación, y se “pule” y perfecciona como un efecto, también, de la práctica de supervisión.⁶

Freud (1930/1979b) ha dado cuenta de un uso discriminado de estos dos conceptos al destacar que mientras la *teoría* del análisis es susceptible de *enseñanza*, la *experiencia* del análisis, en cambio, se articula con la *transmisión*. La polaridad enseñanza-transmisión echa luz entonces sobre una dimensión de la experiencia que no permite una aprehensión integral desde la teoría. Esta dimensión rebelde a los intentos de sistematización... constituye precisamente la marca de la incidencia del inconsciente en el proceso de forma-

6. Sólo evoco aquí la polaridad entre los conceptos de enseñanza y transmisión, que abordé más detenidamente en la sección *Vórtice*, de la revista *Calibán*, n°1. Agrego solamente que se superpone con la tensión entre las nociones de *training* analítico y *formación* analítica, que Fernando Weissmann nos ha referido que es fuente de enconados debates entre los colegas estadounidenses y franceses en el *Board* de Enseñanza de IPA (comunicación personal). La primera de ellas tiende a concebir el psicoanálisis como una destreza técnica susceptible de ser incorporada, con prescindencia de aquellas transformaciones en el ser más íntimo del practicante que resuenan —en cambio— en la noción de formación.

ción analítica. Y así como la mejor explicación de un chiste es incapaz de hacernos reír... la enseñanza más sistematizada de nuestra disciplina carece del poder de convicción en la existencia del inconsciente que sólo puede brindar la *experiencia* del mismo en el curso de un análisis.

Agreguemos que la noción de transmisión se inscribe en una antigua tradición, evocada inicialmente por Lacan (1953/1985) con su referencia a las *artes liberales*, y cuya genealogía ha trazado más recientemente Foucault (1982/2002). Es la tradición de la *espiritualidad*, en la que Foucault inscribe al psicoanálisis: aquella sostenida en la convicción de que el sujeto, *tal como es*, resulta incapaz de acceder a la verdad. Ningún acto de conocimiento podría por sí mismo permitir ese acceso, si no resultara acompañado por una *mutación* en el ser mismo del sujeto: aquella –ni más ni menos– que esperamos del análisis de formación.

La perspectiva que Foucault llama “moderna”, en cambio, es otra: se esfuerza por precisar las condiciones metodológicas *internas* al proceso de conocimiento que permitirían el acceso a la verdad, desentendiéndose de las mutaciones subjetivas que la harían posible. Es el momento a partir del cual se torna innecesario ese preliminar lógico, imprescindible para la espiritualidad, que es la mutación subjetiva. Y en el que se sientan las bases para la autonomización de lo que hoy entendemos como “formación teórica”. Es una distinción que nos puede ayudar a discriminar –en el proceso de formación de analistas– entre una perspectiva sostenida en la dimensión *artesanal* de la transmisión, y otra (más afín al discurso universitario) sostenida en cambio en los efectos a escala *fordista* de enseñanza.

La tesis de Foucault es que en el corazón mismo del psicoanálisis podemos reencontrar el nexo que lo liga con la espiritualidad. Más precisamente, en la pregunta por el *precio* que el sujeto debe pagar –en términos de transmutación del propio ser– para hacer posible el acceso a la verdad. En nuestra jerga –que por supuesto no es la de Foucault– esta problemática aparece formulada, por ejemplo, en torno a la cuestión de la caída de identificaciones y el levantamiento de represiones, que aproximan al sujeto a “su” verdad inconsciente y definen el progreso de la cura.

La exhaustividad de este proceso –en definitiva, un saldo y una medida de la eficacia del análisis de formación– responde por los grados de autonomía que el sujeto puede obtener respecto de su libretto edípico. Se trata, en el extremo, de los márgenes de autonomía que lo habilitarán –como analista– para salir al encuentro del “ser verdadero” (Lacan, 1960/2003) de su analizante. Esto es, para desprenderse del goce derivado del atrapamiento de la singularidad absoluta del Otro, en las redes de los propios *clichés* edípicos residuales. Se trata de un movimiento –volveremos sobre esto– íntimamente ligado al *proceso desidentificador* que el análisis de formación debería

ayudar a consumir. Una tarea de la que no puede ser relevado por el efecto iluminante de ningún “aprendizaje”...

Una ficción “universitarizante”

Voy a servirme de una feliz coincidencia temporal, para abordar otra formulación de la ficción a la que nos venimos refiriendo (en realidad, ya tropezamos con ella en el curso de nuestro recorrido). Pero vayamos a la coincidencia: ocurre que nuestro Congreso de FEPAL del 2014 se superpone con el 40º aniversario de un documento que ha contribuido en mucho a definir el perfil actual (y seguramente el futuro) de la Institución de la que soy miembro: la A.P.A. Se trata del *Manifiesto* de 1974, redactado en ese entonces por Jorge Mom, Madé y Willi Baranger (1974/1982).

En otro lugar (Cabral, 2002) me referí a sus alcances, y sobre todo a aquellos de sus aspectos que continúan hoy siendo resistidos. Aquí me quiero detener en una formulación cuya actualidad no deja de sorprender:

La *aparente* aceptación de un pluralismo ideológico en nuestra Institución entra en flagrante contradicción con el principio implícito que rige nuestra enseñanza: que el psicoanálisis se puede *enseñar* como un *cuerpo conceptual y teórico coherente y constituido*. Si renunciamos a esta *ficción* cabe que introduzcamos una modificación estructural en nuestro sistema de enseñanza [cursivas mías]. (Cabral, 2002, p. 438).

Como vemos, los redactores del *Manifiesto* parecen compartir el carácter estructurante y organizador que otorgamos a las ficciones, y que hacen de ellas mucho más que concepciones meramente engañosas o equivocadas. Al punto de considerar la renuncia efectiva a la ficción que cuestionan, como un preliminar lógico y necesario en el camino de promover “modificaciones estructurales” en el sistema de enseñanza vigente en ese entonces. Los autores parecen tener claro, también, que explicitar una ficción hasta ese momento *implícita*, esto es, permitir –parafraseando a Freud– su ingreso “a la gran corriente asociativa” del debate institucional, puede contribuir a erosionar la subsistencia de su eficacia, alimentada por su condición de invisibilidad.

Mi impresión es que sigue pendiente entre nosotros la renuncia a la *ficción* de que es posible “enseñar” el psicoanálisis como un saber “coherente y constituido.” Una ficción que, ya en 1974, distaba de ser novedosa... Resulta sugerente, en ese sentido, que Franz Alexander (1985) –responsable del área de seminarios del Instituto de Berlín– en su contribución al volumen conmemorativo de su décimo aniversario, recordara los reparos freudianos orientados a evitar que la nueva disciplina, “presionada por las necesidades de su propia enseñanza”, pudiera ser prema-

turamente fijada por una “sistematización escolástica” que contribuyera a su “esclerosis”.

En ese impulso temprano a la “sistematización escolástica”, que ya despertaba recelos en Freud, podemos reconocer las marcas también tempranas del empuje a la (me permito aquí un neologismo) “universitarización” del saber psicoanalítico. Un empuje que en nuestros días es aun más intenso, a tono con “el ascenso al *cenit*” del discurso universitario: una de las marcas epocales que especifican al “giro cultural” contemporáneo (Jameson, 1999).

El vigor renovado de la ficción que estamos considerando reconoce entonces un disparador *exógeno* al movimiento propio de nuestra disciplina. Podríamos decir incluso que este impulso a la “conversión universitaria” (Campalans Pereda, 2012) del saber psicoanalítico se ubica *a contracorriente* de ese movimiento interno. Un movimiento cuya dirección aparece designada por una confluencia llamativa entre analistas de muy distintas filiaciones transferenciales e institucionales, que coinciden en destacar el *carácter plural* del psicoanálisis contemporáneo. En ese sentido se han pronunciado J. A. Miller (2003), fundador de la AMP, J. Allouch (2003), presidente de la ELP, y varios años antes R. Wallerstein (1988), por ese entonces presidente de IPA.

Me interesa destacar que en este contexto, la ficción homogeneizante de un “cuerpo conceptual coherente y constituido”, se corresponde con la ilusión de un *common ground* que reniega de la condición multidialectal, controversial e incluso antagonica que define en la actualidad a nuestro *corpus* teórico.

Es un hecho que la caída de esta renegación lleva a algunos colegas a deplorar melancólicamente la “babelización” actual de nuestra disciplina. Pero su estatuto de archipiélago (des)integrado en una multiplicidad de islotes... es probablemente la condición que mejor responde por el carácter descentrado, evanescente y a-conceptual del inconsciente. Al que podemos, por cierto, arrancarle retazos de saber (no otra cosa constituyen las distintas corrientes analíticas), que subsistirán sin embargo rebeldes –afortunadamente– a todo intento de “fijación esclerosante”. Esto es, a construir con ellos un todo sistematizado, congruente con las exigencias de enseñanza propias del modelo universitario.

Admitir, en cambio, su autonomía conflictiva, abre la posibilidad de alentar un trabajo sobre nuestras diferencias, familiarizando a nuestra membresía con un multidialectismo que –aun aceptando zonas de inconmensurabilidad– enriquezca tanto su escucha clínica como sus posibilidades de interesarse en los testimonios de colegas que sostengan otras transferencias que las propias. Y que aporte, por esa vía, al trabajo de elaboración de las vertientes idealizadas de la transferencia con los propios maestros: un trabajo a ser consumado electivamente –lo retomaré más adelante– en el propio análisis de formación.

Es una perspectiva que entusiasma a quienes estamos persuadidos de que el porvenir del movimiento psicoanalítico no es responsabilidad excluyente del círculo de seguidores, por amplio que fuese, de tal o cual autor post-freudiano. Y que, por eso mismo, consideramos imprescindible alentar las condiciones y los dispositivos que nos permitan capitalizar los réditos (y dejar de lamentar los inconvenientes) de la dispersión propia de ese “psicoanálisis en plural” que constituye el rasgo actual de nuestra disciplina.

Lealtades, razón psicoanalítica y razón institucional

Pero recuperemos el hilo de la observación de Foucault, que enfatizaba las adherencias del psicoanálisis con el campo de la espiritualidad y sus requisitos iniciáticos de conversión subjetiva. Foucault agrega que el psicoanálisis, en su corta historia institucional, no logró conceptualizar *en forma explícita* la relación orgánica que lo liga con la espiritualidad. Y señala la consecuencia de este *déficit*: la tendencia a sustituir la cuestión de las transformaciones subjetivas necesarias para acceder a la verdad, por criterios de *pertenencia* a un grupo.

La tendencia apuntada por Foucault resulta convergente con el diagnóstico de Bernfeld (1952), cuando señala (coincidiendo con otros analistas postfreudianos) que las ricas controversias suscitadas desde un comienzo por la formación analítica tendieron históricamente a ser simplificadas y relegadas –después de la creación del Instituto de Berlín– por la garantía depositada en la pertenencia a una escuela o institución, en tanto estas respetaran cierto *canon*. Y es aquí donde nos reencontramos con nuestros conocidos *standards*.

La consecuencia de reducir el espesor de estas problemáticas a estrechos *criterios de pertenencia*, no fue otra –nos dice Foucault– que el olvido en la teoría psicoanalítica de las relaciones entre sujeto y verdad. Con las consecuencias –como veremos– que ello acarreo sobre la práctica: el embotamiento de su eficacia y su deslizamiento gradual hacia distintas modalidades de sugestión y adoctrinamiento.

José Bleger (1969), en un texto que sigue resultando provocativo, entrevistó también los efectos de este repliegue perezoso en los criterios de pertenencia al señalar que:

...en las organizaciones los aspectos formales van ganando terreno y así resulta que el psicoanalista se define como “el profesional incluido en el *Roster* de la Asociación Psicoanalítica Internacional”, el psicoanálisis como “aquello que se enseña en sus Institutos”, un miembro titular como a aquel que “transcurridos x años y presentado...”. Y la formalización desemboca en la burocracia. (p. 301)

En esta perspectiva por cierto inquietante, recuperar la distinción entre *análisis de formación* y *análisis didáctico* permite reabrir estas ricas controversias –clausuradas prematuramente– a las que se refería

Bernfeld. Se trata, en mi opinión, de restarle al didáctico y a los parámetros que lo definen el valor de respuesta última a los desafíos planteados por el análisis de formación. Reubicarlo, entonces, como *una* de las tantas respuestas posibles –históricamente determinada y por eso mismo contingente⁷– pueda contribuir a evitar el deslizamiento que denunciaba Foucault, y sobre el que alertaba Bleger.

En la misma dirección apunta el esfuerzo por desanudar los *standards* de su lugar de *estandartes*. Mi impresión es que es un preliminar necesario para abrir un debate sobre su pertinencia, no acotado por tabúes ni preconcepciones, en la perspectiva de optimizar la eficacia del análisis de formación. Un debate –a la vez– que no quede esmerilado en sus alcances por el efecto de aplanamiento que se desprende de su reducción a criterios meramente cuantitativos. En esas circunstancias, el debate tiende a cobrar la forma de una controversia teológica, cuando no de una guerra entre religiones. Es lo que ocurre cuando se lo concibe como una contienda entre los creyentes en la frecuencia de 4, de 3 o de 2 sesiones semanales, como caminos excluyentes de la formación -erigida en el lugar de *versión moderna de la salvación*, en este deslizamiento.

Los colegas M. Viñar, C. Fulco, C. Uriarte y M. Casas de Pereda, en 2005, al exponer los fundamentos del modelo uruguayo de formación, hacen resonar este deslizamiento cuando señalan:

Como [en el modelo uruguayo] el análisis es personal y extra institucional, teóricamente la autoridad institucional no conoce la frecuencia semanal en que se desarrolla [...]. El consenso que deriva de nuestra experiencia, tan válido o solipista como los *fundamentalistas* de la *alta frecuencia* es que estas condiciones de trabajo en su flexibilidad, permiten la regresión y los aspectos más resistidos de la transferencia, con las mismas posibilidades de éxito o fracaso, que con la imposición de alta frecuencia instituida como *standard* obligatorio [cursivas mías]. (“Después de Berlín”, 2011, p. 126).

Esta controversia puede recuperar en cambio su espesor conceptual en la medida en que se instale sobre el filo cortante de la pregunta por *los fundamentos que determinan la especificidad psicoanalítica* de una cura. Es una pregunta que permite desandar el olvido institucional de nuestro nexo con la espiritualidad. Es una pregunta, también, que –por su misma envergadura– hace más visible la pequeñez perezosa de aquellas respuestas centradas en aspectos formales o cuantitativos del encuadre, que remedan las definiciones burocráticas a las que aludía irónicamente Bleger. Me interesa destacar en cambio

7. “No deja de ser sorprendente, y quizás escandaloso, que se mantenga como modelo *sine qua non* para el psicoanálisis y su enseñanza los *standards* establecidos en 1919 por Eitington en Berlín [...] Tal vez hubiera podido inventarse otro sistema igualmente valedero” (Baranger, 2003, p. 1043).

la dirección en la que se inscriben propuestas de distintos autores, que –más allá de sus diferencias– parecen sin embargo respetar las dimensiones de la pregunta que intentan responder.

Entre los muchos eslabones de una serie que seguramente puede ampliarse, voy a mencionar tan solo la noción de “vértice analítico” (Bion), discriminado de otros posibles vértices que pueden precipitar efectos de “torsión”; la propuesta de formalización del “discurso analítico” (Lacan), en tanto sostenido en una lógica singular que lo diferencia de la que es propia de otros discursos; y la propuesta de deconstrucción del encuadre analítico sugerida por Green, que apunta a precisar mejor los resortes de su especificidad, así como de la eficacia que promueve.

Reparemos en que –aun en su heterogeneidad– estas tres propuestas comparten el gesto de *eludir la identificación del practicante con ciertos conceptos teóricos* –sean cuales fueran– como alternativa para definir la especificidad psicoanalítica de una práctica. Esta queda definida, en cambio, por la particularidad de la posición o escucha del analista –para lo cual cada propuesta fija sus propias coordenadas. Es un gesto que se orienta a contracorriente del impulso a la “conversión universitaria”, y de la sobrevaloración del saber teórico que –como hemos visto– le es inherente. Una sobrevaloración a la que por momentos sucumbió el mismo Freud: recordemos sus esfuerzos por fundar la condición psicoanalítica de una práctica en conceptos promovidos a la condición de *shibboleths*...

Pero detengámonos por un momento en la propuesta de Green. En forma concurrente con otros autores, que han abordado la misma problemática con otras herramientas conceptuales, Green distingue en el encuadre analítico dos planos: los llama *matriz activa y estuche*.

La primera, fundada en la observancia de las reglas de la asociación libre y la atención flotante, define para él la especificidad del diálogo analítico. Distribuyendo *posiciones subjetivas muy precisas* –que permiten sostener ambas “reglas”– entre los dos *partenaires*. El estuche, por su parte, corresponde al aspecto variable del encuadre e incluye, entre otros aspectos, la frecuencia de sesiones. La flexibilidad del estuche permite su adecuación a los requerimientos siempre variables de la clínica: más que afectar –es la preocupación de ciertas ortodoxias– en realidad preserva la eficacia de la matriz activa, comprometida en cambio por la rigidez del *packaging*.

En la reciente reunión de Institutos de Psicoanálisis de FEPAL, T. Devoto (“Cambio cultural”, 2011, p. 118) recordó oportunamente la posición de J. Sandler: “El psicoanálisis es aquello que practican los analistas”. Su coincidencia con una conocida formulación de Lacan (1955/1980a): “Un psicoanálisis es la cura que se espera de un psicoanalista” (p. 340), es tanto más sorprendente cuanto divergentes son los presupuestos teóricos de ambos autores. En nuestra perspectiva, diríamos que ambas formulaciones transmiten una confianza idéntica en el *saber-hacer* del analista, que le permitiría preservar la

especificidad de la experiencia, instrumentando modificaciones del estuche al compás de las exigencias contingentes de la clínica.

Es una perspectiva que confluye con la propuesta de desplazar los *standards* del lugar de “modelo *sine qua non*” –diría Madé– para especificar qué es una cura psicoanalítica. Y que permite también hacer más visibles los fundamentos de lo que en otro lugar (Cabral, 2012) evoqué como la *paradoja* propia del análisis didáctico. Desde un comienzo, éste estuvo marcado por un *plus* de expectativas frente a los análisis corrientes: al estar dirigido a la capacitación de futuros analistas, se esperó siempre de él *algo más* que una mera resolución sintomática. Y en los *standards* (en el “estuche *standard*”) se depositó la garantía de este *plus* de eficacia.

Pero a la vez (y aquí reside la paradoja) son múltiples los testimonios de analistas de distintas orientaciones que dan cuenta de un desencanto notorio en relación a estas expectativas, y que se expresan –por ejemplo– en el anhelo de que los didácticos trasciendan “las dificultades generadas por su propio marco, para hacerlos más ‘psicoanálisis comunes’” (Galli, Martinto de Paschero & Solvey, 1984). O en la observación de O. Mezan (1991): “Los propios procedimientos destinados a asegurar la buena formación del psicoanalista poseen la capacidad de perjudicarla o distorsionarla gravemente” (Weissman, 2002, p. 300). La paradoja del análisis didáctico parece ilustrar entonces la sabiduría que encierra la vieja advertencia del refranero español: “que lo mejor no conspire contra lo bueno”.

Son, seguramente, estas consideraciones las que llevaron a Ralph Greenson a emitir su juicio lapidario, que ubicaba en el didáctico “el factor más distorsionante y perturbador del desarrollo y el progreso del psicoanálisis” (Dubcovsky, 1981, p. 18). En su perspectiva –diríamos nosotros– más que un análisis *de formación*, el didáctico supondría... una *deformación* del análisis.

Arminda Aberastury (1959) participaba de este criterio, al punto de considerar al didáctico un “*enemigo de la tarea de curar*”. Ángel Garma (1959) comparte esta opinión y la atribuye, como otros autores, a la distorsión implícita en el hecho de que el didáctico, a diferencia de los análisis corrientes, “es *impuesto* por las normas de la formación”.

Del lado del candidato –es la tesis de Garma– esta imposición tiende a promover una burocratización de su demanda de análisis: en tanto promueve su subjetivización en términos de “un requisito más con el que hay que cumplir” para completar la “carrera” de analista. Mi impresión, sin embargo, es que los efectos de esta imposición *son aun más determinantes del lado del didacta*. La lealtad que se le exige a los *standards* institucionales, acota su aptitud para flexibilizar el estuche de las curas que conduce, a tono con las contingencias de la clínica. Y es claro que un estuche rígido realiza a la perfección la imagen y los efectos del lecho de Procusto...

El analista que conduce un análisis de formación que en virtud de las exigencias institucionales debe ajustarse a un “estuche”

pre-establecido, queda expuesto entonces a *dos lealtades* no necesariamente coincidentes. Por un lado, aquella que se desprende del mandato institucional; por el otro, la que le prescribe su ética, en tanto psicoanalista. Privilegiar una u otra observancia, constituye una encrucijada no siempre reflexionada en nuestros Institutos. Uno de los senderos que surgen de esta bifurcación desemboca en la formación de profesionales comprometidos prioritariamente con la ética psicoanalítica. El otro –y tenemos mucho para aprender aquí de los desarrollos de Max Weber sobre la burocracia– juega sus fichas a la reproducción de funcionarios útiles a la *razón institucional*.

Bernfeld (1952) nos recuerda, al respecto, cómo Freud mantuvo siempre sus análisis de formación libres de toda regla o requisito administrativo, pese a la consternación y el embarazo de las “autoridades” (como las llamaba irónicamente) del Instituto de Berlín. Sus curas no constituían entonces, en rigor (y afortunadamente), análisis “didácticos”.

Reencontramos aquí la misma posición freudiana de autonomía (ahora en relación al Otro *institucional*) que le permitió sostener su práctica aun en las difíciles condiciones del “espléndido aislamiento”. Nos permite palpar que la lealtad a los *standards* institucionales reclamada históricamente al analista didacta, se constituye en un obstáculo para el ejercicio de su función... en la medida en que el analista no haya consumado *en su propio análisis* ese “abandono de la casa paterna” (Freud, 1927/1979a) que lo instala en una posición de *extranjera*.

Es la posición que le permite sostenerse en tanto analista, aun prescindiendo de las identificaciones por las que se reconoce como *miembro de* una institución o un grupo. Porque esta modalidad de pertenencia tiene un costo: la sumisión a la exigencia de *lealtad* derivada de la identificación a los *estandartes* institucionales.

Es por ello que la puesta a punto de la subjetividad del analista que esperamos del análisis de formación presupone, también, la aptitud para trasponer el registro identificatorio. Es lo que permite al (futuro) analista servirse, sí, de sus filiaciones transferenciales, y aun de sus pertenencias institucionales... sin convertirse por ello en su sacerdote. En los términos de nuestro encuentro previo de FEPAL: servirse de sus tradiciones, resguardando a la vez ese espacio para la invención *que las preserve de la ritualización*.

Es, también, lo que puede habilitarlo(nos) para operar como obstáculo⁸ al proceso de fijación esclerosante señalado por Bleger en nuestras instituciones:

Hay por lo menos ciertos aspectos de la organización psicoanalítica que –no me queda ninguna duda– los he visto funcionar de igual manera en partidos políticos extremos que

8. En algún lugar, W. Benjamin hace el elogio de la función del “agente retardador” en algunos cursos históricos ineluctables.

llegan a una ortodoxia cerrada, impermeable, que se ha traicionado a sí misma en sus objetivos y en los que *el objetivo de perdurar como organización* ha sobrepasado totalmente a los objetivos primigenios para los cuales la organización política empezó a constituirse [cursivas mías]. (Bleger, 1969, p. 302).

Nuestro recurso para evitar que el designio anquilosante del “perdurar como organización” termine asfixiando nuestra apuesta a la difusión del psicoanálisis, sigue siendo la puesta a punto del deseo del analista. Es el saldo que esperamos de nuestros análisis de formación: tanto más cuanto menos embotada quede su eficacia por el peso de la razón institucional. Es con ese sostén que podemos apropiarnos de las palabras de Cervantes, quien ya desahuciado por los médicos y un día después de recibir la extremaunción, escribía porfiadamente al Conde de Lerma: “Y con todo esto, llevo la vida sobre *el deseo que tengo de vivir*”. Por nuestra parte, aspiramos a llevar nuestras instituciones sobre esa neoformación libidinal que es el deseo del analista, antes que sobre ese mero objetivo de perdurar que hunde sus raíces en la autoconservación.

Referencias

- Alexander, F. (1985). Les aménagements de l'enseignement: Le cursus théorique. En *On forme des psychanalystes: Rapport original sur les dix ans de l'Institut Psychanalytique de Berlin 1920-1930* (pp. 139-146). Paris: Denoël.
- Allouch, J. (2003). Las trifurcas teóricas exhiben salvajismo. *Docta. Revista de Psicoanálisis*, 1(0), 199-204.
- Baranger, M. (2003). Formación psicoanalítica: La reforma del 74, 30 años después. *Revista de Psicoanálisis*, 60(4), 1043-1050.
- Baranger, M., Baranger, W., & Mom, J. (1982). Manifiesto de 1974. En Asociación Psicoanalítica Argentina, *Asociación Psicoanalítica Argentina: 1942-1982*. (pp. 66-67). Buenos Aires: Autor. (Trabajo original publicado en 1974)
- Bauman, Z. (2006). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bernfeld, S. (1952). On psychoanalytic training. *The Psychoanalytic Quarterly*, 31(4), 453-482.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: La praxis psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3-4), 287-303.
- Borges, J. L. (1974). El ruiseñor de Keats. En *Obras completas: Otras inquisiciones* (pp. 717-719). Buenos Aires: Emecé. (Trabajo original publicado en 1952)
- Cabral, A. (2002). El manifiesto de 1974 y la polaridad enseñanza-transmisión en la institución analítica. En Asociación Psicoanalítica Argentina, *60 años de psicoanálisis en Argentina: Pasado, presente, futuro* (pp. 433-442). Buenos Aires: Lumen.
- Cabral, A. (2012). Transmisión y enseñanza: Una antigua tensión en busca de nuevas respuestas. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 108-113.
- Cambio cultural y formación psicoanalítica: Jornadas de Institutos de Fepal. (2011). *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 118-120.
- Campalans Pereda, L. (2012). *Transmisión del psicoanálisis: Formación de analistas*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Cervantes, M. (2004). *Don Quijote de la Mancha*. San Pablo: Real Academia Española.
- Después de Berlín. (2011). *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 124-126.
- Dubcovsky, S. (1981). *Psicoanálisis real*. Buenos Aires: La Antorcha.
- Faimberg, H. (2004). Idolatría y discurso narcisista como resistencia a la escucha psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, 61(1), 149-157.
- Fainstein, A. (2013). *Institución psicoanalítica, especificidad, obstáculos y políticas: Una experiencia institucional* (Tesis de maestría). Universidad del Salvador, Buenos Aires.
- Foucault, M. (2000). Clase del 25 de febrero de 1976. En *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France 1975-1976* (pp. 157-174). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1976)
- Foucault, M. (2002). Clase del 6 de enero de 1982: Segunda hora. En *La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France 1981-1982* (pp. 39-54). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1982)
- Freud, S. (1979a). El porvenir de una ilusión. En *Obras completas* (Vol. 21, pp. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927)
- Freud, S. (1979b). Prólogo a Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut. En *Obras completas* (Vol. 21, p. 255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930)
- Freud, S. (1986a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 107-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1986b). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921)
- Garma, A. (1959). Algunos contenidos latentes de las discordias entre psicoanalistas. *Revista de Psicoanálisis*, 16(4), 354-361.

-
- Galli, V., Martinto de Paschero, L., & Solvey, P. (1984). Instituto de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina: Un cambio estructural 10 años después. En Federación Psicoanalítica de América Latina (Ed.), *Relatos oficiales* (Vol. 1, pp. 145-158). Buenos Aires: Autor.
-
- Glover, E. (1970). El efecto terapéutico de la interpretación inexacta. *Revista de Psicoanálisis*, 27(4), 827-844. (Trabajo original publicado en 1931)
-
- Jameson, F. (1999). *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial.
-
- Lacan, J. (1980a). La ciencia y la verdad. En *Escritos 1* (pp. 340-362). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1965)
-
- Lacan, J. (1980b). Variantes de la cura tipo. En *Escritos 2* (pp. 92-97). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1955)
-
- Lacan, J. (1985). El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos* (Vol. 1, pp. 37-59). Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1953)
-
- Lacan, J. (1988). Nuestro programa. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis 1959-1960* (pp. 9-25). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959)
-
- Lacan, J. (1992). El poder de los imposibles. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis 1969-1970* (pp. 195-208). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1970)
-
- Lacan, J. (2003). La metáfora del amor. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia 1960-1961* (pp. 47-61). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960)
-
- Miller, J. A. (2003). El porvenir del psicoanálisis: Debate entre Daniel Widlöcher y Jacques-Alain Miller, coordinado por Bernard Granger y celebrado el 1 de junio de 2002. *Revista de Psicoanálisis*, 60(4), 1051-1070.
-
- Musil, R. (2004). *El hombre sin atributos* (Vols. 1-2). Barcelona: Seix Barral.
-
- Wallerstein, R. (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos? *Libro Anual de Psicoanálisis*, 4, 1-15.
-
- Weissman, F. (2002). El análisis didáctico y la formación: Una contribución al 60 aniversario de la fundación de APA. En Asociación Psicoanalítica Argentina, *60 años de psicoanálisis en Argentina: Pasado, presente, futuro* (pp. 295-306). Buenos Aires: Lumen.
-

Realidad y ficción. Personas (historia), objetos internos (fantasías inconscientes), personajes (elección del elenco)

Creo que lo específico de lo psíquico es una renuncia a la realidad externa, a los hechos, a las personas, a la historia en función de una *ficción transformativa* que permita el acceso a lo emocional, a las narrativas, a los personajes.

El “analista trabajando” (y, de ahora en adelante, al citar al analista y/o al paciente siempre voy a referirme al “analista y al paciente trabajando en un ambiente apropiado”) debe renunciar a la realidad externa, o mejor dicho, debe hacer el luto de la realidad externa, para entrar al mundo desconcretizado, deconstruido y, posiblemente, *re-soñado*, como sugiere Tom Ogden (2009) cuando afirma que el objetivo del análisis es ayudar al paciente a realizar esos sueños que no consigue realizar solo y se han vuelto síntomas que únicamente pueden resolverse si son “soñados”.

Un concepto idéntico con una formulación diferente expresa Jim Grotstein (2007) cuando dice que la mente humana es, al mismo tiempo, algo que procesa estímulos continuamente y una defensa contra “O” (la Verdad Absoluta, la Realidad Última, la Cosa-en-Sí, los Elementos Beta). Grotstein prosigue afirmando que todo lo que podemos hacer es *transformar en ficción, mitificar* nuestra percepción, nuestra experiencia de verdad (“O”).

Eso ocurre al permitirnos el tránsito de O en la columna 2 de la tabla, la columna de las mentiras, pero también de los sueños que son también una mentira en comparación a “O”.

Hay un lindo poema de Szyborska llamado *Conversación con la piedra*. En él, alguien le pide a una piedra entrar en ella, y la piedra le responde que no, que nunca va a conseguir entrar, aunque tuviera una capacidad inmensa de verlo todo (clarividencia), porque no tiene la capacidad externa de “participación”. El “hecho”, el “evento”, lo “dado real”, la “piedra” de los síntomas o de la realidad debe encontrar, en la entrada de la columna 2, la capacidad de participación del analista, que define la capacidad de el relato, la “cosa” manifestada por el paciente.

* Sociedad Psicoanalítica Italiana.

Eso permitirá el acceso al interior de la línea 2, donde encontrará el litotriptor formado por la capacidad de deconstrucción, de des-concretización y de resonar del analista. (Para simplificar, mencionaré muchas veces al analista y al paciente, en tanto mi referencia implícita será siempre al “campo analítico” como algo nuevo y diferente de la suma de sus continentes: lo que acontece en la línea 2 ocurre principalmente en un lugar del campo.)

Después de la participación (unísono) entran en juego los *instrumentos activos* de la mitopoiesis subjetiva o la función alfa, la capacidad de *rêverie* (la *rêverie* de base, la *rêverie* en flash, la *rêverie* de construcción, la transformación en sueño, la transformación en juego, el sueño, el habla como si se estuviese soñando de Ogden; Ferro, 2009, 2011, 2014).

Además de estos instrumentos activos, tenemos lo que llamaría *atmósferas de base* necesarias para que las transformaciones puedan realizarse. Se originan en las oscilaciones entre las capacidades negativas y el hecho seleccionado, entre el Núcleo Autista-Contiguo (P.S., P.D.), entre continente y contenido.

El objetivo del análisis (además de lo que ya sabemos en relación a quitar el velo de la represión, el trabajo de juntar las partes separadas, obtener *insight*, conducir el yo hacia donde estaba el ID, etc.) consiste especialmente en el desarrollo de esos instrumentos activos y de esas atmósferas adecuadas para la transformación. Un punto de entrada para esa descripción es mirar, por ejemplo, cómo una “persona” dentro de la línea 2 se convierte en un “personaje” del análisis, o, en realidad, en un holograma afectivo, que se origina de aquello que el campo precisa expresar, y ello ocurre a través de la continua elección del elenco de los personajes (Ferro, 2013a, 2013b).

Un punto en que existe alguna discordancia con los autores que considero más próximos, es decir, Ogden, Grotstein y Green (debo mucho a todos y realmente tengo gran afinidad con ellos), es la fuerte presencia del concepto de campo desarrollado por Baranger (1961-1962) y muchos psicoanalistas de Sudamérica. Este concepto se volvió aun más complejo a través del fértil apareamiento con el pensamiento de Bion (1962, 1963, 1965), en el que la grupalidad interna del analista y del paciente da lugar, en el consultorio, a un grupo de personajes definidos por mí como “hologramas afectivos”. Éstos son el resultado de la *transformación en sueño* de lo que dicen, hacen, experimentan las mentes del analista y del paciente, formando una especie de mente grupal que desconcretiza y desrealiza las comunicaciones, transformándolas en una escena onírica que “cobra vida en el consultorio” y que lleva al desarrollo de los instrumentos para pensar.

En cierta forma, es como si el “tercero analítico” de Ogden (1994) fuese diluido en una narrativa onírica del funcionamiento de ambas mentes, que hacen la elección del elenco de los personajes que necesitan para dar vida a ese sueño que requiere de cuidado y al cual es preciso, antes que nada, darle vida.

En relación al concepto extremadamente importante de “figuración” de Botella y Botella (2002), diría que se refiere incluso de alguna forma a tramos de historia (al límite de la historia mental), en los que el concepto de *rêverie* se refiere a algo que tiene que ver con el funcionamiento real de las mentes (al menos principalmente a eso).

Un punto central a destacar es que “cada decir y cada respuesta” lleva adelante el proceso de convertir en psicológico lo que era un contenido caótico y sin sentido.

Como ya he mencionado, Grotstein (2007) afirma que lo que podemos hacer es transformar nuestra percepción, nuestra experiencia de verdad (“O”), en ficción. Eso me lleva a reflexionar sobre las Transformaciones, tanto en Bion (1965) como en el capítulo “Transformaciones” del libro de Grotstein, y sobre el trayecto que cada “hecho” debe recorrer en la columna 2 de la tabla para ser alfabetizado.

¿Pero a través de qué ocurre la Transformación? La respuesta es obvia, a través de “O”; ¿pero qué es “O”? Grotstein siempre nos ayuda a comprender en profundidad que la respuesta es doble. Por un lado, “O” es un término colectivo para *noúmeno*: “O” parece ser un término colectivo que indica los *noúmenos*, las formas ideales, la Verdad absoluta y la Realidad última, por lo menos a partir del mundo interior; esto es, del inconsciente no reprimido. Por otro lado, otro aspecto de “O” son los estímulos sensoriales de nuestras respuestas emocionales a nuestras interacciones con los objetos externos (e internos).

Quien haya considerado principalmente la primera hipótesis como una fuente de “O” tenderá a considerar a Bion un místico. Quien haya otorgado prevalencia a la segunda hipótesis no le dará importancia a ese aspecto. Ubicaría esas dos maneras de mirar “O” como una oscilación necesaria, como afirma Bion cuando sugiere que “(...) no se debe escribir un libro titulado ‘La interpretación de los sueños’, sino ‘La interpretación de los hechos’, traduciéndolos al lenguaje del sueño (...), para que haya tránsito de doble mano” (Grotstein, 2007).

Eso nos llevaría a la necesidad de distinguir dos categorías de elementos beta, que estoy tentado a distinguir como beta1 y beta2. Los beta1 son “el inconsciente no reprimido” y los beta2 “las impresiones sensoriales de significado emocional”. En ese ciclo, los beta2 serían transformados en elementos alfa, y los beta1 se transformarían de preconceptos en realizaciones (Grotstein, 2007). El “alimento para la mente” es *deconstruido* en sus elementos y, en seguida, *reconstruido* en elementos más adecuados para ser absorbidos.

El resonar continuo operado por el campo o, para simplificar, por el paciente que nos informa cada paso “fuera de curso” o el riesgo de rocas sumergidas, nos recuerda el texto de Conrad *El cómplice secreto / El copartícipe secreto* en el que un pasajero clandestino a bordo, en algún momento del viaje, cuando la embarcación se acerca a una isla y el barco corre peligro de encallar en las rocas, salva la embarcación de un desastre tirando el propio sombrero al agua, lo que permite que el capitán entienda las corrientes y salve el barco.

que irrumpen cuando la línea Maginot de los límites del campo tiende a rendirse a las turbulencias emocionales.

De esa forma, observo un psicoanálisis que lidia con el desarrollo de las funciones (para pensar, soñar, sentir), y no sólo un psicoanálisis que observa los hechos (o las emociones) reprimidos o divididos.

Además de eso, más que el descubrimiento o el redescubrimiento de lo que fue enterrado o evitado, observo la conformación de nuevas “herramientas para pensar”, para las cuales el campo sabrá abrir significados futuros, hasta la paradójica posibilidad de transformación de recuerdos de hechos que nunca sucedieron, que precipitan experiencias reales realizadas en la sesión y a las que luego se atribuye una datación anterior, en el *après-coup*.

Hay que destacar que los elementos beta (la sensorialidad, los hechos no soñados por el paciente), desde que el analista busca una modulación del campo, entran violentamente en el paciente y sin morigeraciones posibles: el campo es un gran proveedor, hiperreceptivo de las turbulencias que aún no fueron alfabetizadas, con la complicación de que hasta la subjetividad del analista, sus turbulencias (y sus defensas contra las turbulencias), entran en la constitución de un campo que será específico para la dupla.

Los personajes no entran en el campo por las narraciones de la realidad externa, sino a través del proceso de “elección del elenco”, que es necesario para que el campo exprese ciertas emociones: personajes que son, por consiguiente, “raptados” de otras realidades para vivir y dar voz a la realidad del campo, aun de manera ficcional.

En mi perspectiva, en tanto estamos en análisis y hasta que un análisis cobre sentido, no hay nada que no tenga lugar en el consultorio y en el campo onírico coproducido por paciente y analista en un ambiente funcional.

El campo con ese propósito analiza más los significados a generar, el futuro a partir del aquí y el ahora y las evoluciones posibles, incluyendo la reescritura de una historia diferente.

Me gustaría mostrar ahora algunas secuencias clínicas que ejemplifican lo que estoy diciendo:

A) Alfabetizar un síntoma

Un colega relata el siguiente “hecho” en la supervisión: un paciente lo buscó debido a una perturbación que lo llevó sin éxito a muchos especialistas. Sufría de un insoportable “hormigueo en el pie”, que a veces lo incomodaba de forma intolerable.

El paciente relata las consultas neurológicas, las electromiografías, los dos tratamientos con psicoterapia de los cuales desistió... yo estoy ansioso porque siento que no tengo nada que decir: hechos, hechos, apenas hechos. Entretanto, mi colega dice que se trata de un paciente muy concreto, factual y, por eso, terriblemente tedioso, y me muestra una especie de danza que el paciente hace con el pie en cuestión para aliviar parcialmente los síntomas intolerables.

Entonces, pienso: “pie dormido”, caminar, no poder correr, patear, la película “Un hombre llamado caballo”... pero nada se agrega como una auténtica *rêverie*. Es sólo un “Svitol” (nombre de un lubricante vendido en Italia, que restaura el movimiento en cerraduras y llaves oxidadas) que actúa en los engranajes.

Enseguida, habla de su propio sentimiento de culpa o vergüenza por el cual se siente a veces apesado.

Relata que, cuando niño, experimentó muchas sensaciones de soledad, abandono, exclusión, y dice que no se permitía experimentar emociones. Reprimía las emociones.

Enseguida, habla de algunos episodios de incontinencia, de rabia: una vez, después de beber, mandó al padre de un amigo al diablo.

(Se configura en mi mente algo sobre rabia-incontinencia-culpa.)

Rápidamente, menciona que un amigo director lo había contratado para hacer una publicidad sobre “Red Bull”, una bebida energizante muy de moda entre las generaciones jóvenes.

Es recién en ese punto que el todo, incluida la danza extraña, se agrega en una imagen condensada: el toro que “refriga” las patas delanteras contra el suelo antes de lanzarse al ataque.

Además, mi colega agrega que el paciente a veces hace un uso excesivo de Red Bull.

Se organiza una imagen-pensamiento, el “hecho seleccionado”: el Red Bull (el Toro Rojo), pero pensando en lo que hacen los toros antes de atacar a los toreros, o antes de irritarse, ¿cómo no visualizar la imagen del toro que refriga el piso con la pata delantera, como si tuviese un hormigueo y necesitase descargar una enorme tensión?

Aquí está el Toro Rojo; fue liofilizado, condensado, materializado en el síntoma: ahora se tratará de permitir que el Red Bull y su furia y rabia salgan de la pata-claustro donde habían sido apesados para tener acceso a todas las posibles historias que florecen al transformarse en imágenes, palabras, sueños de furia que el paciente siempre había temido no poder expresar.

Es la configuración de esa imagen lo que me permite encontrar un organizador interpretativo de mi pensamiento.

Me parece que aquí vemos la función alfa del campo real (incluso la supervisión puede verse como un campo habitado también por el paciente), que comienza a trabajar en un ambiente que favorece la *rêverie* repentina. Como el “Svitol”, me refiero al ejercicio hecho por el analista de ampliar su capacidad (y campo) de oscilación NCA-PS-PD (núcleo contiguo-autístico-PS-PD), recipiente/contenido, CN/FP (capacidades negativas/hecho pre-seleccionado).

B) Alfabetización de un hecho

Mario me llama aún desde el hospital, donde fue internado porque, durante las vacaciones con su familia, le dio en el pecho

un cohete lanzado en una fiesta en Niza, donde tiraban fuegos artificiales; el cohete lo alcanzó, cortándole el pecho, provocando quemaduras de segundo y tercer grado, con graves quemaduras también en su esposa.

Dice que los dos se están recuperando, pero que llama para saber si sus tres hijas jóvenes –que estaban presentes en el momento del incidente– habrían quedado traumatizadas.

Indico una sesión para él y su esposa. Los dos llegan juntos y relatan en detalle el incidente, que ocurrió debido a un cohete tirado a baja altura, que dio en el balcón donde estaban mirando el espectáculo.

Intento saber más sobre las tres hijas, que no dan señales particulares de perturbaciones postraumáticas.

Acabo involuntariamente en una especie de “charla libre” (hablando como si soñase), como diría Ogden (2007) y me entero de que, aproximadamente diez años antes, Mario había sufrido otro accidente: había sido atropellado por un camión en un área de estacionamiento de una ruta. Él describe, en ambos casos, el enorme impacto cinético del cohete y del camión. También en aquella ocasión necesitó reanimación y estuvo entre la vida y la muerte, recuperándose posteriormente. Siguiendo con la charla libre, relatan que siempre se trenzan en peleas furiosas, con casi veinte años de matrimonio; pero dicen que es imposible cambiar eso, ya que él es de Nápoles y ella de Túnez: dos personalidades pasionales y de una forma de pasión violenta.

En ese punto, todo el discurso asume una *Gestalt* diferente: ¿qué implicancias puede tener en el desarrollo de sus vidas su tensión emocional de 200.000 voltios (que periódicamente los lleva al hospital con quemaduras)? ¿Cuán traumáticas y potencialmente peligrosas son esas tempestades emocionales que los alcanzan? La escucha que implica una transformación onírica permite, en tanto, una visión totalmente diferente del problema inicialmente expuesto.

Aquí damos testimonio de una *transformación en sueño*, como si el paciente hubiese dicho: “Tuve un sueño en el que estaba...” Esto nos permite desconcretizar y dar valor onírico al texto manifiesto después de estar en unísono con el paciente y la narrativa inicialmente expresada.

C) Elección de los personajes

Es decir, encontrar e importar al campo los personajes necesarios para continuar el sueño/la narrativa. Eleonora comienza la sesión del lunes hablando sobre el odio que le tiene al propio marido y de cómo le gustaría que se muriese, porque es “vago, arrogante, antipático”. Relata entonces un sueño en el que soñó que le “pegaba hasta matarlo”. El analista, ante las lágrimas de la paciente, le entrega un pañuelo de papel.

La paciente prosigue, hablando de Daria, su hija, que “ahora que engordó algunos kilos está hecha un monstruo, muy gorda, llena de erupciones...”

¿Cuáles son los personajes principales y cómo considerarlos? ¿Cómo tiene lugar la “elección del elenco”?

Un personaje es el odio, algo extremadamente violento e incontrolable que se activa internamente. Otro personaje es el “marido”, al que podemos pensar como la versión masculina de la terapeuta, que también es odiada por vaga (no trabajó durante el fin de semana). Entonces, tenemos las lágrimas y, finalmente, el pañuelo (ese personaje también representa la capacidad de acoger y “secar” el sufrimiento del paciente).

Después de esa operación de limpieza (de las lágrimas y del odio), aparece Daria, o la manera en que la paciente se ve monstruosa y muy gorda, porque esta “hinchada de odio” y de dolor.

Los personajes son entendidos “todos” como funciones de campo, de los cuales se elige el elenco sin que haya ninguna correspondencia con la realidad externa o la historia: cada personaje es un vagón, un excipiente que carga el “principio activo” que el campo necesita se exprese en aquel momento; en resumen: los personajes se convierten en modos expresivos de funcionamientos presentes en el campo.

Así, cada paciente se esfuerza en encontrar un personaje que corresponda a aquello que él o el campo necesitan que se exprese.

No obstante, otro personaje también es el sueño, por medio del cual no sólo el paciente nos indica el contenido (la rabia y el deseo de venganza), sino que también existe un campo capaz de mentalizar, en el sentido bien entendido de Grotstein (2009), Ogden (2009) y el mío propio (2009, 2011): el largo trayecto transformador en la columna 2 y en la línea 3 de la tabla de Bion.

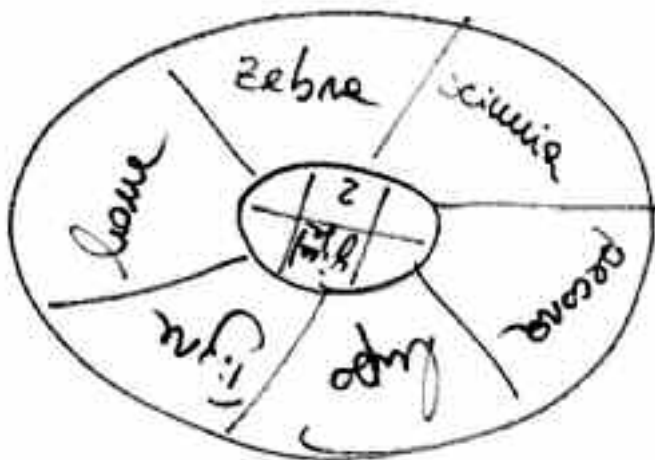
Incluso aquí el trayecto de la columna 2 permite que “personas reales” se conviertan en hologramas afectivos o más simplemente en “personajes” emocionales del campo, que les da vida para generar el propio campo capaz de narrarse a sí mismo: en realidad, la elección de los personajes necesarios para *alfabetizar* y *transformar en narraciones*.

D) Somatización ←→ Desomatización

Stefania sufre un problema de calvicie que provoca muchas dificultades. A veces hay períodos en que su cabello está normal, otras veces comienzan a aparecer zonas calvas que se amplían y, a veces, esas zonas se unen. Un día, relata un sueño en el cual, desde un helicóptero, ve un zoológico con jaulas y animales; los animales son tan peludos que es casi imposible distinguir las especies. Después de un determinado período, decide dar otra vuelta con el helicóptero y percibe que hay varias partes del zoológico donde no hay jaulas y animales, “parece que a todo se lo tragó la tierra”.

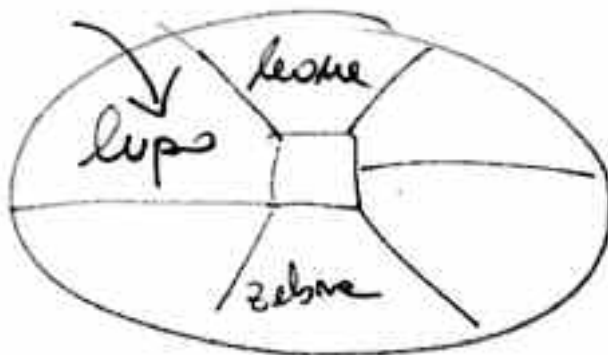
Hice estos dos mapas de las situaciones descriptas por Stefania:

El zoológico como aparece en la primera parte del sueño:



[N. del T.: donde *scimmia*: mono; *pecora*: oveja; *lupo*: lobo; *zebra*: cebra; *lione*: león.]

El zoológico como aparece en la segunda parte del sueño:



Naturalmente, las reconstrucciones gráficas son más, pero me parece que explican bien lo que el paciente quería expresar: periódicamente sus emociones son erradicadas o enterradas y, en su lugar, permanece el vacío, la zona sin pelos. De vez en cuando, desaparecen los pelos del tigre, del león, de la cebra (cada una de estas especies representará una determinada emoción). Cada vez que una emoción es enterrada, parece que el mapa del cuero cabelludo reproduce exactamente el fenómeno.

En el curso de su análisis, a medida que las emociones lacerantes (lobos, leones, tigres) o controlables y sensibles (cebras, ovejas) pueden vivir e insertarse en las narraciones, la calvicie desaparece.

E) Personajes en busca de autoras y autores en busca de personajes

Para Fabrizio, los rechazos sexuales de su esposa Luciana son extremadamente problemáticos. Enfrentó estos rechazos buscando una prostituta con la cual además ha conversado bastante. Al ser cuestionada sobre la negativa continua, la esposa alega que la causa es el hecho de que los hijos, que duermen en el cuarto de al lado, podrían oír los ruidos de la pareja.

Fabrizio tiene un sueño en el que dispone de una tarjeta de crédito con un límite bastante alto. Comenta ese sueño diciendo que, para evitar la crisis depresiva en que se encuentra, más que la marihuana que está usando (una relación extramatrimonial y algunas situaciones excitantes en el trabajo), debe conseguir recuperar el “valor” que tiene dentro de sí. Con todo, hagamos un mapa, agregando que Fabrizio vive un nuevo momento desesperado ante los numerosos rechazos de la esposa (que le dice que se busque una prostituta, ya que lo importante para ella era que él no tuviera una relación afectiva con otra mujer).

Mapa de los personajes

Depresión	Marihuana	Prostituta
Hijos	Tarjeta de crédito	Relación extramatrimonial
Fabrizio	Esposa	?
?	?	?

La parte inferior del mapa, con los signos de interrogación, está abierta a los desarrollos y a los nuevos personajes posibles que puedan agregarse al elenco.

La célula de la que quisiera ocuparme es “Esposa”, que puede declinarse desde muchos puntos de vista.

- a) La esposa es la persona que tiene una psicología propia y problemas a cuestionar, y a través de los cuales se puede ubicar a Fabrizio en condiciones de dialogar.
- b) La esposa es un objeto interno, ejemplo de una madre fría y retraída (“no creo que una mujer bonita de quien yo guste pueda querer algo conmigo”, dijo Fabrizio en una sesión).
- c) La esposa podría ser el modo en que Fabrizio hace la elección de un personaje que tiene tanta fobia del sexo en relación a los

aspectos infantiles que deben protegerse, como fobia de una intimidad que supera el nivel de afecto puro. Este problema, bajo esta óptica, sería también o sobre todo un problema de Fabrizio que él mismo ignora tener.

(Sería posible reescribir la historia cambiando los datos efímeros, la narrativa, y dejando inalteradas la trama, la fábula.)

Desarrollemos aun más la célula “Esposa”, siguiendo la hipótesis de que ella podría ser el personaje del aspecto autista-aspergeriano o quizá el aspecto “no relacional” por el que Fabrizio ignora ser habitado.

Esposa aspecto autista / no relacional

En un grado aun mayor de ampliación, la “Esposa” podría representar otro modo de funcionamiento de Fabrizio que él no percibe (salvo tangencialmente, cuando dice: “cuando me aproximo a una mujer que me interesa, siempre pienso que me va a rechazar”); es decir, un tipo de aspecto que impide el rechazo, colocándose en la situación de aquéllos que rechazan, una especie de anestesia preventiva de un posible dolor y de un dolor emocional que podría desarrollarse.

Aspecto que evita el rechazo,
colocándose en situación de rechazar

Corresponde a las experiencias
de una mente de otro > ♂ que ♀

En una ampliación aun mayor (que permanece como parte no analizada/rabia) podría corresponder al sentido de:

Finitud y soledad de mayor intensidad
en relación a las que habitan cada mente

Será tarea del trabajo siguiente ver si lo que tenemos en la célula “Esposa” podrá deconstruirse a través de la elección de otros personajes que ocuparán las células virtuales de abajo.

Para cada célula podría realizarse un trabajo similar al que se hace para la célula “Esposa”.

No obstante, para permitir la transformación, todo ello debe entrar en el campo; la “esposa” debe convertirse en un holograma emocional del paciente. Cuán posible será eso dependerá de Fabrizio y de las características de la mente del analista. ¿Cuán cerrada o abierta estará la mente del analista? ¿En qué medida podrá vivir el problema de rechazo/relación/intimidad como un problema de campo? ¿Cómo será eso desconcretizado y soñado?

¿Podría revelar el sueño de un abominable hombre de las nieves rechazado por una exploradora por la que se había apasionado? ¿Una historia del tipo Tarzán/Jane, en este punto, haría posible transformar esta constelación -(T/J) en +(T/J), en la que el emparejamiento emocional es tolerado en lugar de deseado? Hasta ahora no he resaltado que la columna 2, en un cierto punto, se cruza con la línea C de la tabla de Bion (secuencia de elementos alfa, sueños, mitos), y esta célula de intersección C2 es muy especial, porque es en ella donde ocurre el pico de las transformaciones.

F) Elección del elenco/rêverie/transformaciones

Si un paciente muy inhibido, autoaletargado, habla de catafalco, lo que naturalmente me atrae es “halcón”, algo extremadamente vital que está constreñido y cerrado, adormecido en el claustro. Puedo no decirle eso al paciente, pero, a partir de ese momento, buscaré una manera de entrar en sintonía sobre/con “el halcón”.

De la misma manera me atraen lo que llamé “nidos semánticos” o lugares del discurso que incluyen grandes y distintas potencialidades comunicativas.

Si, en algún momento, pudiese desarrollarse una hipótesis de abuso, el vértice donde me ubicaría es en que yo podría haber sido abusador o en que “el halcón” podría ser (¿haber sido?) abusador.

Además de eso, lo que pertenece a otra realidad histórica externa y temporal puede ser transformado sólo en la medida en que habita el campo real.

Si, en algún momento, el compañero de clase por el que se siente abusado entrase en la sesión, no podría ser considerado por mí (hasta que un análisis tuviese sentido o hasta que tuviese sentido mantener la ambientación) nada más allá de un funcionamiento asumido, en un lugar del campo y actuado por el propio paciente (como potencial identidad perturbadora) o por mí mismo (como presencia perturbadora para él).

Si una analista experta finaliza antes la sesión con un paciente que habla poco, no puedo dejar de pensar en un abuso silencioso al cual la analista está siendo sometida y debido al cual intenta ocultar el recipiente abusado (ella misma) del contenido abusador.

Recuerdo el dibujo de una niña, en el que se veía el tronco y la copa de un árbol que inmediatamente me pareció un volcán y su erupción de lava y que, después de dos años de terapia, se presentó como un paisaje que podía verse desde una ventana abierta desde la que se veía gran cantidad de arbolitos con la copa de lava: el volcán

protoemotivo fue descompuesto en muchos volcanes pequeños que podían ser contenidos, como si hubiese sido posible una “destormentación” del huracán de elementos beta y su transformación en agregados discretos que pudiesen contenerse y pensarse en términos de emociones diferentes e imaginables.

En conclusión, quisiera decir también que lo “psíquico” y lo “psíquico grupal del campo” implican una renuncia, una lucha por la realidad (¡cuando estamos en sesión!) en favor de una *realidad ficcional recién nacida*. La capacidad de unísono, los constituyentes de la atmósfera adecuada para la transformación, los instrumentos activos que la permiten, son lo que posibilita el desarrollo del “juego psicoanalítico”, muy serio, a veces doloroso y, a veces, placentero. El camino de O a K es de alguna forma un camino mentiroso, pero el único que con frecuencia podemos permitirnos, excepto en los raros momentos de introspección o transformación catastrófica en O.

La realidad, por lo tanto, debe ser soñada para ser relatada: el mismo Bion dice que los “hechos” deben ser soñados para llegar al pensamiento. A veces -es verdad- la realidad prevalece al sueño; en esos casos, no hay nada que hacer salvo suspender el análisis, porque no tendría sentido continuarlo, esperando el restablecimiento de las condiciones para volver al juego.

G) Tejiendo pensamientos e imágenes a mi modo

El trabajo diario que tiene lugar en el campo analítico entre las funciones alfa del campo y los conjuntos de ideas impensables o de la “O” que quiere decirse me parece bien ilustrado en la viñeta siguiente:



En esta viñeta vemos claramente la actividad de tejido de la sensorialidad indistinta, que, en el dibujo, entretanto, ya está en un nivel de cuasi deletreo, en dirección a la posibilidad de ser incluida en una estructura narrativa: básicamente, basta saber trabajar el tejido y usar las herramientas del oficio. Con todo, la figura también puede verse como si fuera en la dirección opuesta, en la dirección de una deconstrucción capaz de liberar de la obligación de reiterar el modo de ser hasta crear aquella confusión

de micro-narremas, que puede tejerse de maneras totalmente nuevas e imprevisibles.

H) Elogio de la mentira

Mentir es una manera de crear mundos fácilmente habitables.

Es común en cuentos, novelas o filmes de ficción científica que una nave espacial de un mundo inhabitable intente llegar a la Tierra, o viceversa, que naves espaciales de la Tierra, una vez que ésta no ofrece más recursos, partan en busca de nuevos mundos.

La mentira es frecuentemente aquella nave espacial o aquel mundo nuevo con características que lo vuelven habitable: ésa es una de las muchas defensas que podemos poner en práctica para sobrevivir. Tenemos innumerables ejemplos: desde Ulises, que le dice a Polifemo que su nombre es *Nadie*, y eso lo salva de la furia del Cíclope, cuando éste, cegado por Ulises, pide ayuda a sus hermanos, que preguntan quién lo cegó, a lo que él responde: ¡Nadie!

Otro célebre ejemplo es el del obispo de *Los miserables*, que salva a Jean Valjean, quien le había robado todos sus bienes, diciéndoles a los policías que habían capturado a Jean que los bienes no habían sido robados, sino que él los había donado.

Bion, en el fondo, reconoce el valor de la mentira, tanto a través de la mentira conocida/originada como la Metáfora de los Mentirosos, como en su afirmación de que la mentira precisa un pensador.

Es decir, en cierto sentido y paradójicamente, que la mentira precisa un pensamiento creativo. Consideremos los mundos inventados por quien tiene un asunto extramatrimonial y necesita describir los más ricos detalles, que, de otra manera, no existirían.

La mentira o, al menos, graduaciones de ella, nos salvan de la verdad insoportable para el pensamiento: que no hay nada después de esta vida, que vivimos la aleatoriedad más absoluta, que ya no sentimos más amor por una persona que hemos amado y por la cual sentimos sólo afecto y que debemos, por lo tanto, dejarla.

La mentira, el compromiso, nos abren infinitos modos de vida equipados con amortiguadores.

Todos los mecanismos de defensa son, básicamente, apenas graduaciones posibles de mentiras posibles, donde la verdad, "O", no es sólo inconcebible, sino muchas veces también insoportable.

Considero, por lo tanto, la capacidad de mentir como una de las señales del arribo a la madurez psíquica y también una señal (no la única) del posible fin del análisis.

Es claro que aquí no estoy refiriéndome a quienes usan la mentira y el acto de mentir como un estilo de vida (Baranger, 1963/2009) en sí mismo, sino a los que la usan en casos de emergencia grave (y, a veces, crónica) y, agregaría, a la capacidad de tolerar con elegancia este mecanismo de defensa (Lewkowicz & Flechner, 2005). Básicamente, cada mecanismo de defensa es una mentira respecto de una verdad intolerable.

Los límites de la co-construcción: la torre del signo en ruinas

Una paciente de unos 35 años me dice irritada que su madre le dice: “Ya tenés edad suficiente para no postergar más las decisiones importantes de tu vida...”

En la sesión siguiente, dice sentirse irritada sin saber la razón, y que su novio también anda bastante irritado.

Hay un silencio, y después le digo: “¿Quiere que le cuente el sueño que su novio tuvo esta noche?” “¿Qué está diciendo?” Ella tiene un ataque paranoico: “¿Usted oyó nuestra conversación en el bar cuando desayunábamos esta mañana? ¿Cómo sabe que mi novio tuvo un sueño y me lo contó?”

“Bueno, ¿pero quiere saber o no?”

“Claro”, responde.

El sueño fue así: había un campanario antiguo de iglesia que fue reformado. Pusieron en la torre, donde había un lugar predestinado, un reloj sin agujas (como en la película *Fresas salvajes*), y después se agregaron las agujas que marcaban el mediodía. (Todo eso es resultado de una imaginación visual que tuve en el inicio de la sesión).

La paciente quedó aturdida: “¡No! ¡No creo eso! El sueño de Enrico fue así: soñó con una iglesia antigua en ruinas con la torre del campanario que fue restaurada, y que usted estaba ahí esperándome.”

Respondo: “Generalmente es el novio quien espera a la novia, pero todo bien.”

Esta “danza onírica” inconsciente e importante nos llevó a retomar el tema de la madre, el tema del tiempo, el tema del luto del tiempo.

La paciente dice, y me parece importante, que el reloj marcaba las 12, no las 7 o las 9, ni las 17 o las 20: había tiempo para hacer las cosas.

(Obviamente estaba implícito que era el momento de asumir responsabilidades.)

El casamiento, los hijos, las decisiones existenciales, el tiempo de fertilidad, el tiempo de luto por la omnipotencia. La Iglesia, en nuestra cultura, con sus referencias al tiempo: bautismo/casamiento/funeral, etc.

De “O en dirección a K”: la columna onírica de la mentira

Manuela es una niña de 10 años en análisis. Es una niña muy dócil en comparación a su hermana de 12 años. Ésta se recuperó recientemente de una enfermedad grave, y los padres le cumplieron el sueño de tener un cachorro de pastor alemán.

El analista de Manuela está muy perturbado con lo que él cree una compra equivocada, una intromisión de los padres en el análisis de Manuela, que tiene “fobia a los perros”. Decide hablar con los padres, para reprenderlos por haber perturbado inadvertidamente el análisis de Manuela a partir de ello. Lo que el analista de Manuela hace es permitir que “un hecho” (la compra del perro), como un “hecho” propiamente, entre en la terapia; “O”, sin vincular “O” a su subjetividad dentro del análisis, es decir, permitir un significado de “hecho en sí”, si quisieramos, permitir elementos β , en K, en α , en la narrativa.

Es decir, cualquier “O”, si estamos en análisis, no podría ocupar otra columna, solamente la columna 2 (sí, la columna de las mentiras), para ser transformada en la verdad subjetiva de aquel análisis que es, de cualquier forma, una deformación/un disfraz/una transformación de “O”, como nos recuerda continuamente Grotstein (2007).

En el fondo, el cachorro podría, bajo esa óptica, ser soñado como el *hooligan* de quien Manuela tiene miedo, como algo vivo y nuevo que entra en el análisis y en la vida psíquica de Manuela, y los padres, que hacen esa compra, podrían ser, desde un cierto punto de vista, la descripción soñada del trabajo del analista, que fue capaz de llevar algo nuevo y vivo al análisis.

Esa mirada en dirección a la posible subjetivación de “O” debería ser la mirada del analista, que debería estar más entrenado para considerar las transformaciones de “O”.

Otros aspectos son, naturalmente, necesarios, pero no son tan convincentemente psicoanalíticos. Básicamente, iniciar una narrativa transformadora pasa por soñar “con hechos”, para que puedan convertirse en narremas de una narrativa realizada. Eso implica tener el coraje de considerar el sueño no como una forma de entrar en contacto con la verdad emocional o psicológica, sino como una mentira capaz de adecuar “O” a nuestras necesidades de significados y narrativas, que organizan emociones, afectos, contingencias, significados (Eizirik, 1996).

Después de que el analista hubo cancelado, por motivos personales, una semana de análisis, un paciente sueña que le roba su propio hijo, en quien él siempre confió y del cual nunca habría esperado ese comportamiento.

Si quisiéramos avanzar en este ejercicio, el “hecho” es la cancelación de cuatro sesiones por parte del analista. Eso, ubicado en la columna 2, da origen al sueño: que alguien en quien el paciente confiaba traicionaba su confianza por robarle algo. O, “el hecho” sesión anulada se convierte: ¿Usted analista me robó algo, y no esperaba eso, puedo seguir confiando en usted?

O sea, el sueño se vuelve el instrumento de la subjetivación de “O”, una mentira que nos permite pensar, soñar, cobrar sentido.

Me gustaría concluir resumiendo las vicisitudes de “O”:

a) Transformaciones en “O” y cambio catastrófico: son las transformaciones que involucran un salto repentino en el crecimiento mental, que es alcanzado por medio de una crisis, pudiendo, a veces, incluir hasta cortos períodos de despersonalización. Características típicas del cambio catastrófico son la violencia y la subversión del sistema o de la estructura y de las invariantes existentes como un proceso de transformación y, para la conciencia del analista, respecto de las emociones de ser incapaz de evitar para sí mismo o para su paciente la experiencia de la verdad catastrófica. Las transformaciones en “O” contrastan

con otras transformaciones, ya que las primeras están relacionadas con el crecimiento de cambiar, y las últimas hablan del crecimiento de tener conciencia del crecimiento.

- b) Las transformaciones de “O”: que personalmente definiría como la larga trayectoria de “O” en la columna 2 de la tabla (la columna de mentiras y sueños), en la medida en que “O” no puede entenderse normalmente y debe “subjektivarse”. Las funciones alfa, los sueños, las *rêveries* y las narraciones, que son las principales herramientas que transforman “O” verdad en aquella parte de la verdad que es soportable para nuestras mentes. Como mencioné anteriormente, en la columna 2 de la tabla, una transformación ocurre de personas/historias/realidades en objetos internos y en personajes y hologramas.
- c) Durante esa trayectoria de “O” hacia el sueño y la narración, como analistas, elaboramos un proceso de luto en relación a la realidad, o mejor, la psiquis se origina de un sacrificio de la realidad, al ser asistida por otra función alfa: necesitamos de otra mente para relacionarnos; es decir, crear un campo donde surjan los personajes de la narración. Precisamos aprender a bailar en la columna 2 y en la línea 3 de la tabla: mitos, sueños, narrativas complejas.

La idea de que el paciente dice algo que tengo que descifrar, gradualmente ha cambiado a otros puntos de vista, como la introducción cada vez más fuerte del concepto de relación, pasando al concepto de campo y de transformación en sueño.

Estos dos últimos puntos de vista, que aún son centrales en mi modo de trabajar (Ferro, 2009), siguen sufriendo algunas modificaciones.

Ahora procuro trabajar con el paciente sobre el modo de hacer un trabajo de dirección o edición de las narrativas y sensorialidades que cobraron vida o que están esperando hacerlo en el campo. *Taming wild thoughts* (“Domar pensamientos salvajes”) es el título de un libro de Bion (1997), pero, en mi opinión, no se trata de domesticarlos, sino de poder vivirlos y, si es normal tener *Mujercitas* o *Las mujercitas se casan*, es normal ser capaz de abrir *Apocalipsis*.

Cada paciente llega con personajes que no están en búsqueda de un Autor (estaríamos ya en el buen camino), sino con una masa confusa, una nube de protosomitas, protodemonios, proto-Mortimer (Bion, 1975, 1977, 1979), que raramente llegan a ser personajes. Si tuviésemos ya los Personajes, estaríamos en un análisis que pondría en menos riesgo nuestra capacidad inventivo-creativa (cuando digo “nuestra” quiero decir del paciente y del analista).

Un paciente, renombrado cirujano, relata, en análisis, que se dejó la barba para diferenciarse del hermano en la ciudad donde vive. El hermano también es médico, pero diagnostica tuberculosis inexistentes para tratar a los pacientes y hacerse famoso por el modo en

que los cura. Además de eso, el hermano está por casarse por séptima vez, después de que las primeras cinco esposas murieran por causas naturales/enfermedad/accidente, y la sexta se salvara y se divorciara a tiempo. Así, no es difícil imaginar algunos desarrollos posibles.

Podríamos pensar en aspectos separados que necesitarían largas jornadas para integrarse, a fin de mantener, en la misma mesa, al cirujano ejemplar y al médico delincuente, la dupla, el gemelo imaginario, el compañero secreto.

No obstante, aun en estos casos, se debe tener en mente esa trama en desarrollo, porque nos cegamos a todas las otras historias posibles, todos los elementos beta nebulosos, que, en el momento, se agregaron en aquel mundo y que podrían desagregarse y dar origen a algo nuevo, reagregándose de una manera diferente en otro mundo posible.

Así, nos protegemos de prever cuál será el desarrollo de la película.

Un colega captó muy correctamente el tema del “narcisismo” en un paciente y siguió esta línea, llevando el análisis a una buena conclusión.

Recién un segundo análisis mostró muchos “caminos interrumpidos”, muchas aperturas a otros mundos perdidas; habían sucedido vitalizaciones perdidas de emociones encarceladas, culminando en una sensación permanente de asfixia con graves ataques de asma, con los que el paciente se presentó a un segundo análisis. Ello se aplica aun más cuando un paciente se presenta “sin personajes” y los personajes deben comenzar a brotar de una especie de desierto.

Como permitir que el tedio, el silencio, la repetición o la extrema estupidez se conviertan en *La strada*, *Crimen y castigo*, *El silencio de los inocentes*, *Anna Karenina*. Encontramos algunos ejemplos en los casos clínicos relatados de forma más detallada (Ferro, 2002, 2003, 2013a).

Hay análisis en los que podemos comenzar con personajes que consideramos principales y que, posteriormente, podemos confirmar como tales. Están también los que se retiran de escena, o personajes que aparecen inesperada e imprevisiblemente.

En otros análisis, en los que se necesita confianza, nos encontramos como si estuviésemos en películas del *far west*, en las que es muy difícil reunir los rebaños que huyen en todas las direcciones y luego llevarlos al río, conseguir hacerles atravesar el curso de agua en dirección a lo pensable y, enseguida, conseguir hacer bifés, hamburguesas, churrascos...

Recuerdo la serie *Viaje a las estrellas* que, en cierto punto, comenzó a poblarse de habitantes de otros mundos, físicamente muy extraños, al límite de lo paradójico; así debemos permeabilizarnos para esos “monstruos” cuando existan y si existen, como hace Bion en *Memorias del futuro*.

Entonces, diría, debemos prestar atención a aquello que el paciente dice, hace, siente, pero también debemos observar siempre el surgimiento de algo impensable/nunca antes pensado. Aunque no todos

los pacientes nos lo pregunten, porque, si así lo desearan, tienen derecho de hacerlo: tal vez ésta sea la diferencia análisis/psicoterapia.

El análisis es un viaje de aventuras en busca de las fuentes del Nilo, Indiana Jones, o el gusto por los viajes y descubrimientos. La psicoterapia es: no estoy bien y quiero estar mejor, pero reduzcamos el trabajo al mínimo.

Nada impide que, entre los dos caminos, haya cambios activados en cualquier momento.

Son muchos, con algunas invariantes, algunas de ellas muy predominantes, diría, por cuanto *rebus sic stantibus*.

Otras potencialidades pueden cobrar vida, como en *Soy leyenda* a la noche, en lo oscuro, e intentar devorar la identidad dominante.

En una sesión, un paciente dice que soñó que el guardia de la residencia donde pasa las vacaciones tenía los anteojos de sol en la parte de atrás de la cabeza. Inmediatamente, pienso: el sol está atrás de usted, ¿pero quién dice que su frente siente la puesta del sol inminente, o que a veces no se siente cegado por mis intervenciones tan brillantes/cegadas en la nuca? No consigo saber inmediatamente. Veamos cuál camino habrá de prevalecer.

Pero, mientras tanto, veamos una de las funciones del sueño, la función de ser un captor de fantasmas, o mejor, una herramienta capaz de hacer la elección de los personajes que no son fácilmente accesibles de otra manera. El sueño ofrece el personaje “hombre con anteojos de sol en la nuca”, el sueño que sabremos tener en la sesión permitirá ubicar y vincular ese personaje y montar la película en co-producción con el paciente.

Si una intervención del analista, después del relato de un cambio de monedas por fichas de plástico ocurrido en un supermercado, introdujese el personaje “estafador”, tal vez cobraría vida una secuencia en la que alguien quiere evitar (quiere estafar) que la propia nuca tenga visiones dolorosas... Pero ése es apenas uno de los muchos desarrollos posibles e hipotéticos... Si el paciente dijese: “Hoy mi padre me ofreció un almuerzo, después salió el sol”, sería posible pensar en la hipótesis de una confirmación de la trama hipotética (alguien transformó sensibilidad en alimento), y las condiciones climáticas de la sesión mejorarían. Así, por ensayo y error, a través de montajes sucesivamente interrumpidos, cobra vida el sueño de la sesión, con un personaje elegido por el sueño del paciente, otro cuya elección para el elenco es derivada de una *rêverie*, otro llevado directamente por el paciente. En realidad, necesitamos primero hacer las compras (elegir el elenco) y después cocinar, es decir, realizar el sueño de la sesión.

Una paciente, antes de una separación por los feriados de Navidad, dice que tiene “una torcedura” y que siente mucho dolor... el dolor se introduce así en la sesión y la paciente agrega que se “hizo un movimiento equivocado”, e incluso dice sin saber que “no se mueve bien” en relación a las separaciones que le provocan dolor. Naturalmente, todo eso deberá encontrar una manera de engendrarse en una historia

que partirá desde un nivel de transformación cero: ella está diciendo que tiene rabia y dolor, en los niveles de transformación Tn, según el compromiso de la función director/editor activo, que, sobre todo más allá del contenido, sabrá desarrollar la capacidad micro/macro poética del campo.

A veces, también resultan posibles operaciones de decodificación pura o un montaje de piezas de un rompecabezas; pero, en estos casos, se ha hecho ya mucho trabajo y los personajes están solamente a la espera del montaje narrativo:

Laura inicia una sesión hablando sobre su propio bienestar, del propio sentimiento de estar bien. Después, comienza a hablar de dos atenciones realizadas en terapia intensiva, donde había un chico esperando un trasplante de corazón y una chica con disnea, que estaba con falta de aire y esperaba un trasplante de pulmón.

En este caso, parecía haber elementos suficientes (la paciente ya había ofrecido “secuencias oníricas”), y así siento que puedo decir que, si por un lado me acordé de un anuncio de meriendas saludables para niños lleno de optimismo, por otro lado ella pareció concentrarse en el hecho de tener problemas cardíacos y sentirse sofocada por algo, algo que le impedía respirar profundamente.

A partir de ahí, corresponde a la paciente desentrañar esos dos temas, que parecían esperar la disponibilidad de un camino, de un recorrido para desmadejar el nudo y dar forma a las propias insatisfacciones y dudas relacionadas con las elecciones del corazón y las necesidades de libertad y de autonomía.

Resumen

El analista se encuentra en la condición de estar suspendido entre una “realidad” a la cual debe renunciar, cuyo luto debe hacer continuamente, y la ficción de las operaciones de transformación en sueño que constituyen el eje central del trabajo analítico, en el cual pictogramas, pensamiento onírico en vigilia, sueño nocturno, son los legítimos habitantes. Hasta la mentira tiene su estatuto en la medida en que forma parte de la subjetivación de “O” (realidad última) que permanece incognoscible. Se describen esas operaciones (como la alfabetización de un síntoma, de un acto, el “casting” de los personajes, la rêverie) que constituyen un “shuttle” entre los complejos mundos de la realidad y de la ficción. Numerosos ejemplos clínicos intentan facilitar la aprehensión de estos conceptos.

Descriptores: Mentira, Sueño, Rêverie. **Candidato a descriptor:** Personajes.

Abstract

The analyst finds himself in a condition of being suspended between a reality which he must renounce and whose mourning he must carry along forever and the fiction of the operations to transform in dream which are the main axis of the analytical work. In it pictograms, oniric thought in state of wake and nocturnal thought are true inhabitants.

Even lies have their status in as much they are part of the subjectivation of that O (ultimate reality) that remains unknowable. Operations such as alfabetization of a symptom or “casting”, a reverie) that are a shuttle between the worlds of reality and fiction. A lot of clinical examples tend to make these concepts easy to grasp.

Keywords: Lie, Dream, Reverie. **Keyword candidate:** Characters.

Referencias

- Baranger, M., & Baranger, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Baranger, M. (2009). Bad faith, identity and omnipotence. En L. Glocer Fiorini (Ed.), *The work of confluence: Listening and interpreting in the psychoanalytic field* (pp. 179-201). London: Karnac. (Trabajo original publicado en 1963)
- Bion, W. R. (1962). *Learning from experience*. London: Heinemann.
- Bion, W. R. (1963). *Elements of psycho-analysis*. London: Heinemann.
- Bion, W. R. (1965). *Transformations*. London: Heinemann.
- Bion, W. R. (1975). *A memoir of the future: The dream* (Vol. 1). Rio de Janeiro: Imago.
- Bion, W. R. (1977). *A memoir of the future: The past presented* (Vol. 2). Rio de Janeiro: Imago.
- Bion, W. R. (1979). *A memoir of the future: The dawn of oblivion* (Vol. 3). Perthshire: Clunie.
- Bion, W. R. (1992). *Cogitations*. London: Karnac.
- Bion, W. R. (1997). *Taming wild thoughts*. London: Karnac.
- Botella, C., & Botella, S. (2002). *La figurabilité psychique*. Paris: Delachaux et Niestlé.
- Eizirik, C. L. (1996). Panel report: Psychic reality and clinical technique. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 77(1), 37-41.
- Ferro, A. (2002). Superego transformations through the analyst's capacity for reverie. En *The Psychoanalytic Quarterly*, 71(3), 477-501.
- Ferro, A. (2003). Marcella: The transition from explosive sensoriality to the ability to think. En *The Psychoanalytic Quarterly*, 72(1), 183-200.
- Ferro, A. (2009). Transformations in dreaming and characters in the psychoanalytic field. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 90(2), 209-230.
- Ferro, A. (2011). *Evitar las emociones, vivir las emociones*. Buenos Aires: Lumen.
- Ferro, A. (Ed.). (2013a). *Psicoanalisi oggi: Teoria e tecnica*. Roma: Carocci.
- Ferro, A. (2013b). *Tormenti di anime: Passioni, sintomi, sogni*. Milano: Cortina.
- Ferro, A. (2014). *Le viscere della mente: Sillabario emotivo e narrazioni*. Milano: Cortina.
- Green, A. (1996). *Il lavoro del negativo*. Roma: Borla.
- Grotstein, J. S. (2007). *A beam of intense darkness: Wilfred Bion's legacy to psychoanalysis*. London: Karnac.
- Grotstein, J. S. (2009). "... But at the same time and on another level...": *Clinical applications in the Kleinian/ Bionian mode* (Vol. 2). London: Karnac.
- Lewkowicz, S., & Flechner, S. (Eds.). (2005). *Truth reality and the psychoanalyst*. London: IPL.
- Ogden, T. H. (1994). The analytic third: Working with intersubjective clinical facts. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 75(1), 3-19.
- Ogden, T. H. (2007). On talking-as-dreaming. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 88(3), 575-589.
- Ogden, T. H. (2009). *Riscoprire la psicoanalisi: Pensare e sognare, imparare e dimenticare*. Milano: CIS.

Realidades y ficciones en la sexualidad y de la sexualidad en el psicoanálisis. Ficciones, fantasías y realidades

El término “ficción” deriva del latín *fictio, onis*, es decir, formación, creación (Houaiss, Vilar, & Franco, 2001).

Según el *Vocabulário técnico e crítico da filosofia*, de Lalande (1993) comprende, *lato sensu*, “... lo que es simulado (*fictum*) o fabricado por la mente”.

A partir de este significado general, Lalande distingue tres sentidos específicos:

1. “Construcción lógica o artística a la cual se sabe que nada en la realidad le corresponde; por ejemplo, en las matemáticas, en la novela.”
2. “Hipótesis útil para representar la ley o el mecanismo de un fenómeno, pero de la cual nos servimos sin afirmar su realidad objetiva.” Correspondería, según Lalande, a lo que actualmente se conoce como modelo.
3. “Ficción legal, enunciación falsa o incierta que debe ser legalmente considerada verdadera.” Lalande da como ejemplo el postulado jurídico según el cual nadie puede ser considerado como si ignorara las leyes.

Cuando, el 21 de setiembre de 1897, Freud le escribe a Fliess contándole la renuncia a su teoría de que las neurosis serían causadas por una seducción real ocurrida en la infancia, la atribuye, entre otras razones, a la “comprensión cierta de que en el inconsciente no existe un signo de realidad (*Realitätszeichen*), de modo que no se puede distinguir la verdad (*Wahrheit*) de la ficción (*Fiktion*) investida de afecto”. E inmediatamente agrega, entre paréntesis: “Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual [*Sexuelle Phantasie*] se apropia casi siempre del tema de los padres” (Freud, 1897/1986a, p. 301-302; Masson & Scröter, 1986, p. 284).

Es decir, las “construcciones de la mente”, cuando son investidas de afecto y en ausencia de un “signo de realidad” -como ocurre en el

* Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.

inconsciente-, son llamadas, en el pasaje antes citado, ficciones. En la frase inmediatamente siguiente pasan a ser denominadas fantasías. En aquel contexto específico, fantasías sexuales relacionadas con los padres, esto es, aquello que años más tarde será por él designado como complejo de Edipo, pero cuyo descubrimiento se relata a Fliess algunos días después, en la carta del 15 de octubre. Es con esa denominación, es decir, fantasías, que de allí en adelante investigará tales construcciones mentales, extendiendo y profundizando su significado hasta volverlo gradualmente, en su modalidad inconsciente, el objeto específico del psicoanálisis.

Mi intención en el presente trabajo es evitar el aprisionamiento en el sentido más trivial y limitado de la noción de ficción, que prácticamente la equipara a falacia, a lo fantasioso, o incluso a mentira y a fraude. Con esto, espero contemplar el significado general indicado por Lalande (1993), que incluye las “construcciones de la mente” objetivizando la comprensión de la realidad. Además de eso, voy a aproximarla e incluso muchas veces sustituirla por la noción de fantasía, con fines heurísticos y como hiciera el propio Freud en la carta del equinoccio de 1897. Laplanche y Pontalis (1988, 1991) estudiaron con agudeza el desarrollo, en la obra de Freud, tanto de la noción de fantasía como de las complejas y ricas relaciones entre fantasía y realidad en la vida mental. Como es sabido el abandono de la teoría de la seducción real y el reconocimiento del papel de la fantasía en la etiología de las neurosis llevaron a Freud al descubrimiento de la “realidad psíquica”, distinta de la realidad externa.

El relato de esos descubrimientos, efectuado en 1914, contiene y vincula entre sí los términos y conceptos básicos que se abordarán en este trabajo:

Si los histéricos redirigen sus síntomas a traumas inventados (*erfundene Traumen*), es ahí donde está precisamente el hecho nuevo, a saber, que fantasean tales escenas (*Szzenen phantasieren*), y la realidad psíquica (*psychische Realität*) precisa ser apreciada junto a la realidad práctica (*praktischen Realität*). Surgió enseguida la comprensión de que esas fantasías (*Phantasien*) estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de infancia. Así, por detrás de esas fantasías, saltó al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance. (Freud, 1914/1973, p. 56; 1914/1984a, p. 17).

La fantasía se volvió, así, la realidad que interesa al psicoanalista. La realidad que, sin tener *Realität* en el sentido de una objetividad externa, tiene, no obstante, *Wirklichkeit*, es decir, efectividad, operatividad. Éstas son las dos palabras que en la lengua alemana expresan la noción de realidad, conforme observa Lalande (1993) y según destacan los traductores al castellano de la *Standard edition* (Étcheverry, 1978).

Pero es preciso subrayar, como hacen Laplanche y Pontalis (1988, 1991), que Freud nunca desistió definitivamente de procurar una base real externa para las fantasías. Así, y solamente para ejemplificar, en el análisis del Hombre de los Lobos (Freud, 1918/1986c) no sólo procura descubrir los indicios que revelarían la observación real del coito parental sino que, en última instancia, propone la tesis de las “fantasías originarias” (*Urphantasien*).

Estos autores observan además que Freud nunca se dejó encerrar por la oposición entre una concepción de fantasía como mera deformación imaginaria de hechos reales y otra que la consideraría esencialmente expresión imaginaria de las pulsiones. Demuestran también la existencia de diferentes modalidades de fantasías en su obra, con distintos estatutos metapsicológicos, principalmente tópicos (Laplanche & Pontalis, 1988).

En un extremo tendríamos la *Urphantasie*, presente en el inconsciente originario y que, como tal, siempre fue inconsciente. En el otro, la “*Phantasie* secundaria”, abarcando aquéllas hechas inconscientes por la represión y las conscientes, es decir, las ensoñaciones.

Pero también subrayan que Freud siempre señaló un parentesco profundo entre todas ellas.

Winnicott (1971/1975) propone un contraste entre un conjunto de fenómenos formados por el sueño (*dream*), la imaginación (*imagination*), el jugar (*playing*) y el vivir (*living*), y otro que incluye la fantasía (*fantasy*) y el sueño diurno o ensoñación (*daydream*). El primero está vinculado a la represión. El segundo, a la disociación (*dissociation*). Por estar basados en un estado disociado la fantasía y la ensoñación paralizan la acción, al contrario, por ejemplo, de la imaginación, que enriquece la vida y permite un planeamiento creativo. El término fantasía es, por lo tanto, empleado por Winnicott (1971/1975) en un sentido específico y equivalente a la ensoñación, próximo a la ficción en el primer sentido referido por Lalande (1993). Esto lo hace incompatible, por ejemplo, con todas las producciones psíquicas también llamadas fantasías por otros autores, comenzando por Freud. Por esa razón, me parece conveniente mantener el sentido más amplio de la palabra, lo que no significa contradecir los conceptos propuestos por este autor.

Más importante aun que estas distinciones es la proposición de Winnicott (1971/1975) sobre la existencia de un área del vivir *entre* la realidad psíquica, interna, subjetivamente concebida, y la realidad externa, compartida, objetivamente percibida. Un tercer lugar constitutivo de un espacio potencial entre el individuo y el ambiente, en el cual permanecemos la mayor parte del tiempo en tanto estamos experimentando la vida, en el cual se desarrolla el uso de los símbolos, del juego creativo, de la experiencia cultural, de la vida creativa, del trabajo científico creador, etc. En él no estamos ni simplemente actuando ni simplemente teniendo una ensoñación.

Pontalis (2005) subraya que la psiquis se constituye como tal mediante un trabajo de “teorización” en el sentido de una autorrepresentación o autointerpretación metaforizante de aquello que la excita, principalmente el cuerpo. Todas las formaciones del inconsciente son ellas mismas –como los sueños– interpretaciones, construcciones de la mente, ficciones en su sentido amplio. Pero también teorizamos en la tentativa de comprender el origen y el funcionamiento de esta misma psiquis. Así, dice, “... no existe psicología que no sea ficción” (Pontalis, 2005, p. 146). Psicología tanto en el sentido de disciplina del conocimiento como en el de su objeto, es decir, la psiquis. La ficción/teoría aparece, por lo tanto, en los dos extremos de la experiencia analítica. Las llamadas “teorías sexuales infantiles”, por ejemplo, (Freud, 1908/1986d), constituyen las primeras tentativas del niño en el sentido de explicarse a sí mismo el origen de los bebés, la sexualidad y la diferencia entre los sexos. Al mismo tiempo, sirven como defensa frente al sentimiento de impotencia para comprender tales enigmas vitales. De manera idéntica, las teorizaciones psicoanalíticas son construcciones imprescindibles para el trabajo del psicoanalista, pero también pueden convertirse en barreras resistenciales. En otras palabras, se transforman de instrumento para la investigación en defensa propiciadora de la ilusión de control y completitud. Es decir, en la aguda síntesis de Pontalis (2005) “Muerte de Edipo: triunfo de Narciso” (p. 147).

Según Freud, este autor observa además que todas las teorizaciones –del niño y del científico– están, en su origen, estrechamente vinculadas a la curiosidad sexual. Una vez más, por lo tanto, nos encontramos con una íntima relación entre ficción y sexualidad.

Me valgo finalmente de la teoría de la función alfa de Bion (1962) y de su conocida tabla (Bion, 1977) como una forma, entre otras posibles, de mapear e intentar articular entre sí las diferentes modalidades de fantasías aquí descriptas.

Según esta teoría ampliada del soñar las percepciones sensoriales y las emociones puras (también, en esta condición, todavía objetos sensoriales) son transformadas por la función alfa en fenómenos psíquicos, construcciones de la mente, para valerme de las palabras de Lalonde (1993). Antes de ello son cosas en sí, hechos no dirigidos por la psiquis, realidades externas a la mente. Después de la “digestión” por parte de la función alfa se vuelven materia prima tanto para los pensamientos oníricos y el pensar inconsciente de la vigilia como para el pensar consciente y el raciocinio. Es la función alfa, por ejemplo, la que transforma la sexualidad biológica en psicosexualidad. Los productos mentales de esta “fábrica del espíritu” son categorizados por Bion (1962, 1977) en su “Tabla”, en la cual los dispone en términos de niveles crecientes de abstracción (eje vertical) y según diferentes usos posibles (eje horizontal).

Pienso que la mayor parte de las formas de fantasías descriptas hasta aquí serían categorizadas en la fila C (la de los pensamientos

oníricos, sueños, mitos, pero también modelos, narraciones, etc.). Usadas para conocer y aprender con la experiencia podrían servir como hipótesis definitorias, como notación, o con fines de atención, investigación y acción, según criterios propuestos por Bion (1977). Éste sería el caso, en mi opinión, del juego creativo, del soñar, de la experiencia cultural y de la imaginación creativa referidos por Winnicott (1971/1975). Las teorías sexuales infantiles, cuando son usadas por el niño como tentativas de resolver el enigma del origen de los bebés, de la sexualidad y de la diferencia entre los sexos, también se clasificarían aquí.

Las ensoñaciones y, en general, las fantasías usadas como defensas, podrían categorizarse en la columna dos, o sea en la de las producciones psíquicas empleadas para evitar cualquier desarrollo de la personalidad que implique un “cambio catastrófico” (Bion, 1977).

Bion (1977) propone también una distinción entre proposiciones falsas y mentirosas. Las falsas derivan de las dificultades y limitaciones propias del ser humano en su búsqueda de la verdad. La mentira implicaría una intención de esconder la verdad. El mentiroso, dice, “... tiene que estar seguro de conocer la verdad para tener la certeza de no divulgarla por una casualidad” (p. 11). Las teorías sexuales infantiles serían, en su intención inicial, falsas, pero no mentirosas. Después, frente a las respuestas evasivas o las reprensiones de los padres, podrían volverse también mentirosas. Y las explicaciones de estos últimos a las preguntas infantiles que originan tales teorías serían mentirosas si pretendieran ocultar la verdad.

Las teorías psicoanalíticas pertenecerían a la fila F (la fila de los conceptos) y, como alertó Pontalis (2005), también podrían usarse de una forma que podría categorizarse en la columna dos, es decir, como barreras contra la búsqueda del conocimiento. En este último caso, Bion (1992b) llega a llamarlas “paramnesias”, contrastándolas con las “ficciones científicas” (Bion, 1992a) que representan las lícitas tentativas preliminares en la búsqueda del conocimiento.

Intentaré a continuación demostrar cómo la ficción/fantasia, en el sentido amplio de “construcción de la mente”, desempeña, en sus diferentes modalidades, una función nuclear en el origen y la estructuración de la sexualidad humana en las teorizaciones psicoanalíticas. Además, en otro plano, tomando entonces la ficción como teoría, abordaré algunas discusiones psicoanalíticas acerca de lo que constituirían, en las formulaciones sobre la sexualidad, ficciones en el sentido de representaciones falaces (eventualmente incluso defensivas) o ficciones como hipótesis útiles para la comprensión de los fenómenos.

Fantasia y sexualidad humana: de las teorías sexuales infantiles a la teoría de la sexualidad infantil

La extensión del concepto de sexualidad propuesta por Freud (1905/1998) en sus “Tres ensayos de teoría sexual” la transformó en

un conjunto de placeres y actividades que trascienden los órganos genitales y los fines reproductivos, están presentes desde la infancia y no se restringen a la satisfacción de una necesidad fisiológica. Se expresan como deseo (*Wunsch*), cuya satisfacción depende de fantasías para determinar su objeto y su meta, a diferencia de una necesidad fisiológica (Laplanche & Pontalis, 1991).

Laplanche (1985) observa que la sexualidad humana imita pero no es ni se vuelve un instinto y que, por esa razón, Freud la caracterizaba generalmente como *Trieb* (pulsión) y no como *Instinkt*. Green (1995) afirma que, con tal ampliación revolucionaria del concepto, Freud "... en verdad inventó la psicosexualidad" (p. 218).

En la medida en que ya no es un montaje instintivo predeterminado biológicamente se abre la cuestión sobre su origen y sobre el modo en que se estructura a punto de llegar a "imitar" un instinto. Según veremos, la fantasía constituye un elemento central en las tentativas de responder a estos enigmas.

En lo que dice respecto del origen, la importancia de la fantasía aparece en la teoría relativa a la génesis de la sexualidad infantil a partir del o, más precisamente, por apoyo (*Anlehnung*) en el instinto de autoconservación, tan bien recortada y articulada por Laplanche y Pontalis (1988, 1991) y por Laplanche (1985, 1997). El placer marginal obtenido en la succión del pecho, debido a la excitación provocada por el flujo de leche durante la satisfacción de la necesidad de alimentarse, instintiva, es, luego, buscado de modo independiente, separado de la necesidad de nutrición, sin el objeto externo, en aquello que se constituye entonces en una zona erógena, esto es, los labios. Este placer autoerótico está ligado a la satisfacción alucinatoria del deseo en la medida en que el niño reproduce como alucinación la experiencia original de la satisfacción cuando el objeto real se encuentra ausente. La fantasía es una tentativa de reencontrar el objeto alucinado para procurar satisfacer lo que a esa altura constituye un deseo (*Wunsch*) y ya no una necesidad.

Como sintetizan Laplanche y Pontalis:

El origen del autoerotismo sería, pues, aquel momento... en el cual la sexualidad se desprende de todo el objeto natural, se ve entregado a la fantasía y de ese modo se forma como sexualidad. Pero, inversamente, también se puede decir que es la irrupción de la fantasía la que provoca esa disyunción de la sexualidad y la necesidad. ¿Causalidad circular o nacimiento simultáneo? El hecho es que encuentran su origen, tan lejos como se pueda retroceder, en el mismo punto. (Laplanche & Pontalis, 1988, p. 81).

Laplanche y Pontalis (1988) se refieren a esta teoría como "la ficción (*Fiktion*) freudiana" (p. 78), sin ningún sentido peyorativo. La consideran "una fantasía analítica" (p. 78) equiparable a un "mito de

origen” (p. 78). En otras palabras, una teoría sobre la sexualidad infantil que, como las teorías sexuales infantiles, busca explicaciones para los enigmas fundamentales de la vida evidentemente en otro nivel y bajo otras condiciones mentales.

En cuanto a la estructuración de la psicosexualidad, es decir, en cuanto a los factores que al fin y al cabo la llevan a “imitar” un instinto, en el sentido en que tienen objetos y metas más establecidos, sabemos que la respuesta está, para Freud, en el complejo de Edipo. Y también en este caso la ficción/fantasia se encuentra en los fundamentos. El propio complejo es incluido por algunos autores entre las fantasías originarias, trascendiendo la vivencia individual en la cual se incorpora. Además de aquél, la teoría de la universalidad del falo, característica de la fase en el cual el complejo se instala según Freud, y el correlativo complejo de castración, que destruye al niño e inicia a la niña, se basan en ficciones/fantasías. El niño (y también la niña) imagina, es decir, vive la ficción de que todos los seres humanos poseen un pene, el órgano tan narcisísticamente investido en esta fase. Al ver los genitales femeninos, esto es, al constatar la realidad de la diferencia anatómica entre los sexos y después de haber oído amonestaciones sentidas como amenazas de castración, atribuidas al padre, desarrolla la ficción de que el pene de la niña fue amputado y que lo mismo podrá eventualmente ocurrir con el suyo. Como consecuencia de esta fantasía/ficción de castración, ocurriría, para Freud (1924/1984b), una disolución (*Untergang*) de su complejo de Edipo. Es importante subrayar que la única realidad presente en toda esta situación es la diferencia anatómica entre los sexos. Todo el resto –incluyendo la interpretación dada a tal diferencia– son construcciones de la mente infantil. Son ficciones, fantasías. En otras palabras, es la fantasía de la castración la que da el significado de falta a la percepción de los genitales femeninos. Más aun, Freud afirma que, cuando los acontecimientos de la realidad no se condicen con las referidas fantasías, son remodelados para que se adapten a ellas, lo que implica que una estructura presubjetiva independiente, la fantasía originaria, predominará en relación a la experiencia individual. O sea, ¡fantasías generando fantasías, ficciones originando ficciones!

La niña –según esta misma teoría–, al percibirse sin un pene, acusa a la madre por haberla privado de tan precioso órgano, y se vuelve hacia el padre en la expectativa de recibir de él un pene o, después, su equivalente simbólico, un bebé. Más fantasías sobre fantasías, pero con la eficacia suficiente para determinar el rumbo de la sexualidad y de todo el desarrollo psíquico. O sea, con realidad psíquica.

La escena primaria, tan íntimamente ligada al complejo de Edipo, es, ella misma, para Freud, también una fantasía originaria, una *Urszene*. Green (1988) la considera la “matriz simbólica” (p. 266) que posibilita la construcción del referido complejo, y prefiere llamarla “fantasía de la escena primaria” (p. 266) para explicitar que el punto esencial no es que se haya presenciado, sino haber ocurrido en ausencia del niño.

¿Fantasía/ficción en Freud o ficción de Freud?

He examinado la importancia nuclear que la fantasía/ficción posee en la teoría de Freud sobre el origen y la estructuración de la psicosexualidad. ¿Pero qué, en esta teoría, constituiría, según otros autores, una ficción en el sentido de no tener nada que ver con la realidad o incluso servir para encubirla?

Registraré, a este respecto, apenas algunas contribuciones que me son más conocidas y que, a mi juicio, representan un contrapunto de las formulaciones freudianas. Mi intención es esbozar una cierta deconstrucción de tales teorías, problematizar la cuestión para mantenerla abierta y, así, evitar la permanente tentación del encastillamiento defensivo en respuestas supuestamente definitivas.

Considero pertinente la afirmación de Capra, citado por Motomura (2006), respecto de que nuestra tentativa “neutra” de observación de un nuevo fenómeno es más o menos rápidamente interrumpida por el supuesto “reconocimiento” y, por lo tanto, por su encuadramiento dentro de algo que creemos ya conocer. Cuando eso no es posible, pasamos generalmente a considerarlo sin sentido o irreal.

Uno de los primeros y bien conocidos cuestionamientos sobre la teoría freudiana incluye la discusión sobre las “fantasías retroactivas” (*Zurückphantasieren*), defendidas por Jung, y la concepción freudiana de “*a posteriori*” (*Nachträglichkeit*). Constituye el telón de fondo del trabajo “El Hombre de los Lobos” (Freud, 1918/1986c). La tesis junguiana de que los supuestos recuerdos o fantasías de escenas sexuales ocurridos en la infancia y reconstruidos en el análisis serían construcciones de la mente del adulto. Resultarían de una tendencia regresiva frente a conflictos del presente y servirían como representaciones simbólicas de deseos relacionados con ese mismo presente. Freud (1918/1986c), a su vez, argumenta que la presencia de manifestaciones neuróticas ya en la infancia testimonia la realidad de la observación de la escena primaria y de su reactivación –*a posteriori*– a propósito del sueño de los lobos. Insiste entonces en la factualidad, si no de la visión de la escena propiamente, al menos de sus indicios. La observación de la cópula entre perros podría, por ejemplo, haberse transferido a una escena eventualmente “inocente” entre los padres. Pero como último recurso, recurre a la teoría de la fantasía originaria de la escena primaria. Según él, la tesis junguiana no sólo contraría la existencia de la sexualidad infantil, sino que propone que las escenas sexuales de la infancia serían, en verdad, fantasías del propio analista que él forzaría en el analizando.

La teoría de la sexualidad infantil constituiría, así, para Jung, una teoría sexual del Freud adulto impulsada hacia el pasado y hacia el analizando. En otras palabras, una formulación que puede categorizarse en la columna dos de la tabla de Bion (1977).

Bajo una perspectiva teórica distinta, Fairbairn (1980) también descentra la importancia atribuida por Freud a la sexualidad infantil

inconsciente. Tales mensajes imponen al niño un trabajo de simbolización. Un trabajo de “traducción”, difícil si no imposible, de cualquier forma siempre parcial, en virtud de sus aún limitadas capacidades. Siendo así, siempre resultarán restos no simbolizados que van a constituir el inconsciente reprimido originario, con efecto pulsional, denominados por Laplanche (1992a, 1992b) objetos-fuentes de pulsión. Objetos-fuentes que permanecen como un cuerpo extraño interno imponiendo un interminable trabajo de traducción. Para él, el ser humano “... es y no deja de ser un ser autotraductivo, autoteorizante” (Laplanche, 1992a, p. 139).

Laplanche (1992a) propone la existencia de diferentes niveles de teorización. En uno de los extremos estaría la metapsicología. En el otro, la autosimbolización del sujeto, constitutiva de su vida psíquica. Pero esa autosimbolización no se desarrolla a partir de la nada y la vida fantástica evidencia ciertas hojas de ruta universales. Según él esas hojas de ruta o esquemas son propuestos al sujeto por el medio cultural y van a constituir las fantasías originarias que, por lo tanto, no derivarían de una herencia filogenética ni constituirían el núcleo del inconsciente. En este caso, se estaría señalando y criticando como errónea una ficción filogenética de Freud.

Se observa que también en la teoría general de Laplanche la fantasía persiste ubicada en la génesis y en el núcleo de la pulsión. Pero este autor subraya que ella no constituye una simple derivación natural de lo psíquico a partir de lo somático, pues su punto de partida está en el otro, en los mensajes enigmáticos que propone al niño.

Laplanche (1992b) considera que su teoría de la seducción generalizada completaría la “revolución copernicana” iniciada por Freud, restableciendo la “prioridad del otro” en el psicoanálisis. Implicaría, como se ha expuesto, una nueva teoría de las pulsiones y una corrección del desvío biologizante y del recurso a la filogénesis presentes en las formulaciones freudianas.

En relación al complejo de Edipo son conocidas las divergencias de Melanie Klein respecto de aquello que, bajo su vértice teórico, podría llamarse, de un modo más amplio, ficción freudiana del complejo paterno y de la primacía del falo.

Klein (1945/1992) privilegia el instinto de muerte y las fantasías destructivas como generadoras de angustia (al contrario de los instintos sexuales), y considera que las fantasías orales, anales, uretrales y genitales se superponen desde el inicio, aunque con el predominio de las orales. La relación original y exclusiva con el pecho materno tendría un papel decisivo en el origen y la evolución del complejo de Edipo. Por esa razón ella se refiere a un complejo de Edipo pregenital en oposición a un período preedipiano como el que sostiene Freud. El pasaje del pecho hacia el pene y la oscilación entre estos dos objetos parciales instalan el complejo de Edipo positivo y negativo en ambos sexos y su evolución posterior, distinta en los niños y en las niñas, es orientada por un conocimiento inconsciente innato

del pene y de la vagina y por el sexo biológico de cada uno. Para los analistas que, como ella, siguieron a Horney (1967) y a Jones (1935), el desconocimiento inicial de la vagina por parte de la niña, postulado por Freud, así como las consiguientes tesis sobre el monismo fálico y el temor a la castración como iniciador del complejo de Edipo en las niñas, constituirían una ficción sexual de Freud que no se correspondería con la realidad. Según Chasseguet-Smirgel (1991) sería una defensa contra la herida narcisista generada por la percepción de que el pequeño pene infantil es insuficiente para satisfacer y fecundar a la madre. Una vez más, bajo ese ángulo, la teoría de la sexualidad infantil de Freud representaría una teoría sexual infantil de Freud.

En consonancia con lo que podría llamarse teoría kleiniana de la fantasía generalizada, Meltzer (1979) y Meltzer y Harris Williams (1990) se ocupan de lo que denominan “estados sexuales de la mente”, distintos del comportamiento sexual. Tales estados se estructuran en torno a las reacciones suscitadas por la fantasía universal del coito parental creativo y placentero, diferente tanto de la escena primaria sadomasoquista, freudiana, como de la figura persecutoria de los padres combinados, kleiniana. Éstas dos últimas serían versiones distorsionadas resultantes de proyecciones y usadas como defensa contra la envidia, los celos, el sentimiento de exclusión, etc., desperdidos por la relación creativa.

Esa relación parental sería inicialmente fantaseada como ocurriendo en el interior del cuerpo materno, conteniendo el pene paterno. Un pene objeto parcial tanto sin testículos (con funciones de protección y límite) como con testículos (reparador).

En el estado sexual mental infantil polimorfo (que Meltzer distingue luego del perverso) los celos despiertan el deseo de separar la pareja y, a través de la identificación proyectiva, entrometerse en la relación creativa y placentera, sentida como un secreto. En el estado sexual mental perverso la envidia transforma ese coito parental en una escena sadomasoquista estéril. Finalmente, el estado sexual mental polimorfo adulto (entonces también polimorfo, aunque con motivaciones diferentes del infantil) respeta la privacidad y el misterio de la relación, admirando sus cualidades placenteras y creativas. Anhela incorporarla como ideal del yo, mediante identificación introyectiva.

Por consiguiente, objetos (parciales y totales) y relaciones (introyecciones y proyecciones) pertenecientes a un mundo interno, fantástico, pero a partir del cual, según Meltzer, los objetos y las relaciones del mundo externo reciben su importancia y significado.

Meltzer (1979) piensa que, al referirse a la sexualidad infantil como perversa polimorfa, Freud no habría hecho la distinción entre dos estados sexuales mentales con motivaciones bien diferentes entre sí. Además, al dejar de designar la sexualidad adulta como polimorfa adulta habría elevado la genitalidad heterosexual a una posición suprema y única en relación a los placeres pregenitales, si-

tuando el coito genital como “una especie de blasón da aristocracia sexual” (p. 81). En otros términos, nuevas ficciones sexuales de Freud, tal vez moralistas según Meltzer (1979).

Winnicott (1971/1975, 1963/1982) afirma la existencia de todo un período no edipiano del desarrollo, prepulsional, pero estructurante del sentimiento de identidad. Loparic (1997) caracteriza la concepción general winnicottiana como un “psicoanálisis no edipiano”. Así, la centralidad de la sexualidad y de este complejo en la estructuración de la sexualidad (y de toda la vida psíquica) sería una ficción si no falaz al menos incompleta del creador del psicoanálisis.

¿Ficción de Freud o ficción de otros psicoanalistas?

La conferencia de Green sugestivamente titulada “¿La sexualidad tiene algo que ver con el psicoanálisis?” constituye, en mi opinión, el cuestionamiento actual más contundente de las formulaciones divergentes de Freud respecto de la importancia de la sexualidad infantil y la centralidad del complejo de Edipo. Green (1995, 2008) argumenta que, en el psicoanálisis moderno, a menudo la sexualidad ya no se considera el factor central en el desarrollo psíquico y en la psicopatología, quedando poco del significado y de las funciones que Freud les atribuía. En la mayor parte de los casos se piensa como un artefacto de *setting* o como una defensa contra aspectos posteriores o anteriores a la sexualidad. Para él, el inconsciente sigue basado –como lo estaba para Freud– en la sexualidad y en la destructividad. Y el complejo nuclear sigue siendo el de Edipo:

... Cualesquiera sean las elecciones sexuales de un individuo, él no podrá ignorar que ha nacido de una relación sexual entre un padre y una madre de una generación anterior, separados ellos mismos por las diferencias de los sexos, y que, para toda la vida, tendrá que lidiar con la elaboración de su origen. (Green, 2008, p. 238).

Green (1995) afirma que la represión y la resistencia a la sexualidad se extendieron también a la teorización de muchos psicoanalistas actuales. Así, Fairbairn habría desexualizado el psicoanálisis al sustituir la tesis freudiana de la búsqueda del placer por su proposición de la búsqueda del objeto, más inocente y menos perturbadora.

Klein, por su parte, habría modificado sustancialmente los principios freudianos de la actividad psíquica al rechazar la noción de narcisismo primario, otorgar primacía a la destructividad y cambiar la oposición entre placer y displacer por la del buen y el mal objeto. Además, al elevar el pecho materno a la posición de suprema importancia se volvió secundaria no sólo la sexualidad sino también la función de la figura paterna.

Existiría, para él, principalmente en los autores anglosajones (incluyendo a Meltzer) una exclusión casi generalizada de la dimensión

erótica en los intercambios entre la madre y el niño, resultante, por lo menos en parte, de un puritanismo. Además de ello, habría una fuerte tendencia a no procurar ya articular lo psíquico con lo somático -como siempre intentó Freud-, convirtiendo el psicoanálisis en una teoría exclusivamente psíquica. La propia teoría de la seducción generalizada, de Laplanche, padecería de este desvío.

En lo que se refiere a las fantasías originarias Green (1990) dice lo siguiente:

... Para la construcción de mi teoría necesito de una hipótesis, de la cual no puedo suministrar ninguna prueba, porque se trata de un axioma. Digo simplemente que para mi desarrollo teórico me es necesaria, y afirmo entonces que creo en la existencia de un conjunto mínimo de contenidos universales (p. 96).

A mi criterio esta axiomatización de las fantasías originarias por parte de Green (1990) representa, en el psicoanálisis, el mismo papel y tiene el mismo sentido específico (el tercero de ellas) que las “ficciones legales” referidas por Lalande (1993).

Basándose en los fundamentos lacanianos. Baranger (1994a) argumenta que el uso extenso y excesivo del enfoque genético por parte de Klein, derivado de aquello que Isaacs (1969) denominó principio de la continuidad genética, hace que la prioridad cronológica de la relación con el seno materno conduzca a una concepción teórica de su prioridad también en la determinación del desarrollo psíquico, o sea de su prioridad lógica. La equiparación del complejo de Edipo precoz con el tardío conduciría a la pérdida de la noción en sí de “complejo”. Según Baranger (1994a), en tanto el Edipo precoz es una constelación esencialmente fantasmática, el Edipo freudiano constituye “... un acontecimiento de envergadura estructural dominante” (p. 294), que ocurre en el punto de inserción del sujeto en la cultura. Y, en la medida en que el Edipo tardío se mantiene como el organizador nuclear del desarrollo humano, la situación triangular en realidad antecede a la dual y no al contrario, como propone Klein a la luz de su enfoque genético.

Dice Baranger:

La prohibición de la madre como objeto incestuoso por parte del padre, es decir, la castración, es lo que permite la ruptura de la estructura diádica y la constitución del hijo como unidad distinta e individualizada. El tres impone la diferenciación dentro de la unión diádica y permite la aparición del uno, del sujeto. Constituye al sujeto como sexuado, dotado de un solo sexo, o sea, como simultáneamente uno, separado y esencialmente incompleto, como ser deseante. (Baranger, 1994a, pp. 299-300).

El padre, en la concepción kleiniana, surgiría en la mente del niño, aún según Baranger, apenas como una diferenciación secundaria y dependiente de la madre, ocurriendo, así, una sustitución del supuesto falocentrismo freudiano por la supremacía de una figura materna omnipotente.

Frente a estos argumentos es posible decir que, para Green y Baranger, las teorías de Klein, Fairbairn y Winnicott, junto con otros autores que los siguen en líneas generales, representarían ficciones/falacias descorporalizantes, desexualizantes y descentralizadoras del complejo de Edipo en el sentido que Freud le atribuyó. Ficciones resultantes de falacias teóricas o incluso de la represión de la sexualidad y del Edipo por parte de sus autores. Ficciones clasificables en la columna dos de la tabla bioniana.

Al exponer las ideas de Green creo haber efectuado una vuelta en espiral y retornado a Freud en otro nivel. Luego, analistas de otras escuelas podrán también cuestionarla en cuanto las eventuales ficciones y realidades de sus proposiciones. Y así en adelante, en un inquietante pero necesario y enriquecedor diálogo infinito (en el mejor de los casos). ¿Quién sería más congruente con la realidad? ¿Y qué realidad es esa? ¿Es posible conocerla?

Ficción y sexualidad en la relación analítica

M, un paciente de 45 años, soltero, comenzó la sesión diciendo que el día anterior había ido al Mercado Público motivado por el deseo de adquirir algunos productos en un puesto conocido por la excelencia de sus productos. Al llegar decidió antes sentarse y comer la famosa ensalada de frutas con helado del Puesto X, recordando que, en la infancia, su madre lo llevaba muchas veces a aquel local.

A medida que desarrolla este relato empiezo a recordar una torta de frutillas con crema que comí muchas veces en mi infancia, en una confitería de mi ciudad natal. Después, de adulto, por muchos años seguí considerándola la mejor que había probado. Recordaba su gusto, su olor, su consistencia, su aspecto, la comparaba mentalmente con tantas otras y siempre me parecía imbatible. Por lo menos en mi recuerdo. Hace algunos años volví a la confitería, esperando volver a experimentar todas aquellas sensaciones inolvidables. Para mi sorpresa, sin embargo, era una torta común, igual a tantas otras. En realidad, tuve que reconocer, no tan buena como otras que ya había probado, aunque no fuese mala. En los primeros momentos pensé que las frutillas de hoy no eran como las de antes, que la crema ya no era natural, el trigo diferente, etc. Después, imaginé que habían modificado la receta, que, quién sabe, el Sr. K., eterno propietario de la confitería, finalmente se había rendido al deseo de lucros mayores y pasado a utilizar ingredientes más baratos. Hasta le tuve rabia por unos instantes, por robarme la oportunidad de volver a sentir aquellas dulces e inolvidables sensaciones. Enseguida, no obstante, percibí, con cierta frustración, que no era éste el motivo, que en verdad estaba

dolorosamente necesitando renunciar a una ficción/idealización que hasta entonces había sostenido dentro de mí. Incluso la también eterna moza vestida con el uniforme de lino blanco siempre immaculado me confirmó que nada en la receta había cambiado. Un uniforme que, además, tampoco me parecía ya tan perfecto. Finalmente, resignado, no dejé de aprovechar el placer de estar allí, en un lugar repleto para mí de tantos recuerdos (inclusive algunos tristes) de un pasado distinto de aquel presente mío, en el cual también identifiqué muchas satisfacciones, así como problemas y dificultades inherentes a la vida. Cuando salí, me sentía alimentado por los recuerdos y también más cercano a mi familia actual, reconociendo cuánto había de idealización en el recuerdo de aquella torta.

Aunque esté tomándome todo este tiempo para relatar tales recuerdos que me vinieron en forma inesperada a la mente en aquel momento de la sesión, tengo en claro que ocurrieron en un instante, como si hubiera estado viendo un cuadro de un paisaje vasto y antiguo.

En ese ínterin, M ya estaba relatando que, mientras esperaba su ensalada de frutas con helado, comenzó a experimentar una incomodidad muy grande, creciente, casi física, difícil, según él, de describir. La sensación fue tan angustiante que se levantó y salió rápidamente del local, volviendo a su casa. La angustia mientras tanto persistió y, al anochecer, se dirigió a un sauna masculino. Allí se dejó humillar por un hombre, o mejor dicho provocó que lo humillara y hasta maltratara físicamente, sintiendo incluso placer y ya no angustia. Este comportamiento homosexual masoquista fue el motivo principal de su búsqueda de tratamiento, pero ya no venía ocurriendo desde hacía un tiempo.

Al comienzo me sentí preocupado con esta actuación suya. Enseguida comencé a experimentar cierta irritación y una voluntad de criticarlo por retomar tal comportamiento, a pesar de haberlo analizado tantas veces y haber pasado un tiempo ya sin necesitar utilizarlo. Pero luego me di cuenta de que, procediendo de esa manera, estaría actuando con él, en aquel momento, la situación sadomasoquista que él había provocado en el sauna masculino. Comencé a comparar internamente sus reacciones con aquéllas que recordé haber experimentado en la confitería del Sr. K. Recordé cómo necesité contener el dolor de la frustración por no reencontrar la experiencia idealizada que guardaba desde la infancia, cómo sentí el deseo de acusar al Sr. K. como responsable por esto y cuán triste fue, aunque también aliviador, reconocer toda la idealización involucrada. Felizmente nunca necesité recorrer las salidas defensivas utilizadas por M. Pero no dejé de intuir lo que lo llevaba a practicarlas, aun sintiendo cierta incomodidad al intentar colocarme en su lugar. Todo esto sin ignorar las defensas nuestras de cada día. Incluso algunos eventuales momentos sadomasoquistas cotidianos que quedan racionalizados y hasta idealizados como si fueran sacrificios necesarios, buena educación, im-

pertinencias e irritaciones supuestamente justificadas, etc. ¿Y cuáles serían las ficciones/defensas idealizadas por mí en el presente?

Le dije entonces a M que, tal vez, al llegar al Mercado Público y pedir la ensalada de frutas con helado, fue muy doloroso para él comenzar a percibir que la infancia había terminado y no volvería nunca más. Que, por eso mismo, necesitó salir rápidamente del local y buscar una situación, en el sauna masculino, en la cual transformar este dolor emocional en el placer de sufrir dolor físico, el cual le resultaba conocido, localizable e incluso bajo su control, ya que él lo inducía. Abordé este punto específico no sólo por mis recuerdos de aquel momento, que me posibilitaban, supongo, intuir el dolor que él evitaba, sino también en virtud de que él vivía prácticamente preso en el pasado, recordando la muerte de su madre ocurrida hacía más de 10 años y desvalorizando a todas las personas, situaciones y cosas del presente. Saqué a colación además los riesgos implicados en sus actuaciones masoquistas.

M pasó a quejarse de su padre, aún vivo, clasificándolo como “un bruto”, “un grosero”, que lo reprendía permanentemente diciendo que no salía de “debajo de la falda de la madre”. Y volvió a lamentar largamente la muerte de ella. Casi me conformé con dejar la cuestión en este punto, es decir, en su dolor por esta pérdida. Pero otra vez me vinieron a la mente mis recuerdos de poco tiempo atrás. Casi contra mi voluntad, deseando inicialmente evitar ese nuevo aspecto, le recordé que él ya había experimentado reacciones como las del día anterior antes de haberla perdido. Quién sabe, agregué, quizá lo más doloroso era necesitar aceptar que, incluso cuando ella aún vivía, M no conseguía encontrar, ni con ella ni con ninguna otra persona o situación, algo tan maravilloso como lo que, en su imaginación, había disfrutado de tan pequeño. Que todavía no se resignaba a eso, necesitando, por ejemplo, creer que era su padre quien lo había privado de tal posibilidad, entre otras razones para poder continuar con la idea de que ese algo maravilloso existió, podría recuperarse y durar entonces para toda su vida. M se quedó en silencio. Un silencio que inicialmente me pareció irritado y, después, denso. Pero no me pareció que hubiera llegado a ser triste. Contó entonces que no soportaba que la madre llevara a hacer las compras o a pasear a alguno de sus otros cinco hijos y no a él. Se quedaba en casa llorando, resentido, con rabia hacia el hermano elegido en la ocasión. Ahora imaginaba que debería sentir rabia también hacia su madre, pero siempre encontraba una forma de resguardarla e idealizarla, dirigiendo sus resentimientos a su padre y a sus hermanos. Más adelante, en el pasado, en ocasiones semejantes, comenzó a aproximarse a obreros de la pequeña empresa de su padre, comportándose ante ellos de forma de llevarlos a ridiculizarlo y tratarlo despectivamente como homosexual. Él mismo relacionó estos recuerdos con su comportamiento masoquista en el presente, como habíamos hecho ya en otras ocasiones. Vimos también que se había escapado del Mercado Público antes de

comer la ensalada de frutas con helado no sólo por temer no soportar el dolor de los recuerdos y de la pérdida de la infancia, sino también para poder seguir con la ilusión de que, cuando volviese a comerla, volvería a sentir todas aquellas sensaciones que asociaba a su madre en la infancia.

Y así cerramos la sesión. Tuve la clara impresión de que M estaba triste a la salida. Ciertamente no estaba ansioso como cuando llegó. Proseguimos posteriormente trabajando con sus angustias y reacciones de este tipo, pero es posible constatar un espaciamiento cada vez mayor en sus actuaciones masoquistas, que también se muestran progresivamente menos intensas. Un aspecto importante que llegamos a comprender y trabajar fue que, en situaciones como aquella del sauna masculino, M inconscientemente vivenciaba a su partenaire como si éste actuara la rabia que él, M, estaba sintiendo, y a la vez él mismo representaba a alguien que era objeto de su odio en aquel momento, con frecuencia yo y, originalmente, su padre, sus hermanos o incluso la madre.

Curiosamente, algún tiempo después un colega me recordó que la ensalada de frutas con helado del Puesto X incluye también una porción de la famosa crema chantilly del local. En realidad, yo mismo la había probado algunos años atrás.

Considero posible detectar, a lo largo de este relato, circulando entre el analizando y el analista, por lo menos las siguientes fantasías:

- 1) La madre y el seno materno idealizados, deseados con exclusividad, sin limitaciones y para siempre.
- 2) El padre que sería responsable por la interdicción de la gratificación de ese deseo, en el contexto de un complejo de Edipo pregenital positivo. Implícitamente, una escena primaria en la cual el padre y los hermanos disfrutaban junto a la madre un placer del cual el sujeto está excluido.
- 3) La escena primaria (sádico-anal) en el contexto de un complejo de Edipo negativo, con el padre sádico constituyendo el objeto de deseo. Implícitamente, el deseo de castración por parte de esa figura paterna.
- 4) El interdicto paterno en la forma de una castración representada por la necesidad de aceptación de la realidad en confrontación con las fantasías basadas en el deseo.
- 5) Etc...

Posiblemente tales fantasías no habrían surgido o al menos no con esta importancia y en la secuencia que cobraron en la sesión si no hubiese, en la mente del analista, una teoría psicoanalítica que permitiera distinguirlas y trabajarlas terapéuticamente. Al fin de cuentas, como concuerdan prácticamente todos los epistemólogos actuales, no existe una percepción virginal de la realidad. Esto también implica que otros analistas, con diferentes bases teóricas y personales, pro-

bablemente verían o incluso movilizarían la emergencia de diferentes fantasías, con distintos desarrollos en la sesión. A mi criterio, mientras tanto, esas teorías necesitarían funcionar como continentes (Bion, 1962) en la forma de preconcepciones insaturadas (Bion, 1962, 1977), abiertas a la generación y el desarrollo de significados de los fenómenos emocionales vigentes en la relación analítica. Este uso es bastante diverso de cuando funcionan como contenidos saturados a ser forzados en la situación clínica. Esto sin mencionar la importancia de las teorías implícitas en la mente del analista, cada vez más consideradas, y que pueden detectarse con sólo una “segunda mirada” (Baranger, 1994b), promovida generalmente por un tercero no involucrado directamente en la relación.

De cualquier manera, la teoría, junto con la historia personal y psicoanalítica del analista, del par analítico y del analizando, tendrá una influencia importante en términos de cuáles fantasías serán distinguidas en determinada sesión, cuál significado dinámico les será atribuido, cómo serán articuladas entre sí y cómo serán trabajadas. Así, por ejemplo, para algunos analistas la preeminencia de la fantasía del seno materno idealizado en la situación relatada constituiría una fuga ante la angustiante amenaza de la actualización de una escena primaria sadomasoquista. Para otros la insistencia de esta última representaría una reacción defensiva y quizá vengativa derivada de la interdicción de la fantasía de recuperación y preservación del seno idealizado. Y nunca será posible excluir que, sean cuales fueren las fantasías y articulaciones, puedan representar ficciones/paramnesias (Bion, 1992b) del analista o del par analítico.

A mi modo de ver, fundado en un aspecto teórico propuesto por Meltzer (1979) y Meltzer y Harris Williams (1990), la eficacia terapéutica del psicoanálisis depende de la introyección, por parte del analizando, del par analítico como un “objeto combinado inspiracional”, con funciones de ideal del yo. Objeto combinado en el sentido de una conjunción creativa y complementaria capaz de generar y cuidar el desarrollo de sus frutos. Inspiracional, significando que aquél que lo internaliza pueda mantenerlo como referencia pero siguiendo su propio camino, con sus propios objetivos, a diferencia de aspiracional, es decir, que anhela narcisísticamente volverse igual al otro para conseguir aprobación y recompensas.

En el caso de la situación analítica este objeto combinado está constituido por el trabajo conjugado (aunque asimétrico) del analizando y el analista. Un trabajo cuyo norte es el amor por la búsqueda de la verdad en medio de las angustiantes tempestades emocionales siempre presentes en la relación. Tempestades que no serán ni evitadas ni actuadas, pero sí transformadas en palabras y trabajadas de una manera que contribuya a la expansión de la mente y el crecimiento psíquico. Insisto en que esa introyección terapéutica se refiere al par analítico y no sólo a la figura del analista, porque el arduo trabajo que a ella puede conducir depende de ambos, cada cual en su papel.

interna de nuestra estructura específica. Cualquier agente provocador desencadena pero no determina las reacciones en esos diferentes dominios, y también reacciona siempre a ellos de modo estructuralmente autónomo. No hay una realidad externa independiente, capturable y representable en la mente. Esto contradice las teorías “representacionistas”, objetivistas. Al mismo tiempo, es vitalmente necesario que esta construcción mantenga permanentemente una interacción congruente con el medio ambiente físico, biológico y humano, un “acoplamiento estructural” con ellos. Esto, a su vez, contraría las teorías solipsistas radicales, subjetivistas.

¿Cuál es la repercusión de esta epistemología en la teoría psicoanalítica de las representaciones psíquicas? ¿Cómo, a partir de ella, distinguir y caracterizar realidad y ficción?

Cuestiones como éstas constituyen, para mí, el “ombligo” del presente trabajo y del tema del Congreso al que se destina.

Pero todo esto... ¿es ficción o realidad? O... ¿ficción y realidad? ¿Y qué es, finalmente, “realidad”?

Resumen

Se presentan y correlacionan los conceptos de ficción y fantasía, destacando que abarcan construcciones de la mente que pueden usarse para intentar comprender o para evitar la realidad. Se discuten las contribuciones de diferentes psicoanalistas sobre la naturaleza y las diversas modalidades de la fantasía. Se confrontan las propuestas divergentes de varios autores sobre la importancia de las ficciones/fantasías en el origen y la estructuración de la psicosexualidad, partiendo de Freud. Las teorías/ficciones consideradas heurísticamente útiles por algunos son, para otros, ficciones/falacias eventualmente incluso defensivas. El objetivo es mantener estas cuestiones abiertas para evitar la tendencia al apego a ficciones/teorías supuestamente definitivas. La interrogación sobre las posibilidades de conocimiento de la realidad constituye el permanente telón de fondo implícito. El material clínico ilustra algunos aspectos abordados, sobre todo la dificultad de renunciar a fantasías/ficciones idealizadas.

Descriptor: Ficción, Fantasía, Realidad, Realidad Psíquica, Psicosexualidad, Complejo de Edipo.

- Freud, S. (1986d). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras completas* (Vol. 9, pp. 183-201). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S. (1998). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905)
- Green, A. (1988). A mãe morta. En *Narcisismo de vida, narcisismo de morte* (pp. 247-282). São Paulo: Escuta.
- Green, A. (1990). *Conferências brasileiras de André Green: Metapsicologia dos limites*. Rio de Janeiro: Imago.
- Green, A. (1995). Sexualidade tem algo a ver com psicanálise?. *Livro Anual de Psicanálise, 11*, 217-259.
- Green, A. (2008). *Orientações para uma psicanálise contemporânea*. Rio de Janeiro: Imago.
- Horney, K. (1967). The flight from womanhood. En H. Kelson (Ed.), *Feminine psychology* (pp. 54-70). London: Routledge & Kegan Paul.
- Houaiss, A., Vilar, M., & Franco, F. (Eds.). (2001). *Dicionário Houaiss da língua portuguesa*. Rio de Janeiro: Objetiva.
- Isaacs, S. (1969). A natureza e a função da fantasia. En M. Klein, P. Heimann, S. Isaacs & J. Riviere (Eds.), *Os progressos da psicanálise* (pp. 79-135). Rio de Janeiro: Zahar.
- Jones, E. (1935). Early female sexuality. *The International Journal of Psychoanalysis, 16*, 263-273.
- Klein, M. (1992). O complexo de Édipo à luz das primeiras ansiedades. En J. Steiner (Ed.), *O complexo de Édipo hoje* (pp. 13-69). Porto Alegre: Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1945)
- Lalande, A. (1993). *Vocabulário técnico e crítico da filosofia*. São Paulo: Martins Fontes.
- Laplanche, J. (1985). *Vida e morte em psicanálise*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Laplanche, J. (1988). *Teoria da sedução generalizada e outros ensaios*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Laplanche, J. (1992a). *Novos fundamentos para a psicanálise*. São Paulo: Martins Fontes.
- Laplanche, J. (1992b). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1997). *Freud e a sexualidade: O desvio biologizante*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (1988). *Fantasia originária, fantasias das origens, origens da fantasia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (1991). *Vocabulário da psicanálise*. São Paulo: Martins Fontes.
- Loparic, Z. (1997). Winnicott: Uma psicanálise não-edipiana. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre, 4*(2), 375-387.
- Masson, J. M., & Scroter, M. (Eds.). (1986). *Sigmund Freud briefe an Wilhelm Fliess, 1887-1904*. Frankfurt: Fischer.
- Maturana, H. R., & Varela, F. J. (2002). *A árvore do conhecimento: As bases biológicas da compreensão humana*. São Paulo: Palas Athena.
- Meltzer, D. (1979). *Estados sexuais da mente*. Rio de Janeiro: Imago.
- Meltzer, D., & Harris Williams, M. (1990). *La aprehensión de la belleza: El papel del conflicto estético en el desarrollo, la violencia y el arte*. Buenos Aires: Spatia.
- Motomura, O. (2006). Prefácio à edição brasileira. En: F. Capra, *A teia da vida: Uma nova compreensão científica dos sistemas vivos* (pp. 13-17). São Paulo: Cultrix.
- Pontalis, J. B. (2005). *Entre o sonho e a dor*. São Paulo: Idéias & Letras.
- Winnicott, D. W. (1975). *O brincar e a realidade*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1971)
- Winnicott, D. W. (1982). Da dependência à independência no desenvolvimento do indivíduo. En D. W. Winnicott, *O ambiente e os processos de maturação* (pp. 79-87). Porto Alegre: Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1963)

la cual el yo-intérprete se ubica. Es interesante advertir que entre los autores literarios esta idea está presente, por ejemplo, en Mia Couto (2013) cuando escribe: “La historia de un hombre siempre se cuenta mal. Porque la persona es, todo el tiempo, aún naciente. Nadie sigue una única vida, todos se multiplican en hombres diversos y transmutables” (p. 29).

Creo que podríamos aplicar el proceso analítico que Braudel (1969) piensa sobre la revelación de los procesos sociales: “La Historia con H mayúscula es la suma de todas las historias posibles” (p. 55).

La mente humana está en permanente *trabajo de transformación* (Bion, 1962a; Salomonsson, 2007a). Esta tarea se lleva a cabo en parte por lo que Rolland (1998) llamó imperativo representacional, es decir el fruto de un proceso de *trabajo de elaboración psíquica* siempre en curso, en una búsqueda permanente por resolver conflictos y lidiar con el sufrimiento psíquico. Roussillon (2012, Capítulo 8) cree en la existencia de una compulsión a la integración siempre presente en la mente, creencia ya expresada por Melanie Klein. En este contexto el proceso de simbolización es aquél que da una primera forma a la materia psíquica. No me extenderé aquí sobre los diversos aspectos del proceso de simbolización que han sido objeto de muchas publicaciones mías y de Elizabeth Rocha Barros a lo largo de los últimos años (Elias Barros, 2000, 2006; Elias Barros & Elizabeth Barros, 2011), pero los mencionaré en el transcurso del examen del material clínico.

He elegido ilustrar este trabajo con el material que un paciente coincidentemente me facilitó diciendo que pasó su vida intentando resolver un problema: saber si la idea que se hacía de su pasado y de su presente era real o ficcional.

¿Dónde se ubicarían los múltiples *lectores implícitos* del *texto ficcional* que constituye la vida emocional de nuestros pacientes? Pienso que no existe una lectura objetiva de la verdad histórica de una vida. El objetivo del psicoanálisis no es encontrar un sujeto único que existiría en el inconsciente de nuestros pacientes y tendría una existencia oculta a causa de las fuerzas de la represión. Al contrario, pretendemos crear un sujeto psicoanalítico interpretante capaz de asumir el ya mencionado concepto sugerido por Ogden (1996), caracterizado como *I-ness* (Yo-idad), que hace la mediación “entre la persona y su propia experiencia personal vivida” (p. 31). Este sujeto reflexivo está siempre en transición entre momentos de mayor o menor contacto con su inconsciente.

El paciente, que llamaré R., es un profesional altamente exitoso y reconocido socialmente, que a lo largo de su vida ha hecho diversos análisis pero que, al buscarme, resaltó que no vivía feliz, no sentía la libertad de ser él mismo, y dudaba de la autenticidad de sus afectos. Se describía atormentado por sueños repetitivos sobre su pasado infantil, que según él lo *perseguía* (sic) hasta hoy. R. tiene varios hermanos y hermanas pero la única que de hecho existe para él (y que era la causa de sus tormentos) es una hermana mayor, también muy

*formaba en una genetista (de hecho existente) de fama mundial. En otro tramo del sueño había una o más palomas, que ella me ofrecía como manjares o porque yo era criador de palomas. A continuación decía que lo que lo incomodaba de mi actitud era que yo estaba **apaciguado** frente a la vida.*

R. comenta espontáneamente el carácter caricaturesco del sueño, y considera ridículo haber soñado algo así, pero a pesar de eso cree que hay algo ahí a desentrañar. En el sueño, dice, yo/analista era un *émulo* de él, *tenía todo* y era como este R. *que siempre quiere tenerlo todo*. Agrega que las imágenes del sueño eran compatibles con la realidad: *yo era un chef de la competencia de Nigela Lawson, había vivido en Inglaterra, mi esposa (que él conocía socialmente) era de la misma estatura de la historiadora y de la genetista en foco (sic)*. Lo único que no entendía era la presencia de las palomas. Después de un breve silencio se acuerda de una expresión en portugués muy común en su juventud: “¡Eh! ¡Caramba!”². Y agrega: *¡Eh, caramba, usted lo tiene todo, carajo!*, dicho en un tono jocoso y simpático. Agrega también que él detesta las palomas vivas, le dan asco, pero que resultan deliciosas cuando las prepara un gran chef.

Creo que en la sesión, así como en la vida, el paciente no **es, está siendo**. ¿Cómo capturar a esta persona/paciente siempre *en transformación* en su relación intersubjetiva con el analista? Esta consideración nos lleva a indagar complementariamente sobre lo que el analista *está siendo* para el paciente en determinado momento, y a la pregunta central a responder: **¿qué en el analista causó esa expresión del paciente?** ¿Cuál es el elemento subyacente que lo organiza? Responder estas cuestiones nos dará pistas sobre la arquitectura emocional del paciente y su funcionamiento mental.

Su relato y su sueño evocan en mí diversas reacciones. Me siento paralizado por el carácter caricaturesco del sueño; me impacta que diga que en el sueño soy su *émulo*, o sea que no tengo existencia propia; me quedo intrigado con el posible significado de las palomas; noto, sin saber qué hacer, su comentario *lo que más me incomodaba en el sueño era el hecho de que usted estuviera **apaciguado con la vida***.

Le digo que paradójicamente en el sueño tengo todo lo que se pueda desear como mujer, pero que en la realidad como analista, me quedo con muy poco para trabajar fuera de un contexto caricaturesco.

El paciente comenta que concuerda con que el carácter caricaturesco de una imagen enmudece a las personas, y que él frecuentemente usa este tipo de artificio –las imágenes caricaturescas– para finalizar una discusión. Dice también que en sus análisis anteriores su preocupación por la homosexualidad fue interpretada como fruto de su deseo de ser mujer para encantar al padre igual que la hermana. En ese caso mi mujer, concentrando todas estas cualidades encantadoras,

1. N. del T.: en portugués: “Ora, pombas!”, literalmente, “palomas”.

sería él, en caso de que adoptase la visión sugerida en sus análisis previos. A continuación menciona que los demás lo ven como si lo tuviera todo, que esto produce envidia y hostilidad y por otro lado también genera admiración. Enfatiza que está confundido.

Le digo que si yo interpretara el sueño como expresión de su deseo de ser esa mujer fantástica con la que yo estaría casado y que encantaría a todos, esto lo apaciguaría porque estaríamos en un terreno familiar, pero sería una caricatura de análisis. Ante su silencio le digo que me pregunto si las palomas en el sueño no serían la clave para desembarazarnos del carácter caricaturesco de la situación, y menciono que las palomas son figuras que generan múltiples asociaciones: *palomas de la paz: lo que sugiere la expresión “apaciguado”*; enfatizo la expresión “¡Eh! ¡Caramba!” [“Pombas!”, *palomas*], que contiene cierta hostilidad; me refiero a la “pomba-gira” (una figura de las religiones africanas que representa al par femenino de Exu asociado al mal, a la sexualidad y a veces a la homosexualidad).

Pienso que este sueño contiene múltiples significados posibles, y que cada uno de ellos llevaría a un tipo de vivencia emocional. Por ejemplo, podría referirse a la proyección de la grandiosidad del paciente y de esta forma ser una defensa contra la muerte (¡tenerlo todo!), una preocupación que lo afligía continuamente; podría referirse a un aspecto ávido de él; a la extrema competitividad con todos a la vez, concentrado en sus sueños repetitivos con la hermana; podría tener una connotación asociada a la homosexualidad: la paloma viva le despierta asco pero como *comida* (también tiene una connotación sexual) es óptima.

Es difícil optar por una interpretación/observación sin referencia a un contexto más amplio. En el conjunto de las sesiones, pero sobre todo en las que precedieron a este sueño, la temática central era la rivalidad con la hermana y el sentimiento de que ella le había *robado* (sic) el sentimiento de autenticidad y le había imposibilitado apropiarse de su vida y de sus realizaciones. Repite hasta el cansancio cuánto se siente incomodado a esta altura de la vida, siendo hoy un hombre realizado, por tener tantos sueños repetidos con situaciones en las que la hermana tiene una relación especial con el padre de la que él queda excluido. Comenta que parece estar paralizado por estas rememoraciones. Ante cada sueño de este tipo R. me cuenta innumerables episodios que recuerda en los que la hermana era beneficiada por el padre y él excluido. Él mismo no sabe decir si todos los hechos relatados sucedieron o no.

Después de oír mi comentario, se queda pensativo por un momento y dice que la hermana hoy no tiene nada en la vida, salvo tal vez paz espiritual, sugiriendo que esto se debe al hecho de estar casi senil, y me cuenta otro sueño en el que la hermana obtiene/conquista un puesto para el que él se postulara, ¡siendo que él tiene todas las calificaciones para el mismo y la hermana ninguna! En el sueño él le dice a la hermana: *¿sabés que yo estoy interesado en este puesto?* E indignado

pregunta: *¿cómo te atrevés a postularte?* Agrega que la hermana es muy rica, él no, y que sospecha que parte de la riqueza de ella tendría origen en donaciones de bienes y dinero que el padre le hiciera a ella a escondidas de él. Consigna entonces el absurdo de soñar esto, dado que él tal vez sea la única persona que tiene efectivamente las calificaciones para aspirar al puesto, y me las enumera. Agrega además que la hermana obtiene todo lo que quiere sin esfuerzo: *las personas naturalmente se interesan por ella y le dan lo que desea.* Agrega que ambos son atractivos físicamente, pero él es aun más bonito y atractivo que ella. Y aparentemente de la nada comienza a contarme, sin pausa alguna, que colecciona *nanas* de diferentes lugares del mundo, tanto las transcripciones de sus letras como las grabaciones, que posee centenas, que está fascinado por oír las aunque no le cuente a nadie que tiene ese tipo de hábito, porque sería ridiculizado. Comenta que es necesario *tener la madurez y la percepción de ser una persona realizada que yo* (analista-Elias) *tendría, para comprender, sin ridiculizarlo, que las nanas son ficciones tranquilizadoras.* A él *nunca nadie le cantó una nana, sus padres eran duros o no se interesaban por él, pero su padre, que era una persona distante y fría, le cantaba estas canciones a la hermana.*

En este momento, con extremo cuidado para que el tono de mi voz y el ritmo de mi habla no parezcan una clase teórica o una conferencia, le digo que tal vez ahora podamos reflexionar mejor sobre sus dos sueños. Sugiero que atribuirme todo bajo la forma de estar casado con una mujer perfecta en el sueño, que podría tener todo lo que alguien podría soñar, así como tal vez atribuir a su hermana la capacidad de obtener todo lo que quisiera del padre y de los demás, podrían ser ficciones tranquilizadoras, una especie de *nanas*, declamadas para sí mismo repetidamente de manera de tranquilizarlo frente a un terror mucho mayor, como sería su miedo de no ser lo suficientemente atractivo para despertar espontáneamente amor en los otros, y que tal vez este sentimiento estuviera presente en el pasado ante los padres. El cuidado de la manera en que hablo con el paciente denota lo que pretendo con mi intervención. No estoy buscando informarlo de un hecho sino intentando generar una experiencia emocional a través del establecimiento de una conexión entre diversos hechos y vivencias, que él no podría hacer solo debido a resistencias dinámicas inherentes a su funcionamiento mental, de manera de convertir lo que él *está siendo* en una realidad vivida en el aquí y ahora de la sesión.

Él se queda callado por unos minutos y dice: *¿Usted está sugiriendo que tal vez nunca haya existido esta preferencia descarada por mi hermana, que esto es una ficción, una creación mía para no pensar en algo mucho más doloroso?*

Digo: *Tal vez, ¿qué piensa usted?*

Responde: *No sé, pero estoy emocionado y pasmado, fascinado con su capacidad de juntar las cosas que le cuento.* Y como estamos casi en el final de la sesión, añade: *Cuidese porque todavía voy a necesitar mucho de usted; y hablando de esto, ¿ya se puso la vacuna*

contra la gripe? Le voy a dar un truco, no se la ponga en el brazo sino en la nalga porque de esa forma no produce inflamación ni reacciones.

Siento (¿contratransferencia? ¿Rêverie?) que él me está *mandando al carajo...* al mismo tiempo que me elogia excitadamente. Esto me hace imaginar que tal vez este pensamiento que se impone en mi *rêverie* pueda procurar una pista para comenzar a comprender su preocupación por la homosexualidad. Él me ve y ve a los otros con tanta admiración y excitación mezcladas con tamaña rivalidad y hostilidad, así como con una voluntad de apropiarse de las cualidades de los otros hombres, que sólo la metáfora/ficcional de la homosexualidad, en su versión activa y/o pasiva, ofrecería un modelo explicativo para la relación que establece con los hombres. Entretanto no le digo nada más. En este punto cabe advertir que la comprensión del funcionamiento mental del paciente se da en diferentes niveles. En un primer momento ésta se refiere apenas al modo en que el paciente está funcionando en esta sesión en particular. En otro nivel está la comprensión del modo en que el paciente funciona en la vida a partir de una perspectiva más amplia. La hipótesis que surgió en mi mente sobre su homosexualidad es de este segundo tipo.

Me gustaría a continuación hacer algunas reflexiones sobre la relación entre experiencias pasadas y presentes (ficcional o no), potencialmente fundadoras del ego, y su relación con la realidad histórica, en la constitución del psiquismo.

Pienso que la naturaleza viva de la experiencia emocional producida por la interpretación/observación del analista es más importante que la reconstrucción histórica. Si adoptamos esta perspectiva no importa tanto si la experiencia presentada como recuerdo o representación del pasado es fiel o no a la realidad histórica, es decir si es ficcional o real. “Lo que importa es si nuestra interpretación/observación **íntegra** el pasado todavía vivo en el presente en su manifestación en la relación transferencial con el pasado histórico inferido” (Elias Barros & Elizabeth Barros, 2011).

Siendo así poco importa, en el caso de este paciente (R.), si de hecho había una relación preferencial entre su padre y su hermana de la cual él se sentía excluido. Lo más importante es saber si esta *ficción* cobra prerrogativa de realidad como experiencia **viva en el presente**.

Actualmente adoptamos un abordaje más complejo de la temporalidad del que inicialmente adoptaba el psicoanálisis. Por ejemplo, casi no consideramos el aspecto cronológico de la temporalidad. En el abordaje de la temporalidad incluimos cada vez más un aspecto genealógico. Este cambio de foco tiene implicancias metapsicológicas. El término *genealógico* se refiere a las experiencias pasadas que se han transformado en estructuras mentales y producen efectos en nuestras mentes (Elias Barros & Elizabeth Barros, 2011). Como objetivo terapéutico estamos más inclinados actualmente a abandonar el énfasis en la eliminación de los síntomas en favor de la creación de las condiciones que propicien un máximo desenvolvimiento del individuo a través de la ampliación de los elementos simbólicos dis-

ponibles para la función del pensar. Pienso que Thomas Ogden expresa bien esta modificación de los objetivos al proponer que el psicoanálisis procura “incrementar (...) la capacidad de estar vivo tanto como sea posible de modo que la persona pueda aprovechar el espectro total de la experiencia humana” (Ogden, 2005, p. 8). Para que esto ocurra necesitamos ampliar nuestra capacidad de pensar nuestra vida emocional, y para que ocurra esto necesitamos disponer de formas simbólicas capaces de establecer un número cada vez mayor de vinculaciones entre nuestras emociones que reflejen la reacción dialéctica que mantenemos con la vida y que nos transforma.

Estoy sugiriendo que los significados se amplían a medida que se van relacionando entre sí debido al rompimiento de barreras dinámicas, que impiden el contacto con otras vivencias emocionales y promueven una integración. Los significados ocultos, ausentes y potenciales (Barros, 2006) aprendidos a través de ciertas imágenes (formas simbólicas) asociadas a un sueño, por ejemplo, al ser develados, liberan emociones que abren nuevas redes conectivas de emociones y, así, amplían su dimensión significativa, abriendo puertas a otros significados potenciales (Barros, 2000, 2006).

Al relacionar experiencias emocionales, representaciones simbólicas y las diversas evocaciones producidas en la mente del analista estamos promoviendo esta ampliación de la red de significados que va propiciando la apertura de nuevos campos e emoción. En esta línea el análisis es transformacional en la medida en que se enfoca más en el proceso a través del cual el paciente va adquiriendo conocimiento sobre sí mismo (inclusive dándose cuenta de su resistencia a hacerlo) que en concentrarse estrictamente en el *insight*, si éste fuera visto más estrictamente como fuente de información sobre cómo es él. Dicho de otro modo, el conocimiento a través de una vivencia emocional de cómo el paciente *está siendo* es mucho más importante para generar transformaciones que informarse de *cómo es*.

En el caso de R. asocié las imágenes oníricas de las palomas con sensaciones de apaciguamiento con su creencia de que su hermana obtenía todo lo que quería, y estas dos ideas con el significado que podría tener su recuerdo en aquel momento de que coleccionaba nanas. Esas asociaciones me permitieron sugerir que él tenía un miedo mucho más terrorífico, el de no despertar amor en los otros (incluyendo a nuestros padres en el pasado), que se mantenía encubierto por la evocación constante de su resentimiento por haber sido excluido por el padre y la hermana de una relación íntima con ellos.

Los acontecimientos del pasado no explican, por sí solos, el presente actual. Al identificarnos con el origen de una determinada manera de ser en nuestros pacientes nos quedamos con una pregunta, tal vez la más esencial a responder psicoanalíticamente, a saber: ¿qué mantiene esta manera pasada de ser en el presente? En el caso de R. sería su miedo de no tener cualidades para despertar un amor espontáneo en los otros, que tenía como corolario que el amor o la admiración que

Descriptorios: Ficción, Rêverie, Simbolización, Transferencia, Verdad histórica. **Candidatos a descriptorios:** Lector implícito, Verdad psíquica.

Abstract

The author aims to discuss the relationship between historical truth and psychic truth by making a parallel with the vision of the role and nature of fiction according to Pamuk. In order to illustrate these relationships, a clinical case is presented in which a patient seeks analysis declaring he wishes to be helped in distinguishing what is real and what is fictional in his memories of a childhood riddled with intense fraternal rivalry. Through this clinical material, the author explores the complexity involved in the relationship between possible forming experiences in the past and their present manifestations.

Keywords: Fiction, Reverie, Symbolization, Transfer, Historical truth. **Candidates to keywords:** Implied reader, Psychic truth.

Referencias

- Ahumada, J. (2011). *Insight: Essays on psychoanalytic knowing*. London: Routledge.
- Barros, E. (2000). Affect and pictographic image: The constitution of meaning in mental life. *The International Journal of Psychoanalysis*, 81(6), 1087-1099.
- Barros, E. (2006). Afeto e imagem pictográfica: O processo de constituição de significado na vida mental. En J. R. Avzaradel (Ed.), *Linguagem e construção do pensamento: Concepção e organização* (pp. 169-188). São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Barros, E. [Elias] & Barros, E. [Elizabeth]. (2011). The conundrum of time in psychoanalysis. En S. Lewkowicz, T. Bokanowski & G. Pragier (Eds.), *On Freud's: "Construction in analysis"* (pp. 127-147). London: Karnac.
- Bion, W. R. (1962a). The psychoanalytic study of thinking. *The International Journal of Psychoanalysis*, 43, 306-310.
- Bion, W. R. (1962b). *Learning from experience*. London: William Heinemann Medical Books.
- Braudel, F. (1969). *Écrits sur l'histoire*. Paris: Flammarion.
- Couto, M. (2013). *Cada homem é uma raça: Contos*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Ogden, T. (1992). *The matrix of the mind: Object relations and the psychoanalytic dialogue*. London: Karnac.
- Ogden, T. (1996). *Os sujeitos da psicanálise*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Ogden, T. (2005). *This art of psychoanalysis: Dreaming undreamt dreams and interrupted cries*. London: Routledge.
- Pamuk, O. (2007). *Outras cores: Ensaios e um conto*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Rolland, J.-C. (1998). *Guérir du mal d'aïmer*. Paris: Gallimard.
- Roussillon, R. (2012). *Manuel de pratique clinique*. Paris: Elsevier Masson.
- Salomonsson, B. (2007a). Semiotic transformations in psychoanalysis with infants and adults. *The International Journal of Psychoanalysis*, 88(5), 1201-1221. doi: 10.1516/ijpa.2007.1201
- Salomonsson, B. (2007b). 'Talk to me, baby, tell me what's the matter now': Semiotic and developmental perspectives on communication in psychoanalytic infant treatment. *The International Journal of Psychoanalysis*, 88(1), 127-146. doi:10.1516/04P3-FUER-0U41-LLN8

cuando éste “sólo” la hubiese hipnotizado. Si lo miramos con mayor cuidado nos queda claro que no se trataba de algo solamente ficcional: toda la escena de hipnosis era en general una escena temida y deseada por hipnotizador e hipnotizado por contener trazos de verdad y de ficción alrededor de una escena con alto grado de erotismo.

Ahora bien, tanto en la más inocente de las hipnosis (pensemos en Freud con Emmy de N. o con Rosalía, o en Breuer con Ana O) ni en el más brutal de los abusos, podemos decir que la otra parte de la dupla *fantaseo- factor externo*, podrían ser absolutamente descartados. Lo productivo para el *trabajo psicoanalítico* exige navegar en la ambigüedad que separa y une la verdad y la ficción. Para un detective o un juez quizá resulten intolerables e inoperantes esas ambigüedades. Pero nosotros, psicoanalistas, sabemos que no accedemos a la “verdadera” causa de nada sin correr el riesgo de destruir el fino y fértil tejido que se produce entre lo fáctico y lo ficcional.

Todo esto se pone también en juego en la literatura. Si Borges llama *Ficciones* a uno de sus mejores libros, no lo hace para exaltar lo falso a expensas de lo verdadero. Lo hace porque considera que la ficción es el medio más apropiado para tratar la complejidad de la vida.

Cuando nos introducimos a las zonas más intensas de novelas de Melville, como *Bartleby* o *Moby Dick*, la tensión de la superposición entre realidad y ficción eleva el clima de la trama hasta casi rozar lo imposible. En esa mezcla entre verdad fáctica y pura imaginación, *Bartleby* y el Capitán Ahab, el primero en contraste con los oficinistas y el segundo con los marineros llegan al clímax de la tensión entre lo lógico del pensamiento mundano y las obsesiones enloquecidas de *Bartleby* y Ahab.

El tema de la *existencia efectiva* que mencionamos al inicio es, desde muchos puntos de vista, conflictivo. Por de pronto no depende solamente de la calidad de “la cosa” sino, también, del observador. A tal punto que, según afirma la física cuántica, sin observador no existiría el objeto observado. En el capítulo 3 de su libro *The gran design*, Hawking y Mlodinow (2010) comentan el hecho de que los organizadores de una exposición de peces dorados (*goldfish*) realizada en Italia prohibieron a los expositores el uso de peceras curvas. Justificaron esa medida diciendo que los peces mirando hacia fuera de la pecera tendrían una visión *distorsionada* de la realidad. Con toda lógica, Hawking y Mlodinow (2010) se preguntan, ¿no estaremos nosotros, y no los *goldfish*, dentro de una especie de pecera con enormes lentes deformantes? Para los habitantes de la pecera el modelo con el que perciben debe ser diferente del de los que habitamos fuera de ella, pero no podemos decir que una de las realidades es mejor o peor ni que una es más o menos real que la otra, porque eso lo determina la teoría que sustenta “la realidad” para cada quién, y esa teoría se conforma de acuerdo a donde vivimos y al discurso que organiza los modos de comprender del observador.

Un buen ejemplo de diferentes formas de “entender” eso, que con cierta petulancia llamamos “la realidad”, lo dan las teorías con las que hemos concebido al Universo que, presuntamente, viene siendo igual a sí mismo desde hace millones de años. La teoría que Ptolomeo introdujo por el año 150 antes de Cristo para describir nuestra posición en el universo predica que nuestra tierra es esférica y relativamente pequeña en relación con el cosmos y ocupa el centro absoluto del mismo permaneciendo quieta, imperturbable y rodeada de astros que giran a su alrededor. Este modelo, debe habernos parecido *natural* por ser al menos en dos puntos coherente con nuestra intuición: no *sentimos* que la tierra se mueva y *vemos* que son los cuerpos celestes los que giran alrededor nuestro.

En 1543 Copérnico propuso un modelo alternativo. En éste, el sol y no la tierra pasó a ocupar el centro del universo mientras nuestro planeta, como todos los demás, pasaron a girar alrededor de un sol imperturbable. ¿Cuál de los dos modelos es más real? Esta es una pregunta inadecuada, los dos son reales dentro de las coordenadas que cada una de las teorías sustenta.

En rigor, los astrofísicos contemporáneos dicen que *ambas realidades* son erróneas porque sustentan una tercer teoría: el Universo no es estático, no tiene centro y sus bordes se expanden a una velocidad en creciente aceleración que ya llegó a ser superior a la de la luz.

Son tres modelos para comprender eso que llamamos “la realidad”. Sin mentes que hayan modelado así las cosas, *la realidad* estaría inmersa en la enormidad de avatares y hechos que simplemente caen en el silencioso e infinito agujero de la *ignorancia*: donde sin que lo sepamos se agolpa lo que simplemente está *dado* sin siquiera interrogarnos.

La ciencia clásica se basó en la creencia de que existe un mundo cuyas propiedades son independientes del observador que las percibe, y que la existencia de los fenómenos es independiente de ser estos observados. Es decir, la observación no altera los hechos ni éstos la observación. Hoy, prácticamente todos los físicos opinan que no es así: la realidad, dicen, depende del observador y el observar de éste inevitablemente interfiere con su observación. Puede sonar realmente prosaico pero, según opinan muchos Físicos Cuánticos, la luna no existiría de no ser observada por nosotros.

Nada de esto debería resultarnos ajeno a los psicoanalistas: la transferencia está inevitablemente en el centro de lo que ocurre e importa en un análisis y *produce su realidad*. La realidad que importa en un Psicoanálisis no es simplemente el despliegue del *mundo interno* del paciente y/o el del analista. Se produce en la interterritorialidad de ambos. Desde un punto de vista teórico, el inconsciente (uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis) es un modelo más que nos permite “entender” sus producciones y hacer coherentes nuestras observaciones. Sin ese modelo, para un psicoanalista, los hechos no tendrían una existencia coherente ni efectiva.

En suma, una teoría (física, psicoanalítica o intuitiva) es un modelo que consta de una serie de reglas que conectan la observación a la que llamamos *realidad*. De ella se desprenden ecuaciones, cálculos y representaciones que permiten acotarla y calcular. No existe un objeto observado y un observador como dos territorios separados, lo importante –repito– se *produce entre* esos territorios, en la zona en la que uno interfiere con el otro.

La dependencia del realismo del modelo con el que la evaluamos se hace evidente en todas nuestras acciones. Esto se ve con particular claridad en los así llamados “modelos científicos”. Por ejemplo nadie, que se sepa, vio nunca una partícula llamada *quark*. Aun así, sin quarks los físicos cuánticos no podrían, por ahora, explicar ni comprender la coexistencia de protones y neutrones en el núcleo de los átomos. De modo que aunque no los veamos, de acuerdo con el realismo basado en el modelo para entender, nos manejamos como si los quarks existieran. Ya David Hume (1748/1980) en el siglo XVIII escribió que aun en los casos en que no tengamos bases racionales para creer en una realidad objetiva, no tenemos otra alternativa que la de actuar como si lo fuese.

Lo que he dicho vale también para nuestro querido psicoanálisis y para uno de sus más preciados inventos y/o descubrimientos: el inconsciente.

Desde sus orígenes, el psicoanálisis se esforzó por hacer lógico lo que pudiera parecer ilógico dentro del psiquismo sin apelar a potencias mágicas o divinas que lo justifiquen. Lo hizo principalmente a través de la creación de una *agencia* de poder determinante: el inconsciente. Este proceder puede leerse con claridad en las primeras páginas del trabajo que Freud publicó en 1915: “Desde muchos lados dice se nos impugna el derecho a suponer algo anímico inconsciente [...] sin embargo, éste es *necesario* [...] y poseemos numerosas pruebas a favor de su existencia” (Freud, 1915/1957, p. 166).

¿Cuáles son esas *pruebas*?, ¿por qué es *necesario* el concepto de inconsciente?

Sigue Freud:

Es necesario porque los datos de la conciencia son, en sanos y enfermos, altamente lagunosos. Además, a menudo aparecen actos psíquicos cuya explicación presupone otros actos de los cuales, empero, no hay testimonio consciente [...] Estos actos conscientes quedarían *inconexos e incomprensibles* si nos empeñásemos en sostener que la conciencia es todo cuanto sucede en nosotros en materia de actos anímicos, y en cambio, se insertan dentro de una conexión discernible si interpolamos los actos *inconscientes* que hemos inferido. (Freud, 1915/1957, pp. 166-167).

Esta explicación se semeja mucho a la que podría dar un defensor del origen divino de los actos humanos. Lo que no se entiende, lo inconexo o lagunoso se *reubica* dentro de lo razonable del pensamiento causal *suponiendo* que fue determinado desde una otra fuente, como, por ejemplo, el Espíritu Santo o a través de un milagro. Es decir, el *inconsciente* es el modelo para transformar en lógico lo ilógico. Un modelo para hacer comprensible la realidad de un psicoanálisis, como lo fue la teoría ptoloméica, la copernicana y la de los quarks.

La teoría de la existencia del inconsciente es una conjetura útil, necesaria y crucial para el psicoanálisis pero eso no es prueba de que el inconsciente exista como una *Realidad fáctica* (la mayúscula es para denotar una realidad con existencia trascendente). Los quarks son necesarios para concebir el núcleo del átomo, pero eso no quiere decir que ellos tengan una Realidad fáctica constatable. Son, para la teoría atómica, como el inconsciente lo es para el psicoanálisis, una necesidad teórica absolutamente justificada y extremadamente útil. Aun así, no podríamos decir que los humanos somos como somos por nuestro inconsciente que, *después*, “descubrió” Freud. Sino al revés, que el ser como somos habilitó a Freud para realizar el genial invento/descubrimiento del inconsciente y que de ahí en más el modo de ser de todos los humanos se convirtió en un antecesor del descubrimiento freudiano. Una vez establecido ese modelo se encuentran sus causas y sus precedentes que, a partir de entonces, justifican el modelo y le dan carácter de realidad.

Podíamos también aludir en este punto a Borges (1951) cuando en su pequeño ensayo *Kafka y sus precursores* comenta: “... cada escritor crea sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (párr. 7).

Es decir, así como sucede con un unicornio que no tiene precursores ni existe sino en nuestra imaginación, sin la presencia de Kafka no habrían existido sus antecesores. Es la actualidad, la presencia, la que funda su propia historia y la pretendida causa de su ser, y no al revés. No es que los precursores habilitaron a Kafka, ni que los caballos y los toros generaron al unicornio, como no es que la cadena de representaciones *hizo ser* a una presentación. Es la presentación la que *funda* sus representaciones.

Quizá las representaciones encadenadas bajo la forma de una historia compacta, creíble, como una narrativa sólida y basada en la idea de que lo que es lo es porque efecto de causas, son simplemente el modo de apropiarse de lo que se presenta y así protegerse ante lo que es, para el polo asociativo y representacional, incomprensible. Hubo quizá tiempos en los que esas representaciones encadenadas, las narrativas sobre lo que se declara *qué es*, dieron la sensación de que, ¡por fin!, habíamos logrado ocluir el poder disruptivo de la presencia pura: lo que es, ¡por fin!, simplemente es –llegamos a pensar– porque fue producido por *causas* que estaban ahí desde antes. La siempre presente teoría de la causalidad que sostiene que lo precedente es *la*

causa de lo que sigue, de modo que todo estaba como aguardando nuestro des-cubrimiento. Nada es radicalmente nuevo.

Hay una brillante premonición de Nietzsche (1882) en *La gaya ciencia* que cuestiona la pretensión hegemónica de la historia sobre la realidad:

Todo gran hombre ejerce una fuerza retroactiva. Por ello se reconsidera toda la historia y miles de secretos del pasado salen deslizándose de sus escondites y quedan expuestos... a su sol. No es posible prever todo lo que será, un día, la historia. ¡Puede que el pasado siga aún esencialmente velado! ¡Se precisan todavía tantas fuerzas retroactivas!. (Nietzsche, 1882, p. 21).

Realidad virtual

La distinción entre realidad y ficción se hace cada vez más compleja en estos tiempos. Hoy debemos subdividir aquella clásica escisión en más casilleros. La aparición de la realidad virtual (RV) ha sido uno de las novedades que ha complejizado el problema (otra, que abordaremos más adelante, es la que he denominado realidad informática). El precipitado avance de la informática y la computación que eclosionó a partir de la década del 70 del siglo pasado lanzó importantes cambios en esa dirección. Entre otras cosas, produjo una “nueva realidad” llamada virtual y dio pie para que se instale otra realidad que he llamado informática. El nombre de realidad virtual apareció en escena en junio de 1989, cuando la compañía de software *Autodesk* y la de computadoras *VPL* anunciaban así la aparición de una nueva tecnología: “La Realidad Virtual es compartible y objetivable como el mundo físico, componible como un trabajo de arte, y tan ilimitada e inofensiva como un sueño. Cuando la RV devenga ampliamente accesible, hacia comienzos del siglo venidero, será considerada [...] como una realidad adicional. La RV nos abre la puerta a un nuevo continente de ideas y posibilidades”. El término “realidad virtual” está ligado a una simulación generada por copias hiperreales, muchas veces holográficas de objetos físicamente “reales”. La imagen así generada se interpone en el espacio que siempre existe y separa lo representado de la representación. Más que constituir un signo o un símbolo estas imágenes son íconos que no señalan a ningún objeto ni se ofrecen como una significación.

Al principio pudo haberse afianzado la ilusión moderna de dominar el mundo con este avance (como se revela en la cita de *Autodesk* que recién transcribimos). Hoy sabemos que esas aspiraciones prometeicas del fin de la Modernidad (dominar el mundo objetivo y el interno) han sido sólo una ilusión: jamás dominaremos eso que llamamos lo real por más que plaguemos de símbolos o imágenes el espacio que separa lo representado de la representación. Quizá nos dio una renovada ilusión de que logramos taponarlo con imágenes

irreal; ni científica ni ficcional. En la RV hay un ser de la imagen, que no representa porque es.

La RV nos obliga así a confrontarnos con estos interrogantes cruciales: ¿podrá la representación de un objeto subsumir los efectos de su presentación?, ¿es “existencia” equivalente a “información”?, ¿son los abordajes gnoseológicos equivalentes a los ontológicos para tratar las problemáticas humanas?

En mi opinión, entre la suma total de la información proveniente de un objeto y ese objeto hay una diferencia irreductible: algo esencial de las presencias es intraducible a la información, irrepresentable. Algo esencial del ser sería irreductible al saber.

En Siglos pasados hubo muchas teorías, filmes y novelas que anticipaban el valor perturbador para la concepción Moderna de la inserción de lo ficcional en lo real, intentos que quizás anticipaban lo la RV. Así, en 1857, P. H. Gosse inventó un Dios Simulador responsable de que vivamos en una virtualidad perpetua. Ese buen o mal Dios, según lo concibió Gosse, nos engañaba dejándonos esparcidos por el mundo fósiles para que creamos que tuvimos una historia paleoantropológica, aunque, según Gosse, hayamos sido simplemente creados por Él hace unos 4 o 5 mil años. En el film *The Truman Show* de Peter Weir es un director de medios quien organiza una descomunal puesta en escena: la creación de un pueblo entero repleto de simulacros y cámaras ocultas en el que al pobre de Truman Burbank se lo hizo vivir desde su infancia. En el film *Wag the dog* (Mentiras que matan), de Barry Levinson, el gobierno de los Estados Unidos organiza, a través de los medios, la simulación de una guerra con la que distrae a los televidentes de realidades más crudas, mundanas y vergonzantes para el gobierno. En el film *The Matrix* de los hermanos Wachowsky los humanos viven distraídos en una realidad virtual creada por computadoras para que nosotros nos mantengamos como en un sueño mientras ellas usan nuestra energía como si fuésemos baterías eléctricas. Todos estos adelantos ficcionales anunciaban lo cuestionable de creer que “la realidad” es simplemente lo que creemos que es.

Realidad informática

Ese sólo fue el comienzo sin dudas asombroso y casi mágico de la estela de modificaciones que vinieron aparejados con los sorprendentes desarrollos informáticos que comenzaron en aquella década. Por eso, me parece más justo llamar a los cambios provenientes de la computación, las redes promovidas por la web 2.0 y 3.0 y las posibilidades aparentemente sin límites de conexión no realidad virtual, sino *realidad informática*.

En poco tiempo a partir de los 80 los dispositivos informáticos han cambiado las posibilidades del modo en que nos vinculamos a través de redes que abarcan a través de dispositivos informáticos. Hasta la persona, al decir de R. Espósito (2011), puede concebirse

como un dispositivo. Es que los modelos de comprensión de la realidad de los que hablábamos más arriba se vuelven obsoletos en períodos de tiempo cada vez más cortos y se sustituyen de modo vertiginoso por otros.

Sin embargo, no es que el desarrollo técnico de los dispositivos que tanto abundan en nuestro mundo han producido por sí solos este afán por estar conectados que nos acomete; es además que la subjetividad de los habitantes de fines del siglo pasado y comienzos de éste está cambiado y eso ha también promovido el desarrollo de la tecnología de los dispositivos mediáticos que hoy invaden el planeta humano. La inversión del espacio público y privado se lleva muy bien con los dispositivos informáticos. Es cierto que éstas máquinas de conexión *también* son responsables de los cambios de subjetividad, del modo de ser y de vivir de todos hoy, y de la evidente tendencia actual a la vida conectada, la lógica del instante y la obsolescencia precoz de todo. Esto implicó y ayudo en el lanzamiento de uno de los más grandes cambios de subjetividad de estos dos Siglos: el tras-toque de la primacía de lo privado por el de lo público. En el siglo XIX y la primera parte del siglo XX (notémoslo, época en que descolló el avance del psicoanálisis) se privilegiaba ampliamente lo privado, lo que se consideró genuino y cargado de valores positivos. Era tan grande la atracción del trabajo en soledad y el encierro, que la erotización ligada a la lectura y la escritura de diarios íntimos llevó a padres y educadores a vigilar, condenar y hasta a castigar a los adolescentes para que limiten el regodeo con lecturas de novelas y la confección de diarios íntimos, verdaderos monólogos interiorizados en una práctica de encierro. *Madame Bovary*, y el *Quijote de la Mancha* son sólo dos ejemplos de la pérdida a la que podrían llevar esas prácticas de encierro y el deleite de la imaginación. La idea prevalente fue que cada quien en soledad consigo mismo pudiera construirse a sí mismo como sujeto.

Pululaban en aquella época consignas como “lo esencial es invisible a los ojos” o, “las apariencias engañan”. Es decir, la verdad de cada quien, su parte más noble y genuina iba a encontrarse a través de un recorrido solitario por la intimidad sin interrupciones del afuera.

Sin dudas todo esta valorización de lo privado debe haber impulsado a la creación del psicoanálisis quizá fundamentado en consignas análogas.

El cambio actual al que nos referimos como emparentado a los desarrollos informáticos terminó favoreciendo el hecho de que se privilegie decididamente lo público a lo privado. Lo público arrasó con la hipertrofia de la Modernidad sólida de lo privado. Los sujetos contemporáneos parecen guiados por frases como “Sólo lo visible es importante” o, “Sólo es lo que proclaman las pantallas”. Los diarios íntimos de la Modernidad sólida han sido reemplazados por eclosiones públicas como las de los blogs, Facebook, Twitter, Snapchat, Instagram etc. Lo que más se valora hoy es el llamado “capital social”

que consta del número de amigos o de seguidores que alguien ha conseguido para desplegar en esos dispositivos. La intimidad se infiltró desde fuera de las paredes que encerraban a todos los miembros de una familia moderna a través de innumerables ventanas mediáticas siempre presentes que ya lleva consigo cada habitante adonde vaya en la forma de los así llamados dispositivos inteligentes. No hay paredes que frenen o limiten la infiltración de esas redes que han desplazado a los muros y la geografía de los contactos que dejó de ser espacial para ser mediática, evanescente y múltiple y con una geometría rizomática, no arborescente. La modas, las “ondas” y los contagios de las formas de ser se propagan por el aire desplegando ondas identitarias multiformes como cuerpos tatuados, imágenes espectrales anorexígenas, rebeldías anti establishment o modas a seguir. No es fácil (ni siquiera podríamos decir que sea conveniente) detenerse y reflexionar en soledad, se trata también de la eclosión de producciones colectivas, redes que trabajan en oposición a los procedimientos solipsistas a que supo privilegiar la Modernidad. Puede eso gustarnos o no, pero lo peor sería convencernos de que no es, o que es un equívoco, lo que está sucediendo.

Resumen

En este trabajo el autor argumenta que realidad y ficción se implican mutuamente. Además, su distinción tiene como basamento la teoría implícita de quién pretende diferenciarlas. En una terapia psicoanalítica los predicados que importan no afectan a la “verdad” de lo que se enuncia, sino que estos se producen entre realidad y fantasía y entre analista y paciente. Moreno afirma además que estas categorizaciones se han complejizado en la actualidad por la aparición de fenómenos ligados a la realidad virtual (una realidad en la que el objeto es pura imagen) y la realidad informática (una realidad que depende de lo que en la red informática se da como cierto).

Descriptor: Realidad psíquica, Ficción, Lo virtual, Asociación de representaciones.



El Extranjero

Realidad y ficción

Es algo que podría dejar de hacer, enfocarme en otra cosa. Pero no es planificado. Parte de lo que ocurre ahí, al escribir ficción, más que atraerme, cada tanto tiempo se reinicia solo. Con frecuencia, tiene que ver con algo de “la realidad”, o, como prefiero, “de lo real”. Me doy cuenta cuando el proceso ya va por la mitad. Cuando me concentro tanto en la realidad o lo real, sonrío un poco y me digo: “Ya me dio un ataque de ficción”. Por lo general tiene que ver con alguien, conocido o ignoto, niño, adulto, mujer o anciano, a quien estoy mirando.

Hace unos cuantos años traté de explicarlo en un texto que me pidieron sobre *La construcción del personaje en narrativa* (Martini, Gandolfo, Martoccia & Laiseca, 2005). En Montevideo, hace muchos años, una editorial cercana a la costa siempre hacía una reunión a mediodía, un poco antes de Navidad. Era un encuentro realmente informal, y no solo anunciado como tal, donde desfilaba gente conocida y desconocida, hasta eso de las cuatro de la tarde, por lo general un viernes, o un sábado.

Vi que habían asistido el profesor X y la esposa. Vi que el profesor X estaba muy mal: parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo había visto, apenas unos meses antes. Con una copa en la mano lo miré mientras la alzaba saludándolo y él realizaba un esfuerzo extraordinario para alzar su propia mano y saludarme. Ahí tuve el “ataque de ficción”, justamente porque creí saber con exactitud qué le pasaba a X, por qué había envejecido, qué proporción ocupaban en el proceso la esposa (que era escritora), sus alumnos, su papel o falta de papel en la dictadura, y muchos rasgos más.

Todo se desarrolló en un momento, provocándome la seguridad absoluta (obviamente absurda) de que eso era lo que había pasado. Pensé, como suele pasarme, en escribir el cuento, el relato de ese proceso, para revelar la verdadera verdad, cuando podía tratarse simplemente de que X ese día tuviera un fuerte ataque al hígado.

Pero había un problema. Si yo ponía a X con nombre y apellido, cometería un error, sería demasiado obvio. Después de todo se trataba de literatura. Por lo tanto, le cambiaría el nombre. Es más: la mujer sería distinta (el pelo, la ropa, la edad). Además sería... pintora. Ojo: yo pensaba escribir el relato como una forma de entender la realidad; en ese caso, el profesor X y su entorno. Seguí adelante. Si en el cuento seguía siendo profesor de filosofía, aun llamándose distinto,

* * Escritor, traductor y periodista argentino.

igual se daría cuenta de que era él, y podía agredirme o hacerme juicio (a la gente no le gusta que alguien escriba narrativamente sobre ella) o deprimirse extraordinariamente, cosa que yo no deseaba, porque apreciaba en él cierta hidalguía para soportar una serie de sucesivos problemas que había tenido que enfrentar. Así que también cambiaría ese dato. El cerebro patinaba sobre las posibilidades: hasta dónde ser fiel a lo que yo creía saber, hasta dónde cambiar detalles para no provocar un dolor innecesario, ya sea a X (por humillación, vergüenza o depresión) o a mí mismo (por agresión directa, física, o legal, de X).

A cierta altura de los cambios que yo creía necesarios, me di cuenta de que el cuento, si quería que fuera el reflejo de lo que creía que le había pasado a X, ya no lo estaba diciendo. En el cambio progresivo de detalles había ido cambiando lo que yo creía intuir, *saber*, sobre X, y ahora era otra cosa.

Por cambios sucesivos había logrado, sin escribirla, solo en la mente, otra historia. Y era una historia que no me interesaba. Quería escribir la historia de X, y por el momento resultaba imposible. ¿Pasar la historia de X bruscamente a otro ámbito, otra época? Detesto los relatos históricos, y en todo caso tenía media docena de relatos más por escribir, que me llevaron unos años, así que no sentí demasiada pena al dejar a X en paz, no narrado. Pero recuerdo que en la fiesta, con la copa en la mano, merodeé alrededor de la dificultad de armar un personaje. Ya lo había hecho antes, y lo seguí haciendo después.

Lo que me atrae en “la construcción del personaje”, algo que nunca me planteo como tal mientras escribo, es que reproduce en su funcionamiento ese difícil tema del contacto, el límite, la interfase entre la literatura y lo real. Algo crepita, lanza chispas por un momento, cuando entran en contacto la ficción y la realidad, la mayoría de las veces a través de los personajes.

Paul Bowles (1949/2010), por ejemplo, escribió *El cielo protector* con una pareja que no era otra que la que formaba con Jane Bowles. Una pareja difícil, laberíntica, pero apasionada. Apasionadamente, Jane le recriminó haberlos usado (o más bien: haberla usado) como materia prima, narrar en el texto momentos vívidos, costumbres, vicios, y tal vez sobre todo tristezas, melancolías y traiciones. Impertérrito, aunque sin mostrarse sorprendido, Bowles le contestó que le parecía un absurdo que ella se enojara. Porque el libro, obviamente para él que lo había escrito, era literatura y no realidad. De hecho, los dos tenían razón.

Ese tema, el de la mujer real que uno ama o ha amado y que entra en un texto directa o tangencialmente, es difícil. Uno siempre se está jugando una mala interpretación, o una interpretación acertada pero ofensiva, porque lo que uno pone en una auténtica ficción no es muy controlable: en realidad suele ser tan resbaladizo (y voy a decir una frase de teleteatro) “como la vida misma”. Por eso mismo, sin embargo, uno se engancha en escribir, por ese derrape, por ese resbalón, por ese riesgo, no buscado sino encontrado. Diré más: *todo* personaje femenino, por más irreal que sea, trae problemas con el personaje femenino real principal del escritor, irremediablemente. Y viceversa.

Una dama que escribía y con la que nos llevábamos muy bien en relativo secreto, me usó varias veces de personaje de manera indirecta, tangencial. En los

cuentos yo aparecía, si el cuento era realista, como alguien experto, eficaz, un poco cruel, una especie de hombre de mundo, un cruce entre Pierce Brosnan (me hubiera gustado más ser Sean Connery) y Bianciotti, realmente desagradable para la imagen que yo tenía de mí mismo (que tampoco tenía nada que ver con la realidad).

Si el cuento era fantástico, mi papel siempre era el de un enviado del demonio que le complicaba la vida al personaje femenino, que, desde luego, era la mujer, y que, desde luego, tampoco tenía nada que ver, en cómo se veía a sí misma, con la realidad. Por suerte, como dije, nos llevábamos bien, y por suerte a esa altura yo ya distinguía entre la literatura (o la ficción) y la realidad. Como suele pasar con el amor, ese plano es difícil de explicar, pero fácil de reconocer a primera vista.

Dicho de otra manera: si estábamos sentados en un banco de plaza y yo acababa de leer, al sol, un cuento breve donde aparecía una imagen totalmente desfasada de mí mismo y hasta una imagen totalmente desfasada de una situación real (un almuerzo preciso e inolvidable, por ejemplo), yo, lejos de pensar en las brutales diferencias de interpretación que una misma cosa tiene para dos personas que se aman, pensaba “es literatura” en vez de irritarme. Y le apoyaba a ella la mano sobre la mano que tenía sobre el respaldo del banco al sol, y sentía que esa interfase, como era entre realidad y realidad, trituraba, disolvía toda interfase literaria.

Una experiencia extraña que tuve fue la escritura de la novela *Boomerang* (Gandolfo, 1993). Fue mi primer intento consciente de escribir personajes que no se parecieran a mí y a la gente que yo conocía. Como es lógico, en la escritura aparecieron briznas de realidad. En el caso concreto de la mujer, me esmeré al principio, y después se me escapó directamente. Era, para mí, alguien totalmente inventado. Tanto que, en determinado momento, para poder “verla”, ver cómo se movía, cómo hablaba, qué ropa llevaba, decidí tomar alguna mujer que hubiera conocido, pero poco.

Al fin la encontré: una pareja de amigos de Buenos Aires habían pasado por Montevideo varios años atrás, y la mujer me había caído muy agradable y cálida, además de ser bella. Ya estaba: la “veía”, y justamente por no conocerla en absoluto, me costaba menos inventarle diálogos, movimientos y actitudes.

Lo que pasó después fue raro. El personaje, cosa que me dejó satisfecho, gustó a muchas mujeres de toda edad, más conocidas que amigas, que no entendían por qué Garré, el protagonista, no se quedaba con ella en vez de borrarse, etc. Pero todas y cada una de las mujeres que yo sí había conocido un poco más (dos), en el radio de acción temporal que tiene la escritura y aparición de un libro (cinco años, por decir una cifra), se enojaban extraordinariamente con ella, o más bien con mi escritura de ella, una mujer que no tenía nada que ver con mi crueldad, pobre (se referían a Paula, la dama inventada), según me explicaron. O sea, en ese tono infinitamente fastidioso y esquematizador del feminismo a la violeta, decían que yo la estaba maltratando a Paula tanto como las maltrataba a ellas, o revelaba un machismo tal vez inconsciente semejante.

Una de las dos tenía pelo corto, y como Paula en la novela tenía pelo corto, era ella (yo sabía que no: Paula era ideal y ella era real, como lo demostraba la conversación), y como en la novela, que aún no había terminado (tenía solo tres capítulos) iban a terminar por separarse (se lo había contado: un error), nosotros íbamos a terminar por separarnos, cosa que, desde luego, pasó. La otra mujer, en cambio, tenía pelo largo, y en la escritura de Paula demostraba por lo tanto que yo prefería el pelo corto, y sutilmente, tal vez sin darme cuenta, la despreciaba, etc., etc., etc.

¿Qué puede hacer uno ante semejante situación? Seguir teniendo confianza en el peso de lo real, sin dejarse enredar en interminables discusiones. Seguí escribiendo cuando pude, por una parte. Por otra, tener una conciencia precisa de que crear un personaje no solo no es fácil, sino que pone en interfase con la realidad, aunque uno crea que es totalmente inventado, y de que el frote, la fricción, suele traer efectos extraliterarios imprevisibles. Cuando oigo hablar de que la ficción está en crisis, que no influye en nada, sonrío un poco. Claro, hablan de incidir en “la sociedad” (personaje colectivo ficticio al que se le da mucha más importancia de la que realmente tiene), o la historia (otro verso, sobre todo si es novelada). “Se ve que no han tenido problemas leves, pero reales”, pienso.

No se trata de que yo me dedique a escribir cuentos “reales”, en la onda de Henry Miller, por ejemplo, que tenía una confianza adolescente en establecer una relación 1:1 entre lo que escribía y lo que vivía. Intento hacer literatura, y cuando empiezo un relato tengo una idea general, pero lo que realmente pasa es otra cosa, que ocurre por primera vez ahí, en la página.

Se puede pensar la misma relación o interfase en el cine. Con diferencia mínima de tiempo a veces se estrenan dos películas con un mismo tema de fondo. Aquella vez el tema de las dos eran la cuadriplejia y la eutanasia. Las dos parecían mantener una relación mayor o menor respecto a la realidad. *Million dollar baby* era de Clint Eastwood (2004), el paradigma mismo de una película de boxeadores: ascenso desde la nada, triunfo y estrellamiento final, atroz. *Mar adentro* era de Alejandro Amenábar (2004) y se basaba en un caso real, que hizo ruido en España.

La de Eastwood era pura ficción, con recursos probados: voz narrativa en *off* sólida y constante (del negro Morgan Freeman), eficaces, lícitas trampas emocionales y un inesperado peso de verdad final. En la segunda se reproducía el problema de lo “real” con tema difícil: tanto la cuadriplejia como la eutanasia resultan un poco intratables cuando se tiene la base auténtica ahí, al lado. Las dos películas dependían en gran parte de la solidez de sus elencos completos, expertos en transmitir la emoción sin filtros. Eran “de llorar”, y lo lograban con recursos válidos.

Pero curiosamente en el momento clave donde la ficción total circulaba con fluidez (cuando Clint decide matar a la mujer joven que ama y entrenó, para que no continúe un sufrimiento insoportable), la ficción sobre la “realidad” se volvía en cambio un poco apurada y “ágil”. Cuando el hombre interpretado por Javier Bardem organizaba su partida definitiva el film se hacía casi publicitario en su estética visual. Lo que había mantenido la absorción del que miraba no era tanto

la brutalidad del accidente y su secuela, como la pintura de una típica (y compleja) familia de gallegos, incluida una inolvidable obrera agregada, con dos hijos.

Mientras veía las dos películas, recordé sin poder evitarlo la larga charla con una mujer cuadripléjica que conocí hace unos años en una provincia argentina. Nos había unido un homenaje a un escritor. Ella se manejaba con una silla motorizada, tenía un grupo de fieles colaboradoras que se movían por todos lados, y contaba con una voz suave y paciente. El homenaje duraba tres días, y al final del segundo la mayoría de los asistentes se había ido (el viaje de regreso a Buenos Aires era largo). Decidí quedarme a esa cena final para charlar un poco más tranquilo con ella.

No recuerdo si lo busqué, pero apareció el tema del accidente, de unos 20 años atrás. En voz baja, contenida, la mujer recordó (creo recordar yo a mi vez) que un momento antes del impacto estaba pensando en la muerte. En aquel entonces estaba por casarse, iban también sus padres en el auto, el vehículo saltó fuera de la ruta, se dio vuelta. Allí descubrió por primera vez que no podía mover sucesivamente cada miembro, nada que no fueran los ojos o la lengua, la boca. Después de meses decidió liberar al novio de todo compromiso (algo parecido hace Bardem con su novia en *Mar adentro*), después encarriló del todo su vocación y ahí estábamos, charlando aquella noche un poco fría en el amplio comedor de un club.

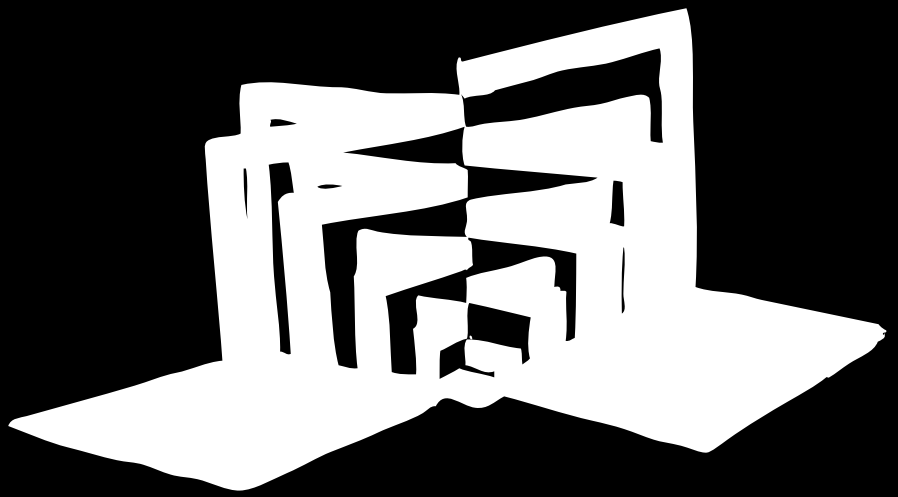
Como a esa altura de los tres días la mujer había pasado a ser para mí una especie de delicada y acerada mujer “a lo John Ford” o “a lo Howard Hawks”, le pregunté si en todo ese tiempo había cambiado algo para ella. No se explayó sobre el largo proceso de adaptación. Sí, dijo en cambio: había viajado con frecuencia a Buenos Aires para un tratamiento alemán que usaba la música como terapia. Los efectos habían sido a la vez mínimos y cruciales: “no podés imaginar lo que fue para mí volver a sentir la carne sobre los huesos”.

La acompañé hasta la casa, con la silla zumbando suave en las calles oscuras. El aire se había vuelto frío, nítido. Había un pasillo de paredes un poco altas. A la mitad me dijo: “mirá para arriba”. Nunca volví a ver las estrellas en tal cantidad y tan nítidas como en el cielo muy oscuro y acotado del pasillo de aquella ciudad provincial.

Como los “ataques de ficción” se presentan en cualquier situación, pensé desde luego en escribir alguna vez un relato, totalmente ficticio, que la tuviera de protagonista. Hasta ahora nunca lo hice, pero no puedo prometer no hacerlo. A la vez, con el tiempo supe que en buena medida su vida había valido totalmente la pena ser vivida no solo gracias a todos los rasgos de su lucha, su realidad. También lo había sido gracias a los relatos leídos y releídos de aquel gran autor de ficción que nos había reunido, que integraban su realidad tanto como las calles de la ciudad o el cielo estrellado visto desde un pasillo de paredes altas.

Referencias

- Amenábar, A. (Productor), & Amenábar, A. (Director). (2004). *Mar adentro* (Película). España: New Line Cinema.
- Bowles, P. (2010). *El cielo protector*. Barcelona: Seix Barral. (Trabajo original publicado en 1949)
- Eastwood, C. (Productor), & Eastwood, C. (Director). (2004). *Million dollar baby* (Película). Estados Unidos: Warner Bros.
- Gandolfo, E. (1993). *Boomerang*. Buenos Aires: Planeta.
- Martini, J., Gandolfo, E., Martoccia, M. & Laiseca, A. (2005). *La construcción del personaje en narrativa*. Buenos Aires: Libros del Rojas.



Textual

Élisabeth Roudinesco

París, 1944. Doctora en letras, historiadora del psicoanálisis, psicoanalista y ensayista. Fue miembro de la Escuela Freudiana de París. Directora de investigación del Departamento de Historia de la Universidad de París VII, directora de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París-Sorbona. Miembro fundador, vicepresidente y posteriormente presidente de la Sociedad Internacional de Historia de la Psiquiatría y el Psicoanálisis. Miembro de la Sociedad Francesa de Historia de la Medicina.

Ha escrito y formado parte de los consejos de redacción de las revistas *Action Poétique* y *E' Homme*, y colabora para *Libération (pour les livres)* y para el periódico *Le Monde*. También es profesor visitante en las universidades Middlesex de Londres y Roehampton University U.K.



Selección de su obra bibliográfica

- *La batalla de 100 años. Historia del psicoanálisis en Francia* (Vols. 1 y 2). Madrid, Fundamentos, 1993.
- *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- *Diccionario de psicoanálisis* (en colaboración con Michel Plon). Buenos Aires, Paidós, 1998.
- *El paciente, el terapeuta y el Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- *La familia en desorden*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- *Filósofos en la tormenta*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- *Nuestro lado oscuro*. Barcelona, Anagrama, 2010.
- *A vueltas con la cuestión judía*. Barcelona, Anagrama, 2011.
- *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires, Paidós, 2013.



“En producción clínica, los latinoamericanos adelantaron a Europa, aunque ella continúa menospreciándolos”

Entrevista a Élisabeth Roudinesco¹

En una entrevista reciente usted afirmó que el desfallecimiento del psicoanálisis está ligado al desmoronamiento de la psiquiatría.

Durante casi 60 años la psiquiatría fue uno de los mayores vectores de la práctica analítica. Eran los psiquiatras quienes mayoritariamente se volvían psicoanalistas en casi todo el mundo. El psicoanálisis, contrariamente a lo que Freud imaginaba, había sido integrado y había dominado el saber psiquiátrico. Cuando la psiquiatría viró hacia lo biológico y lo comportamental, abandonó la referencia psicoanalítica en tanto filosofía de la existencia. El psicoanálisis daba un contenido a las vivencias existenciales del paciente, y no solamente clasificaciones estructurales. Ese modelo de psiquiatría se desmoronó en 30 años y a partir de los años 80 fueron los psicólogos, y ya no los médicos, los encargados de la transmisión del psicoanálisis.

¿Usted piensa que eso fue como “rebajar” el psicoanálisis a la psicoterapia?

Los estudios de psicología se impusieron en el mundo entero, pero es cierto que son menos promovidos que los estudios de psiquiatría y ostentan menos poder. En ese sentido sí hay una pérdida en términos de poder para el psicoanálisis. En los años 50, el psicoanálisis se enseñaba tanto en el campo de estudio de la psicología como en el de la psiquiatría. Por otra parte, era una disciplina que interesaba a los escritores, a los filósofos; era tema de discusión.

Hoy en día, la vía para llegar al psicoanálisis es casi unívoca y pasa por el sesgo de los psicólogos. Ha devenido una psicoterapia entre otras, no ocupa más una posición dominante: los psicólogos eligen en el mercado de la psicoterapia una posible orientación psicoanalítica. En Francia aún ocupa un lugar relevante,

1. Entrevista realizada para *Calibán* por Marcelo Marques, en París, el 15 de febrero de 2014.

en América Latina lo tiene en los departamentos de psicología, pero muy poco en los de psiquiatría.

Por otro lado, asistimos hoy en los Estados Unidos a un cuestionamiento del modelo psiquiátrico biologicista, llevado adelante por los propios psiquiatras. ¿Ello implicaría que estos contestatarios van a volver a una teoría existencial de la locura, retomando el psicoanálisis? No estaría segura. En todo caso, sí es un freno a la biologización absoluta del dominio de la psiquiatría.

¿Van a volver a tomar en consideración al sujeto o no?

Van a tomar en consideración al sujeto pero no al mismo sujeto. Preconizan la autoterapia del sujeto, su capacidad de gobernar por sí mismo su psiquismo. Eso no es psicoanálisis.

Sería autoanálisis, con lo que ello conlleva de falacia.

Es más autoficción que autoanálisis. Es la idea de que el sujeto por sí mismo tiene los medios, que no necesita teoría, que con sus afectos es suficiente.

Es un movimiento general de la sociedad individualista: “no necesito un saber establecido para vivir mi propia subjetividad”. Se deja de lado la ciencia, se deja de lado la relación con el saber. Por otra parte, también se promueve el culturalismo, en el sentido de que habría “identidades específicas”, “subjetividades determinadas”. Cada uno debería ser tratado por la psiquiatría según su reivindicación de género o según su identidad... En conclusión, hay que estar atentos a este movimiento contestatario, puesto que en realidad interpela también al psicoanálisis.

Usted de todos modos habla de una renovación del psicoanálisis. ¿Cuál podría ser su futuro en este movimiento de retroceso general?

El psicoanálisis nació en Viena, en un momento muy particular de la historia de las sociedades que implicaba el cambio de paradigma en torno a la familia patriarcal. Freud fue el deconstructor de la autoridad del padre en las sociedades occidentales.

Edipo es la historia del asesinato del padre por el hijo, así como también marca el final de la tragedia familiar: la familia patriarcal clásica ya resultará insostenible. Ahora bien, a finales del siglo XX parece que los psicoanalistas no comprendieron en absoluto que los modelos de sociedad estaban cambiando y quedaron fijados a explicaciones conceptuales que incluso Freud no hubiera utilizado.

Aunque comenzaron a ocuparse de los trastornos narcisistas y de los *borderline*, se podría decir que no entendieron que, si bien la evolución de las costumbres y la libertad sexual no cambiaron la cuestión del deseo, sí modificaron, de todos modos, la forma de aprehenderlo.

Cuando se es psicoanalista, se debe estar comprometido políticamente en todo lo que concierne a los fenómenos de sociedad, puesto que el psicoanálisis está tocado directamente en su práctica clínica por ellos. Al permanecer encerrados en sus fortalezas, los psicoanalistas nunca fueron interpelados.

Además, fueron mayoritariamente negligentes con el hecho de que su historia iba a ser escrita y que no se podían oponer a ello. Hoy en día, el campo de la historia del psicoanálisis está perdido para los psicoanalistas, salvo algunas excepciones. *Los psicoanalistas no comprendieron que había que aceptar la idea de que iban a ser objetos de historia y que serían, por tanto, privados del catecismo según el cual se repetía la misma historia en cada generación.*

Otro punto relevante: los psicoanalistas tampoco entendieron que la evolución de las psicoterapias cuestiona al psicoanálisis. Adoptaron una postura de guardianes de una clínica, mientras que los pacientes se atendían en otros lugares. Era preciso comprender que si tantos pacientes consultaban en otras terapias, significaba que no tenían ninguna voluntad de explorar su inconsciente. De todos modos, sería necesario tomarlos en análisis tal como eran. *Sería preciso volver a Freud por segunda vez y con inteligencia.* Recibir esta demanda de ayuda no tiene nada que ver con dar consejos ni con las demás terapias, es tan sólo la palabra, pero que también puede cobrar la forma de una interpretación sobre un sueño, de un recuerdo, etc. Se hubiera podido conservar muchos más pacientes con lo que se llama “tratamiento ultra corto”. De hecho, Freud lo hacía; era la “consulta”.

Al rechazarlos, así como al cobrar precios exorbitantes, los psicoanalistas se privaron de una clientela importante. En Francia todavía se mantiene la aristocracia psicoanalítica, y la nueva generación, que tiene 30 o 40 años, es la que se verá obligada a cambiar. Sin embargo, no tiene formación como para hacer tratamientos cortos y, a su vez, sus maestros y formadores no midieron la dimensión de los cambios en la sociedad, por lo cual esa nueva generación deberá hacer frente por sí misma a una demanda muy diferente: familia homosexual, monoparental, divorcios permanentes...

El hecho de que el psicoanálisis dé esa imagen reaccionaria, además de que no ocupa más una posición de poder, trajo como consecuencia una pérdida en cuanto a su posicionamiento editorial. Los libros de los psicoanalistas son, la mayor parte de las veces, malos y no son publicados en las editoriales literarias. Para publicar hay que saber escribir, aunque sea un poco, y hay que saber ser crítico, además de poder responder a las cuestiones de actualidad. Las escrituras psicoanalíticas, por el contrario, se acantonan en las editoriales especializadas.

Por supuesto que cada país es diferente. América Latina se adapta mucho mejor a las psicoterapias, además de que los analistas son más numerosos. *La característica del psicoanálisis en Argentina y Brasil es el bricolaje absolutamente genial que hicieron ambos países, mezclando Klein, Lacan, las psicoterapias – incluso algunas nada psicoanalíticas... Hay una vivacidad de la terapéutica que tiene algo fascinante. Son pragmáticos y eclécticos.*

Esto nos permite avanzar en la cuestión de América Latina. En el programa *Roda viva*, en Brasil en 1999, usted declaró que vivíamos en una época en la que el ideal revolucionario

había desaparecido, lo cual implicaba cierta depresión o, digamos, una voluntad de normalización. ¿Qué puede decir el psicoanálisis en este sentido?

Dije eso hace 14 años y desde entonces ello se amplificó. Si bien el ideal revolucionario ya no existe, asistimos a múltiples confrontaciones al modelo económico del capitalismo financiero. Hay una base de confrontación. Los psicoanalistas son mayoritariamente anarquistas e individualistas, puesto que, en el fondo, detestan el poder.

Ahora bien, si somos contestatarios de por vida, estamos condenados a una rebelión inútil y, por tanto, a la amargura y a la marginación social. El ideal revolucionario consistía en tomar el poder para cambiar la vida, y los psicoanalistas no tienen más ese ideal. Son apolíticos. Sustituyeron el compromiso político por una subjetividad rebelde a todas las formas de poder. Esto es visible en todo el mundo, pero especialmente en Francia. Cultivan la literatura y las artes, van a las exposiciones, son muy cultos, pero desprecian completamente la marcha del mundo.

Consideran que el poder político se encamina a su estallido, que todas esas preocupaciones son ridículas y se las enfrenta desde lo alto de un esteticismo de gran burgués, consumidor de cultura. Si bien esta puede ser una buena solución a título individual, no transmite nada para el futuro.

Por otro lado, los jóvenes psicoanalistas sin dinero, que deben ganarse la vida de manera muy diferente, se ubican en un posicionamiento contestatario de izquierda, si bien es algo que tampoco nunca llevó a nada.

En suma, el rechazo al poder, la negativa a tomarlo, la falta de compromiso político sobre una postura de anarquista esteta; nada de ello es una solución para el futuro. Pero, ¿cuál será el futuro de la postura contestataria? No tengo idea, aunque lo cierto es que la vemos por todos lados.

En América Latina, evidentemente, toma formas que nos gustan mucho. La gente es naturalmente más politizada. *Como países emergentes, son espejo de la vieja Europa, pero reconstruyendo y redeconstruyendo sus significantes.* Además –y esta es una gran fortaleza–, la enseñanza del psicoanálisis es mayoritaria en todos los departamentos de psicología de las universidades de hoy en día, por ejemplo, en Brasil. Por último, hay en América Latina un número considerable de sociedades psicoanalíticas, lo cual también constituye una fortaleza.

Y en lo que respecta a la producción teórica, ¿usted qué piensa?

Prácticamente no hay producción teórica, pero no importa. *En lo que respecta a la producción clínica, son mejores que nosotros, adelantaron a Europa, aunque ella continúa menospreciándolos.* La Europa psicoanalítica está hoy en día fascinada por el mundo anglófono y no por el mundo latinoamericano. Los analistas se hacen invitar por los latinoamericanos porque eso es simpático. Piensan que hay gente que se destaca y es bien recibida, pero se sigue considerando que el mundo anglófono es más prometedor.

¿Europa sueña entonces con los Estados Unidos?

Siempre, pero hay que decir también que *si no se es traducido al inglés, la mitad del mundo se nos escapa*, puesto que sólo el que está traducido al inglés es traducido a otras lenguas. Ahora bien, hoy en día los editores ingleses o americanos traducen autores franceses ya conocidos, historiadores –puesto que la historia está en plena expansión–, pero no traducen a los psicoanalistas franceses porque, en general, no son tan buenos.

Esta misma emisión, *Roda viva*, tuvo lugar en la víspera de los Estados Generales del Psicoanálisis. Ellos querían llevar adelante una especie de sondeo, con la colaboración de psicoanalistas del mundo entero. Recensar, desde las bases, los interrogantes que los propios psicoanalistas se plantean en su trabajo y hacia el futuro. Hacer un balance comparativo. Usted elogia a América Latina y el desarrollo del psicoanálisis en esos países. ¿Qué conclusiones extrajo de ese evento y cómo ve hoy en día, 13 años después, al psicoanálisis en América Latina? ¿Tiene una especificidad dentro del psicoanálisis? En el *Diccionario de psicoanálisis* se detiene especialmente en Argentina y Brasil: ¿hizo lo mismo con respecto a otros países de América Latina?

Los Estados Generales del Psicoanálisis fueron organizados por René Major y por mí, junto con Jacques Derrida y Armando Uribe, uno de los grandes opositores chilenos a la dictadura. Se organizaron bajo el signo de la importancia dada a América Latina y a la historia –en tanto que se admitía la idea de que tanto en Brasil como en Argentina había habido una colaboración con las dictaduras y la historia había sido rechazada–, se planteaba la cuestión del futuro: qué hacer con el avance de las psicoterapias, qué hacer con la cuestión de la homosexualidad (era hace 14 años), qué hacer en cuanto a la relación con la biología y el desarrollo de las neurociencias, qué hacer con las investigaciones en historia.

Hubo una segunda reunión de los Estados Generales en Río (de Janeiro), pero no tuvo la misma importancia y, finalmente, ello quedó sin futuro. El 11 de setiembre de 2001 el mundo cambió. Fue un momento muy revelador, tanto de la derrota de la potencia americana de George Bush como de la emergencia de un nuevo terrorismo islámico. Nos dimos cuenta de que en lugar del ideal revolucionario surgía un movimiento contrario de la extrema derecha, oscurantista y religioso. Hoy en día esto prolifera. ¿Cuáles son los grandes movimientos actuales contra el Iluminismo? Los religiosos, los reaccionarios, los conservadores. Es una contrarrevolución a escala mundial y es mucho más fuerte en Europa, desde la que ya no se puede ser antiimperialista como antes del 2001, puesto que no hay más imperialismo americano.

En cuanto al diccionario, ¿por qué puse entradas para Argentina y Brasil y no para los otros países? *Los argentinos posibilitaron la implantación del psicoanálisis en todo el continente latinoamericano. Argentina jugó el papel de Viena, un rol de motor, y llevó adelante una verdadera diáspora.* Hay argentinos en el mundo entero, por ejemplo, en Australia, en los países escandinavos, en Francia. Fueron los argentinos los que refundaron el psicoanálisis en España.

Lo que me interesó de este “estudio geopsicoanalítico” comparativo fue estudiar todos estos movimientos migratorios, y no me detuve más que en los

países que tenían un movimiento significativo en este sentido. Para los otros hice entradas en relación con los actores importantes de su historia.

En cuanto a Brasil, es cinco veces más grande que los otros países y hay muchos “brasiles”, puesto que tiene lugares muy diferentes. Por otra parte, es un país en el que la expansión universitaria del psicoanálisis es importante, puesto que allí la universidad desempeña un papel que no tiene en Argentina.

Por tanto, en el *Diccionario de psicoanálisis* pude integrar bien este fenómeno sin hacer una entrada por sociedades. Y como no podía hacer entradas para los 40 países, las hice tan sólo para aquellos que presentaban un gran movimiento.

México es muy interesante porque es una mezcla, tal como es la propia sociedad mejicana, donde se encuentran también argentinos, franceses o norteamericanos. El psicoanálisis tiene allí una expansión importante, pero que no tiene nada que ver con la de Argentina o Brasil. La IPA en México es muy reducida. Hay lacanianos, pero hay sobre todo –fenómeno que se ve en muchos países– sociedades que, sin pertenecer a la *International*, mantienen vínculos internacionales con tal o cual grupo francés. Ello tiene un lado internacional, pero en el sentido de red.

Rizomático y no piramidal.

Exactamente. Sin embargo, el problema son las escisiones. Fui tres veces a México. Las personas que estaban juntas la primera vez se habían separado a la siguiente y volvían a estar unidas en la tercera oportunidad en que fui. Esto es impactante, puesto que en Europa se detuvieron las escisiones.

Me interesan mucho también los países de Europa del Este. Después de la caída del muro de Berlín fui a prácticamente todos los países de allí. En Polonia, Lituania y Rusia se han formado una multitud de grupos. Ucrania, ese país no democrático que está en plena crisis, tiene una sociedad psicoanalítica increíble, integrada por todas las tendencias –kleinianas, lacanianas– y que pudo pasar a formar parte de la IPA. Es muy pragmática y no politizada en absoluto, muy profesional. Convocan a psicoanalistas del mundo entero para formarlos.

En Polonia están los lacanianos y la IPA, pero, sobre todo –lo cual también es muy impactante–, un número creciente de psicólogos clínicos, que no están analizados o lo están muy poco y que toman a Freud y al psicoanálisis como referentes. Llevan a cabo tratamientos freudianos sin haber tenido formación, por la simple razón de que para ser analizado hoy en día en Polonia hay que hacer venir a extranjeros.

Como los primeros didactas freudianos, que no estaban analizados.

Exactamente. Lo cual indica que en el futuro habrá cada vez más psicólogos clínicos, formados en la universidad, muy poco analizados y que llevarán adelante tratamientos –la ley los autoriza– sin ser miembros de una escuela o sociedad. De allí mi postura: hay que reducir de manera drástica la duración de los tratamientos analíticos didácticos, porque los clínicos tienen necesidad de

formarse muy rápidamente, como en la Viena de comienzos del siglo XX. Sin embargo, la tendencia en la IPA o aun para los lacanianos es de tratamientos de entre 8 y 10 años.

Por otra parte, también es realmente necesario disminuir el tiempo de la formación en cursos para que sea viable para la nueva generación. De este modo, las sociedades psicoanalíticas van a estar desbordadas de psicólogos clínicos.

No analizados.

No “tan” analizados. Pero si los rechazamos, de todos modos llevarán adelante sus tratamientos. *Las sociedades psicoanalíticas deben cambiar totalmente la duración y el sistema de la formación.* Freud formaba profesionales en tres meses. Se puede formar muy rápidamente a gente capaz de practicar un análisis. Personalmente estuve ocho años en análisis, pero pienso que al cabo de dos años mi análisis estaba terminado. Hubiera podido prescindir del resto. La supervisión sí es muy necesaria, porque es muy diferente escucharse a uno mismo, oírse, comprenderse, que escuchar a otro.

Todo esto supone un verdadero problema que existe desde los comienzos: ¿quién se vuelve psicoanalista? Un informe del boletín internacional de la IPA mostró que la mayoría de los psicoanalistas jóvenes hoy en día en Nueva York son mujeres, psicólogas y deprimidas. Mujeres solas, deprimidas o con patologías narcisistas. Esto es un problema porque quiere decir que son pacientes que se vuelven psicoanalistas. Es cierto que no hay diferencia entre un análisis didáctico y un análisis personal, pero cuando alguien llega como paciente y se va como analista, no es lo mismo. No tiene la misma formación, es otra demanda. Las sociedades psicoanalíticas siempre se preocuparon por saber si puede ser psicoanalista una persona primordialmente deprimida, un suicida, un *borderline*, una persona aborrecible o medio psicótica... y es una verdadera cuestión a pensar. De todos modos, voy a dejar el tema abierto, puesto que es evidente que, en algunos casos, el compromiso con la profesión de psicoanalista en personalidades muy frágiles es una forma de sanar su patología.

Esto nos permite pasar a la siguiente pregunta: ¿qué piensa usted de la presencia creciente de mujeres en el psicoanálisis?

Muy tempranamente el movimiento psicoanalítico estuvo a la vanguardia de la emancipación de las mujeres. Se constata la llegada de las mujeres al psicoanálisis en 1910 y luego en 1920. Mucho antes que en otras partes, las mujeres ocupaban lugares importantes en psicoanálisis, como el de directora de enseñanza o de sociedad. Este fue el caso de Melanie Klein y de Anna Freud. Su lugar era complicado porque en aquella época la mayoría de las mujeres no accedía a estudios superiores. No eran psiquiatras, salvo rara vez. Y ello generaba una situación de desigualdad. Melanie Klein no tenía ninguna formación, Anna Freud era institutriz; las mujeres eran mayoritariamente esposas. Luego esto fue cambiando: Helen Deutsch hizo una carrera mucho más importante que la de su marido.

Se podría decir, sin introducir interpretaciones psicoanalíticas inútiles, que *el movimiento psicoanalítico acarreó una emancipación de las mujeres*. Tanto que durante mucho tiempo parecía que tan sólo las mujeres podían practicar análisis de niños. De todos modos, la situación rápidamente se reequilibró y hubo hombres que fueron grandes psicoanalistas de niños, como Winnicott. Por supuesto que, en general, eran los hombres los que ocupaban los lugares de poder en el movimiento psicoanalítico francés, pero también había mujeres.

¿El análisis de niños quedaba relegado?

Al inicio sí. Pero a partir de 1950 las mujeres jugaron un rol más importante en psicoanálisis que en otras profesiones. Entonces, ¿qué significa la feminización excesiva de la psicología? Por un lado, es un progreso, por otro, una cierta desvalorización. Hay mujeres psicoanalistas como Françoise Dolto, como mi madre, que ocuparon lugares sumamente importantes, pero la profesión de psicólogo exige con frecuencia menos estudios, puede ser ejercida a tiempo parcial (de donde surge también la idea de que es una profesión un tanto desvalorizada) y es peor paga. Hay más mujeres en profesiones como la psicología que en matemáticas o en ciencias, eso es verdad, pero hay muchas mujeres en ciencias humanas y en literatura, y no es signo de desvalorización en ellas. Soy, entonces, muy cuidadosa con respecto a este tema; vamos a ver hacia dónde nos llevará. De todos modos, también estoy en contra de las paridades obligatorias.

Por otra parte, también tendríamos que preguntarnos: ¿cuándo fueron mujeres las directoras de enseñanza o de sociedad, como es el caso de Melanie Klein y de Dolto? ¿Tuvieron más éxito que los hombres en cuanto al antidogmatismo? No. *Cuando una mujer está en el poder, se comporta como un hombre*. Además, *cuanto más importante haya sido una renovación teórica, más dogmática se vuelve después*. Tomo como ejemplo la revolución kleiniana, verdadera revuelta al interior del movimiento psicoanalítico, que luego llevó demasiado lejos el dogmatismo en la exploración del inconsciente. Lo mismo pasó con los lacanianos, renovación inaudita, que se hunde en el dogmatismo.

¿Por qué los freudianos no son tan dogmáticos? Es precisamente porque es un conjunto compuesto por todas estas corrientes complicadas. *Esta fue la gran fuerza de la IPA: la de aceptar a todas las corrientes*. Podríamos decir que la cuestión se endureció un tanto, pero no se dogmatizó. Se puede ser winnicottiano, kleiniano, como se quiera.

¿Laciano también?

Sí, se puede, a condición de que no se lo sea en la clínica. Me acuerdo de que en 1963, cuando Lacan fue conminado a retirarse de la IPA, se le propuso que continuara con su enseñanza. “Usted sigue enseñando pero no realiza más análisis didácticos”. Los responsables en esa época tenían perfecta conciencia de que Lacan era genial, aportaba algo, pero la IPA se oponía totalmente a la idea de sesiones de duración variable. El encuadre debía mantenerse constante: tres

cuartos de hora, 50 minutos. Y no por razones de dogmatismo sino porque no se puede hacer cualquier cosa sin arriesgarse a caer en un maltrato a los pacientes. Sin reglas técnicas, no hay análisis.

Es por ello que condeno radicalmente las sesiones de cinco minutos. Por el contrario, pienso que hay que mantener la idea de la posibilidad de interrupción de una sesión, pero a la interna de un tratamiento con una duración obligatoria y a condición de que no haya un paciente que esté esperando. El encuadre obligatorio a mi modo de ver es una interdicción a recibir pacientes cada cuarto de hora. Creo que más allá de media hora se puede hacer jugar la posibilidad de sesiones más cortas o más largas.

Raramente se realizan sesiones más largas.

Winnicott lo hacía. En primer lugar, hay que respetar una duración que también respete la expresión del inconsciente. En segundo lugar, considero también que seguimos una regla técnica implícita: los pacientes no deben encontrarse, es necesario que haya una sala de espera que los aisle. Es necesario respetar y cumplir cuando el paciente dice “no me quiero encontrar con nadie”. Ello en lo que concierne a las reglas técnicas.

Por tanto, hubo una esclerosis, un endurecimiento en la IPA, que consistía en la sesión cronometrada, vaciada de sentido, y otro en los lacanianos, que hacían sistemáticamente sesiones cortas.

El último punto que me parece capital: el analista debe hablar. La historia del silencio en análisis se remonta a mucho antes que Lacan. Yo tendería a explicar el silencio por la teoría según la cual es el propio paciente quien debe explorar mayormente su inconsciente, con un analista en posición de retracción que tan sólo interprete. Sin embargo, si el síntoma no es interpretado en un determinado momento, el paciente se reencuentra con su depresión, escuchada o no. Por no hablar de los excesos de aquellos que se adormecían y ya no escuchaban nada. La regla del silencio devino imposible, además, porque muchos síntomas no son interpretables. Cuando un paciente tiene determinada patología, hay que tratar esa patología: alcoholismo, toxicomanía e incluso comportamientos patológicos. No se puede tomar en análisis a una mujer que les pega a sus hijos sin prohibirle que lo continúe haciendo. Se debe ser clínico y terapeuta también.

¿Qué más nos puede decir de la presencia de Lacan en la IPA?

La presencia de Lacan en la IPA existe de hecho desde 1963. Pasado un primer tiempo de odio a Lacan en la IPA, era evidente que su obra iba a seguir siendo enseñada allí. Esta enseñanza comenzó en los años 80, especialmente en América Latina, donde se enseñaba Lacan al mismo tiempo que Winnicott. *Es el eclecticismo latinoamericano*. Siempre fui favorable a ese eclecticismo, con la condición de que no se transforme en una ausencia de teoría. La reintroducción de la enseñanza de Lacan fue mucho más difícil en el mundo anglosajón, puesto que la exclusión tuvo lugar entre la IPA anglosajona y Lacan. Recuerdo que la reintroducción de

Lacan en el mundo anglosajón se le debe a Juliet Mitchell, miembro de la IPA y feminista. La obra de Lacan fue evidentemente introducida en los Estados Unidos por los departamentos de literatura, en los que no había analistas. Algunos de ellos se habrán dicho: “Es una teoría literaria”. De todos modos, al mismo tiempo se dibujaba otro movimiento y las personas se volvían psicoanalistas, y la IPA integraba en su enseñanza, incluso en los Estados Unidos, la obra de Lacan. Sin embargo, la técnica de las sesiones cortas nunca será aceptada. Lo que lleva a que hoy en día haya grupos lacanianos que trabajan con sesiones cortas, y otros que, aun prolongando la duración de las sesiones, no pertenecen a la IPA.

En cuanto a la obra de Lacan, es un clásico hoy en día. El pensamiento de Lacan se ha difundido en los departamentos de filosofía del mundo entero y es enseñado en literatura en el mundo anglosajón. La obra de Freud no se enseña en los departamentos de filosofía, pero es enseñada sí en todos los departamentos universitarios del mundo entero en antropología, en historia y en literatura. Las obras de Winnicott y de Melanie Klein, más clínicas, son menos enseñadas en los departamentos de letras y de ciencias humanas. Es más: los kleinianos no conquistaron una posición relevante en el mundo intelectual, como sí lo hicieron Lacan y Freud.

Lo necesario y lo superfluo

Practiqué el psicoanálisis durante casi 20 años, pero hoy en día ya no lo hago más, porque consagro mi tiempo a su historia. En lo que respecta a mi formación, no es la de un psicólogo o un psiquiatra: me formé en literatura, defendí mi tesis y después estudié historia.

En cuanto al psicoanálisis, crecí en este ambiente. Mi madre era una famosa psicoanalista de niños, además de ser la primera mujer médica en los hospitales, puesto que era también pediatra. Hice psicoanálisis porque no parecía haber otro camino siendo lo que ya era, con mis diplomas y mis ganas de escribir. No supe con claridad si quería ser psicoanalista, no estaba del todo decidida, pero el análisis fue una prueba que me enfrentó a los dolores abismales y a los problemas terribles de la vida.

Estuve ocho años en análisis, pero pienso que después de los primeros cuatro mi análisis terminó y lo demás fue superfluo. No lo necesitaba,

era neurótica como cualquiera, no presentaba signos de patología que justificaran la demora.

Entre tanto, comencé a supervisar, porque creo que entre *escuchar-se*, *oír-se*, *entender-se* y escuchar a otro, hay una gran diferencia.

En lo que respecta a mi práctica, condeno radicalmente las sesiones de cinco minutos, pero creo que es preciso conservar la idea de la puntuación y que, dentro de un tratamiento con una duración obligatoria, se puede interrumpir la sesión a condición de que no haya otro paciente esperando. También estoy en contra del silencio del analista. Si hubiera tenido un analista que no hablara, no me hubiera sentido entendida y hubiera abandonado el análisis. En fin, entre mis pacientes he trabajado con personas cara a cara, que llegaron queriendo resolver problemas con sus cónyuges, con respecto a su salud, con su familia... Creo que el analista debe atender tales demandas, tal como lo hacía Freud.

En su libro escrito con Alain Badiou, *Lacan, pasado y presente*, usted subraya la importancia de la literatura y de la lengua para el pensamiento psicoanalítico. Comparando el estilo de Lacan con el de la escritura clásica de Freud, Lacan parece más próximo a los meandros de lo inconsciente. Freud ha sido calificado como un pensador de la escritura, mientras que Lacan es un maestro de la palabra. ¿Piensa usted que esta distinción es significativa en cuanto a la cuestión de la creación en psicoanálisis?

En lo que respecta a la creación, no lo creo, pero lo que sí es cierto es que, al morir, Freud había escrito su obra. Sólo faltaba publicar la segunda obra, que era la correspondencia, sus 15 mil cartas, pero la obra escrita ya estaba terminada. No era necesaria una transcripción. Por otra parte, la correspondencia de Freud prácticamente doblaba su obra. En ese sentido es un autor clásico. No usaba mucho el teléfono, su comunicación era epistolar. Freud es un escritor, un pensador que usó todas las formas de escritura. Sus cartas son obras maestras. Lacan es un “moderno”, además de que era un hombre que tenía inhibiciones para escribir. Era un moderno en el sentido de que está más cerca de la literatura de Joyce, de la literatura surrealista, mientras que Freud era un romántico, aunque no lo quisiera. Freud es Goethe, más Hamlet, más Edipo, más Sófocles.

Muy, muy clásico, incluso para su época.

Muy clásico, en efecto. Lacan, de la trilogía de Sófocles, eligió a Antígona, personaje del siglo XX. Antígona no existe para Freud. Por lo tanto, Lacan introdujo una modernidad pero, al mismo tiempo, algo muy interesante: tenía dificultades para la escritura. Hay en él un lado extraño de la escritura, es un hombre de la palabra.

De la oralidad.

De la oralidad, sí. Realmente escribía muy poco. He recuperado 250 cartas de Lacan y no 15 mil. Prefería el teléfono. En su generación sí había personas que mantuvieron correspondencia, como Hannah Arendt, por ejemplo. Pero no Lacan. A él no le gustaba escribir cartas, enviaba telegramas, llamaba por teléfono. Su obra no estaba terminada al morir, necesitaba de una transcripción. La obra de Winnicott estaba terminada, la de Klein también.

De Lacan tenemos muy pocos archivos, ya sea porque no escribía o porque fueron destruidos. No hay nada que pueda equivaler a la enormidad de archivos freudianos. Es la razón por la cual pienso que no hay más que una biografía de Lacan, la mía, y que nadie fue capaz de invalidar mis tesis con otra biografía. Sobre Freud hay 300. Para Freud la biografía debe ser renovada cada 20 años en función de los archivos encontrados. ¿Por qué? Porque hay muchas interpretaciones. En lo que respecta a Lacan, la interpretación sobre sus textos y su vida está por fuerza limitada y, por lo tanto, sujeta a muchos más rumores.

¿Usted piensa que Freud dejó de lado todo lo que acontecía desde la “modernidad” en Viena?

Es verdad, Freud parecía no ver nada. Lacan lo vio todo, pero tampoco hizo mucho con eso, porque la única cosa que le interesaba era encontrar en Marguerite Duras y en Joyce lo que decía él mismo, al igual que Freud. Lacan es producto de la modernidad de su época. Freud también lo es, pero sin darse cuenta y sin dominarla. Además, Freud no toma partido. No dice “detesto a Gustav Klimt”. Tampoco dice que no le gusta Schnitzler. No dice nada. Nunca escribió disparates, salvo sobre Proust, del cual escribió que no era bueno para nada y que no iba a perdurar, que sería olvidado.

Hay muchas cosas que no comprendió. A mi entender lo más grave fue la cuestión del lenguaje.

Absolutamente. Freud no estaba interiorizado con ello. Aun al ser confrontado con los escritores de su tiempo, como Stefan Zweig o Thomas Mann, que lo admiraban.

Ellos mismos muy clásicos.

Cuando se topa con ellos no dice nada. Cuando se encuentra con el resto, los surrealistas, por ejemplo, no comprende y no sucede nada. Ahora que tengo la correspondencia con Marie Bonaparte, sé que tampoco entendió nada sobre Proust. Incluso si sus discípulos, particularmente Jones, eran grandes lectores, en general el movimiento psicoanalítico se muestra impermeable a la literatura contemporánea. Diría que son tan vieneses como los grandes artistas vieneses, aunque no se dan cuenta de ello. Esa es la tesis que demostré: que Freud es completamente vienés, aunque nunca se dio cuenta de ello. Nos correspondió a nosotros demostrarlo. Por supuesto que no lo hicieron los lacanianos, que no sabían ni siquiera que Freud había nacido en Viena, ni los freudianos de la IPA, que confundían Viena con Berlín. Los trabajos de historiadores sobre Viena llegaron mucho después. Los psicoanalistas no leyeron a Schorske. Hay que prestar atención a que una cosa es saber que Freud nació en Viena y otra es establecer lo que Freud tenía de vienés, que es el trabajo que realizó Carl Schorske.

No es el caso de todos los analistas de aquel tiempo. Por ejemplo, pensando a nivel de la IPA, Wladimir Granoff o Víctor Smirnoff, cosmopolitas y políglotas, tenían una cultura general poco común aunque verdaderamente no fueran representativos de los analistas en general. Granoff era extremadamente sensible a la cuestión de la lengua y de las lenguas en la práctica misma del análisis, es decir, en su posicionamiento como analista y no como historiador o sociólogo.

¿Y qué piensa usted de los trabajos de Granoff?

Granoff era maravilloso, pero mezclaba sus fantasías con los hechos. Cuando se ven sus conferencias sobre Freud hoy en día, es muy problemático porque parece

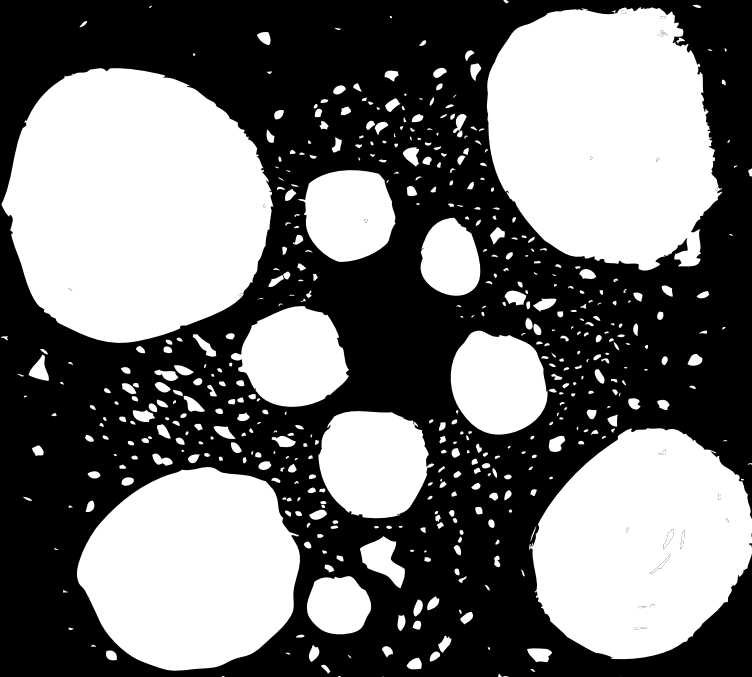
que lo soñara a Freud, que lo viera de una manera muy extraña. No comparto la interpretación que escribió con Jean-Michel Rey sobre el ocultismo. Prefiero la de Derrida y la mía: lo irracional acompaña a Freud, pero él no cree en la telepatía. Es cierto que se interesa realmente y en determinado momento hasta parece descarrilarse, pero más bien va hasta el borde del descarrilamiento y se restablece. Eso le sucede siempre, también con Fliess, con Jung. Por momentos flirtea también con la oscuridad, pero luego dice “nos detenemos aquí”. Con Groddeck le sucede algo similar, pero cuando él explica todas las enfermedades por lo psíquico, Freud –por otra parte, influenciado por Jones– no quiere saber de ello. De todos modos, es verdad que Freud estaba fascinado por la oscuridad y decía: “No me vengán a molestar con esto, es como mi tabaco o mi Coca-Cola”.

Pero la oscuridad no era un objeto de estudio para Freud.

Era un objeto de estudio pero no un objeto en el cual entrara demasiado. Siempre llegaba tan sólo hasta cierto punto. Esto se ve en forma muy nítida en el debate con Ferenczi y Rank sobre el traumatismo originario. Surge allí aquella frase extraordinaria: “Escuchen, vamos a ser claros: si lo del trauma del nacimiento es tan exacto, vamos a tener que estudiar todos los partos difíciles”, en firme parada en seco positivista. Es fascinante cómo bajo su pluma Freud imaginaba escenas primitivas inexistentes. Incluso en determinado momento cree en la existencia de esa escena primitiva en el Hombre de los Lobos, aunque luego le hará escribir que nunca existió. El “hombre de los lobos” dirá tiempo después que lo hizo para darle el gusto. En definitiva, Freud vuelve siempre a sus bases de racionalidad.

Referencias

- Badiou, A. & Roudinesco, E. (2012). *Lacan, pasado y presente*. Buenos Aires: Edhasa.
- Roudinesco, E. & Plon, Michel. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.



Vórtice

El dinero en psicoanálisis

Del capital a lo pulsional: sobre el valor del dinero en psicoanálisis

Eloá Bittencourt Nóbrega
y Wania Maria Coelho Ferreira Cidade*

El mundo occidental que aprendimos... a conocer, a analizar y a interpretar se volvió capitalista. Si todo se vuelve capitalista, obligatoriamente la contradicción se instala.

MILTON SANTOS

Si el analizando no paga con dinero, pagará inexorablemente con otra cosa –con su culpa sobre todo–, pero también con un elenco multiforme de figuras imaginarias, personajes que, nacidos del amor y del odio, aparecen en el corazón de la escena analítica como impotencia, resentimiento o gratitud infinita que imposibilitan la disolución del lazo transferencial.

NEUSA SANTOS SOUZA

En la vida cotidiana, en los vínculos en general y también en el medio psicoanalítico, observamos qué difícil es tratar y hablar del tema del dinero. Verificamos que hay poca producción científica sobre el asunto, además de un significativo silencio en las instituciones psicoanalíticas, que discuten y reflexionan muy escasamente sobre la importancia del dinero en nuestra práctica. Pensamos que, impregnado por lo infantil, tal vez haya un sentimiento compartido según el cual el dinero es tratado como algo sucio, impuro y promiscuo cuando, en contrapartida, lidiamos con un objeto que requiere de una escucha delicada, sensible y descentrada de nuestro propio yo. Tal vez este pudor esté ligado a nuestros deseos inconscientes y a nuestros rasgos neuróticos, y no queremos quedar desnudos delante de nuestros colegas.

Entonces, tácitamente, silenciemos el asunto, pues (...) “sabemos que el oro entregado por el diablo a sus bien amados se convierte en excremento después de su partida, y que el diablo no es más que la personificación de la vida pulsional inconsciente y reprimida” (Freud, 1908/1976).

En la práctica psicoanalítica el dinero tiene un lado que pertenece al discurso simbólico, según el cual es interpretado como objeto libidinal que debe, por lo tanto, ser comprendido en la singularidad de las ideas, fantasías y síntomas. El lenguaje está cargado de símbolos, por lo cual hablar nos implica en relación con aquello que hablamos. Tomar la palabra es saber que algo del pensamiento inconsciente, del mito y del sueño, estará también representado allí. De este modo –nos dice Freud (1908/1976)–, los objetos parciales, siempre presentes en la trama inconsciente, pueden ser representados por su opuesto.

El dinero, parte importante del contrato que firmamos con nuestros analizandos, enriquece las fantasías y va ganando variados significados en la vida psíquica, con despliegues individuales que sólo serán conocidos a posteriori en el curso de un análisis. De todos modos, es preciso que nos interroguemos con res-

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

pecto a lo que manejamos como norte en el momento de acordar un contrato y lo que forma parte de él, como el pago.

El contrato que establecemos con los pacientes es diferente a los contratos en otras prácticas, en las que se incluye un tercero que hace de intermediario en las negociaciones. En el proceso analítico, lo que viabiliza la relación y discrimina el lugar de analista y analizando es el psicoanálisis mismo que, presente en el analista, funciona como un tercero que impide la simbiosis y la indiscriminación en la dupla. El final de las sesiones y el pago por ellas simbolizan esta discriminación. En este sentido, es importante el reconocimiento del dinero como representación psíquica, puesto que sólo de esta manera podremos escuchar la singularidad del analizando y, desde esta perspectiva, establecer exclusivamente con ese sujeto el valor a pagar.

Además de que el pago encarna la posibilidad de la separación en la relación dual imaginaria del analizando (Rocha, 2011), es también el pan nuestro de cada día y, como dice la canción *Comida*, “la gente no quiere sólo comida / la gente quiere comida, diversión y arte” (Titãs, 1987, canción 2). Sin embargo, no podemos poner al mismo nivel lo que gana un analista y lo que ganan otros profesionales liberales, que toman como principio regulador el mercado. Aunque sepamos que mundo interno y externo se afectan mutuamente –mezclándose e influenciándose el uno al otro–, las necesidades del psicoanalista en su vida y en sus compromisos personales son externas al acto de psicoanalizar. Estas, por sí solas, no justifican el precio a cobrar, puesto que es necesario tomar en cuenta las particularidades de cada paciente. De este modo, resituamos la cuestión en el plano de la economía pulsional, considerando que la economía de mercado no es parámetro suficiente para medir el valor unitario de la sesión.

El paciente que nos llega hoy en día no es el mismo de ayer, así como tampoco nosotros somos los mismos. La dupla analista/analizando sigue construyendo nuevos caminos en cada encuentro, aunque estos se parezcan entre sí. El analista no sabe lo que sucederá en su próxima

sesión y, eventualmente, hasta podría quedarse sin paciente. En este contexto, el dinero puede ser una trampa de poder y de seducción frente a las inseguridades e inestabilidades propias del análisis. La cuestión económica es un elemento que forma parte de la función de analizar, con efectos visibles para la relación transferencial, de modo que queda claro que las desviaciones de esta función están al servicio de la angustia del analista, ensordecido -e impidiendo- la posibilidad de lidiar con el material inconsciente del paciente, el cual quedaría como rehén de aquel.

Todo aquello que atañe al contrato forma parte del encuadre psicoanalítico: los aumentos, las faltas, las vacaciones, la duración de la sesión, así como también la forma y periodicidad en la cual se hará el pago. En general, el pago se realiza en efectivo o con cheque. Sin embargo, ambas formas no nos parecen equivalentes, puesto que para la comprensión psicoanalítica es importante que el analizando tenga que lidiar directamente con el costo del análisis, de modo de poder observar, en el acto y en la forma de pagar, lo que está investido allí. El dinero es también un medio de intercambio que resitúa en cada pago el lugar del analista, el del analizando y el deseo de este de proseguir con su análisis; pagar implica el reconocimiento de estos distintos lugares. De este modo, el pago tiene una función simbólica de reconocimiento de la alteridad y, en este contexto, se constituye como deuda, marca de la relación entre los sujetos (Birman, 1994).

A partir de las vicisitudes de la dupla, el encuadre puede eventualmente sufrir modificaciones y ser repensado. Enfermedades del analista o del analizando, sesiones extras, cambios de horarios, nos enfrentan a situaciones inusitadas. La brújula para guiarnos en tales excepciones será la escucha fina en la escena transferencial, caso a caso. Pero hay algo de errante en el análisis, tal vez el hecho mismo de que no tenemos respuestas por fuera del encuentro; el análisis nos hace lidiar con lo indomable, con las posibilidades y las imposibilidades, con las paradojas. Por la propia naturaleza del oficio nos situamos en una posición de permanente y dinámico aprendizaje.

Este es el trueque impagable, la dimensión del análisis en doble sentido. La experiencia en el aquí y ahora, que nos da el tono y la medida de una historia y una construcción hecha de a dos.

Así camina la humanidad

En su origen el psicoanálisis lidiaba con el dinero al servicio de su causa -era importante reconocerlo como instrumento de liberación. Se intentaba abrir caminos para una nueva visión, el sufrimiento psíquico encontraba una comprensión más allá de la medicina y del pensamiento científico vigente. La metapsicología traía en ciernes la perspectiva del conflicto y la intensidad pulsional en el aparato psíquico, señalando una constitución subjetiva fundamentalmente dividida.

Poco tiempo después, el psicoanálisis se consolidó y pasó a ocupar un espacio privilegiado.

En Brasil, esta expansión se reflejó en consultorios llenos, hecho que, sumado a la poca competencia, acabó por delinear un panorama en el cual los altos valores de la sesión pasaron a ser la regla. El acceso al psicoanálisis quedaba entonces determinado por el poder económico y, cuanto más caro cobraba el analista, más elevada era su fama y la confianza en su eficiencia. Se reproducía así la lógica socioeconómica vigente, según la cual se vende la idea de que todo lo que es bueno es caro y que lo caro es tan sólo para unos pocos.

En la actualidad, el panorama es un poco distinto; en esta misma perspectiva de la economía de mercado, la expansión del psicoanálisis se tradujo en un gran número de psicoanalistas, lo que generó una presión hacia un posicionamiento en relación con los altos precios cobrados. A partir de entonces se abrió un amplio espectro de valores, con diferencias significativas tanto para las cifras máximas como para las mínimas.

Concomitantemente, experimentamos las alternancias constantes de los sistemas económicos, lo que supone la disminución de la potencia del trabajo, puesto que el sistema financiero está más en sintonía con la especulación que interesado en inversiones que generen em-

pleos, aumenten la productividad y redireccionen los superávits para maximizar las ganancias sociales (Stiglitz, 2014).

En efecto, disminuyen así las posibilidades y se abre un espacio para las distorsiones en la relación del sujeto con el medio en que vive, y ello en toda América Latina. Las sucesivas crisis financieras terminan por afectar a toda la sociedad, causando agitaciones y efectos nocivos en las relaciones sociales e “interponiéndose de tal forma en las relaciones institucionales y en el funcionamiento político que terminan suscitando una crisis de valores” (Birman, 1994).

Esta crisis -podemos pensar- nos deshumaniza, generando el empobrecimiento de la población y el aumento de la violencia -en sentido amplio-, al crear una situación perversa de invisibilidad de una parte significativa de la sociedad. Las instituciones psicoanalíticas no quedan por fuera de este escenario, puesto que forman parte del cuerpo social. Formar psicoanalistas sensibles al sufrimiento humano, que acojan al sujeto traumatizado de la postmodernidad, obliga a nuestras instituciones a estar atentas a las propias crisis de valores fomentadas por este modelo social. Si somos movidos por el dinero, renunciamos al ideal psicoanalítico, dando lugar a un sistema de elite, en el cual las leyes del mercado son más relevantes en la práctica clínica que los principios éticos.

En una nota publicada en el diario de mayor circulación de la ciudad de Río de Janeiro, la periodista (Guimarães, 2014) decía lo siguiente: “Así se traumatiza: el valor cobrado por algunos psicoanalistas de la ciudad llegó a la traumática cifra de 600 reales/hora” (equivalente a U\$S 270).

La existencia de precios por sesión equivalentes -o próximos- al salario mínimo vigente en Brasil (U\$S 326,24) revela una disociación con respecto a los principios humanistas del psicoanálisis y a la realidad en la cual vivimos. En estos vaivenes, hay que permanecer sensible a la ética del psicoanálisis, que se vigoriza a partir de la escucha del inconsciente y de la transferencia. “Necesitamos, también nosotros los analistas, pagar por el

análisis: con nuestras palabras, con nuestro cuerpo, con nuestro ser, con nuestra ética - ética del buen decir” (Souza, 1989).

Por intercambios con amigos que residen en París (Francia) y Seattle (Estados Unidos) supimos que el valor medio de la sesión psicoanalítica es de, aproximadamente, 70 euros/hora y 200 dólares/hora. Si consideramos que hablamos de países ricos y bastante más estables desde el punto de vista económico, comprendemos el grado de distorsión que supone hablar de 600 reales/hora (U\$S 270,37). Vórtice también llevó adelante un recorrido para conocer el valor medio de los honorarios establecidos por los analistas y se interesó, igualmente, por la mensualidad anual que pagan los miembros de IPA y Fepal.

Desde 2009, el *valor médio aproximado* de la cuota anual de IPA, por miembro, es de U\$S 300. La mensualidad de los miembros puede variar de acuerdo a la sociedad y a la situación económica, por lo que puede haber un descuento considerable. El valor de la cuota anual para Fepal está en torno a los U\$S 80. Es importante tomar en cuenta que realizamos una *consulta informal*, utilizando como fuente de información los datos suministrados, individualmente, por analistas afiliados a instituciones de IPA.

Los valores que siguen fueron suministrados por los consultados –a quienes optamos por no identificar. La moneda de referencia es el dólar americano:

	Valor medio de una sesión de psicoanálisis en la ciudad	Valores mínimo y máximo de una sesión	Cuánto cobra en promedio un candidato	¿Hay financiación de terceros (Estado, seguro de salud)?
La Paz (Bolivia)	U\$ 20	U\$ 10 a 50	U\$ 10	No
Caracas (Venezuela)	U\$ 25	U\$ 25 a 70	U\$ 20	No
Colombia	U\$ 40	U\$ 40 a 100	U\$ 30	No
Paraguay	U\$ 50	U\$ 25 a 60	U\$ 25	Sí* ¹
Buenos Aires (Argentina)	U\$ 60	U\$ 15 a 100	U\$ 10 a 35	Sí* ²
Uruguay	U\$ 60	U\$ 40 a 100	U\$ 30 a 40	No* ³
México	U\$ 60	U\$ 30 a 100	U\$ 30	No
Córdoba (Argentina)	U\$ 62	U\$ 20 e 80	U\$ 20 a 30	Sí**
Chile	U\$ 75	U\$ 40 a 110	U\$ 40 a 50	No
Italia	U\$ 80	U\$ 60 a 130	U\$ 60 a 70	Sí
París (Francia)	U\$ 95	U\$ 60 a 120	U\$ 80	Sí* ¹
Madrid (España)	U\$ 95	U\$ 95 a 120	U\$ 70	No
Campinas-SP (Brasil)	U\$ 100	U\$ 40 a 150	U\$ 60 a 110	No
Perú	U\$ 120	U\$ 50 a 150	U\$ 40 a 50	No
Río de Janeiro (Brasil)	U\$ 130	U\$ 70 a 250	U\$ 30 a 120	Sí* ²
Porto Alegre (Brasil)	U\$ 140	U\$ 90 a 180	U\$ 55 y 85	No
San Pablo (Brasil)	U\$ 200	U\$ 100 a 400	U\$ 70 a 150	Sí* ³
Georgia (EE.UU.)	U\$ 200	U\$ 125 a 250	U\$ 50 a 125	Raramente los seguros pagan
Nueva York (EE. UU.)	U\$ 250	U\$ 200 a 450	U\$ 20 a 50*	Sí, en caso de terapia

* Casos de formación bajo supervisión o la misma media de los psicoanalistas.

*¹ Generalmente los seguros médicos tienen poca cobertura, son pocos los centros de salud del Estado que ofrecen servicios de atención a la salud mental.

*² Sí, seguro de salud, U\$ 10 -12 la sesión.

*³ Raramente algunos bancos u otros órganos del Estado, que benefician sus empleados con cobertura parcial o total de su tratamiento.

** Algunos seguros médicos pre-pagos cubren un máximo de 30 sesiones cada cuatro años. No hay otro tipo de financiación.

*¹ En media, reembolso entre 15 y 50 euros. Solo psicoanalistas-psiquiatras pueden tener pacientes con honorarios reembolsados.

*² Algunos seguros de salud pagan número limitado de sesiones al año.

*³ Seguros de salud pagan 20 sesiones al año.

Vemos en el cuadro anterior las oscilaciones del valor de la sesión de análisis en los países allí representados. Aunque constatemos costos elevados para la sesión en el eje Río de Janeiro/San Pablo/Nueva York, esta es apenas una parte de la historia. La otra parte es la realidad de un mercado saturado de ofertas, consultorios con movimiento reducido e institutos de formación psicoanalítica que buscan nuevas formas de atraer candidatos. Green (1997) afirma que durante mucho tiempo los psicoanalistas se quedaron en sus consultorios, sin preocuparse por el psicoanálisis mismo puesto que los pacientes no paraban de llegar. Ahora, la situación se presenta de una manera diferente: los candidatos que nos llegan calculan el alto costo de la formación y señalan, temerosos, sus dudas con respecto al retorno de todo lo que fue invertido, tanto emocional como económicamente.

Tal como podemos leer más adelante, Osvaldo Canosa, secretario de la Organización de Candidatos de América Latina - OCAL, hizo una consulta informal a los candidatos de OCAL y, a partir del presupuesto de que la formación psicoanalítica es costosa, formuló cuatro preguntas que fueron destinadas a 100 candidatos de muestra en Argentina, México y Brasil. De estos 100, tan sólo 40 respondieron. Osvaldo analiza las respuestas recibidas y formula una reflexión crítica en relación con el modo en que es encarado el dinero por nuestros colegas.

Dándole continuidad a esta reflexión, otros autores expondrán sus ideas sobre el lugar del dinero en psicoanálisis, acercando ideas y argumentos que complementan y profundizan el debate.

Anette Blaya Luz hace un relevamiento del lugar del dinero en la obra freudiana, partiendo desde la idea de la correlación entre dinero y heces, hasta llegar a la ecuación simbólica que pone en equivalencia heces, dinero, pene y bebé. Destaca el carácter contemporáneo del dinero en la relación transferencial/contratransferencial, comprendiendo así que el dinero va a estar continuamente presente en ella. Nos habla del posible significado de regalo que el

dinero adquiere en la relación inicial del niño con sus heces, trasladando esta idea a la relación analista/analizando y puntualizando también las resistencias del analista en su práctica diaria, así como la facilidad con la que el dinero se presta a *actings*.

Celmy Araripe Quilelli Corrêa propone que se abra el debate sobre el contrato psicoanalítico y los honorarios sin los rodeos que lo suelen enmascarar. Afirma que la discusión pertinente al tema ha escapado a la transparencia, bajo el pretexto de no interferir con la libertad de los psicoanalistas en la conducción de su práctica. Tal actitud lleva a que mantengamos alejadas de nuestras reflexiones la ideología y la contratransferencia del analista. Sugiere, a su vez, que nos interroguemos en relación con la ética de los contratos psicoanalíticos, es decir, con qué parte del analizando estaríamos relacionándonos al establecer tal contrato puesto que, aunque haya una aparente simetría entre los personajes involucrados, el inconsciente en juego nos lleva a pensar que podríamos estar lidiando con sus aspectos infantiles. La autora entiende que se trata de un acuerdo ético y singular, propio de cada momento del proceso.

Francesco Castellet y Ballará plantea que el dinero nos hace retornar, inconscientemente, a las etapas preverbales, a las primeras experiencias infantiles en la relación con el otro. Acerca la idea de Ferenczi sobre la equivalencia del dinero con la leche y no sólo con las heces, como afirmaba Freud. Aborda la característica básica de la leche como nutriente y como propiciadora del intercambio del cuidador con el recién nacido, por lo que adquiere connotaciones de vida o de muerte. Si tiene lugar la experiencia de recibir la leche, la cualidad será de bienestar, pero si falta, el bebé sentirá un vaciamiento catastrófico. Ballará sugiere que la necesidad de ostentación da cuenta de una actitud compensatoria de relaciones primarias insatisfactorias y ejemplifica con casos de analizandos muy adinerados, para los cuales el dinero es una defensa frente al temor de entregarse a la necesidad de ser cuidado y confiar.

Federico Luis Aberastury discurre sobre la complejidad de la práctica psicoanalítica, que necesita de tiempo para llevar adelante una cura exitosa. Citando a Freud, nos advierte de la importancia de estar atentos y en condiciones de orientar los movimientos de las corrientes transferenciales, así como los momentos especiales de despliegue de la transferencia. Nos advierte también en relación con el ejercicio de aproximación de un inconsciente a otro, observando que esta práctica no es sin consecuencias, puesto que inevitablemente la resistencia se hará presente. Señala además que el progreso de la investigación psicoanalítica puede ser interrumpido por la angustia del analista de perder a su paciente. Sitúa las insuficiencias económicas, afectivas y sexuales como resistencias del analista, perteneciendo así al campo de su análisis personal.

José Sahoalder pone el acento en la asimetría de la relación analítica. Esta marca lugares distintos, así como una demanda de amor por parte del paciente que no será satisfecha por el analista. A este le cabe sustentar el conflicto, puesto que la demanda insatisfecha será la que ponga en movimiento la escena transferencial. Ubica el dinero como símbolo social de completud narcisista y de poder, pero nos recuerda también la importancia de los honorarios como eje que actúa como norte de los intercambios. Sostiene que el pago provoca sufrimiento tanto en los pacientes como en los analistas, no por apremio o pobreza, sino por las marcas que la relación con el dinero acarrea: marcas de poder, de envidia, de rivalidades y traiciones que surgirán en el análisis bajo la forma concreta de problemas económicos.

Maria Elisabeth Cimenti destaca su visión sobre el tema del dinero presentándolo como una esfera de cristal suspendida que al moverse crea innumerables reflejos. Sostiene que el tiempo y el dinero están presentes desde los orígenes del psicoanálisis y hasta la contemporaneidad. Nos recuerda, por la vía freudiana, que el tema del dinero forma parte de la transferencia y que el analista tiene un sentido transferencial a seguir, marcado por las experiencias

libidinales constitutivas del analizando. Nos presenta un caso clínico de un niño de 4 años que escenificaba en el análisis y en el acto del pago un comportamiento especialmente inusitado y enigmático. Según la autora, el pago tiene en este caso el carácter de un corte importante que resitúa al niño como sujeto, a costa del sacrificio de su majestad el bebé.

Ruth Axelrod trata el tema del dinero como una reconstrucción de capturas conscientes e inconscientes que transita por las generaciones ganando diversos significados. Se aproxima a Freud en cuanto a la libertad para determinar el valor de la sesión, sin falsos moralismos, y dice que es importante pensar en cómo se cobra. Considera que desde el inicio de la relación analista/analizando es posible acompañar la acción de los movimientos inconscientes y del conflicto que transforman el dinero en síntoma y/o en *enactment* que puede ser percibido y traducido a tiempo por el analista. El dinero sostiene la sesión, pero también es la marca de la asimetría en la dupla analítica, la diferencia entre aquel que cobra y aquel al que se le cobra. Ruth nos dice también que esa asimetría tiene fuerza como para generar fantasías y defensas psíquicas cuando el dinero está al servicio de la pulsión de muerte, de las disputas y del poder.

Sin pañuelo ni documentos

Es bastante común la idea de que el dinero compra incluso la felicidad; los humoristas se divierten bastante con el significado de poder que la sociedad les confiere a los ricos, dándoles inclusive un *status* que los pone por encima del bien y del mal. La búsqueda de la completud no pocas veces va por el camino del éxito económico. Se intenta por esta vía escapar del desamparo, de lo imprevisible, de nuestros propios aspectos todavía salvajes, inconscientes. De todos modos, sabemos que el incansable tintinear de las monedas no trae consigo el bienestar, la satisfacción o la cura: por tanto más que se pueda pagar, la muerte es inexorable.

El dinero, como elemento de poder, encuentra en el psicoanálisis una posibilidad de lectura, principalmente por las representaciones que

puede tener en la fantasía del sujeto, pero también en la confrontación con la realidad. El rechazo de la realidad por el horror a la condición de desamparo (Birman, 2001) puede potenciarse aún más si los dictámenes de la sociedad proponen la conquista de la perfección por el “tener” y pasando por el dinero, el poder de compra y el capital financiero que, en su forma extrema, descapitaliza el psiquismo. El capital psíquico, fuerza pulsional de los afectos, gana en cualidades e intensidades, puesto que la naturaleza del psiquismo no es para nada lineal y nada es más humano que caminar “contra el viento, sin pañuelo ni documento / bajo el sol casi de diciembre... Yo voy...” (*Alegria, alegria*, Veloso, 1968, canción 4).

Referencias

- Birman, J. (1989). O valor da psicanálise. En *Agenda de psicanálise: instituições, publicações, calendário e resenhas* (pp. 227-234). Rio de Janeiro: Xenon.
- Birman, J. (1994). Sujeito, valor e dívida simbólica: Notas introdutórias sobre o dinheiro na metapsicologia freudiana. En *Psicanálise, ciência e cultura* (pp. 161-174). Rio de Janeiro: Zahar.
- Birman, J. (2001). *Gramáticas do erotismo: A feminilidade e as suas formas de subjetivação em psicanálise*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Castellet y Ballará, F. (2012). O dinheiro como conceito central do setting psicanalítico. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 46(4), 112-125.
- Freud, S. (1976). Carácter e erotismo anal. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas* (Vol. 9, pp. 171-181). Rio de Janeiro: Imago (Trabajo original publicado en 1908).
- Guimarães, C. (15 de abril de 2014). Gente Boa. *O Globo*. Recuperado de http://oglobo.globo.com/blogs/blog_gente_boa/
- Green, A. (1997). Entrevista. En *Revista Trieb*, 5, 141-156.
- Rocha, F. J. B. (2011). *Entrevistas preliminares em psicanálise: Incursões clínico-teóricas*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Santos, L. (1994). *Assim caminha a humanidade* [CD]. Rio de Janeiro: BMG.
- Slemenson, K. (2001). *¿Sem?: Sobre a inclusão e o manejo do dinheiro numa análise*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Souza, N.S. (1989). A questão do dinheiro na psicanálise. En *Agenda de psicanálise*. Rio de Janeiro: Xenon.
- Stiglitz, J. (04 de marzo de 2014). Políticas de austeridade causaram danos quase irreparáveis. *O Globo*. Recuperado de <http://oglobo.globo.com/opiniao/politicas-de-austeridade-causaram-danos-quase-irreparaveis-11738855>
- Tendler, S. (Director). (2001). *Encontro com Milton Santos ou O Mundo Global Visto do Lado de Cá* [Película]. Brasil: Caliban.
- Titãs. (1987). Comida. En *Jesus não tem dentes no país dos banguelas* [CD]. Rio de Janeiro: WEA.
- Veloso, C. (1968). Alegria, alegria. En *Caetano Veloso* [CD]. Rio de Janeiro: Philips.

Obras en esta sección:

Pablo Boneu, imágenes del proyecto *Instrucciones para destruir dinero* (2009 y ss.), que consistió en la instalación de “tritadoras de dinero” (*money destroyers*) para uso público y obra gráfica confeccionada a partir de la destrucción sistemática de billetes de curso legal de diferentes países del mundo. Bitácora de trabajo: <http://issuu.com/boneu/docs/instruccionesbook>



Amor de transferencia y dinero

José Sahovaler*

El ejercicio del psicoanálisis es un trabajo y una profesión: trabajo porque de él vivimos y profesión porque implica un título de grado y de posgrado y una larga formación, lo que convierte a su ejercicio en un saber y no sólo en una ocupación. Pero que el psicoanálisis sea un trabajo y una profesión implica que está sometido a las lógicas del mercado, de la oferta y la demanda. Ello no es óbice para postular una ética particular en la búsqueda de la “verdad” del paciente y en el cuidado que debe tenerse de no hacer uso del poder que la transferencia nos confiere. Definido como una profesión, los honorarios deben ser pensados como el pago en metálico que el psicoanalista cobra por su escucha y por su palabra, es decir, por su trabajo.

En nuestra sociedad, el dinero tiende a convertirse en la suma de valores sociales, en el

* Asociación Psicoanalítica Argentina.



representante narcisístico de la completud, en el símbolo fálico por excelencia. Sabemos que Freud lo relacionó con el erotismo anal y describió la ecuación simbólica inconsciente: peneño-dinero-heces. Sin embargo, creo que más importante que la mentada relación del dinero con la etapa anal es la del dinero con el masoquismo y las posiciones sacrificiales. En sus orígenes, la moneda surgió como valor sacro para la compra de las víctimas –humanas y animales– a ser entregadas en las piras sacrificiales, y esta relación con el sufrimiento y con la muerte se ha mantenido hasta la actualidad. En la antigüedad, el prestigio y el poder eran adquiridos a través de la capacidad de dar (ceremonia del Potlatch) y los dioses eran creados para recibir regalos, es decir, como soportes de la posición masoquista primordial. De allí deriva la actual compulsión al trabajar, a consumir sin sentido ni meta, a entregar la vida por la obtención de un puñado de monedas. Veámoslo en la clínica: los pacientes –y también los analistas– sufren por dinero, sufrimiento que poco tiene que ver con la carencia, con la pobreza.

Las marcas del poder y de las envidias, de las rivalidades y de las traiciones, tienden a tramitarse en conflictos monetarios. El complejo de Edipo con sus anhelos parricidas y sus culpas inconscientes encuentran su representación social en la institución económica de la herencia. Complementariamente, la dote ha sido –y continúa siendo en gran parte del mundo– la marca monetaria de la prohibición incestuosa.

Si es imposible pensar la transferencia sin remitirnos a amores y odios, a dominancias y sometimientos dentro de la dupla analítica, también es imposible pensarla sin tener en cuenta que los honorarios son el eje central de los intercambios. Desde esta perspectiva que relaciona dinero con sacrificio, postulo que los intercambios monetarios conllevan una prima de sufrimiento, de entrega masoquista o de reclamo sádico. Pero, antes de internarnos en las cuestiones del contrato analítico, es necesario señalar que el significante *dinero* no es unívoco sino que concentra un conjunto de valores disímiles:

- **Valor de uso:** Es la valía que la mercancía tiene para tal persona.
- **Valor de cambio:** Es el precio que socialmente se le adjudica a una mercancía. Por ejemplo, el interés es el precio del dinero.
- **Valor de reserva:** Es la capacidad de ahorro monetario.
- **Valor de signo:** Es el valor de pertenencia a una clase o grupo y permite la discriminación con otros universos sociales –“ellos tienen y nosotros no”, o viceversa. El signo otorga identidad en esta sociedad mercantilizada.
- **Valor de don:** Tiene una relación directa con el amor y con el regalo. Si en sus orígenes el dinero no fue creado para acopiar, para ahorrar, sino como vehículo para el deseo de dar, de entrega amorosa o sufriente a los dioses y/o a los otros, este anhelo de ofrendar se articula en la sociedad mercantilista con posiciones masoquistas.

Incluidos dentro de la estructura económica capitalista, los honorarios pueden ser descompuestos en estos cinco tipos de valores a condición de saber que existen tensiones y exclusiones entre ellos. A modo de ejemplo, el valor de uso se excluye y opone al de cambio, del mismo modo que el valor de reserva colisiona con el valor de don. En estas líneas me interesa detenerme en la articulación entre valor de cambio y valor de don en cuanto a los honorarios analíticos.

A partir del amor de transferencia sabemos que, una vez instalado en el dispositivo analítico, el paciente espera, en más o en menos, ser atendido y curado por amor. Pero el amor está reñido con el dinero en términos de valor de cambio y sólo puede ser pensable en términos de valor de don. El paciente “ama” a su analista, se entrega a él y espera ser correspondido en igual medida. Sin embargo, los honorarios marcan que no es atendido por amor sino por interés; por más que el analista quiera a su paciente y ame su profesión,

atiende por interés dado que este es su trabajo. Se impone, así, un conflicto que posee una dinámica propia: al escuchar a nuestros pacientes, al ofrecernos como soporte para su mundo inconsciente, el paciente recibe de nosotros no sólo nuestras interpretaciones sino un plus que traducirá como demanda de amor. Este amor necesariamente no correspondido funcionará como motor del análisis; entonces, para que el análisis discurra de un modo adecuado siempre habrá una tensión transferencial amorosa, una demanda no satisfecha. Nos encontramos, pues, con un conflicto que debemos sostener y no resolver: los analistas atendemos por interés económico -aun cuando terminamos queriendo a nuestros pacientes, ya que si algo del amor del analista no se despierta el tratamiento está condenado al fracaso- y los pacientes son movidos en el tratamiento por amor al analista -aun cuando su búsqueda sea interesada y centrada en ellos mismos. Esta asimetría, que se convierte en el motor del análisis, se tramita a través de los honorarios, y estos se convierten en una suerte de modulador, de *buffer* tensional. Es necesario que los tratamientos cuesten ya que la atención gratuita tiende a convertirse en manifestación amorosa del analista que puede llevar a confusiones. Responder con regalos -sesiones gratis- a un pedido amoroso de un paciente sería equivalente a tener relaciones sexuales con él.

Más allá de las características personales de cada psicoanalista y de las situaciones coyunturales de cada país, las dificultades de cobrar, de fijar honorarios, de reajustar en los momentos de inflación, etcétera, se deben, en gran medida, a que el vínculo analista-paciente está atravesado por la variable amorosa: los analistas también queremos a nuestros pacientes y vivimos la tensión amorosa por igual. Dado que el valor de cambio se opone y enfrenta al valor de don, el dinero pone un límite a la entrega amorosa y esta señala que estamos allí para curarlo y no para amarlo. Este límite genera malestar, desilusión, culpa y rabia en ambos participantes de

la dupla. Sin embargo, estos sentimientos hostiles que el dinero despierta también son los que permiten que el análisis continúe, dado que la atención gratuita ocasiona una idealización del analista que con el tiempo se vuelve persecutoria.

El paciente reclama, demanda, exige amor y el analista responde frustrando ese pedido y ofreciendo su escucha y su tolerancia. Pero esta asimetría no se mantiene de un modo fijo e inmodificable. Hay un momento en que esta asimetría se invierte: al solicitar dinero, es el analista quien demanda algo a su paciente y la relación de fuerza se altera. Si durante las sesiones es el paciente quien pide, en el momento del pago es el terapeuta quien muestra su necesidad, su carencia, y en su solicitud económica cuele su pedido amoroso. En el momento del cobro el analista se presenta como alguien que también necesita, como alguien no completo y tan dependiente del otro como su paciente. Esta alternancia de posiciones permite que el análisis discurra sin que las deudas inconscientes se eleven más allá de lo tolerable.

Esta oscilación de las posiciones de poder entre analista y paciente determina que el momento del intercambio económico sea, por lo general, con alguna tensión. Esta tensión se vehiculiza en preguntas sobre los términos del contrato: ¿cuáles son los honorarios justos?, ¿se cobran las vacaciones?, ¿si el paciente falta o se enferma deberá pagar por sus sesiones?, ¿cómo y cuándo hacer los reajustes inflacionarios?, etcétera. No existe una respuesta única ante estas preguntas, aun cuando lo que no podemos dejar de hacer es hablar de esta tensión, de analizarla. Y, al hacerlo, el analista se expone mucho más que en cualquier otro momento del tratamiento ya que deja su "neutralidad" y se muestra como uno más dentro de la serie de los hombres sometidos a la castración que la sociedad nos impone.

Referencia

Sahovaler, J. (2013). *La erótica del dinero*. Buenos Aires: Letra Viva.

¿Una bolsa de sal, una libra de carne? El dinero en psicoanálisis

Celmy Araripe Quilelli Corrêa*

En ocasión de este foro, llamado provocativamente Vórtice, sería oportuno aprovechar la invitación a las turbulencias, para acercar nuevas corrientes de pensamiento que permitan encarar esta cuestión algunas veces tratada con eufemismos y delicadezas parsimoniosas que bien pueden rozar la hipocresía (Freud, 1913/2010b).

Este tema, desde sus raíces inconscientes relacionadas con la economía libidinal, y tomado en su equivalencia con el seno, las heces, el pene y los bebés (Freud 1917/1976), ha escapado con frecuencia, sin embargo, a la discusión ética que abarca el contrato psicoanalítico. El establecimiento en la dinámica contractual de la forma en cómo se quiere recibir el pago (por ejemplo por sesión, quincenalmente, mensualmente) así como los parámetros utilizados para definir el valor de la sesión, reajustes y/o aumento, mantenimiento del pago en situaciones particulares tales como falta, vacaciones, enfermedades; la aceptación del pago por adelantado o la interrupción temporal del mismo, generando una deuda por parte del analizando, sea durante el análisis o después de su terminación; todo ello ha escapado a los cuestionamientos y a la transparencia debida, con el pretexto de que es una discusión que podría atentar contra las libertades individuales de los analistas.

Por otra parte, son aspectos que en muy pocas ocasiones se discuten en relación con la ideología y/o la contratransferencia de los analistas.

Consideremos en primer lugar la ética del contrato inicial. Sabemos que el contrato establecido por dos adultos en la propuesta inicial de un análisis es, aparentemente, un contrato legal, puesto que “cualquier contrato aceptado por la voluntad individual estaría dotado de acción y garantía, volviéndose, de esa manera, ley entre los contratantes” (Diniz, 2012). Sin embargo, si consideramos que las primeras negociaciones del ser humano con la cultura se procesan en los estadios precoces del desarrollo libidinal (Freud, 1917/1976), podemos y debemos interrogarnos sobre con qué parte de ese sujeto estaremos dialogando. Aun considerando la subjetividad del que demanda el tratamiento,

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.



tampoco sabremos *a priori* en qué nivel anclará la escucha de lo que fue establecido. De este modo, volvemos a que la regulación del pago en el análisis nunca es un contrato legal establecido entre dos adultos. Básicamente es un contrato ético, singular y relativo a cada momento.

Asocio con *El mercader de Venecia* (Shakespeare, 1560/1990), tantas veces tomado como tema en disertaciones y tesis en las Escuelas de Derecho, en relación al derecho convocado por el personaje Shylock a cobrar una libra de carne de cualquier parte del cuerpo del deudor, en caso de que la deuda no fuese saldada. La deuda era en ducados, pero la moneda cobrada, en caso de falta de ducados, sería una libra de carne del propio cuerpo del deudor.

Frente a un contrato establecido en un momento de apremio y tensión, a la hora en que se va a efectuar la cobranza ¿no quedaría cuestionada la validez de la negociación legal?

De acuerdo con uno de los principios centrales de la Teoría de los Contratos, el de autonomía privada, habría [en la situación teatral creada por Shakespeare] un consentimiento de ambas partes en la estipulación del contrato. Nadie estuvo obligado a participar del mismo, por lo cual hubo una voluntad convergente de las partes en la estipulación de las cláusulas contractuales, respetando los límites de la ley que, en esa época, no prohibía la sanción negociada. (Godoy, 2010, párr. 4).

Sin embargo, también debemos tener en cuenta la cita que sigue: “Una negociación legal requiere de un objeto lícito, posible, determinado o determinable”, por lo tanto sería “...ilícito garantizar una obligación pecuniaria con un fragmento del propio cuerpo” (Santana, 2012).

Transponiendo, como figura argumental y simbólica, el tema centenario y shakesperiano al contrato psicoanalítico, nos preguntamos aquí qué “libra de carne”, qué “parte del cuerpo” estaremos pidiendo o cobrando al analizando al inicio de un análisis. En la variación del proceso, en la modulación de los encuentros, en la polifonía de las voces y contenidos internos, ¿qué será lo que está implicado en aquello que nos llega de los pacientes? ¿Leche, comida? ¿Heces, sudores, orina? ¿Pedazos del propio cuerpo? O algunas veces, y quizás muy pocas y más tardías en el proceso, ¿simples monedas, un producto simbólico?

Deberíamos pensar también en la regularidad con que se pretende establecer el cobro en un análisis. ¿*Salarium argentum*? ¿Somos asalariados? ¿Cuál es la unidad de valor? ¿El encuentro-sesión, la semana, el mes? Los signos indicadores de la realidad expresados a través de la moneda y los recibos de facturación tienen también un peso a ser considerado, por lo tanto los honorarios del psicoanalista son tema delicado que, por principio, deberían oscilar según los niveles transferenciales. Son también símbolos del campo ético en el que los dos participantes están implicados, vale decir, el destino que será dado a la comprobación de aquello que tuvo lugar entre ellos y que no constituye resto ni desecho a ser sustraído u “olvidado”.

En una situación extrema, cuando mantenemos un valor numérico regido por la realidad económica, podríamos estar involucrados en una situación de abuso. Podríamos estar infringiendo “uno de los principios fundamentales que reviste la legalidad de los contratos, que es el principio de la buena fe, el cual está visiblemente omitido” en el caso de *El mercader de Venecia* (Santana, 2012, párr. 11). Esto, porque sabemos que el sujeto en análisis no tiene

acceso al significado profundo de aquello que le está siendo exigido.

Sin embargo, en la tradición psicoanalítica hay múltiples ejemplos -y no sólo del fundador (Freud, 1914/2010a)- de psicoanalistas que, en función de su ideología y formación político-filosófica, adoptaron formas singulares de procedimiento en relación con el pago de sus honorarios. Y no se minimicen tales elecciones puesto que surgen de los aspectos inconscientes implicados. Tustin da su testimonio de que durante 14 años el valor de su análisis no se alteró, además de que, en un tiempo en que se ausentó durante meses por enfermedad, no se le cobró nada. Del mismo modo, en otra oportunidad en que tuvo que viajar a los Estados Unidos para acompañar a su marido en un programa universitario, el precio a su vuelta siguió siendo el mismo (Tustin, 1981).

Este ejemplo permite encaminar la discusión hacia aquello que en forma simplificada llamamos “reajuste”. Habría que considerar la complejidad aquí implicada: si el valor numérico es simbólico, ¿de dónde vendrán las raíces de esa propuesta? Si con claridad lo que está siendo alterado es un número, habría un rodeo, un circunloquio, cuando tratamos el asunto como “reajuste”. El hecho es que estaremos aumentando el precio y, por lo tanto, ese aumento debería corresponder a un momento del proceso, sostenido (y simbolizado) en el vínculo. Si nos atenemos al argumento de los índices numéricos extraídos de la realidad financiera, estaremos escudándonos de forma hipócrita en una realidad económica y escapando a un examen más profundo del momento transferencial. Regir el pago de honorarios por tales factores externos al proceso psicoanalítico, en un proceso que tiene una singularidad tan distante de las leyes salariales laborales y financieras, es traicionar aquello que es lo más intrínseco a nuestro oficio, es decir, lo inconsciente.

Por cierto que puede surgir una protesta, principalmente por parte de los analistas de nuestra América Latina tantas veces sacudida por terremotos financieros que obligan a aten-

der prioritariamente estas cuestiones externas. Sin embargo, la práctica hegemónica entre los analistas en su lidiar pragmático con el dinero impone un posicionamiento más radical. Siempre recordando que “el desafío más grande en estos tiempos humanos es el reciclaje de las mentalidades y el mejor instrumento para hacerles frente es una constante disipación de extremos” (Quilelli Corrêa, 2011).

En los estudios actuales sobre la historia del dinero y su instrumentación política y social, se establecen dos formas de pensar el valor del dinero: como valor de intercambio, intermediando afecto y reconocimiento y, por lo tanto, estableciendo siempre la cuestión de la deuda en el registro simbólico; y como valor de uso, cuando se le atribuye a la moneda una concreción mágica, fuente de poder y de brillo, en la que se pierde la concepción de intercambio intersubjetivo (Birman, 1994). La facilidad con la que el dinero seduce por su brillo y se transforma en un fetiche, taponeando las fallas humanas y pervirtiendo el valor de intercambio por el valor de uso, principalmente en una sociedad capitalista como la nuestra, nos debe alertar ante las situaciones frecuentes con las que nos encontramos día a día (Sahovaler, Grinson, Leale & Seras, 2006).

En reiteradas anécdotas podemos escuchar comentarios en los cuales el valor de un psicoanalista es confundido con el precio que cobra, valor numérico pretendidamente atribuido y correlacionado con su saber y su capacidad. Estar en análisis con tal profesional es poseer tal insignia, así como en las redes de consumo se lucha por poseer una “Kelly bag”.

La argumentación hasta aquí desarrollada podría tener la liviandad del batir de alas de una mariposa, pero es con la evidente y provocadora intención de poner en movimiento el centro de un huracán... (Lorenz, 1963). Finalmente, ateniéndonos al límite impuesto al texto y considerando que el tema del dinero implica una función simbólica de demarcación entre las partes contratantes, nos preguntamos aún ¿cómo demarcaríamos la frontera, el plazo de validez, la fecha de vencimiento de la prác-

tica clínica de un psicoanalista? ¿O, tal como *Lear* (Shakespeare, 1600/1981), quien pretendió deshacerse de la carga del trono hospedándose en las casas que había entregado a dos de sus hijas, haremos que nuestros pacientes se encarguen de nuestros viejos huesos? ¿Hasta cuándo trabajamos?

Referencias

- Birman, J. (1989). O valor da psicanálise. En *Agenda de psicanálise: instituições, publicações, calendário e resenhas* (pp. 227-234). Rio de Janeiro: Xenon.
- Birman, J. (1994). Sujeito, valor e dívida simbólica: Notas introdutórias sobre o dinheiro na metapsicologia freudiana. En *Psicanálise, ciência e cultura* (pp. 161-174). Rio de Janeiro: Zahar.
- Diniz, M. H. (2012). *Curso de direito civil brasileiro: Teoria geral das obrigações* (Vol. 2). São Paulo: Saraiva.
- Edward Lorenz (2013). En Wikipedia. Consultado el 15 de mayo de 2014. Recuperado de http://pt.wikipedia.org/w/index.php?title=Edward_Lorenz&oldid=34457868
- Freud, S. (1976). As transformações do instinto exemplificadas no erotismo anal. En *Obras completas* (Vol. 17, pp. 157-166). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1917)
- Freud, S. (2010a). História de uma neurose infantil: O homem dos lobos. En *Obras completas* (Vol. 14, pp. 9-119). São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (2010b). O início do tratamento. En *Obras completas* (Vol. 10, pp. 123-145). São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1913)
- Godoy, A. (12 de mayo de 2010). *O mercador de Veneza e a teoria geral dos contratos*. Recuperado de <http://direito-civilemdebate.blogspot.com.br/2010/05/o-mercador-de-veneza-e-teoria-geral-dos.html>
- Quilelli Corrêa, C. (Setiembre, 2011). *A morada do homem*. Trabajo presentado en el XXIII Congresso Brasileiro de Psicanálise de la Federação Brasileira de Psicanálise, Ribeirão Preto, BR.
- Sahovaler, J. R., Grinson, A., Leale, H., & Seras, S. (2006). Fetiche del dinero. *Revista de Psicoanálisis*, 63(1), 131-146.
- Santana, I. C. (4 de abril de 2012). A análise do Mercador de Veneza inserida no ordenamento jurídico brasileiro. *Conteúdo Jurídico*. Recuperado de <http://www.conteudo-juridico.com.br/?artigos&ver=2.36356>
- Shakespeare, W. (1981). *O rei Lear*. Porto Alegre: L&PM. (Trabajo original publicado en 1600)
- Shakespeare, W. (1990). *O mercador de Veneza*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira. (Trabajo original publicado en 1560)
- Tustin, F. (1981). A modern pilgrim's progress: Reminiscences of personal analysis with Dr. Bion. *Journal of Child Psychotherapy*, 7(2), 175-179.

El dinero en psicoanálisis. Una esfera de muchas facetas

Maria Elisabeth Cimenti*

Es compleja y multifacética la cuestión del dinero en el psicoanálisis. La comparo con una esfera de cristal suspendida que, al moverse, va develando reflejos nuevos e imposibles de agotar.

Freud destaca dos puntos importantes a ser bien definidos al comienzo de un tratamiento: tiempo y dinero. Dos temas centrales de nuestra contemporaneidad. Subraya que el analista no debe tratar con hipocresía el tema del dinero, sino comprenderlo siempre como una expresión de la transferencia. Por lo tanto, dentro de esta cuestión compleja, el analista debe moverse apoyado en la transferencia del analizando que, por otra parte, se constituye en su más puro erotismo (Freud, 1913/1979a).

* Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.



Voy a referirme a una experiencia clínica que me parece interesante. Se trata del tratamiento de un niño de cuatro años cuyos padres, de acuerdo a lo acordado, le entregaban un cheque para que me pagara. Sin embargo, el niño tiraba el cheque al piso en la sala de espera y con autoridad irritada me decía: “¡Levántalo!”

Ese mismo niño solía gritar en las sesiones pidiendo que lo sacaran del consultorio, pedía socorro e imploraba a los gritos que alguien lo salvara. Eventualmente necesitaba ir al baño; yo abría la puerta y él salía en forma calma. Volvía tranquilo y, pudiendo escapar a la sala de espera en la que lo esperaba su madre, no lo hacía. Sin embargo, al volver a entrar al consultorio, volvía a implorar a los gritos para salir.

Me pregunto qué hacía que ese niño lograra mantenerse dentro del encuadre, respetando los límites del tratamiento en una situación transferencial tan intensa como la anteriormente presentada; mientras que, en relación al pago, eso no era posible. La intensidad de los efectos generados en él por el acto de pagar excedía a otras situaciones transferenciales significativas, haciendo que desbordara los límites del consultorio.

¿Por qué? ¿Qué elementos se agregaban y mezclaban con su conflictiva para que la situación no pudiera limitarse al marco del consultorio? En la sala de espera, en el acto del pago, era él quien dominaba la situación y ocupaba un lugar activo, sometiendo al analista.

Después de muchas idas y venidas, entendí que todo formaba parte del mismo drama y se conectaba con la misma escena inconsciente: yo, la analista, debía amarlo tanto como para no permitirle que él se fuera y me “abandonara”. Yo lo necesitaba a él, mientras que él quería librarse de mí. Sin embargo, sobre todo cuando yo cobraba mis honorarios, me presentificaba desde lo real de la situación y desarticulaba su construcción imaginaria. Visto de este modo, el dinero sería un constructo Simbólico ofrecido por el Otro y recuperado en lo Real. A

través del acto del pago se propiciaba un corte en el imaginario de este niño. Ese acto tenía el carácter de un corte importante para resituarlo como sujeto a costa del sacrificio de su majestad el bebé, lo cual le infringía una herida narcisista grande pero fundamental.

Tal situación clínica simplemente confirma lo que Freud observa y Lacan enfatiza aún más en innumerables textos (2003a, 1973/2003b, 1976/2003c, 1976/2003d): que el analista no debe ser generoso. Su función exige una “descaridad” (Lacan, 1976/2003d, p. 518), en el sentido de no renunciar a promover la búsqueda del deseo. Se impone así una ética (Lacan, 2008) que escapa por completo a la cultura judeo-cristiana, en la cual la culpa domina la escena y se parte de la expectativa que tiene el analizando de llegar al descubrimiento de la existencia de una verdad respecto de sí que lo mejore. Para Lacan, por el contrario, la verdad es mentirosa y el analizando debería descubrir eso y responsabilizarse por ese hecho. Para el autor el pago inicialmente es siempre realizado por culpa, pero es sólo pagando que el analizando podrá llegar a deshacerse de ella. Descubre, en último término, lo siguiente: “No hay verdad que, al pasar por la atención, no mienta” (Lacan, 1976/2003c, p. 567) y se podrá intentar “historisterizar” (p. 568) a partir de ello. Los honorarios, por lo tanto, serían determinantes de la marcha de cualquier análisis.

Es posible, entonces, imaginar girando a la esfera de cristal que propuse al inicio como metáfora de la cuestión y constatar cuántas inquietudes van surgiendo como reflejos en esos giros. Son las preguntas que me vengo haciendo a partir de la clínica y a las que los invito a acompañarme.

La primera de ellas: ¿por qué le damos el nombre de “honorarios” a nuestro pago? “Honorario” está definido por el diccionario *Aurélio*¹ (Ferreira, 1977) como “ingresos del ejercicio liberal de una profesión” y se encuentra inequívocamente próximo al sentido de honra

1. El diccionario brasileño Aurélio.

y de honorífico. Aunque conscientes de que ese término no es utilizado solamente por nosotros, los psicoanalistas, podemos preguntarnos entonces por el modo en cómo percibimos nuestros ingresos. ¿Con qué parcela de verdad-mentira podemos tratar nuestros intereses como analistas?

El pago se configura como un intercambio Simbólico autorizado que, conforme a lo que observamos en el caso presentado, afecta al Imaginario al consumarse en lo Real. Y esa, realmente, es una calle de doble sentido. No podemos dejar de considerar el significado erótico del dinero en la construcción de nuestra ciudadanía como sujetos de un inconsciente. La ecuación penes-heces-hijo-dinero-regalo, de alguna manera está inscrita en el inconsciente de todos nosotros (Freud, 1917/1979b). Desde esa inscripción, las connotaciones que el significante dinero puede tomar son imponderables. Dinero-heces-regalo o dinero-falo-hijo pueden tener los más variados sentidos y combinaciones, pasando por significados de dominación, retención, agresividad, suciedad, riqueza, culpabilidad, en fin, significados inagotables en el deslizamiento metonímico. Desde esta perspectiva, podríamos colocar en nuestros ingresos una gratificación erótica que estaría permitida al analista, autorizada éticamente. ¿Pero por qué relacionarla con “honoros”? ¿No podríamos, como sujetos de deseo, estar enmascarando una sobrevaloración de nuestro trabajo a través de ese lugar de “honradez”, que presupone que nuestros deseos están completamente aparte? Después de todo, Lacan afirma que el deseo del analista debe ocupar el lugar del “muerto en el juego de cartas”, o sea, estar allí, pero no entrar en el juego. ¿Será eso posible? ¿O podríamos contar con algunas válvulas de escape autorizadas? El propio Lacan, por ejemplo, se exaltaba con furia cuando algún paciente dejaba de pagar y se reconocía intratable en lo que hacía a esa cuestión (Macedo, 2009).

Ciertamente cada uno de nosotros percibe cómo siente, reacciona y trata las cuestiones del dinero y el pago en su clínica y es de este modo que podemos evaluar, en cada nueva si-

tuación, qué factores circulan en nuestros contratos con respecto a este tema. ¿Pero no se nos escapan algunos aspectos importantes? ¿El género del analista marca una diferencia en cuanto al establecimiento de los honorarios? Ciertamente es que los analistas realizan sus contratos en cuanto al pago, según diferentes modelos, pero ¿cada uno de nosotros tiene bien claro por qué cobra su trabajo de una forma y no de otra? ¿Sabemos con claridad por qué hacemos concesiones en el contrato con determinados pacientes? ¿Las preguntas son inagotables! No necesitamos obtener respuestas, podemos intentar pensar con la mayor profundidad posible. Como decía Freud (1913/1979a), sin hipocresía. Pero eso, ¡tampoco es fácil!

Sabemos que estamos a contrapelo de la cultura dominante, en la medida en que nuestra técnica se propone el pensar y sin tiempo determinado. El psicoanálisis abre un espacio, tal vez único, para que el sujeto se escuche a sí mismo. Sin embargo, ese espacio necesita ser permanentemente interrogado para que no se desvirtúe su fundamento.

Me sorprendió leer en nuestro mismo Freud la siguiente consideración:

Para las clases medias, el gasto económico que el psicoanálisis representa es excesivo solamente en apariencia. Consideremos que salud y productividad, por un lado y un moderado desembolso monetario, por otro, son imposibles de medir: si computamos los incasantes costos de sanatorios y tratamientos médicos y les contraponemos el incremento de la productividad y la capacidad de proveerse el sustento que resultan de una cura analítica exitosa, es lícito decir que el paciente hizo un buen negocio. No hay nada más costoso en la vida que la enfermedad y (...) la estupidez. (Freud, 1913/1979a, p. 134).

Freud estaba hablando, como de costumbre, con la ironía fina que lo caracterizaba, pero impregnado por la cultura de la época, con un pensamiento capitalista ya bien definido. Es explícito al afirmar que el psicoanálisis es prác-

ticamente inaccesible a los pobres. Ello nos lleva a pensar hasta qué punto esa marca capitalista puede haber también impregnado nuestra *praxis* (Freud, 1913/1979a, p. 134). Presenta el aumento de productividad como factor indicador de cura. Podríamos cuestionar esta relación entre producción y salud. ¿El éxito del paciente se mediría según un criterio de plusvalía o de plus-goce de un analista? Hoy en día, si consideramos la dominación cada vez mayor del capital, del consumo y de la fuerza de la imagen en nuestra cultura, podríamos reflexionar si no estaremos también maqui-llando nuestra técnica y midiendo nuestros resultados a partir del éxito de nuestros pacientes. ¿Un paciente ilustre y exitoso estaría ratificando la capacidad de su analista?

En alguna medida estamos atravesados por la sobrevaloración de las apariencias de bienestar. ¿Qué imagen pretendemos que nuestro quehacer? ¿El valor de nuestro trabajo y de nosotros como profesionales estará medido por las cifras que cobramos? ¿Un profesional del psicoanálisis vale más según lo cobra? Sabemos que en la elección del profesional ese es un atributo bastante considerado.

Marx (1946) sugiere que el trabajo tomó valor de mercancía. Destaca que el fetichismo adherido al mundo de las mercancías se transfiere al aspecto material de las relaciones de trabajo y, como tal, puede impregnar la mirada sobre él. Añade, además, que el valor de materialidad de una mercancía es conferido por especularidad con relación a otra; se le tiende a dar a una mercancía un determinado valor a partir del valor de otra, según la cual toma contornos imaginarios. De este modo, las relaciones de valor se definen por las leyes del mercado.

Por más que no necesitemos tomar la teoría marxista como paradigma -por saber de las dificultades para efectivizarla en la práctica o porque nuestro quehacer se apoye en otra concepción- podemos considerar algunas de sus ponderaciones, por lo menos para obtener mayor claridad sobre la complejidad de esta esfera en movimiento que es la cuestión del dinero en psicoanálisis.

Como en la canción *Ni lujo, ni basura* de Rita Lee y Roberto de Carvalho: “¿Cómo estás?/ Así como yo / Una persona común / Un hijo de Dios / Remando contra el mar / Tan sólo no dudo de la fe... / Hasta que dudo de la fe... / No quiero lujo / Ni basura... / Quiero salud para gozar hasta el final!”

Referencias

- Ferreira, A. (1977). *Minidicionário da língua portuguesa*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Freud, S. (1979a). Sobre la iniciación del tratamiento: Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913)
- Freud, S. (1979b). Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. En *Obras completas* (Vol. 17, pp. 113-123). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917)
- Lacan, J. (2003a). *Outros escritos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1973)
- Lacan, J. (2003b). *Pós-fácio ao Seminário 11*. En *Outros escritos* (pp. 503-507). Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1973)
- Lacan, J. (2003c). Prefácio à edição inglesa dos Seminários 11. En *Outros escritos* (pp. 567-569). Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1976)
- Lacan, J. (2003d). Televisão. En *Outros escritos* (pp. 508-543). Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1973)
- Lacan, J. (2008). *O Seminário, livro 7: A ética da psicanálise 1959-1960* (2ª ed.). Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Macedo, E. (2009). *Do pagamento em psicanálise*. Recuperado de <http://www.ipla.com.br/assets/files/Artigos/Elza-Pagamento.pdf>
- Marx, K. (1946). *El Capital: Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

“Los diamantes
(y el dinero) son
los mejores amigos
de una mujer”:
reflexiones acerca
del acuerdo de dinero
en el encuadre
psicoanalítico**

Francesco Castellet y Ballará*

El acuerdo acerca del dinero es uno de los tres elementos formales y esenciales del encuadre analítico (los acuerdos sobre el tiempo y el espacio son los otros dos). Sin embargo, también representa una valiosa oportunidad de enfocar y explorar los mundos internos de ambos participantes en el viaje analítico respecto de los conflictos, las defensas y las soluciones de los problemas de dependencia emocional y la búsqueda de autonomía personal.

¿Qué es el "dinero" desde un punto de vista psicoanalítico y cómo podríamos enmarcarlo en nuestros contextos clínicos y teóricos?

Los académicos en Economía (Ruffolo, 2006) consideran el dinero como medio universal de intercambio, mientras que desde un punto de vista neuro-psicoanalítico las emo-



* Sociedad Psicoanalítica Italiana.

** El título de este artículo proviene de una canción famosa de Marilyn Monroe en la película *Los caballeros las prefieren rubias* (1949).

ciones expresadas corporalmente son el lenguaje de la comunicación universal (también un medio de intercambio) de nuestro mundo interno con otros seres humanos y mamíferos en general (Blundo, 2011, p. 47).

He propuesto, en otro artículo que "(...) cuando tratamos con el dinero, estamos, inconscientemente, de nuevo en nuestras primeras etapas, pre-verbales de la relación con el otro, a los fundamentos de nuestro bienestar emocional interaccional con el mundo, es decir, al propio cuerpo" (Castellet y Ballarà, 2012, p. 116).

El dinero en este sentido podría ser experimentado inconscientemente como la leche y no sólo en forma de heces (Ferenczi, 1914/1990; Freud, 1908/1959) o mejor, que podría tener

uno u otro sentido según la predominancia afectiva suscitada en la relación.

La leche es el nutriente básico y esencial intercambiado/brindado por el cuidador al recién nacido. Recibir o no recibir la leche es un problema de vida o muerte en esa etapa de la vida y se experimenta como una sustancia que da una relativa tranquilidad y bienestar debido a la sensación de saciedad o de una vacuidad catastrófica y dolorosa si falta.

Incluso más tarde en la vida adulta, la leche conserva su valor como símbolo de la vida y de la riqueza, pero es gradualmente, con la educación y la socialización, sustituido por el dinero como valor de reserva de buenos sentimientos como la seguridad, la saciedad y la atención por oposición a las malas emociones como la incertidumbre, la escasez, el abandono. El dinero, debido a su "liquidez" (al igual que la leche), se puede intercambiar por bienes concretos que podemos necesitar y cuya posesión tiene siempre un poderoso efecto en nuestro estado de ánimo siendo adultos.

Sin embargo, el dinero no tiene valor intrínseco (es sólo un símbolo), mientras que la Belleza, la Generosidad, el Amor si lo tienen, probablemente por ser directamente (y no de manera simbólica) "emociones".

A nivel del proceso primario, nos recuerda Susan Bodnar (2006): "La leche materna es una metáfora rica de gran parte de la nutrición que ocurre durante el trabajo analítico... entonces... (la leche como) un vínculo de cuidados entre dos personas no relacionadas biológicamente, simboliza un componente biológico importante para el apego psicológico. En cierto sentido, se puede decir que a menudo nos encontramos en la leche de los demás" (p. 46).

En consecuencia, el psicoanálisis mismo (siendo también un intercambio comercial, es decir, un servicio por dinero, o una mejor "nutrición" a cambio de dinero) debe lidiar todos los días con este "objeto" emocionalmente poderoso.

Por otra parte, el dinero es también un objeto fantasmático, un precipitado de varias identificaciones con figuras parentales tempranas



cuyas actitudes, comportamientos y preocupaciones hacia el dinero y por lo tanto, la relacional (es decir, la crianza) los intercambios con los demás, están profundamente fijados en nuestra memoria de procedimiento, por lo menos. Debido a la relación inconsciente entre el dinero y los afectos, una relación entre un uso patológico y la necesidad de dinero y los repetidos fracasos en las relaciones de objeto tempranas podría ser planteada e investigada.

La necesidad de poseer y exhibir dinero indicaría una confusión compensatoria entre el dinero y los intercambios corporales básicos en las relaciones primarias. Por ejemplo, la falta de leche, de atención, de la calidez y la cercanía del cuerpo de otro ser humano podría encontrar un sustituto parcial, por insatisfactorio, en el dinero.

Esta hipótesis podría explicar la experiencia generalizada acerca de las dificultades específicas comunes en el análisis de analizantes muy adinerados, donde el dinero actúa como una potente defensa contra el temor a rendirse a la necesidad de intimidad y confianza hacia otro ser humano. Orit Badouk Epstein (2010) hace hincapié en el origen traumático transgeneracional de estas actitudes sobre el dinero como mal sustituto del pecho:

Las defensas son, por lo tanto, una consecuencia de una falla ambiental para satisfacer las necesidades del niño. Cuando los cuidadores no son conscientes de, y están desconectados de su propia infancia, pérdidas pasadas y traumas que han reprimido, bloqueado, y disociado, hay muchas posibilidades de que se repita la incapacidad de sus propios padres para satisfacer sus necesidades con su hijos propios. Las guerras, las hambrunas, los desastres naturales, la pérdida de seres queridos y de puestos de trabajo, y las persecuciones nacionales son los principales contribuyentes a la formación de nuestra personalidad. (Epstein, 2010, p. xii).

La forma práctica de manejar el dinero con el analista es de especial interés en la exploración de este tema. Podemos enumerar varias formas

en las que se realiza el pago en el consultorio, de este objeto simbólico y emocional.

- Por ejemplo, el dinero puede ser puesto en un sobre y entregado en manos del analista o incluso ser dejado sobre la mesa (la distancia se mantiene);
- El dinero puede ser contado en frente de la analista con una petición explícita de que sea contado por el analista (la sospecha y la desconfianza están en el escenario);
- Puede entregarse un cheque, a veces con los comentarios adicionales que pueden revelar las emociones negativas que se esconden tras el gesto (como "con el fin de que no me olvide de pagar mis honorarios");
- El pago se realiza por transferencia de dinero y las emociones ligadas al dinero son aún más (una distancia impersonal se mantiene con el analista).

En general, la transferencia hacia el analista es el centro de atención en el momento del pago; su calendario (cada sesión, una vez por semana, una vez al mes hasta el pago completo muy inusual y problemático por adelantado) también es muy significativo, especialmente en relación con los problemas de dependencia y trastornos de apego.

La situación económica general del analista y del analizante, también influye en el acuerdo sobre el pago y sus modalidades. Podríamos pensar que si el *setting* analítico, con sus reglas acordadas más o menos exitosamente, representan el "cuadro", el encuadre, el escenario en el que el proceso analítico se puede desarrollar, el entorno en sí está contenido dentro de un marco más general que es el "entorno" social, económico y cultural (ambiente) compartido por la pareja analizante - analista.

Por ejemplo, los analistas en práctica completa con ninguna otra fuente constante de ingresos, dependen totalmente de los pagos de los pacientes para ganarse la vida y para defenderse de los riesgos e incertidumbres de la vida.

Por lo tanto, en estos casos, para el analista el hacer frente al pago en la relación con los pacientes es igual a hacer frente a sus propias incertidumbres y riesgos. No es de extrañar, por tanto, que este particular aspecto del contrato esté cargado de diferentes niveles de ansiedad por parte del analista y del paciente, con una variabilidad ligada a sus actuales situaciones económicas y profesionales en general.

No obstante, la flexibilidad del analista en el tratamiento de los problemas de dinero es obligatoria con el fin de comprender lo que está detrás del "dinero" para ese paciente en particular. ¿Cómo podríamos construir la confianza básica en la relación sin confiar en nuestros pacientes, en primer lugar?

El pago de las sesiones perdidas es un estándar, pero debemos preguntarnos cuánto de una identificación con el agresor (identificación sin resolver con los padres sádicos y/o aspectos sádicos de nuestra experiencia de formación) está influyendo en nuestra escucha analítica y la conducta y/o también si una actitud masoquista de nuestra parte está influyendo en la situación.

Un ejemplo de la flexibilidad es permanecer abiertos a modificar el acuerdo de dinero de acuerdo a las necesidades inconscientes de los pacientes ya que la buena o suficientemente buena parentalidad es fundamental para el objetivo de la relación analítica respecto a calmar y reparar los traumas y desentonamientos infantiles.

De acuerdo a mi experiencia con analizantes adinerados, yo diferenciaría aquí el hecho de si se trata de un hombre rico o una mujer heredera de una acaudalada familia o cónyuge cuyo ingreso no es el resultado de ella ni de su propia obra. La diferencia está marcada normalmente en términos de equilibrio narcisista y la autoestima que en el primer grupo se fundamenta en la experiencia, pero sigue siendo frágil internamente y puede dar un paso a una actitud controladora y devaluadora hacia el analista. El analista puede lidiar bastante bien con estos ataques si él ha sido capaz de sentir y llegar a la "pobreza" de los afectos, el niño des-

cuidado, escondido detrás de la fachada rica.

En este caso, elevar los honorarios a un nivel comparable con los ingresos del analizante puede ser importante con el fin de no aceptar una devaluación desde el principio. Las demás normas de ajuste (tiempo y espacio) son también áreas importantes para definir con claridad, pero en el acuerdo de pago, esto es absolutamente esencial con analizantes tan acostumbrados a ofertas comerciales y transacciones financieras por igual.

Se han descrito también casos de pago por adelantado para toda la duración del supuesto tratamiento cuando el contrato fue evidentemente pervertido desde el principio con el riesgo de que el analista sea seducido y secretamente devaluado por el despliegue del analizante de riqueza y poder.

La factura después del pago es otra parte del acuerdo o dinero que se da por sentado como una norma o una cuestión de preocupación que no se discute públicamente en los países en los que es realmente una opción ya que el pago de impuestos y los controles no son tan estrictos o pueden ser evitados.

En particular, respecto de la factura o recibo, el lugar del analista como modelo y objeto identificador en temas de dinero y las transacciones de dinero es crucial.

Podría mencionar aquí dos situaciones casi opuestas de las cuales he tenido la experiencia: Holanda, donde el pago siempre se realiza a través de dinero electrónico y la emisión de facturas es automática; e Italia, donde el pago en efectivo es un estándar.

Para subrayar la diferencia entre las dos situaciones, el pago en efectivo en Holanda levantaría la sospecha de una procedencia ilícita del dinero y normalmente sería rechazado.

En Italia, que los pacientes no reciban una factura es una práctica tolerada (consiguiendo un descuento como compensación) porque los impuestos se sienten como un robo de un Estado - padre sádico e indiferente, y la rebeldía a través de no dar una factura luego del pago, se considera una forma justificada de protegerse a ellos mismos.

Esta cuestión es especialmente problemática durante la formación de los candidatos debido a la falta de una discusión abierta y específica de este aspecto del encuadre.

Este es un ejemplo de cómo se ve influido el encuadre interno del Psicoanálisis por el externo, podemos decir, de la sociedad en general, con sus reglas y costumbres a menudo no escritas, a través del acuerdo de dinero y factura. Las cuestiones relativas al dinero en el establecimiento del encuadre y durante el curso del análisis no deben ser negadas y mantenidas en secreto, dado que resultan un asunto crucial y de significativa preocupación con el fin de explorar las conexiones entre las realidades internas y externas de los pacientes.

Observaciones finales

El dinero como símbolo es un contenedor de emociones, traumas, miedos, las identificaciones, deseos y sueño; a nivel de proceso primario y, por lo tanto a nivel corporal, ha sido relacionado con los líquidos corporales, como la leche, la sangre, la orina, las heces y la emociones básicas.

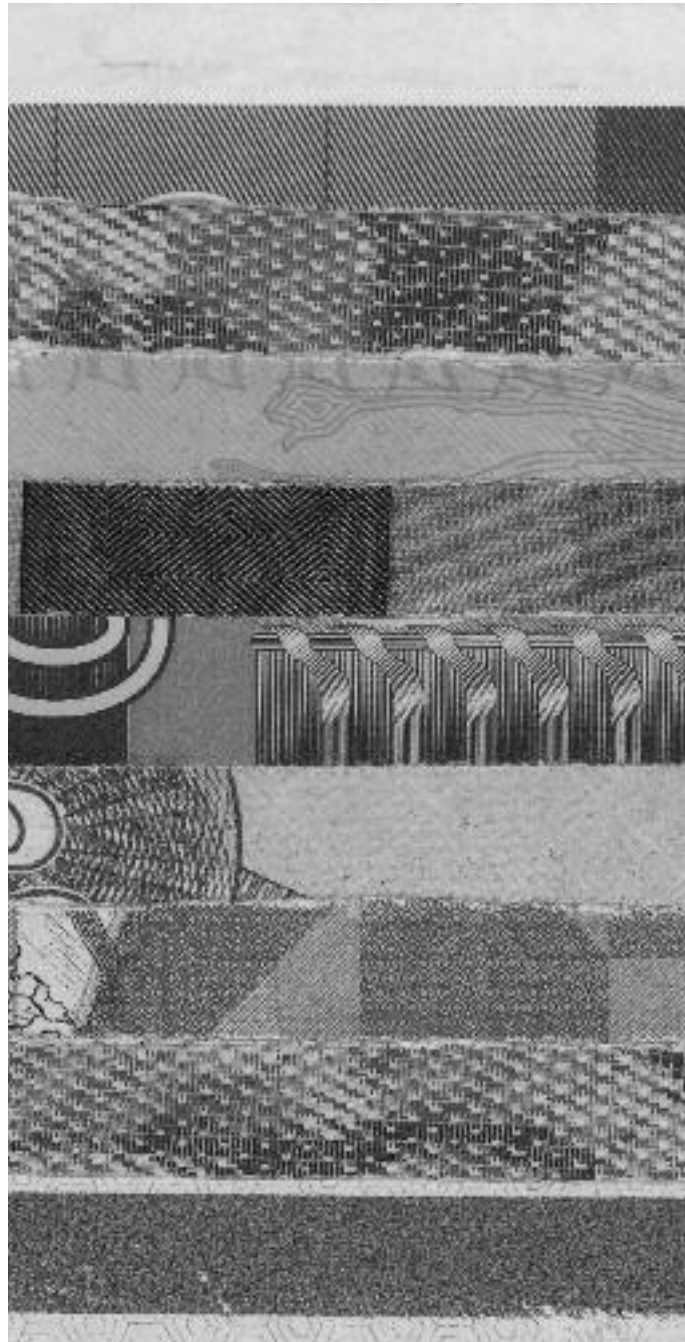
Finalmente a nivel de proceso secundario, el dinero podría ser entendido como un espejo multifacético de nuestros deseos (nuestro mundo interno) que se enfrenta a la realidad externa con sus límites y posibilidades.

Referencias

- Bodnar, S. (2006). I'm in the milk and the milk's in me: Eros in the clinical relationship. *Psychoanalytic Dialogues*, 16(1), 45-69.
- Blundo, C. (2011). *Neuroscienze cliniche del comportamento: Basi neurobiologiche e neuropsicologiche, psicopatologia funzionale e neuropsichiatria* (3ª ed.). Milano: Elsevier.
- Castellet y Ballará, F. (2012). O dinheiro como conceito central do setting psicanalítico. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 46(4), 112-125.
- Epstein, O. B. (2010). And what about the 'Bad Breast'? An attachment viewpoint on Klein's theory. *Attachment: New directions in psychotherapy and relational psychoanalysis*, 4(2), ix-xiv.
- Ferenczi, S. (1990). Sull'ontogenesi dell'interesse per il denaro. En *Opere 1913-1919* (Vol. 2, pp. 123-130). Milano: Cortina. (Trabajo original publicado en 1914)

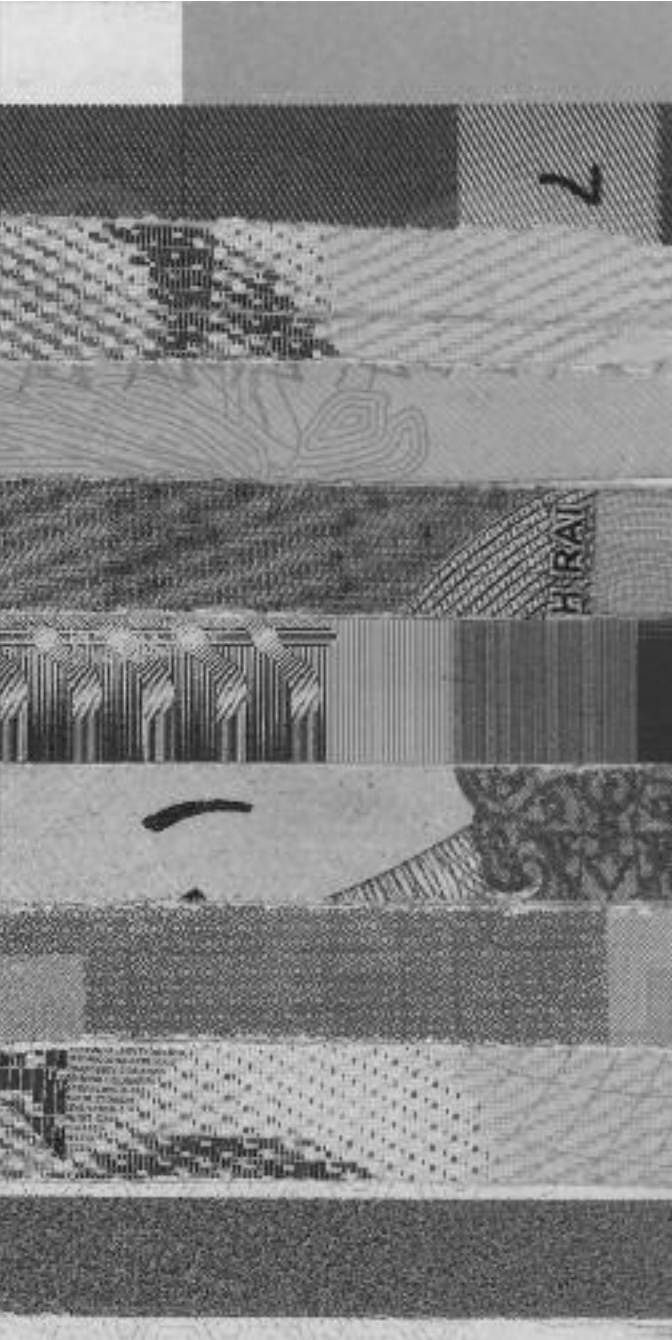
Freud, S. (1959). Character and anal erotism. En J. Strachey (Ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. 9, pp. 169-175). London: Hogarth. (Trabajo original publicado en 1908)

Ruffolo, G. (2006). *Lo specchio del diavolo: La storia dell'economia dal paradiso terrestre all'inferno della finanza*. Torino: Einaudi.



Oro o vil metal en el progreso del proceso analítico

Federico Luis Aberastury*



La experiencia de la compleja práctica que es psicoanalizar deriva del convencimiento de que ésta no queda nunca librada sólo a una cuestión de tiempo. El enunciado de la regla fundamental del psicoanálisis y su aceptación por parte del paciente no es condición suficiente (Freud, 1913/1986b). Esto es independiente de las condiciones intelectuales y éticas del mismo que son por otra parte importantes para esperar un exitoso desenlace de este particular tipo de cura, diferente de las derivadas de cualquiera otra psicología (Freud, 1913/1986b).

Para quien se inicia en el difícil arte que implica el psicoanálisis no le es fácil darse cuenta de por qué su creador advierte que no es la formulación de la interpretación lo que más importa sino el estar en condiciones de orientar el movimiento de las corrientes y momentos del desarrollo de la transferencia (Freud, 1912/1986a).

“Meter la cuchara” en el caldero del sistema Inconsciente no es sin consecuencias y la forma de la resistencia que más se debe cuidar por lo inevitable de su aparición es la resistencia de transferencia. Pero si podemos acotar el riesgo de este escollo en el progreso del análisis debemos implementar precauciones desde el comienzo y como condición de la entrada en análisis. Me refiero específicamente al encuadre o contrato analítico.

Tiempo y dinero son las cuestiones a tratar allí (Freud, 1913/1986b). Esto es algo en que acuerdan casi todos los practicantes del psicoanálisis cualquiera fuera la corriente teórica a la que adhieran. En el qué, en el cómo y en el cuándo es donde se aprecian las diferencias.

Una metáfora con la cual concuerdo es la que expresa que lo inconsciente atraviesa el campo de la relación del Yo con los objetos del mundo o dicho de otra manera con el registro imaginario como una arteriografía sado-masoquista (Lacan, 1964/1986). Según lo que hagamos con ello en el campo de la transferencia será un temible e indomable demonio

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

(Belcebú) o una gentil y dulce doncella (Biondetta) con la cual podremos contar tal como lo ilustra Lacan al recurrir al escrito de Jacques Cazotte: “*El diablo enamorado*”.

¿Entonces qué y cómo hacer? “Poderoso caballero es don dinero” (Quevedo, 1997). Significante comodín que puede tomar el lugar de diferentes mociones pulsionales, a saber:

- Como representante de lo valioso a ofrecer en la condición de la oblatividad y la relación de ésta con la capacidad de amar tan esencial en la resolución de la neurosis.
- Como lo retentivo y lo expulsivo en las manifestaciones de la pulsión agresiva.
- Como lo anal en su condición de etapa lógica y regresiva también.

Es decir, todo aquello que a partir de una *tecné* ejercida con propiedad debe sortearse para lograr la alquimia del psicoanálisis lo que no es reductible a ninguna regla técnica.

Por eso no debe faltar su consideración en el establecimiento del contrato analítico pero el cómo será moldeado al uno por uno de cada singularidad de paciente y (habrá que admitirlo) también a lo que pueda hacer cada analista en particular.

Freud planteaba que de las resistencias conscientes debía ocuparse el paciente y que el analista se dedicaría a las resistencias inconscientes del material. Entendiendo que como resistencia consciente se refería al cumplimiento de lo pactado con respecto al encuadre. A mi juicio esto debe ser resuelto en ese tiempo previo de la escucha que es aconsejable que ocurra antes de establecer el comienzo del análisis y de la enunciación de la regla fundamental con las condiciones del contrato (Freud, 1913/1986b).

Es un tema especial considerar de qué manera influye que la angustia del analista quede ligada a que el paciente abandone el tratamiento (Racker, 1959/1986) y que esto desequilibre su economía tanto en lo propiamente referido a sus ingresos como a su autoestima.

Si la inquietud de que esto ocurra lo lleva a evitar el progreso de la investigación ante el temor de que la resistencia se manifieste en dejar el tratamiento como forma de pasaje al acto, posiblemente se transforme en una dificultad insalvable por las resistencias del analista. Creo que por esa razón las carencias económicas en relación al dinero, afectivas o en el campo de la sexualidad, representan posibles contratiempos desde la contratransferencia y que pertenecen al campo del análisis del analista.

En mi opinión, la demanda debe quedar siempre del lado del paciente y en términos de demanda de cura y no en las inevitables fantasías que como restituciones transferenciales (Milmaniene, 2004) están presentes en forma relativamente inconsciente en todo paciente como la expectativa de “la cura por el amor” o “la cura por el saber”.

En relación a esto último pensamos que lo que se debe sostener es que se le atribuya al analista un saber sobre el método de la cura y no el saber sobre la vida. Tentación ésta a la que es necesario renunciar. Me refiero a que si la persona real del analista en forma consciente (todos conocemos la preocupación frecuente en aquellos analistas donde sus ingresos no cubran con holgura sus necesidades) o inconsciente, dependa económicamente o afectivamente del paciente. Se crea allí un espacio fértil de resistencia al proceso como un espacio de conflicto o causa de la gestación de un baluarte según concepto enunciado por W. Baranger. Estos son problemas cruciales en la dirección de la cura.

Otra cuestión es dar crédito a las precauciones aconsejadas por Freud acerca de la conveniencia de dejar para el final del análisis el tratamiento de los rasgos propios del carácter neurótico jerarquizando para un primer tiempo el tratamiento de los síntomas y de las relaciones de objeto patológicas. Estas últimas son, por otro lado, las condiciones más frecuentes que se presentan en el discurso manifiesto como causa de angustia (Freud, 1916/1987; Miller, 2008).

El tratamiento de pacientes en el hospital mediante el método psicoanalítico es un ejemplo de que es posible la realización del mismo

sin que el pago figure como condición, tema controvertido (Freud, 1913/1986b). También daríamos por válido atender a alguien sin cobrarle. Consideramos que cobrar menos que los honorarios de nuestra hora analítica puede ocurrir por ejemplo cuando aceptamos a un aspirante a la formación en la Institución Psicoanalítica en la cual estamos habilitados para practicar el análisis didáctico o análisis de formación. El modo en que implementamos esta excepción del pago u otras formas que implican la reducción del mismo es aconsejable que estén explicitadas según el estilo de la persona real de cada analista. Generalmente se conforman situaciones donde se pondrán a prueba aspectos de la resistencia y contrarresistencia (Racker, 1959/1986) así como las maneras de resolverlas.

Un tema controvertido según las corrientes y las épocas en la historia del psicoanálisis lo constituye la discusión que en el terreno del psicoanálisis de niños y adolescentes se da con respecto a si el paciente será portador del dinero que mensualmente proveen los padres. En mi experiencia es preferible que el pago lo realice uno de los progenitores o ambos en un encuentro mensual donde manifiesten al mismo tiempo cuestiones sobre el entorno que ayudarán al analista quien no cuenta en estos casos con la garantía del tipo de verbalización que aporta la regla fundamental al tratamiento de las formaciones del inconsciente y que constituyen la piedra angular de lo específico del psicoanálisis.¹

El dinero pasa a representar aquello que constituye el mal encuentro con lo real y el sufrir demasiado (Lacan, 1964/1986), propio de la miseria neurótica. El método analítico debe poder hacer algo con eso para lograr ese buen encuentro (Lacan, 1964/1986) que deseamos corone un fin de análisis. Vale aclarar que cuando hablo del dinero como representante me refiero al goce Otro (Braunstein, 1990; Lacan, 1972/1960), término que usa Lacan para designar aquello que es necesario acotar. Po-

nerle un límite al goce en el registro imaginario (Braunstein, 1990) es condición, a mi entender, para que se produzca ese cambio en el saber inconsciente cuyo resultado es la producción de un nuevo significante que a la vez opere en la gestación de felicidad entendida como el buen encuentro (*bonheur/happiness*). O sea que lo que sólo se manifestaba del inconsciente en el registro del displacer tenga su lugar en el principio del placer. El discurso analítico indicaría cuál debería ser la posición del analista para que actúe en el lugar de agente en función de hacer semblante del objeto "a" ante la barradura del sujeto en el campo del Otro (formaciones del inconsciente) que produce la alquimia sobre el saber inconsciente en el lugar de la Verdad (Aberastury, 2012; Lacan 1969/1992).

Referencias

- Aberastury, F. (2012). El efecto incalculable de la interpretación: Entre la deriva asociativa y la puntuación. En M. Goldstein, M. T. Reyes & B. Zelcer (Eds.), *Actualizando la clínica lacaniana* (pp. 55-62). Buenos Aires: Lugar.
- Baranger, W., & Baranger, M. (1969). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Braunstein, N. (1990). *Goce*. Madrid: Siglo XXI.
- Cazotte, J. (2005). *El diablo enamorado*. Madrid: Siruela.
- Freud, S. (1986a). Consejos al médico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1986b). Sobre la iniciación del tratamiento. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 123-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913)
- Freud, S. (1987). 24ª conferencia: El estado neurótico común. En *Obras completas* (Vol. 16, pp. 344-356). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916)
- Lacan, J. (1972). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos I* (pp. 305-340). Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1960)
- Lacan, J. (1981a). Aristóteles y Freud: La otra satisfacción. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aún 1972-1973* (pp. 65-78). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1973)
- Lacan, J. (1981b). Una carta de amor. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aún 1972-1973* (pp. 95-108). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1973)
- Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964)

1. Aberastury, F. (2014). *Lecturas del Psicoanálisis de Niños* (en prensa).

Lacan, J. (1992). Producción de los cuatro discursos. En *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis 1969-1970* (pp. 9-25). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969)

Miller, J.-A. (2008). Síntoma y carácter. En *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica* (pp. 109-126). Buenos Aires: Paidós.

Milmaniene, J. (2004). *La función paterna* (2ª ed.). Buenos Aires: Biblos.

Quevedo, F. de. (1997). *Poesía varia*. Madrid: Cátedra.

Racker, H. (1986). Contrarresistencia e interpretación. En *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (pp. 316-321). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959)



El dinero frente al psicoanálisis

Ruth Axelrod*

Escribir sobre dinero, don dinero, *denario* en latín, es una gran oportunidad de hacer un viejo y nuevo discurso sobre lo cotidiano para rearmar lo que en la humanidad ha devenido función, sobre lo que de principio fue intercambio.

Es buscarle al sustantivo, todos aquellos adjetivos conscientes, más los inconscientes, que definen un esquema transgeneracional sobre la reconstrucción del dinero, aunado a los múltiples significados y significantes, sus posibilidades de uso y abuso.

*Asociación Psicoanalítica Mexicana



Es atreverse a develar uno de esos temas que siempre generan angustia, por lo que parece es mejor callar para no invitar al mismísimo diablo a aparecerse entre los involucrados, en el evento burgués de pagar o ser pagado. De tener o detener el valor oficial que la comunidad ofrece por un evento, un lugar, un servicio o un placer.

¿Cómo me vendo? ¿Cómo te compro?

Freud (1913/1986b) en *Sobre la iniciación del tratamiento*, menciona que

“al comienzo de un proceso de cura psicoanalítico se debe decidir los honorarios del médico. El dinero es un medio de sustento, de obtención de poder, en la estima del dinero coparticipan poderosos factores sexuales” (p. 132).

Menciona que el hombre trata los asuntos del dinero con duplicidad, mojigatería e hipocresía.

Al comunicar al paciente espontáneamente en cuanto estima el valor de su trabajo, es decir, por cada sesión, demuestra que el psicoanalista ha logrado depurar falsa vergüenza, para manejar asuntos de dinero, incluso sugiere que puede adoptar la posición de cirujano que es sincero y cobra caro, porque dispone de tratamientos capaces de remediar. Opina que es digno y está sujeto a menos reparos éticos, confesarse uno mismo sus pretensiones y necesidades reales, sin ser filántropo. Además de que tiene derecho, el psicoanalista, de negar asistencia gratuita (Freud, 1913/1986b, p. 133).

Es interesante, que sabiéndonos herederos de la posibilidad de negociar con libertad y entereza el valor de nuestro trabajo, tengamos siempre el cuestionamiento sobre cómo cobrar.

Cada paciente se convierte en una alternativa nativa, para medir nuestra capacidad de manejar el mandato, *Show me the money!! And the material girl...* Porque es claro que hay que

adecuar cierta parte de la técnica a cada tratamiento y que el dinero es una de esas variables. El discurso verde... aparece en todos los seres humanos. Algunos por tener, o por haber perdido lo que tuvieron, o por lo que desean tener que nunca tendrán ¿es un discurso diferido de la castración? El dinero como símbolo del poder, de fortaleza; el que tiene dinero lo tiene todo, y puede con todo.

El encuadre analítico es considerado como una institución en la que puede establecerse un ritual obsesivo con el único objetivo de preservar la supervivencia psíquica del analizando, y claro, del analista, dice Faimberg (2012).

Si el acuerdo sobre los honorarios del psicoanalista se establece desde el inicio y se ritualiza, será en el camino el *acting* que podrá dar perspectiva del conflicto en el manejo inconsciente sobre el dinero como síntoma, o quizá sea a través del *enactment* que se logre simbolizar eso de la cosa que se puede traducir al aquí y ahora.

Por si el paciente paga o no paga, cómo paga o quién le da el monto para la sesión. Si cumple con el encuadre o si lo rompe y si el analista interpreta en transferencia, o para la transferencia, a pesar de su contratransferencia. Y sus angustias en relación a su propia estructura financiera, que tiene que manejar a pesar de no haber recibido adiestramiento para hacerlo exitosamente.

Es posible encontrar un aspecto yoico denominado "El yo financiero", ese lugar consciente que logra hacer las sumas, las restas y los logros para mantener a flote la realidad de pagar las cuentas a tiempo.

Es un concepto valioso a ser trabajado con aquellos pacientes que se atreven.

¿Qué vende el psicoanalista?

¿El cuerpo, el tiempo, el espacio psíquico, sus afectos, su diván?

El analista renta su oreja, dedica un tiempo exclusivo a su paciente que le quiere decir o no decir algo, que lo aparta, que lo mantiene 45 minutos solo para sí. Y esto tiene ese costo placer de tener. O la otra cara de la misma

moneda, de la pulsional narcisista de control y dominio.

¿Qué paga el paciente? ¿Exclusividad de un mantenimiento auditivo diferente? ¿Y qué más?

¿Pagar es responsabilizarse? De la hora, el tiempo, de la angustia de esperar y ser esperado para desesperar. Es la hora analítica. Infinita en su emblema pero que cuando termina solo son las palabras y quizá, un poco de *insight*, la ganancia. La cura por la palabra.

¿Cómo se hace un aumento monetario de esa misma sesión un año después? Entre la resistencia y la culpa, se mueve don dinero.

¿Siempre es el dinero un símbolo de algo más o de algo menos? ¿Un puro puede ser solo eso, un puro?

¿O es indispensable encontrar el verdadero *self*, que enmascara al dinero solo como moneda de cambio? ¿Puede el analista quedarse sereno con el falso *self* de dejar al dinero solo como eso que dice Freud, un medio de sustento? El dinero es significativo como signo particular.

El signo utilizado por una persona surge concatenado a una asociación inconsciente reprimida de ideas que cambian de sujeto a sujeto.

Pero es el mismo dinero el que da sustento a la sesión analítica, que la sostiene para que uno pague y el otro cobre, para que en la creencia de la dialéctica de amo y esclavo hegeliana, se mantenga una asimetría de poder y salud para ambos participantes de la diada analítica.

Realidad o ficción

Invita a ejercer el juego de la fantasía que se hace alrededor de tener o no tener y de las ficciones como defensas psíquicas que se levantan cuando la ambición, la envidia, la ira y la pulsión de muerte aparecen frente al dinero; el dinero, tu dinero, mi dinero.

¿Dinero de vida o dinero de muerte?

El dinero pasa a ser valorado como las heces, puede dar tanto placer como displacer, generar ligazón o romperlas.

Green (1983) comenta que el sujeto permanece vulnerable en su vida amorosa, ya que la unidad con su madre ha quedado agujereada

y se realiza en el plano del fantasma, logrando el dominio del trauma. El dinero como tapón del vacío, del desamor logrado en la relación primaria, se desplaza.

El dinero de vida tendrá un uso pulsional que será diferente al uso del dinero de muerte.

El dinero tiene su propia historia que queda enmarañada con el quehacer del sujeto. Con su producción y la necesidad de tener y ser.

Recuerdo cuando un banquero tenía que hablar de dinero y decía que era de mala educación hablar de dinero, que de dinero no se habla en voz alta, y así comenzó su tratamiento analítico.

¿De qué más no se puede hablar?

¿De la locura, de la muerte, de la sexualidad, del sexo?

Es válido separar la manipulación del dinero de lo que concierne al deseo (Peusner, 2011). El niño aprende que el dinero es algo que se recibe de manera dosificada por el deseo materno. La separación del dominio de la formación del deseo con el aparato del dinero es una búsqueda del psicoanálisis. Que atraviesa desde la ambición hasta la perversión en la psicología del rico o del avaro, hasta los "buenos negocios", tanto de reconocer deudas como de cobrar y pagar -en dinero y no en libras de carne- por el malestar de la cultura...

Cichelo (2010) menciona que la identidad del ser se confunde con la acumulación capitalista, objetivada en el dinero -fetiche supremo del capital- con la infinitización mortífera del anhelo de goce y es asimilable a otros tantos trastornos clínicos de actualidad. Dejando entrever que hay patologías del dinero.

Finalmente, tenemos obligación de servirnos de la moneda que predomina en el país que investigamos, en nuestro caso, la moneda neurótica... (Freud, 1911/1986a).

Referencias

- Cichelo, G. (2010). *La función del dinero en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Faimberg, A. (2012). José Bleger y su encuadre dialéctico: Vigencia actual. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 194-203.
- Freud, S. (1986a). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 217-231). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)
- Freud, S. (1986b). Sobre la iniciación del tratamiento: Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913)
- Green, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Peusner, P. (julio, 2011). Dos señalamientos de Lacan sobre la función del dinero en psicoanálisis. *Imago Agenda*, 151. Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1541>

Poderoso caballero “Don Dinero”

Oswaldo Canosa*

*Viven en nosotros inúmeros;
si pienso o siento, ignoro
quién es que piensa o siente.
Soy tan sólo el lugar
donde se siente o piensa.*

FERNANDO PESSOA

¿Cuál es el valor del dinero en la formación analítica?

Esta es la pregunta que estuvo dando vueltas en la mesa de edición de la Sección Vórtice; y consideramos que necesitábamos cierta ayuda, alguna colaboración de protagonistas más directos en relación a esta pregunta. Es así que nos acercamos a analistas en formación a partir de Organización de Candidatos de América Latina - OCAL.

Nuestra curiosidad nos llevó a plantearles algunas preguntas que nos ayudaran a pensar.

En un marco de absoluta reserva, enviamos este cuestionario a aproximadamente 100 analistas en formación de Brasil, Argentina y México. De ellos, 40 respondieron amablemente nuestra requisitoria.

Cabe consignar que estas preguntas fueron formuladas a partir de una premisa compartida por todos:

“La formación analítica es costosa”.

Premisa compleja si aceptamos que el dinero, además de ser un significativo privilegiado en el discurso psicoanalítico, es el símbolo por excelencia del intercambio económico entre las personas. El dinero, entonces, por una convención impuesta por algunos y aceptada por casi todos, le da categoría de mercancía a todo lo que puede ser intercambiable en una transacción económica.

Si volvemos a nuestra premisa, podemos redefinirla de este modo:

“La formación analítica es más o menos costosa en relación a...
...otra mercancía.”

Tres o cuatro analistas en formación llegaron a comentar que un 30% aproximado de sus ingresos eran destinados para su formación; sólo uno lo expresó con cierta conformidad, para el resto de este pequeño sub-grupo fue más una expresión de pesar.

¿Por qué será que algo calificado como costoso adquiere una calificación de bueno, confiable, valioso a partir del dinero que se necesita para obtenerlo?

Las preguntas ofrecidas a nuestros colegas giraban, sin proponérselo, alrededor de esta

* Asociación Psicoanalítica Argentina.



múltiple significación: un intercambio económico y otro simbólico.

La formación analítica es una oferta de conocimiento, capacitación profesional y análisis personal que implica ese múltiple intercambio. Por un lado el intercambio económico que se condensa en una palabra: mercancía; concepto de plena significación si la deuda del intercambio económico queda saldada. Y el otro intercambio simbólico que, si es eficaz, tiende a no saldarse jamás para que pueda fluir y seguir teniendo el efecto prometido y esperado.

Las respuestas, como era de esperar, abrieron más interrogantes que enriquecieron la discusión. Para darle cierta pretensión de tendencia a los dichos de nuestros entrevistados, se las

convirtió en una expresión numérica porcentual, teniendo como universo el total de respuestas recibidas (40 respuestas recibidas).

No será en vano repetir que esta “no” es una investigación sino sólo un caudal de ocurrencias frente a una serie de preguntas y respuestas que hablan de un malestar en la formación de analistas.

Estas fueron las preguntas con sus respuestas:

a) ¿Puede usted consensuar con sus analistas didactas y supervisores los honorarios que debe pagar?

Respuesta: Un 40% de los analistas consultados NO logra consensuar honorarios con sus analistas y supervisores.

b) ¿La institución a la que pertenece le ofrece alguna ayuda económica o financiera?

Respuesta: Un 77,5% desconoce si en sus instituciones formadoras le brindan apoyo económico o financiero.

c) ¿Vive usted de su profesión como analista en formación?

Respuesta: El 52,5% de los analistas en formación no viven de su profesión.

d) ¿Qué parámetros elige a la hora de regular sus honorarios como analista?

Respuesta: La situación económica de los pacientes (45%) y el mercado (42,5%) son los parámetros más elegidos a la hora de regular honorarios. Les sigue el nivel de formación (27,5%). Curiosamente el menos nombrado fue la necesidad económica del analista (solo un 17,5%).

Para circunscribirnos en el intercambio económico, comencemos por...

La pregunta C, que nos informa que el 52,5% de los analistas en formación no viven de su profesión. Es decir que tienen otra actividad que les brinda sustento económico y/o reciben ayuda económica de su entorno familiar. Esta respuesta confirma, indirectamente, la premisa de que “la formación es costosa”, en términos económicos. Este indicador pone de relieve la importancia de las respuestas de la pregunta A. Un 40% de los analistas consultados NO logra consensuar honorarios con sus analistas y supervisores. O sea que, además de ser costosa, es muy complicado poder negociar su “precio”, como cualquier otra mercancía. La formación de precios de esta “mercancía” tiene tendencia a comportarse de una manera monopólica pues parece ser que prevalece principalmente la oferta en su elaboración y la demanda, por ende, queda relegada.

Las respuestas a la pregunta B corroboran esta complicación: un 77,5% desconoce si en sus instituciones formadoras le brindan apoyo económico o financiero.

Destacamos la expresión verbal “desconoce” porque a todas las Sociedades cuyos

miembros pertenecen a IPA les corresponde difundir y promover los beneficios financieros que ofrece IPA a todos los analistas en formación. ¿Esta difusión se realizará? Y si se realiza esa difusión ¿hay “algo” que impida escuchar a los candidatos ese beneficio que está incluido en la oferta de formación?

Ese “algo” que hace que los candidatos “no escuchen”. ¿Qué será?

En economía hay un tema que engolosina y atrapa a muchos expertos: el libre juego de la oferta y la demanda. Hermosa frase que a poco de confrontarla en las relaciones económicas cotidianas notamos que nada tiene de juego y menos aún de libre. Pues resulta, muchas veces, cruel escenario de relaciones de poder en donde la desigualdad prima y trata de eternizarse. Entonces, cuando la relación de poder entre oferta y demanda está inclinada en forma sostenida en la oferta, la demanda sufre y recibe, por lo general, una mercancía con un estándar de calidad relativamente bajo.

Finalmente la pregunta D nos cuenta que la situación económica de los pacientes (45%) y el mercado (42,5%) son los parámetros más elegidos a la hora de regular honorarios. Les sigue el nivel de formación (27,5%). Curiosamente el menos nombrado fue la necesidad económica del analista (solo un 17,5%).

Parece que a la hora de poner el precio de su mercancía, los candidatos ponen más énfasis en los factores que no pueden controlar y relegan los que sí son de resorte personal. Marx diría que no sienten como propio el proceso de producción de su mercancía y no se habilitan como productores de su trabajo, pues el precio lo hacen depender de la condición de poder del otro como usuario, comprador, receptor de servicios, paciente, etc.

Releo y creo que esto no es psicoanálisis; como si estuviéramos hablando de otro tema y en otro contexto. No, no es psicoanálisis pero...las relaciones entre las personas, por lo general, no son psicoanalíticas, son relaciones de poder, las más de las veces presentan avasallamientos, abusos, sometimientos y de vez en cuando promueven intercambios fértiles y maravillosos.

Gracias al psicoanálisis se pueden descifrar, limitar y hasta diluir estos avasallamientos, excesos y sumisiones. Podemos descubrir que nuestro apasionado amor por nuestra pareja esconde un furioso propósito incestuoso de apareamiento con vaya a saber qué madre mítica; que lo que vivimos como una relación sexual, simplemente no existe; que nuestra generosidad esconde un narcisismo equivocado y otras preciosuras por el estilo que determinan nuestros vasallajes y dependencias.

Desciframientos que sólo con otro, en relación con otro, en relación transferencial con otro y con cierta fortuna podemos lograr.

En esta particular relación que desplegamos con nuestro analista se da el escenario propicio para el otro intercambio que hablábamos más arriba: el intercambio simbólico.

Este intercambio tiene una diferencia fundamental con el económico y también una similitud que puede llegar a preocupar.

Empecemos con la diferencia: el signifi-
cante de intercambio en lo simbólico no es una mercancía que pueda acumularse, pues su razón de ser es seguir circulando para que pueda tener eficacia simbólica. Si el dinero es la expresión más acabada del intercambio económico; el don sería la expresión más aproximada del intercambio simbólico.

Su esencia vacía hace del símbolo algo tan necesario como engañoso. Aquí empieza la inquietante similitud: El dinero, en su pretensión hegemónica, termina haciendo referencia a “eso” que no está (el puro flujo de la mercancía), aunque solo logra ocultar su anclaje en el cuerpo de quien produce esa mercancía. Relean las respuestas a la pregunta D.

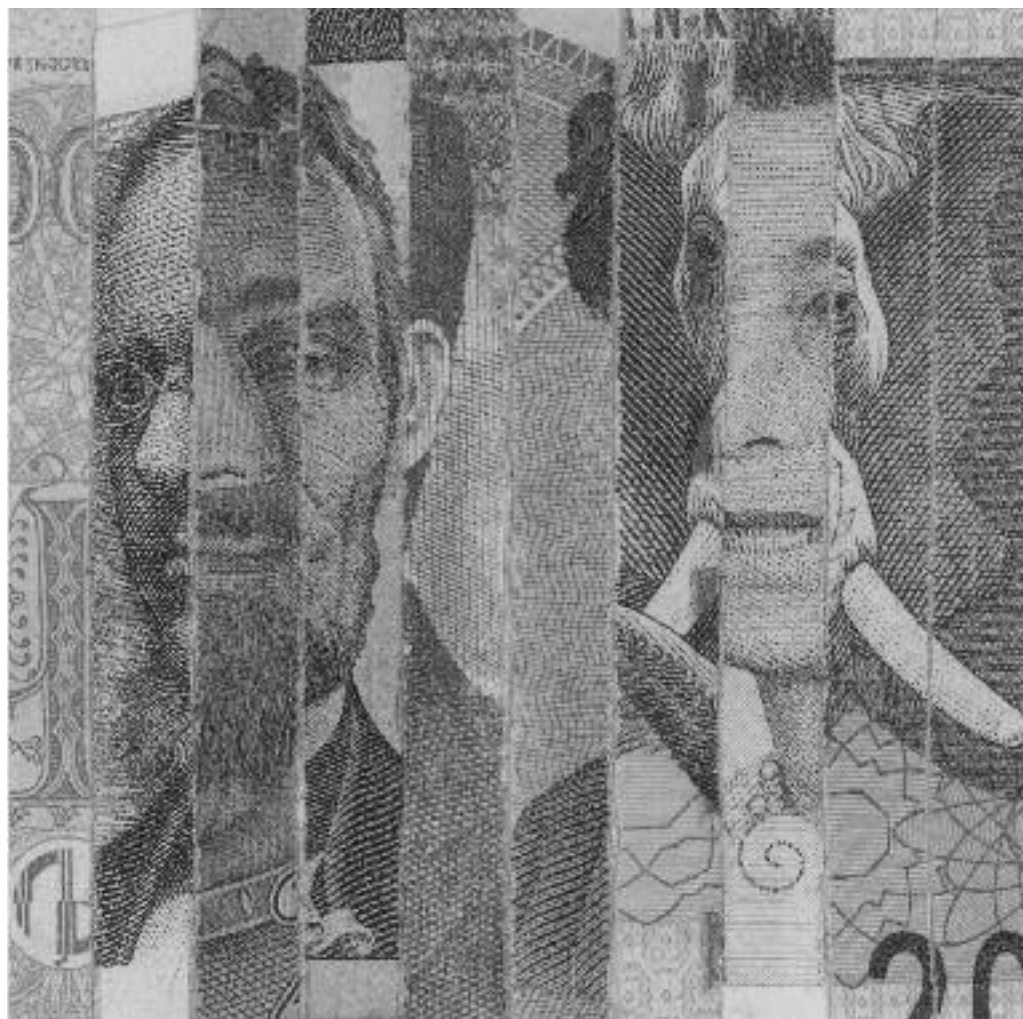
El don también tiene un anclaje que lo subraya. Tiene el soporte en un relato que marca

las relaciones entre las personas y entre los lugares que ocupan esas personas. Si ese relato no puede ser cuestionado porque su anclaje se lo considera como natural y no como una construcción transitoria...estaríamos frente a relaciones de poder que se convalidan desde una ocultación. Nada debería ser incuestionable, especialmente el conocimiento. Relean respuestas a las preguntas A y B.

Creemos que la formación analítica de un psicoanalista, además de ser permanente, debería ser sinceramente psicoanalítica no solo en la consumación del trípede sino también en las inevitables relaciones institucionales que se construyen a partir del trípede de formación. Leer psicoanalíticamente las relaciones institucionales, en las que el dinero forma parte sustancial es intentar ponernos a resguardo, aunque más no sea transitoriamente de los vasallajes que instituyen cada relación entre las personas.

Referencias

- Astarita, R. (21 de enero de 2012). Dialéctica del dinero en Marx. [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://rolandoastarita.wordpress.com/2012/01/21/dialectica-y-dinero-en-marx-1/>
- Derrida, J. (1995). *Dar (el) tiempo*. Buenos Aires: Paidós.
- Dessal, G. (14 de diciembre de 2012). La sustancia secreta del dinero. *Eldiario.es*. Recuperado de http://www.eldiario.es/Kafka/sustancia-secreta-dinero_0_79442130.html
- Lacan, J. (1990). *El seminario de Jaques Lacan, libro 10: La angustia 1962-1963*. Buenos Aires: Paidós.
- Loschi, A. (1996). Dinero, muerte e intercambio simbólico. En *La Peste de Tebas, 1(2)*. Recuperado de <http://lapestedetebas.com.ar/peste%2002.pdf>
- Marx, K. (1990). *El capital* (Vol. 1). Madrid: Siglo XXI.
- Rocchetti, S. (2004). *El dinero: Ese otro malestar*. Recuperado de <http://www.con-versiones.com.ar/nota0383.htm#arriba>



Encuentro marcado

Cintia Buschinelli*

Antes que nada, no está de más recordar que, en las circunstancias en que el psicoanálisis y el dinero se las tienen que ver frente a frente, el dinero ya era un señor mayor instalado en el mundo de la cultura.

El dinero, moneda de cambio que llega a nuestras manos en la cotidianidad de nuestros consultorios, es resultado de una larga trayectoria en el desarrollo de las civilizaciones y expresa las particularidades del grupo humano al cual pertenece.

El joven psicoanálisis, que surgía como tratamiento alternativo para las enfermedades mentales, se sometió como tal al *modus operandi* del orden económico que predominaba en los inicios del siglo XX en el territorio europeo.

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

Por lo tanto, si se tiene en cuenta el origen del psicoanálisis, propuesto por un médico neurólogo como tratamiento para la neurosis, encontrarse con el dinero era su camino natural.

Veremos más adelante que esa presencia, de la cual no se podría huir, devino en un encuentro extremadamente productivo para el propio psicoanálisis. Se lo debemos, eso es claro.

Entre los tantos ejemplos que nos dejó el creador del psicoanálisis, uno de ellos fue que éste, en tanto tratamiento de los disturbios mentales, tenía lugar en consultorios y hospitales, y por tanto hacía al ejercicio de una profesión, con lo cual, aquel que la ejercía estaba automáticamente inserto en el sistema económico vigente.

En su función primordial de moneda de cambio el dinero ocupó, *comme il faut*, su lugar en la existencia de Freud. Fue gracias a la práctica clínica tan arduamente ejercida en la rutina de su vida vienesa que Freud pudo mantener el sustento de su familia, así como descansar en viajes que se ofrecieron como sustrato a innumerables sueños y pensamientos psicoanalíticos, dedicarse al placer de coleccionar esculturas y, principalmente, mantenerse protegido en su Bergasse 19 hasta el momento de asombro en que los nazis golpearon a su puerta.

Nótese en este breve comentario que estamos situando esas dos expresiones culturales, psicoanálisis y dinero, en las proximidades del consultorio del psicoanalista.

Aún antes de acomodarnos en la escena del análisis y abrir las páginas de los escritos freudianos, vale la pena conocer cómo fue que él - el psicoanálisis - fue recibido por el dinero, que a partir de este momento personificamos en Keynes (1883-1946).

John Maynard Keynes, uno de los más célebres teóricos de economía, contemporáneo del fundador del psicoanálisis, acogió al pensamiento freudiano en sus originales y contundentes análisis sobre economía.

En el artículo del periodista Carlos Drummond sobre la relación entre el dinero y el psicoanálisis, publicado en la revista digital *Época*

Negocios el 4 de noviembre del 2009, encontramos lo siguiente:

La ruptura de Keynes con el pensamiento económico convencional tuvo su origen en las ideas de Freud. El economista percibió que la fuerza del dinero sobre la acción humana iba más allá del alcance de la racionalidad, la previsión y el cálculo. Más que unidad de medida, medio de intercambio y reserva de valor, el dinero era una realidad compleja conectada a la inestabilidad de la condición humana. (Drummond, 2009).

Más adelante, continúa Drummond (2009):

Keynes, teórico de economía que se volcó a la realidad de las sociedades y los individuos, encontró en el análisis freudiano la fundamentación y el lenguaje apropiado para diagnosticar patologías socioeconómicas con rara contundencia: 'El amor al dinero como posesión -distinto del amor al dinero como medio para alcanzar los placeres y las necesidades de la vida- será reconocido por lo que es, una enfermedad un tanto repugnante, una de esas propensiones semicriminales, semi-patológicas, que se reconduce con horror a los especialistas en enfermedades mentales.' (Keynes, Posibilidades económicas para nuestros nietos, 1930).

La cita se incluye a modo de ejemplo de la importancia del pensamiento psicoanalítico en la construcción de las teorías económicas. Vale la pena bucear más profundo en estas consideraciones, pues ellas pueden ofrecer una mayor comprensión de los efectos sobre cada uno de nosotros, como ciudadanos inmersos como estamos, sin elección, en el mundo económico que rige parte de nuestras vidas.

Antes aún de abrir las puertas del consultorio y considerar la presencia del dinero en nuestros análisis, podemos recordar algunas posiciones teóricas desarrolladas en los textos freudianos sobre el asunto. Encontramos en ellos una relación entre el dinero y el producto

de una actividad fisiológica, originada en el interior del cuerpo humano y cuyo producto debe ser descartado para que el proceso resulte satisfactorio. Aquello que es eliminado tiene su equivalencia simbólica con el dinero. La teoría psicoanalítica propone diversos significados provenientes de los intercambios relacionales que pueden ser despertados por esa experiencia. El movimiento psíquico que acompaña ese proceso orgánico ofrecerá la tonalidad de la función que el dinero asumirá en el correr de la vida de cada uno de nosotros.

Entre las tantas conclusiones a las que podríamos llegar, una de ellas se hace evidente: el dinero está asociado a una experiencia vital y primitiva. Luego sobrevendrá el desarrollo de otras reflexiones, pero ése es el punto de partida para la vivencia subjetiva de intercambio que ocurrirá a partir de entonces. Me gustaría en este punto, abrir las puertas del consultorio y considerar la presencia del dinero en nuestros análisis.

Puertas adentro de un consultorio psicoanalítico, el dinero pierde su materialidad y gana contorno fluido e inmaterial, como todo lo que está presente cuando el psicoanálisis está transcurriendo, amparado por el encuentro entre el analista y el paciente.

Por lo tanto, desde el contrato acordado al comienzo del análisis y a través de las circunstancias que tienen lugar en su transcurso, como no podría ser de otra manera, toda y cualquier presencia real e imaginaria está amalgamada por la subjetividad del paciente y de su analista.

Es así que el dinero tiene su modo particular de hacerse presente. Puede llegar en efectivo o en papel firmado, con lo cual mantiene su

status original de objeto concreto. A su vez, hoy en día también puede recorrer un nuevo camino: sin llegar directamente a las manos del analista, sin salir del mundo virtual y viajando por internet, puede aterrizar directamente en su cuenta bancaria.

De todos modos es bueno decir que, cualquiera sea la forma en que se presente, no podemos olvidar cuán elocuente es para hablar tanto del paciente como del analista.

La presencia del dinero en la sesión de análisis no ocupa un lugar separado del resto de los acontecimientos psíquicos de la dupla. Por el contrario, tanto en forma virtual, totalmente imaginaria e impalpable, como en forma de objeto concreto, o incluso en su expresión más primitiva, en forma de trueque, siempre revela un aspecto de la relación analítica.

Y, en caso de no estar presente, como puede suceder, es de su ausencia de la que el análisis habla.

Todos nosotros, analistas, tenemos mucho que contar acerca de ese objeto creado por el ser humano en las más antiguas civilizaciones que, desde siempre, frecuentó nuestras sesiones de análisis. Sea que se manifieste como una expresión más exuberante o más discreta y sutil, sea que suponga actitudes agresivas u otras más amorosas, el dinero estará siempre allí, y nos corresponde a nosotros, analistas, no hacer de él oídos sordos.

Referencias

Drummond, C. (4 de noviembre de 2009). Keynes, Freud e o dinheiro. *Época Negócios*. Recuperado de <http://epocanegocios.globo.com/Revista/Common/0,,EMI102717-16365-1,00-KEYNES+FREUD+E+O+DINHEIRO.html>

Algunas cuestiones sobre el dinero en la relación analítica

Anette Blaya Luz*



Agradezco a los colegas de la revista *Calibán* la oportunidad de hacer esta breve reflexión sobre la relación entre el dinero y el psicoanálisis. La propuesta de la sección Vórtice, además de ser estimulante y actual, es contemporánea. La condición contemporánea refiere al hecho de que “el dinero” siempre es una temática presente en el orden del día cuando pensamos la teoría y la técnica psicoanalítica. En realidad nos podríamos preguntar: “¿Qué dinero es el que tiene que ver con el psicoanálisis?”, o incluso: “¿Es posible que haya un psicoanálisis desvinculado del dinero?”. La respuesta que se me ocurre es que el dinero tiene mucha relación con el quehacer psicoanalítico. Es parte inherente de la relación transferencial y ha sido así desde que el psicoanálisis surgió. No pienso que el dinero sea el aspecto principal del psicoanálisis, pero el quehacer del psicoanálisis no es posible sin que haya un analista, un paciente y una relación transferencial entre ellos. Esa relación es única para esa dupla e incluye obligatoriamente un valor que es pago en dinero por el paciente al analista.

Desde Freud, la cuestión -dinero- viene siendo estudiada. Una de las primeras referencias que él hizo de ese aspecto tiene lugar en una carta a Fliess (1897, 1 de enero) cuando relaciona el dinero con las heces; más tarde, en la del 22 de diciembre de 1897, resalta la equivalencia entre heces-dinero-suciedad-avaricia. Ya en 1900, en *La interpretación de los sueños*, Freud menciona nuevamente la relación entre heces y dinero, proponiendo la conexión entre la falta de limpieza en la infancia y el surgimiento de la avaricia en la adultez.

En el trabajo *Carácter y erotismo anal*, Freud (1908/1996a), investigando sobre la analidad, resalta una vez más la correlación entre orden, parsimonia y obstinación con la avaricia en la vida adulta del individuo. En 1913, en el trabajo *Sobre el inicio del tratamiento*, llama la atención sobre los acuerdos contractuales entre paciente y analista en relación con los honorarios a pagar en el análisis, destacando que poderosas fantasías sexuales, particularmente de carácter anal, están involucradas en el valor

* Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.

que es atribuido a esa temática en la relación transferencial con el analista. Cuando en 1917, plantea la ecuación heces-dinero-penes y bebé, Freud hace referencia a los regalos que los pacientes pueden dar a sus analistas.

Escribe:

Es probable que el primer significado del interés de un niño por las heces sea el de 'regalo' y no el de 'oro' o 'dinero'. El niño no conoce el dinero salvo aquel que le es dado -no tiene dinero adquirido por sí mismo ni heredado. Como las heces son su primer regalo, transfiere fácilmente su interés por esa sustancia a la que le aguarda en la vida como el regalo más importante. Quien dude de esta derivación del regalo, que recurra a su propia experiencia en el tratamiento psicoanalítico, estudie los regalos que como médico recibe de sus pacientes y tenga en cuenta las tormentas de transferencia que puede provocar en el paciente mediante un regalo. (Freud, 1917/1976, p. 163).

Es justamente sobre esos regalos que me gustaría esbozar algunas consideraciones. La teoría psicoanalítica ha sufrido muchas transformaciones, sin embargo, algunos de sus conceptos y formulaciones permanecen constantes. La importancia del papel del dinero en la relación transferencia-contratransferencia es un ejemplo de ello. El dinero puede ser utilizado de varias formas por el analizando, pero siempre tendrá un sentido y un uso.

Uno de esos usos sería el de regalo que es entregado al analista, como forma material de reconocimiento y agradecimiento por la ayuda prestada por éste a su analizando. Cuando la dupla está trabajando bajo la influencia de la transferencia positiva y cuando ya existe un grado considerable de salud mental, es esperable que el pago se realice sin complicaciones y que el paciente se sienta bien de poder retribuir de esa manera por el cuidado recibido.

Pero no siempre el pago tiene características tan maduras. Ese mismo regalo puede

ser transformado defensivamente en algo distante, helado, que es entregado con frialdad, de acuerdo al contrato de trabajo acordado entre analista y analizando. Cuando el analizando actúa de esa forma es que se ha propuesto, consciente o inconscientemente, que la relación entre ambos sea meramente comercial. Muchos pacientes, incluso, le sugieren al analista que les dé su número de cuenta bancaria, para que la transferencia de valores sea realizada de la forma más impersonal posible, como si ese pago fuera de la misma naturaleza que las cuotas para la financiación de la heladera, del auto, la escuela de los niños o algo por el estilo. Si el valor fuera idéntico, podría hasta quedar programado, todos los meses, como débito automático de una cuenta corriente. Pienso que esa práctica es nociva para el proceso analítico. Es defensiva y protege al analizando de reconocer el valor que ese analista y su trabajo tienen para él. Reconocer el valor de ese objeto -el analista- en un momento dado, es objetivo importante en todos los tratamientos. Esto es particularmente central cuando resulta una tarea penosa y difícil para el paciente el aceptar la dependencia del sujeto con el objeto analista. Si el analista acepta esa práctica ello podría también estar dando cuenta de una dificultad suya para lidiar con las cuestiones relativas al dinero.

Otro asunto que con frecuencia se manifiesta en *actings* en el momento de retribuir monetariamente la ayuda recibida es la envidia. Explorar cómo el paciente suma las sesiones, cómo hace el cálculo del valor mensual al multiplicar el número de sesiones por el valor de cada una, es fuente significativa de informaciones sobre la relación transferencial. Del mismo modo, también se pueden investigar las situaciones en las cuales ese regalo es retenido sádicamente en poder del paciente. ¿Cuál es el sentido de esas dificultades para realizar los pagos? ¿Qué conflictos están siendo escenificados cuando el paciente se "olvida" de efectuar el pago? Frecuentemente la fantasía subyacente a estos actos fa-

llidos es el deseo de hacer una inversión de papeles, quedando el analista en un lugar más “necesitado” que el paciente, puesto que puede sucumbir al deseo de recibir su pago. En la fantasía, el paciente puede vivenciar ese momento como un triunfo sobre el analista. Para lograr sentirse superior y en una posición jerárquica más privilegiada que éste, puede incluso expresar su sadismo a través de la falta o del atraso en el pago, quizás escenificando características importantes de su conflictiva edípica. Aún siendo éste el caso e incluso cuando el analista interpreta adecuadamente, pueden pasar varios meses hasta que un paciente así tolere efectuar un pago en forma cordial.

Sabemos que en la relación analítica la asimetría es fundamental. Quien decide el valor de la sesión, por ejemplo, es el analista. Algunos pacientes pueden, por identificación proyectiva, sentirse sádicamente dominados por sus analistas al someterse al valor estipulado. ¿Cómo queda la relación transferencial cuando eso sucede? ¿Puede o debe el analista “negociar” el valor de la sesión a fin de permitir una evolución más serena del proceso? ¿Cómo evaluar si el valor estipulado es el adecuado para esa dupla analista-analizado? ¿Un valor demasiado alto podría estimular al paciente a retener sádicamente su regalo-dinero así como los niños retienen las heces?

Estas cuestiones son cotidianas y creo que eternas dentro de cualquier situación analítica. El asunto del dinero o del pago se presta bastante a los *actings*, siendo parte importante de la relación transferencial, dado que engloba con mucha nitidez aspectos de la realidad fáctica que, al mismo tiempo, permiten que la realidad psíquica se exprese de manera muy concreta. Es importante recordar que ésta es una temática en la que no sólo la patología del paciente puede manifestarse. Los analistas también pueden poner en juego sus rivalidades, envidias o inhibiciones a través de la forma en que cobran las sesiones a sus pacientes.

Cabe aún enfatizar que, cuando es un tercero el que tiene el poder y la responsabilidad sobre los pagos, estas cuestiones pueden tornarse todavía más complicadas. Esto es particularmente cierto cuando nuestro paciente comienza a mejorar y se sale del papel que venía desempeñando en el mundo interno de la persona de la que depende financieramente, sea esa persona el padre, la madre o el cónyuge. Es común y frecuente que, en esos momentos, tanto el paciente como la persona que paga el tratamiento, presentes dificultades y resistencias para seguir con esa responsabilidad y ello amenace la continuidad del análisis. En algunas ocasiones el analista, con el fin de preservar el análisis, altera los valores de la sesión como para que el paciente pueda “bancar” él solo su tratamiento. Es una decisión difícil y delicada, de importantes repercusiones transferenciales que exige que el analista esté muy atento, de modo de evitar los *actings* tan frecuentes en tales circunstancias en que él parece ofrecerse como un ser “bondadoso” que no precisa ese dinero. Sin embargo, por otro lado, no estar dispuesto a hacer ninguna concesión puede no ser tampoco lo ideal. Pienso que cada situación necesita ser examinada individualmente, con una mirada sobre las *realidades y ficciones* de cada circunstancia específica.

Para cerrar este brevísimo comentario, me gustaría enfatizar que, desde mi punto de vista, no es posible hacer psicoanálisis sin incluir la cuestión del dinero. No sólo porque nosotros, analistas, vivimos de eso, puesto que el psicoanálisis es nuestro oficio y, por tanto, nuestro gana pan, sino también porque es una temática útil para la expresión de conflictos en la relación transferencia-contratransferencia. De todos modos, no nos olvidemos que la forma en que lidiamos con este tema -dinero- sirve de campo para la manifestación de las conflictivas, tanto de nuestros pacientes como de nosotros mismos. Por ello el asunto es tan importante en la práctica psicoanalítica cotidiana.

Referências

Freud, S. (1976). As transformações do instinto exemplificadas no erotismo anal. En *Obras completas* (Vol. 17, pp. 157-166). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1917)

Freud, S. (1996a). Caráter e erotismo anal. En *Obras completas* (Vol. 9, pp. 157-164). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1908)

Freud, S. (1996b). A interpretação dos sonhos. En *Obras completas* (Vol. 4, pp. 13-363). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1900)

Freud, S. (1996c). Sobre o início do tratamento. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 137-158). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1913)

Masson, J. M. (Ed.). (1985). *A correspondência completa de Sigmund Freud para Wilhelm Fliess: 1887-1904*. Rio de Janeiro: Imago.



Dossier
La época del psicoanálisis





Obras en esta sección:

Luis González Palma, *Ara Solis*.

Serie de fotografías en inkjet print sobre papel de acuarela.

40 x 30 cm / 60 x 40 cm. 2010.

Psicoanálisis y pedagogía. Ensayo desde una página aparentemente en blanco

Considérer les noms, non comme une appropriation de ce qui est, mais comme un mouvement humain vers l'in appropriable serait déjà un commencement (...). Parler, c'est être mu, ému; c'est être l'écho retenti du dehors qui nous accueille mais ne nous retient pas."

BAILLY, 1997

A propósito de unas páginas

Una página aparentemente en blanco invita a ser, en parte, ocupada por una escritura que dé cuenta de ideas de larga data siempre en reformulación.

Sin embargo, la misma página en su blancura, en su carácter de territorio vacío, en su expresión de toda posibilidad, puede producir una inhibición. La responsabilidad de elegir las palabras, de encontrar las formas, deviene ocasionalmente abrumadora.

Una página en blanco es y *no es*, exactamente, un *bloc-magique*. Por supuesto, invita a poner en evidencia algo de lo percibido, algo de lo almacenado, de las marcas que se portan y los trazos que de ellas hablan; solicita poner

en juego¹ memoria y olvido, testimonia la tensión entre lo eventualmente inalterable y lo que no puede sino alterarse. No puede omitir ni el deseo de conservar para que quede huella ni el de borrar para que no quede traza.

Solicitar al eventual lector una mirada indulgente parece la única manera de animarse a escribir este ensayo sobre unas relaciones, unas inquietudes, unas exploraciones que forman parte de la manera en la que quien suscribe puede pensar, si no la pedagogía, la educación.

La educación entendida como el acto político² de inscribir, de ofrecer el más de uno de la materia prima identitaria, garantizar el anfitriónaje a la extranjería radical para dar ocasión de que el sujeto nazca al mundo común. La educación como la superficie de apuntalamiento que se propone dar trámite institucional al enigma subjetivo y volver disponible la pulsión, el camino oblicuo de la satisfacción mediante la transmisión del *arkhé*³ (cual si este fuera un *objeto*

* Directora del doctorado en Educación de la UNER (Argentina) y coordinadora de la Escuela Internacional de Posgrado de Clacso en Haití (convenio Clacso/UEH).

** En traducción libre: "Considerar a los nombres no como apropiaciones de lo que hay sino como un movimiento humano hacia lo inapropiable sería un comienzo (...). Hablar es estar maduro, emocionado, es ser eco que resuena del afuera que nos recibe, sin retenernos". El autor utiliza un juego de palabras (un juego sonoro) entre *mu* (maduro) y *ému* (conmovido).

1. Jugar: sabemos (y, por si no lo sabíamos, D. Winnicott se ha encargado de ponerlo en evidencia para eventuales adecuada o suficientemente buenos entendedores) que jugar está lejos de ser cualquier verbo, dado que indica la posibilidad de que "algo" devenga otra cosa.
2. Hemos trabajado en los últimos años las posiciones que se incluyen en este párrafo y sus matices están consignadas en diferentes textos: Educar: ese acto político (Frigerio & Diker, 2005) y Saberes alterados (Frigerio & Diker, 2010).
3. Sobre este punto en especial ofrecemos las hipótesis y argumentos de Graciela Frigerio (2004).

*transicional*⁴). *Arkhé*: lo que da origen, comienzo, lo que se consigna a lo largo del largo, complejo y nunca directo proceso de hominización, el que excede a la reproducción de la carne, el que se reanuda y renueva ante cada recién llegado, dándole no sólo lo necesario para sobrevivir sino la posibilidad de que encuentre unos sentidos para vivir.⁵

Entre lo que distingue y lo que se comparte

Psicoanálisis y pedagogía son teorizaciones y haceres que se definen de maneras distintas, se despliegan en encuadres diferentes; “cargan” con mandatos, ofertas y demandas distinguibles; tienen y exigen ocupar posiciones específicas; requieren formaciones marcadas por requisitos, puntos de partida, contenidos y estilos de transmisión que no se confunden entre sí; cuentan y crean institucionalizaciones precisas con nombre propio; el uno y la otra trabajan para constituir un corpus de sentidos y *holdings* conceptuales que lleven en el orillo la marca del campo en el que se genera.

A pesar de todas sus distinciones, puede vislumbrarse un posible y primer punto en común: psicoanálisis y pedagogía conciernen, se ocupan y refieren al *oficio del vivir*, allí donde se disuelven las fronteras entre *ser* y *praxis* (Agamben, 2012).

Pero, a la vez, psicoanálisis y pedagogía, en sus múltiples teorizaciones y haceres (man)tienen en común (además de una entreverada historia de conflictos, amores y odios, temores y respetos, indiferencias, desprecios y reconocimientos) el hecho de proponer (o de prometer) algo del orden de unos *saberes posibles* y unos *posibles saberes*: saberes sobre sí, sobre el mundo, sobre las relaciones entre el sujeto y el

mundo. Saberes múltiples, polifacéticos; saberes que sólo se aparecen en sueños y saberes que exigen estar despierto; saberes dolorosos (Gribinski, 2009) y saberes que alivian el dolor; saberes acerca de lo soportable y lo intolerable; saberes sobre la memoria, saberes de memoria; saber sobre los olvidos, saber sobre lo censurado; saberes sobre lo que afecta y acerca de lo que se afeciona; saberes que se desean, saberes que se temen; saberes sobre el deseo de saber y saberes sobre la voluntad de ignorar, saberes acerca del *saber ignorar*, como parece sugerir Rancière (2002); saberes a propósito de lo que está en juego, saberes con los que se puede jugar, saberes con los que no se puede jugar de modo alguno.

A los saberes en cuestión (y a los cuestionados), según se trate del dispositivo pedagógico o del psicoanalítico, no se accede del mismo modo. Pero aun así podría decirse que, en ambos dispositivos, la búsqueda del acceso al saber responde a unas comunes curiosidades, motorizadas siempre por unas enigmáticas pulsiones que gustan y necesitan disfrazarse de diversas maneras para volverse sociables y encontrar modos de volverse “casi” otra cosa.

Resulta (me resulta) complejo dar cuenta de unas relaciones que atravesaron los tiempos, que dieron lugar a elaboraciones plenas de significado que sostuvieron y sostienen la posibilidad de volver elaborables y pensables las *relaciones de saber* que transcurren en los territorios institucionalizados en los que se las intenta confinar, y del deseo de saber, comprender, dar lugar a lo que se asocia al enigma subjetivo que conmueve a todo sujeto.

El enigma, como un telón de fondo, organiza, define y atraviesa la escena en la que juegan fantasmas y deseos. El mismo enigma hace

4. Remitimos a Donald Winnicott, de quien puede decirse que ha sido el psicoanalista que ha osado trabajar “extra muros”, extra territorialmente, para aportar al territorio del psicoanálisis unos conceptos que lo enriquecen. Puede decirse lo mismo de los contemporáneos que se inscriben en esa saga, renovándola, es decir, discutiéndola. Nos referimos en especial a Christopher Bollas y Adam Phillips. Y a los que no temen desencasillarse para brindarnos las lenguas en plural como es el caso de Michel Gribinski (quien echó a andar el espacio plural de *Penser/Rêver*, revista editada actualmente por De l’Olivier, en París).

5. Las lecciones de Pierre Legendre (de Leçon I a Leçon VIII, editadas por Gallimard en Francia) siempre son un referente para pensar La fábrica del hombre (Legendre, 1996).

que el dispositivo analítico y las relaciones pedagógicas compartan un rasgo: el de estar vectorizados por *transferencias* y *contratransferencias*. Estas son los hilos de las tramas que sostienen el devenir de la relación analítica y están igualmente presentes afectando toda relación pedagógica, pero tienen, en cada dispositivo, en cada relación, una tramitación distinta. Afirmar que no hay relación pedagógica sin los efectos de los afectos de la transferencia no significa que pueda hacerse de la transferencia una pedagogía.

¿Algo en común?

Psicoanálisis y pedagogía comparten unas preocupaciones, unas inquietudes, unos movimientos. Nos contentaremos con mencionar sólo algunos.

Como en el juego de la bobina, en ambos –pedagogía y psicoanálisis– se juega el afuera/adentro, la orden de partida (“¡te echo!”, “¡andate!”)/la llamada (“te traigo”, “te llamo”, “¡regresa!”); los inicios y devenires de la posibilidad de pensar y pensarse; le metabolización de la ausencia haciendo presente lo ausente, recurriendo a la representación de cosa y a la representación de palabra; yendo y viniendo entre repetición y novedad; proyección e introyección; contribuyendo al trabajo identitario por el que se pueda enunciar un *yo*, primera persona del singular, como nombre propio y como expresión del rompecabezas imperfecto e inconcluso definido y redefinido como “el más de uno” (que no es el más de lo mismo) resultante de filiaciones de sangre y *filiaciones simbólicas*.⁶

Tienen metafóricamente en común la variante al juego del *fort-da*. Juego que consiste en cerrar los ojos, cubrirse con algo la mirada de los ojos cerrados, creerse invisible a los otros, considerarse escondido o ausente y esperar a ser descubierto: “no está”, dicen los grandes;

“acá está”, manifiestan al instante, serenando al niño que “aparece” al abrir los ojos y ser “descubierto”, como efecto de haber sido “buscado”.

Comparten el colaborar con que la ley estructurante oficie de organizador de las relaciones con los otros, mientras se anda por los senderos de la vida resolviendo, a veces ciegos como el Edipo de Sófocles (que tanto dio a ver y a saber) y otras veces ciegos pero no *a ciegas* como el Edipo que hace ruta en la pluma de Henry Bauchau (1990). En todos los casos tienen en común sostener la posibilidad de *elegir sublimar* tal como lo concibe Sophie de Mijolla Mellor (2009).

Psicoanálisis y pedagogía están conmovidas, comprometidas, por lo que ha acontecido y acontece entre grandes y chicos; por los modos en que conviven el tiempo cronológico y el tiempo que se condensa y que desconoce el calendario para manifestarse atemporal, extemporáneo en cada *après coup*; involucradas ambas disciplinas⁷ en los vericuetos de la economía del aparato psíquico donde residen unos cálculos no traducibles en los algoritmos de la matemática pero que indudablemente la afectan...

Pedagogía y psicoanálisis tienen en común el estar afectados por el juego de las escondidas del que participan los fantasmas inconscientes y el llamado mundo externo; y el ser geografías en que *juegan a la mancha* buscándose, ocultándose, delatándose el *pensamiento inconsciente* (Bollas, 2013) y el *pensamiento consciente* en un juego en el que nunca se sabrá si hay un ganador...

Efectos no deseados de lo que tienen en común

Entre psicoanálisis y pedagogía... Entre pedagogía y psicoanálisis...: ¿una relación? ¿Una oscilación? ¿Unas identidades distintas, antitéticas, conciliables? ¿Unas aplicaciones en pugna o el juego de unas exploraciones posibles?

6. Nos referimos a “la felicidad del más de uno de las filiaciones múltiples”, como lo señalaba J.B. Pontalis (2000).

7. Entendemos como lo propone Jacques Rancière que una disciplina que generalmente se define por su objeto merece ser entendida como un “modo de definir lo pensable”, y que, por tanto, es una manera de construir una “relación del pensamiento con la vida”. Sugerimos al respecto la lectura de “La philosophie en déplacement” (Rancière, 2004).

La traza del origen: la relación entre psicoanálisis y pedagogía parece imponerse.

¿Podría imaginarse un sujeto no concernido por las representaciones de los adultos que lo recibieron, por el tono de su recepción, por el estilo en que han oficiado de anfitriones, por los pensamientos inconscientes que se impusieron? ¿Podemos suponer un sujeto no afectado por los dispositivos de crianza? ¿No alterado por las formas pedagógicas de cada época? ¿Inmune a la que después⁸ se denominara *pedagogía negra*? (Miller, 1985) ¿Podría considerarse un sujeto que no tuviera que vérselas en su mundo interno con las figuras de los referentes y en su mundo externo con los adultos reales que lo custodian, protegen o desamparan? *El preceptor* (Hagner, 2012) ilustra claramente lo que a principios del siglo XX se insinuaba como la exigencia insoslayable de pensar esas complejas, terribles, inciertas cuestiones que signaban las relaciones entre grandes y chicos y definían con crueldad el destino de los más pequeños.

Es el mismísimo Sigmund Freud el que de manera curiosa instituye el sentido de establecer lazos entre psicoanálisis y pedagogía. El psicoanálisis debía no sólo interrogarse acerca de los efectos subjetivos de la crianza recibida, de las trazas de los estilos de los grandes en los pequeños, de los modos en que se trenzaban y entreveraban fantasmas inconscientes con discutibles realidades “empíricas”; debía interpelar los modos en que la época imponía modos privilegiados de reprimir... pero, además, debía ver en el territorio de la educación no sólo unas causas, unos pretextos, unos fundamentos, unas explicaciones, unas razones a la sinrazón, sino que debía registrar unas oportunidades, las de intervenir prematuramente, preventivamente y, aún más, la posibilidad misma de su posible continuidad, manteniendo un interés por sus producciones. Se esperaba, se confiaba en que pudiera ir a buscarse allí, en los territorios de

la educación, en los pedagogos sensibilizados, las nuevas teorías, las brasas necesarias para mantener vivo el fuego que el modelo médico hegemónico se empeñaba en apagar... Freud temía quizás la derrota en su propio campo, el mismo que parecía atrincherarse en una idea de “ciencia”, tan deseada como inadmisibles para el psicoanálisis.

Quizás Freud simplemente encontró en la disculpa pública por no haberse dedicado lo suficiente de algo tan importante como la pedagogía la posibilidad de delegar, de confiar un mandato, de dar un lugar (imposible, por supuesto, de ocupar, pero...) a Anna, una hija. ¿Quién se animaría a interpretarlo?

Las salidas de las fronteras: curiosamente, desde puntos de anclaje diferenciables (y a veces atrincheramientos institucionales y teóricos), la pedagogía y el psicoanálisis siempre se han autorizado extraterritorialidades y no ha faltado en una y en otro la tentación de invadir, colonizar y conquistar otros territorios.

A la vez, los hallazgos sobre el funcionamiento del aparato psíquico argumentaban a favor de una preocupación a propósito de la cultura y de las relaciones pedagógicas, preocupación que debía buscar sus tramitaciones, solicitaba elaboraciones, encontrar su cauce. Ciertamente (si esto pudiera decirse), buscando comprender el funcionamiento del aparato psíquico, el psicoanálisis no puede omitir la referencia a la infancia y lo que acontece en las historias de los niños; se descubre la importancia de las marcas dejadas por la crianza, las inhibiciones resultantes de los aires de época, los efectos de la transmisión, los modos en que se internalizaban las figuras de los referentes, el trabajo psíquico que esto imponía.

Podríamos recuperar el contrapunto con el que se formalizó muchísimo después y durante cierto tiempo la discusión *Freud anti-pedagogo* (Millot, 1990) o *¿Freud pedagogo?* (Cifali, 1992). Sin embargo: ¿es esa la cuestión? ¿Es la pregunta

8. En los años en los que el pensamiento psicoanalítico comienza a delinearse, la que luego se llamaría pedagogía negra ya tiene echadas sus raíces.



sobre la posición freudiana la que nos motiva ahora la reflexión? Ciertamente no, no nos interesa dirimir a favor de uno u otro polo de esa tensión tan propia de Hamlet.

¿Qué quisiéramos entonces compartir? Una preocupación. La inquietud acerca de cómo dar cuenta de lo que está en juego al momento de esbozar un ensayo a propósito de la relación entre dos corpus conceptuales tan próximos como distintos, tan intrincados como diferentes, con tanto en común y tan necesitados de mantener su distinción; a propósito de los cuales construcciones teóricas, elaboraciones, investigaciones, ensayos, creaciones de todo tipo dan cuenta de lo complejo de lo que los reúne, de los momentos oscuros de su relación, de los tiempos de fascinación o de los de desprecio recíproco, de lo mortífero de sus confusiones o de sus extravíos, como el que significa la voluntad de superioridad y dominio que se expresó en “la aplicación”.

La perspectiva con la que nos identificamos podría sintetizarse de la manera siguiente: a algunos de nosotros, los educadores, no nos resulta posible trabajar en educación, comprender lo que acontece en sus escenarios, elaborar las relaciones pedagógicas, sin solicitar la ayuda

de *conceptos exploradores* que encontramos en el psicoanálisis.

Podría decirse que es cuando parecemos confrontados al fracaso de la cultura, cuando la crisis de la educación se vuelve casi pesadilla de las políticas e insoportable el sufrimiento de tantos sujetos, cuando se apaga la libidinización de las prácticas del oficio de enseñar... Es entonces cuando salimos a buscar unas brasas, unos conceptos en el territorio fundacional del psicoanálisis para reavivar unas catectizaciones. Parece entonces invertirse la expectativa del momento freudiano fundacional. La educación parte a buscar brasas para alimentar su fuego en el territorio del psicoanálisis.

Explorar poniendo a trabajar conceptos de uno en otro campo, implica para algunos de nosotros imponerse y aceptar una regla, la que señala que no se deben confundir los encuadres, anular las especificidades, desconocer las diferencias.

Todo concepto explorador *da a pensar más*, a condición de que no sea aplicación salvaje, desprecio. La abstención de interpretación, herramienta de intervención clínica propia del psicoanálisis, se impone (nos la imponemos). Será entonces cuestión –después de haber explorado–

de encontrar en la lengua propia de la pedagogía, en lo específico de sus haceres, los modos de poner a trabajar lo comprendido... Finalmente, se trata de saber acerca de lo que a *uno se le juega* más que saber a propósito del otro... (todo otro tiene derecho al secreto de lo que acontece en su mundo interno, en los contextos en que desempeña y toma una palabra pública o en las instituciones a las que asiste obligado, en nombre del mentado derecho a la educación).

Desde esta perspectiva, podemos testimoniar que conceptos originarios de un campo, puestos a explorar, sin prepotencia, otros, suelen ocasionalmente regalarnos hallazgos interesantes, al poner en evidencia aspectos que los andamiajes conceptuales propios dejaban en las sombras. Así se produce lo que podríamos llamar la posibilidad de *ampliar lo pensable*. Posibilidad debida por el carácter explorador y por el hecho mismo de que la posición de elegir explorar siempre predispone a un encuentro novedoso.

Así agradecemos hallazgos, remansos de entendimiento, oasis y alivios de comprensión, ocasiones de reflexión, a nociones y conceptos que han encontrado su nombre y los contornos difusos de sus primeras definiciones en el llamado *momento freudiano*, para verse luego discutidas en los despliegues que sucedieron a esos tiempos fundacionales del psicoanálisis y que tuvieron y tienen distintas voces, con diferentes posiciones y desarrollos. Despliegues y desarrollos con efectos en la clínica, en el pensamiento clínico, y también en los modos de comprender e intervenir en el gran territorio

de la cultura, ese que se entiende como el que volvería posible a más de una generación el caminar juntas.⁹

Llevó mucho tiempo la reformulación feliz que Guy Rosolato (1993)¹⁰ abre al sostener la distinción entre *aplicación* y la posibilidad de una *exploración* que, renunciando a toda seducción y conquista, permita pensar más, elaborar, tramitar, dar a ver, dar a saber... Una vez abierta esa vía, asociar en la reflexión, pedagogía y psicoanálisis significa intentar inventar un diálogo, establecer unas conversaciones¹¹ entre teorizaciones y haceres que se definen de maneras distintas.

Para que la conversación se insinúe, para que el diálogo se ensaye, parece necesario que una renuncia se acepte: la renuncia a la aplicación, ya que toda aplicación tiende a manifestarse desde un lugar de poder, de estratificación, desde una presunción e imposición de verdad que dejaría sin palabras a una de las partes.

¿Algo más en común? Por supuesto, la lista de lo que tienen en común psicoanálisis y pedagogía es tan extensa como sus diferencias y más extensa de lo que aquí se puntúa, pero nos importa destacar que *educar* y *psicoanalizar* como verbos, y *pedagogía* y *psicoanálisis* como lenguas disciplinares (por cierto, eternamente indisciplinadas cuando no se dejan cristalizar por escuelas que las atrincheran y cristalizan), se volvieron compañeros de ruta al ser enlazados por una *boutade* (broma, provocación, chiste) de un autor que Freud no menciona;¹² *boutade*, la ironía que señalaba lo *imposible* de los propósitos.

9. Es decir, sin tener que renovar la materialidad del asesinato del padre ni el exterminio de los hijos.

10. Toda la obra de este psicoanalista ofrece interesantes pistas para el pensar. Nos contentamos aquí –sin desmerecer el aporte de otros trabajos– con remitir especialmente a *Pour une psychanalyse exploratrice de la culture* (Rosolato, 1993).

11. Queremos señalar la existencia de un grupo institucionalizado que ha hecho de la conversación entre pedagogía y psicoanálisis su encuadre, creando un continente para el pensar. Se trata del grupo inicialmente organizado por María Paulina Mejía, ahora coordinado por Sarah Flórez Atehortúa. Espacio que alberga intercambios generosos y alentadores para el pensar con otros en el seno de la Universidad de Antioquia (Colombia).

12. Sigmund Freud, como todos recordamos, destaca en el año 1937 en su texto “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937/1978-1985) tres oficios imposibles, destacando que hace “suya” una *boutade* de alguien que no menciona. Otros, desde otras lenguas disciplinares como la filosofía, con el tiempo han ampliado la lista de los imposibles y agregan la “imposibilidad de hacer justicia” (Tassin, 2012).

Si bien la alusión a la imposibilidad no cesa de desdecirse en el trabajo intelectual del que recoge la *boutade* (la que finalmente se le atribuye), queda subrayada una advertencia, una especie de imperativo de elaboración del *no todo, no del todo ni totalmente, jamás completamente*, propio de los oficios que implican el encuentro y el trabajo con los otros, y que se efectivizan sobre la atribución de una asimetría (simbólica) de saber¹³ y de poder que no se propone ser explotada como desigualdad.

Se generaron desde entonces (o se profundizaron) una serie de *malos entendidos* (ocasionalmente fructíferos, muchas otras veces mortíferos), dado que a pesar de la *boutade* que los menciona como equivalentes, la historia de la relación entre los términos da cuenta de la complejidad de lo que está en juego y de la dificultad para que no se exprese, a través de reiterados intentos de colonización y conquista, algo de un desconocimiento que se vuelve desprecio (voluntad de ignorar), que no propicia ningún diálogo (el diálogo supone dar al otro el estatuto de interlocutor).

Disputas, sometimientos, justas indignaciones, dudas en las opciones y filiaciones identitarias signan y firman lo que quizás ya tenía presencia desde antes de la *boutade*, pero sin duda desde ella y a partir de la manera en que ocuparse (por el psicoanálisis) firman en el origen un lazo que no cesa de hacer enigma y de dar cuenta de la “necesidad” de ser atendido.

Lo que, por lo que tienen en común, gracias a pensar con, se vuelve pensable...¹⁵

Volver pensables los *impasses* en la transmisión de la cultura, la *hostilidad a la cultura*, el desandamiento del trabajoso recorrido que llevó *de la horda al Estado*,¹⁵ la inhibición que afecta al ejercicio del oficio de educar, se nos presenta, se nos impone como una necesidad...

Digámoslo así: entre grandes y chicos algo *está en juego*, algo *se pone en juego*, es decir, afecta, concierne y altera los *gestos antropológicos* (propios de la diferencia generacional) de recibir y alojar (con una hospitalidad tan deseable como poco evidente). Actividad que implica el gesto inaugural de separar y los *actos políticos* de sostener, acompañar, educar, colaborar con que el pequeño adquiera las palabras, se ponga de pie, crezca y marche (criar, educar, hacer *holding*, dejar partir, poniéndose en juego todo a la vez).

Entre¹⁶ separar y juntar, olvidar y recordar, desaprender y aprender, ligar y desligar, afectar y desafectar, sueños y vida diurna; entre la violencia originaria y sus exorcismos institucionales¹⁷; entre lo desconocido cognoscible y lo desconocido incognoscible (Rosolato, 1978), andamos los sujetos y viniendo por los senderos siempre abiertos entre el inconsciente (y el pensamiento inconsciente¹⁸) y la *conciencia posible* que produce el trabajo de la cultura (ese trabajo al que una mirada contemporánea puede señalar como fracasado). Trabajo de la cultura que, como puntuara Jacques Hassoun (1995), implica y deviene para toda sociedad un *imperativo de transmisión*.

13. Atribución que produce “efecto” en la producción que resulta de la transferencia, que se identifica con ella y que recibió ocasionalmente la nominación de sujeto supuesto saber en la formulación lacaniana.

14. Título “tomado prestado” del libro de André Green (2013).

15. Título de la tesis de doctorado de uno de los fundadores de la llamada sociología clínica (Eugene Enriquez [1990], cuyas hipótesis sobre la pulsión de los rostros de la pulsión de muerte abren posibilidades de comprensión interesantes).

16. La opción por el “entre” en este ensayo da cuenta de la simultaneidad de lo que acontece, del reconocimiento y respeto por el movimiento, del sentido estructurante de lo negativo, de la importancia de lo que se teje y entreteje en la intrincación de los movimientos pulsionales. Cada par de nociones mencionadas conduce a una extensa bibliografía de referencia.

17. Eugene Enriquez: invitamos nuevamente a la lectura de la obra de este sociólogo clínico, cuyos aportes a la comprensión de la vida en común y la cultura resultan significativos.

18. Remitimos nuevamente a Bollas (2013).

Entre grandes y chicos, *se ponen en juego políticas objetivables* que se enuncian en nombre de la razón, lo racional, y también las que Marc Nacht (2004) denomina *políticas del inconsciente*. No se trata de ignorar lo que se enuncia desde la conciencia, sino de admitir que en lo objetivable no están ausentes las expresiones de lo que se juega en los territorios arcaicos, originarios del mundo interno del aparato psíquico de los sujetos.

Es necesario admitir a fuerza de constatar que, en lo que se produce en el mundo externo, en las geografías de lo social, se deja ver en filigrana lo turbulento de lo primario. De la misma manera que en los avatares de la transmisión se encuentran las trazas de las historias políticas y de los traumas que intergeneracionalmente afectan o interrumpen la transmisión¹⁹ y “dicen” de la locura en tanto dislocación radical del lazo social como lo elaboran y proponen Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière (2011).

Quizás en estas cuestiones resida el sentido de unas exploraciones que diluyan la angustia, limiten el síntoma e impidan la inhibición.

Referencias

Agamben, G. (2012). *Opus Dei. Arqueología del oficio*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Bailly, J. C. (1997). *Le propre du langage* (pp. 58-59). Paris: Seuil.

Bauchau, H. (1990). *OEdipe sur la route*. Arlés: Actes Sud.

Bollas, C. (2013). *La pregunta infinita*. Buenos Aires: Paidós.

Cifali, M. (1992). *¿Freud pedagogo?* México DF: Siglo XXI.

Davoine, F. & Gaudillière, J. M. (2011). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Enriquez, E. (1990). *Da horda ao estado. Psicanálise do vínculo social*. Rio de Janeiro: Zahar.

Freud, S. (1978-1985), *Análisis terminable e interminable*. En S. Freud (Ed.), *Obras completas* (Vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1937).

Frigerio, G. (2004). *La división de las infancias. Ensayos sobre la enigmática pulsión antiarcontica*. Buenos Aires: Del Estante.

Frigerio, G. & Diker, G. (2005). En la cinta de Moebius. En G. Frigerio & G. Diker (Eds.), *Educar: ese acto político*. Buenos Aires: Del Estante.

Frigerio, G. & Diker, G. (2010). Curioseando saberes e ignorancias. En G. Frigerio & G. Diker (Eds.), *Saberes alterados*. Buenos Aires: Del Estante.

Green, A. (2013). *Penser la psychanalyse avec Bion, Lacan, Winnicott, Laplanche, Aulagnier, Anzieu, Rosolato*. Paris: Les Éditions de l'Œdipe.

Gribinski, M. (2009). *Les scènes indésirables*. Paris: De l'Œdipe.

Hagner, M. (2012). *El preceptor. Un caso de educación criminal en Alemania*. Buenos Aires: Mardulce.

Hassoun, J. (1995). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Legendre, P. (1996). *La fabrique de l'homme occidental*. Paris: Mille et Une Nuits.

Legendre, P. (2010). *Le point fixe*. Paris: Mille et Une Nuits.

Mijolla Mellor, S. de (2009). *Le choix de la sublimation*. Paris: PUF.

Mijolla Mellor, S. de (2012). *Traité de la sublimation*. Paris: PUF.

Miller, A. (1985). *Por tu propio bien*. Barcelona: Tusquets.

Millot, C. (1990). *Freud anti-pedagogo*. México DF: Paidós.

Nacht, M. (2004). *L'inconscient et le politique*. Toulouse: Érès.

Pontalis, J. B. (2000). *Fenêtres*. Paris: Gallimard.

Rancière, J. (2002). *El maestro ignorante*. Belo Horizonte: Autêntica.

Rancière, A. (2004). La philosophie en déplacement. En A. Marianne (Ed.), *La vocation philosophique*. Paris: Bayard.

Rosolato, G. (1978). *La relation d'incommu*. Paris: Gallimard.

Rosolato, G. (1993). *Pour une psychanalyse exploratrice de la culture*. Paris: PUF.

Tassin, E. (2012). L'impossibilité de la justice et la cité divisée. En E. Tassin (Ed.), *Le maléfice de la vie à plusieurs*. Paris: Bayard.

19. Sobre estas cuestiones pueden leerse trabajos de Marcelo Viñar y Alberto Konicheckis (psicoanalistas de origen uruguayo) y unos ensayos de la autora de esta nota.

Arquitectura y psicoanálisis: múltiples intereses

En el contexto de los múltiples intereses del psicoanálisis resuenan los descubrimientos freudianos y su producción de efectos en relación con la arquitectura. La actividad del arquitecto implica no solamente un creador original, sino también alguien que no puede producir su obra sin la influencia del contexto, lo cual supone un campo cultural e histórico que lo lleva a una producción más colectiva, de la cual participan los significantes que circulan en una comunidad en un determinado tiempo histórico. Es en ese sentido que los significantes freudianos son fundamentales.

Una de las herencias legadas por el psicoanálisis tendría que ver con la función de la imagen de la casa, frecuente en los sueños y que, como señala Freud, sería uno de los pocos objetos con representación en el inconsciente. Dice Freud:

Son pocos los objetos que encuentran en el sueño una representación simbólica. El cuerpo humano en su totalidad; los padres, hijos, hermanos y hermanas; el nacimiento, la muerte, la desnudez y algunas pocas cosas más. La casa constituye la única representación típica. (Freud, 1916/1976, p. 183).



Parthenon, Atenas

Y aun agrega:

A mi juicio, si la “vivienda” llegó a constituirse como un símbolo femenino es por el hecho de que la propia mujer constituye un espacio en el cual el ser humano habita en su vida intrauterina. El símbolo “casa” ya nos es conocido desde ese punto de vista y la “mitología” y el estilo poético nos autorizan a admitir como otras representaciones simbólicas de la mujer las de castillo, fortaleza y ciudad. (Freud, 1916/1976, p. 192).

La casa es la propia constitución del vacío, representante de lo esencialmente humano:

* Director de la oficina Atelier Metropolitano de Río de Janeiro y “arquitectourbanista practicante”. Miembro asociado de la institución psicoanalítica Letra Freudiana de Río de Janeiro.

Patio, cielo encauzado (...).
El patio es el declive
por el cual se derrama
el cielo en la casa.
(Borges, 1974, p. 23).

Tanto en relación con la casa como en lo que hace a la ciudad debemos considerar siempre el espacio social, es decir, nos estamos refiriendo a lugares en los que se desarrollan los lazos entre los individuos. El psicoanálisis nos aporta elementos esenciales en ese sentido. Los espacios referidos son efecto de momentos de ruptura que dejan sus marcas, las que serán recuperadas, en el caso de la arquitectura, a través de la forma. Es en la elaboración formal del objeto arquitectónico que la intencionalidad estética y la respuesta a las condiciones de uso deben suponer un “agregado sensible” (Deleuze, 2010), una amalgama donde lo individual y lo colectivo se entrelazan, conectando ambos ámbitos, el de lo privado y lo público.

El mito del parricidio propuesto por Freud en “Tótem y tabú” (Freud, 1913/1974a) da cuenta de la esencia de la conformación de las comunidades y expresa el carácter destructivo y traumático que está en la base de la estructura del sujeto y sus vínculos.

En “El malestar en la cultura”, Freud (1930/1974b) reafirma este carácter, influenciado por las nuevas tecnologías de destrucción masiva y las guerras, que marcan el inicio del siglo XX y que presagiaban para él un futuro poco alentador.

El trauma participa tanto de lo individual como de lo colectivo. Esta noción de trauma atraviesa los textos de Freud y remite a una estructura temporal compleja tanto en lo que refiere a la constitución del psiquismo como en lo que hace al campo de la cultura.

El trauma que nos constituye individualmente está presente también en las ruinas acumuladas de la construcción de las ciudades, en las estratificaciones multitemporales que son comunes a ambos. Esta construcción, en ambos casos, se presenta como una superposición compleja que demanda la interpretación de los fragmentos. De este modo, Freud va a formular la

constitución del sujeto como aquel que tiene que convivir con traumas y restos desde el origen.

Sin embargo, existen momentos históricos precisos en los que se expresan con mayor intensidad las situaciones traumáticas. Por este motivo, es necesario en el campo de la arquitectura y del urbanismo trazar estrategias para redireccionar los procesos en curso, a través de intervenciones capaces de permitir una nueva conectividad de la estructura urbana, posibilitando articular las diferencias cuando éstas se tornan intolerables.

Cuando se constata algo de este orden de lo traumático, tal como la “ciudad dividida”, surge la exigencia de establecer nuevas conexiones a partir de proyectos de estructuración socio-espacial capaces de articular lo estratégico (la cuestión urbana considerada a largo plazo) con intervenciones puntuales específicas, capaces de responder a las urgencias mayores. Los síntomas, efecto de tales rupturas, podrían ser campo fértil para propiciar nuevas salidas, aunque ello no siempre sucede así.

La “forma” será el medio por el cual el arquitecto podrá comunicarse con otro, es decir, funcionará como lenguaje. Es el lenguaje de la escritura arquitectónica el capaz de enlazar lo imaginario a la construcción y a lo real del mundo. Capaz de producir efectos re-subjetivadores en relación con el espacio, emparentando la arquitectura con el arte y trascendiendo la respuesta inmediata para contribuir a formalizar, espacializar “necesidades” que, traducidas en una “composición” arquitectónica o urbanística, podrán expresar los ideales de una sociedad en un determinado momento histórico. Sea una casa, un grupo de construcciones en una calle o en un barrio entero, “la forma, cuando crea belleza, llega a ser funcional y, por lo tanto, fundamental para la arquitectura”, como dice Oscar Niemeyer en entrevista para el canal Arte 1, exhibida en 2013 (Wajnberg & Gomes, 2000); a través de la elaboración estética, la arquitectura puede emparentarse con el arte, creando un lugar de confluencia entre lo universal y lo particular.

En el mito de “Tótem y tabú” (Freud, 1913/1974a), el asesinato del padre marca el carácter violento de la construcción de la comu-

nidad, el cual es seguido por un segundo tiempo de adoración a quien se eliminó. El posterior surgimiento de la culpa colectiva es el rescate imprescindible de su triunfo, escrito en la prohibición totémica antes de pasar a instaurarse como ley. Este mito evidentemente es una construcción de Freud y una forma de mostrar los elementos lógicos que dan cuenta del precio que debe pagar el hombre por el acceso al lenguaje. El drama totémico inaugura la dimensión de lo simbólico, que no se produce sin una pérdida primordial que marca la relación del sujeto con respecto al campo del Otro.

Este mito nos enseña cómo se enlaza la oposición dentro-fuera y cómo, bajo su velo, se manifiestan las obras culturales, incluidas la arquitectura y el urbanismo. Se destaca así la especificidad de lo simbólico, que se constituye en las líneas de ruptura marcadas por los episodios trágicos y por el asesinato, promoviendo después la identificación simbólica. Pero también apunta a lo real que escapa, pérdida fundamental que deja al ser sumergido en algo que lo excede. Esa condición de exceso, de goce, se va a manifestar en forma de síntomas, angustias y miedos.

La arquitectura barroca tiene una función de paradigma en relación con el goce, donde el exceso y la repetición se revelan como expresión de la acción del significante. Su forma de hablar dice de sí que no está allí para servir para nada. El exceso en el barroco (una voluta de más, un pliegue de más) desafía todo utilitarismo y se inscribe en el ideal de belleza ligado por excelencia al goce.

Un texto freudiano que genera resonancias para la relación arquitectura-psicoanálisis y para el trabajo que realiza un arquitecto es "Construcciones en el análisis". En este texto, Freud (1937/1987) se pregunta en qué consiste el trabajo analítico y se dispone a responder frente a las deformaciones de éste que en la época comenzaron a circular y que fueron tan bien recibidas por los opositores del psicoanálisis.

El trabajo de análisis busca inducir al paciente a abandonar las represiones propias de su desarrollo y a sustituirlas por otras reaccio-

nes en condiciones psíquicas diferentes (Freud, 1937/1987, p. 275). Sus síntomas e inhibiciones serían consecuencia de tales represiones.

De este modo, el paciente es llevado a recordar ciertas experiencias y las mociones afectivas por ellas evocadas. Freud (1937/1987) se pregunta "qué tipo de material pone a nuestra disposición el paciente para recuperar aquellos recuerdos perdidos" (p. 276). Y responde que provee de fragmentos de sueños, de ideas que hacen alusión a lo reprimido, siempre deformado; sugerencias de repeticiones de afectos que pertenecen al material reprimido. "Es de esa materia prima, si es que la podemos describir así, que tenemos que obtener lo que buscamos" (Freud, 1937/1987, p. 276). En el análisis, el trabajo consta de dos partes diferentes. Por un lado, la que corresponde al paciente y, por el otro, la tarea desempeñada por el analista, que no experimentó ni reprimió nada del material en consideración. La tarea del analista consiste también en construir o reconstruir a partir de las trazas de lo que fue olvidado y está siendo rememorado. La ocasión y el modo de comunicar lo que está siendo construido, así como las explicaciones que lo acompañan, corresponden a un anudamiento de la función del analista con el trabajo del paciente. Eso implica el acto analítico, sustentado por el analista y que comporta la función del deseo. Para Freud (1937/1987), "el trabajo de construcción o reconstrucción se asemeja mucho a la excavación de una vivienda o de un edificio" (p. 277).

Sorprenden los significantes utilizados: *fragmentos, materia prima, conexión, edificios, excavación*, familiares al campo de la arquitectura y del urbanismo. En arquitectura no se trata tan sólo de materiales reunidos para generar una construcción que llegue a tener una función. Para hacer una correlación entre el trabajo analítico y el proyecto arquitectónico, podríamos decir que la construcción en arquitectura depende del cómo se dé esa integración de materiales, lo cual supone el trabajo y el acto de generar un proyecto por parte de un arquitecto. Allí se juega la ética y la estética de un arquitecto, determinando algo que va más allá de la simple

construcción - “con materiales crudos construir relaciones conmovedoras”, según Le Corbusier (Boesiger & Girsberger, 1927/1967). En ese acto arquitectónico se realiza algo que da cuenta del posicionamiento del arquitecto frente a las condicionantes de todo tipo que influyen en la demanda de un proyecto (económicas, técnicas, sociales) y que, como en el caso del paciente, volverá visible algo que estaba oculto.

Podemos desprender de lo anterior determinadas líneas de construcción arquitectónica, bajo condiciones específicas, que se expresan en diferentes tiempos y espacios.

La *arquitectura clásica* organizada como una composición marcada por el largo y el ancho, en la cual la forma expresa el surgimiento de nuevos valores ejemplificados en los templos y definidos por la combinación de lo vertical (columnas) y de lo horizontal (basamento y coronamiento), como en el Partenón; las catedrales góticas que expresan la elevación de la fe a través de los haces de líneas de sus columnas lobuladas que desmaterializan el peso de la piedra; la *arquitectura barroca* con el enmarañado de líneas que se van enroscando siempre en una vuelta más que adorna el cuerpo de la obra y expresa el puro placer del ornamento, el exceso que caracteriza algo del orden del goce; la *arquitectura moderna* que, al descomponer el objeto e independizar la sustentación de los cerramientos, permite invertir la lógica tradicional de lo pesado debajo y lo liviano arriba, regulando a través de la transparencia de los cuerpos la relación interior-exterior -*La fenêtre en longueur* de Le Corbusier (Boesiger & Girsberger, 1927/1967)-, que es uno de los medios para conseguirlo. Y hoy en día, la *arquitectura con-*

temporánea, con la materialidad libre (torsiones, contorsiones e intersecciones volumétricas complejas) posibilitada por el uso de diseño asistido por computadora que permite la “fluctuación” de la materia, como, por ejemplo, en el Museo Guggenheim de Bilbao.

Sin dejar de reconocer que en lo oculto del psiquismo estamos tratando de algo más complejo, hay de todas formas, también en la construcción en arquitectura, algo que se revela y que va más allá de ella.

Como dice Lacan, si este edificio nos solicita es porque, por metafórico que sea, está bien hecho para recordarnos lo que diferencia a la arquitectura del edificio: es decir, una potencia lógica que ordena (la arquitectura) más allá de lo que el edificio supone de utilidad. De este modo, ninguna construcción, a menos que se reduzca a un barracón, puede prescindir de ese orden que la emparenta con el discurso. Esta lógica sólo se armoniza con la eficacia al dominarla y la discordancia entre ellas no es, en el arte de la construcción, un hecho apenas eventual (Lacan, 1960/1998, p. 705).

La arquitectura es obviamente anterior al psicoanálisis, pero se beneficia de los aportes del discurso analítico, el cual le permite hacer otra lectura y, por ende, otra escritura del que-hacer arquitectónico.

El psicoanálisis nos da elementos para poder reflexionar sobre el mismo mundo que la arquitectura contribuyó a crear, porque no es tan sólo un reflejo de ese mundo.



Casa Caio Blat, Portinho do Massarú, Rio de Janeiro

Referencias

- Boesiger, W. & Girsberger, H. (1967). La fenêtre en longueur - Les cinq points d'une architecture nouvelle. En W. Boesinger & H. Girsberger, *Le Corbusier 1910-65* (p. 44). Zurich: Les Editions d'Architecture. (Trabajo original publicado en 1927)
- Borges, J. L. (1974). Fervor de Buenos Aires, Un patio. En J.L. Borges, *Obras completas* (p. 23). Buenos Aires: Emecé.
- Deleuze, G. (2010). *Che cos'è l'atto di creazione?* Napoli: Cronopio.
- Freud, S. (1974a). Totem e tabu. En S. Freud, *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 13, pp. 13-209). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1913)
- Freud, S. (1974b). O mal-estar na civilização. En S. Freud, *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 75-171). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1930)
- Freud, S. (1976). Conferências introdutórias sobre psicanálise. En S. Freud, *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 15). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1916)
- Freud, S. (1987). Construções em análise. En S. Freud, *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 275-277). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1937)
- Lacan, J. (1998). À memória de Ernest Jones: sobre sua teoria do simbolismo. En J. Lacan, *Escritos* (p. 705). Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1960)
- Wajnberg, M. H. & Gomes, M. (2000). *Oscar Niemeyer: O arquiteto do século* (Documental). Brasil: Canal Arte 1. (Exibido el 03/12/2013).

El secreto en los ojos

Solamente el delirio puede hacernos creer que todo pasa por algo. Pero los acontecimientos históricos, ciertas invenciones técnicas y artísticas, algunas obsesiones colectivas no son meros productos del azar. Las fuerzas simbólicas que determinan en parte la historia de los pueblos y los deseos de los hombres provienen de una multiplicidad de prácticas que tienen un impacto en la subjetividad, en un tiempo y espacio específicos. La contingencia es el principio o la condición inicial de cualquier evento, lo que no implica una indeterminación radical.

Tras esta declaración inicial, se puede decir sin temer malos entendidos que el cine y el psicoanálisis nacieron prácticamente al mismo tiempo, en 1895, cinco años antes del cambio de siglo, instante que prometía un viraje luminoso en casi todos los órdenes posibles que organizaban el mundo de los hombres. La invención de la fotografía fue seguida por la invención de la *cinematografía*. La naturaleza estática de la foto que, a partir de la luz, producía efectos en los cuerpos, era superada ahora por el movimiento de la luz y de los cuerpos; de ello se predicaba una posibilidad inédita para observar la vida humana y el mundo circundante. Es que el cine no solamente devino en arte popular por antonomasia, arte capaz de entretener por su poder intrínseco de sintetizar historias, epopeyas y grandes relatos en un tiempo breve de duración, sino que además instituyó indirectamente nuevas formas de ver.

El primerísimo plano y los fundidos encadenados, por ejemplo, no eran operaciones perceptivas características de nuestros hábitos ópticos. Nacieron con el cine y con éste fueron incorporados a nuestro sistema de representación espacial.

Pero no todo residía en la expansión y multiplicación de perspectivas. Con el cinematógrafo apareció una posibilidad de ver lo que está a la vista pero no puede ser captado exclusivamente por los ojos. En efecto, por primera vez se podía filmar prácticas sociales que no habíamos visto fuera de la condición de participantes. La cámara permitía establecer un distanciamiento metodológico que revelaba algún orden subyacente a esas prácticas. El suplemento mecánico de nuestra mirada, apoyado en un dispositivo llamado objetivo, permitió un nuevo recorte de lo real, secuencias de visibilidad imposibles para el ojo de los hombres. En otros términos, se constituyó un nuevo estadio observacional, lo que Walter Benjamin denominó con precisión y elegancia, hace más de 80 años, *inconsciente óptico*. Esta materialización de un orden visible no percibido por el ojo tendría un lógico correlato con lo que Benjamin sintetizó como *inconsciente pulsional*. Aquí, el descubrimiento consistiría en detectar toda una zona de la experiencia humana dominada por actos y expresiones que en principio no obedecían a un núcleo de control subjetivo.

* Crítico de cine argentino.



En definitiva, los hermanos Lumière se encontraron con Sigmund Freud, una intersección entre el psicoanálisis y el cine, dos invenciones ligadas estrictamente a las consecuencias de la Segunda Revolución Industrial, que también precipitó, a propósito de la técnica, cambios de paradigmas culturales y una total reconfiguración de la vida anímica. El cine nace de la industria; quizás el psicoanálisis surge como una respuesta a la aceleración de las patologías y a la deficiente adaptación de los sujetos respecto de un nuevo sistema de producción general.

Como sea, el psicoanálisis alteró paulatinamente los modos de hablar sobre la conducta, distribuyendo en el discurso social una batería conceptual desmarcada de un pretérito vocabulario metafísico, un léxico sin el peso de una historia semántica y densa, destituyendo así una cantidad de nociones heredadas y nat-

uralizadas que definían nuestras experiencias en relación con los deseos y las fantasías. El psicoanálisis ayudó a repensar nuestras prácticas, como también a ver y a escuchar de otra forma; en términos cinematográficos, instituyó un nuevo orden visual.

El cine, por su parte, modificó primero nuestra existencia óptica y, posteriormente, fue cambiando nuestra experiencia sensible del sonido. El único animal que habla estableció, gracias al ingenio fecundo de Freud, otra forma de escuchar lo que él mismo dice, lo que no se dice, lo que se dice sin decir o se dice investido por otros signos para enunciar algo sesgadoamente. El discurso y los enunciados fueron relevados de sus presuntas funciones exclusivamente comunicativas. Del mismo modo, el animal que mira y piensa, ese que ha hecho de la vista su sentido hiperbólico para explorar, aprendió que con una cámara podía ver cosas

nuevas del mundo y verse a sí mismo en él; podía mirar y mirarse de un modo radicalmente distinto. El poder del cine era más que la reproducción mecánica del reflejo de un mundo que estaba frente a los ojos y al objetivo de la cámara. No buscaba cristalizar una imagen especular, no intentaba ser un espejo de lo real. Más bien trataba de capturar lo que había detrás del espejo. Cuando el personaje principal de *Camera Buff* (Piotrowska, 1979) de Krzysztof Kieślowski descubre que con su cámara no sólo puede mirar el mundo que lo rodea, sino que también puede mirarse a sí mismo, el film empieza a configurar una noción de cine que va más allá de la idea de cine como un sistema organizado de circunstancias que dan movimiento a un hilo secreto que une los eventos y les da sentido. La fascinación del personaje por registrar el mundo es reforzada por un modesto aunque contundente *insight* sobre un poder aún mayor del cinematógrafo: la cámara puede volverse hacia quien está detrás de ella. El interior también es exterior frente a la cámara, del mismo modo que el inconsciente está expuesto, tan visible y audible en el discurso, aunque creamos que le gusta jugar a las escondidas.

II

En “El interés por el psicoanálisis”, un artículo publicado en 1913, Freud intenta explicar sucintamente cuál puede ser el aporte del psicoanálisis a la psicología y a las ciencias no psicológicas, como la biología, la lingüística, la filosofía, la sociología de la cultura y el arte. No habla explícitamente del cine, y en lo referente al arte, el aporte de su lectura más bien toma un camino legítimo aunque demasiado exiguo. Es lo que sucede si se intenta pensar la genealogía personal de una obra de arte, o cómo “el nexo entre las impresiones de la infancia y peripecias de vida del artista, por un lado, y por el otro sus obras como reacciones frente a esas incitaciones, constituye uno de los más atractivos objetos del abordaje analítico” (Freud, 1913/1990). En el mismo artículo, Freud agrega, como si intuyera que

todavía falta pensar más a fondo todo lo que concierne al arte frente al descubrimiento del inconsciente: “En lo demás, la mayoría de los problemas del crear y el gozar artísticos aún aguardan una elaboración que arroje sobre ellos la luz de un discernimiento analítico y les indique su puesto dentro del complicado edificio de las compensaciones de deseo del ser humano” (Freud, 1913/1990). Como se ve, su preocupación pasa por descifrar el lugar del deseo y la represión en la creación artística, comprensible si se tienen en cuenta los condicionamientos de su tiempo y el estadio de elaboración de su propia ciencia.

Sin embargo, desde un punto de vista cinematográfico, y considerando no tanto las operaciones psíquicas del artista sino más bien los modos en que los espectadores ven las imágenes en movimiento y el tipo de trabajo cognitivo que se pone en juego durante el visionado de una película, cabe destacar de este famoso artículo el primer apartado. Freud desarrolla un conjunto de indicaciones sobre cómo el psicoanálisis entiende la conducta, las acciones fallidas, el discurso y los sueños. En este sentido, Freud capta aún hoy el interés de la crítica cinematográfica, pues en su método de lectura de los sueños y lo que él denomina *operaciones fallidas* hay indicios de una zona discreta de yuxtaposición metodológica que un crítico de cine podría reconocer, apropiarse y ejercitar.

Las películas no son sueños, aun cuando las operaciones de montaje puedan explicarse a través de patrones psíquicos de asociación característicos de la vida onírica. Las películas presentan signos buscados con deliberación que no son necesariamente los elementos centrales de sus enunciados fundamentales. Todo film comporta un inconsciente, por decirlo de algún modo. El crítico de cine pone su atención no en un desliz del lenguaje de los personajes, un olvido o alguna torpeza inexplicable de estos, sino en cómo se ordenan los planos cinematográficos en la totalidad de la película. La puesta en escena, lo que sucede entre los planos y en los planos conforman la zona caliente del análisis. Es aquí donde se puede descifrar el

inconsciente de un film. Del mismo modo en que un sujeto no controla la totalidad de lo que dice, un cineasta no es capaz de subordinar todos los elementos materiales de un film a un conocimiento cabal de su arte y su película.

Freud estableció dos categorías para pensar los sueños: por un lado, *el contenido manifiesto del sueño*, es decir, el conjunto de signos que articula una suerte de relato onírico, lo que Freud llama también *desfiguraciones*, que van desplazando el sentido real del sueño. Por otro lado, los *pensamientos oníricos latentes*, donde eventualmente se cifra, a través del trabajo hermenéutico que compromete tanto al analista como al analizado, el deseo del analizado.

No se trata de aplicar o replicar este procedimiento de interpretación (de los sueños) en el contexto de lectura de una película, pero sí se puede vislumbrar cierta contigüidad entre sueño y película, y cierta proximidad de abordajes metodológicos. Cierzo es que el orden de representación manifiesto de una película no es necesariamente lo que la película como tal dice a través de sus enunciados, pues en toda película existe también un procedimiento de desfiguración. Lo que se dice, o lo que eventualmente un guión prefigura como discurso en la voz de sus personajes, se pone en duda y en la lógica de la puesta en escena. Es que en la lectura de la puesta en escena reside la *representación cinematográfica latente*.

Es por eso que *El hombre de al lado* (De la Torre, 2009) resulta paradigmática para pensar la dialéctica entre el *orden de representación manifiesto* y la *representación cinematográfica latente*. Se trata de una comedia exitosa, alabada por la crítica y ganadora de varios premios en distintos festivales; nadie parece dudar de las virtudes del tercer film de Mariano Cohn y Gastón Duprat.

El plano inicial no permite dudas: dividido en dos, en un falso plano-contraplano, vemos una pared blanca y otra negra; en realidad, se trata del afuera y el adentro de una misma pared que está siendo martillada. Es un dualismo conceptual omnipresente en la totalidad del film: blanco-negro, grasa-*snob*, luz-oscuridad,

voluptuosidad inconsciente-ascetismo involuntario; antagonismos al servicio de una tesis: existe una guerra de clases sin concesiones, amparada y sostenida aquí en una misantropía supuestamente humorística. En todo el film, a ningún personaje se le otorga un estándar mínimo de clemencia, y en la totalidad del relato sobrevuela un tono perverso jamás cuestionado (los dedos de Aráoz convertidos en dos piernas femeninas de cabaret bailando, rodeados de fetas de embutidos, bananas y otras especies, ofreciendo un numerito pseudoerótico a una preadolescente en un heterodoxo teatro de títeres, es la exposición inconsciente de un concepto de perversión aplicado a una clase).

La historia es sencilla: un famoso diseñador, Leonardo (Rafael Spregelburd), que vive con su hija y su mujer (y su mucama) en la única casa diseñada por Le Corbusier en América Latina, se sentirá intimidado por la presencia de un vecino que se ha mudado al lado de su casa y con quien comparte una medianera. Víctor (Aráoz) sólo pide un poco de luz, y considera que abrir una ventana es un derecho casi indiscutible, al menos hasta que se enfrenta con Leonardo, que reclama su derecho a la privacidad.

El hombre de al lado, a quien el film nunca le otorga el estatuto de vecino, es ostensiblemente miembro de otra tribu. Hay una escena autoconsciente cuyo propósito pareciera ser establecer una distancia respecto de los personajes *snob*. Leonardo les cuenta a unos amigos una anécdota que vivió con Víctor. Su descripción es siempre peyorativa, aunque el diseñador encuentra cierta vitalidad en *el grasa* de su vecino que le llama la atención (o que quizás envidia). Después, Leonardo, junto con otro amigo, escuchará música, el único instante en el que se cuestiona a Leonardo y a la gente de su clase, descontando, lógicamente, la decisión que el personaje tomará en el desenlace y que los realizadores desapruaban.

En una escena ideológicamente crucial, Leonardo espía, junto con su mujer, a Víctor teniendo sexo con una mujer más joven, un contraste esquemático entre los placeres obscenos y primitivos de Víctor y el deseo sublimado en

creatividad del culto Leonardo. Cohn y Duprat subrayan todas las diferencias posibles, y a lo largo del film aumentarán la fricción entre los personajes hasta encontrar una resolución diferida y cobarde de este retrato de clases enfrentadas. Pero la perspectiva del film no es imparcial. Es por eso que en muchos enfrentamientos entre Víctor y Leonardo, sobre todo en aquellos que tienen lugar en sus respectivas ventanas, la posición de la cámara adopta la mirada de Leonardo. La concepción formal de esas escenas explicita una perspectiva. El plano es la conciencia de los jóvenes directores. Así, nunca vemos cómo mira Víctor, y por eso todos los elementos humorísticos recaen sobre su conducta, sus excentricidades, giros idiomáticos, ocurrencias.

No hay comedia que no sea ideológica; por eso, en donde se esconde nuestra sonrisa también se descifra nuestra (in)consciencia de clase, nuestros (pre)juicios y nuestro modo de estar en el mundo. Las grandes comedias nos cuestionan; las otras, simplemente, refuerzan lo que creemos ser, y lo que suponemos son los otros.

En síntesis: la puesta en escena, la elección de jamás mirar desde la mirada del otro, es la clave desde donde se articula la totalidad de los planos, el elemento estructural que organiza los signos. Al descubrirlo, las “desfiguraciones” pierden su protección simbólica. Es importarte decir que para analizar una película hay un trabajo de reconocimiento de la forma cinematográfica, que determina los sentidos. No se trata, entonces, a diferencia del análisis del psiquismo, de un choque yuxtapuesto de sentidos sino más bien de visualizar la estructura formal que concatena el sentido explícito del film y eventualmente oculta su sentido implícito.

III

El fuera de campo es una noción cinematográfica importante. Por *fuera de campo* se entiende todo aquello que de cierta forma significa y signa una escena –y, eventualmente, toda una película–, pero que permanece, a pesar de su función semántica determinante, sin

visibilidad alguna. El acto de mostrar y no mostrar, aquello a lo que se le otorga visibilidad o invisibilidad, resulta esencial para pensar el cine. El terror, por ejemplo, siempre se ha constituido en torno a una operación formal que oscila entre mostrar y no mostrar. Es lógico: si la fuente del terror suele asociarse a lo desconocido, el develamiento del objeto de terror es justamente su debilitamiento como agente del miedo. Retener la fuente del terror ha sido siempre una virtud practicada por todo buen cineasta. La indeterminación molesta e incómoda, pues en la no identificación de la fuente del miedo recae la fuerza del malestar que el género solicita para ser eficiente.

En ciertas películas, el fuera de campo es una noción trabajada, pero en ciertas circunstancias la ausencia como tal es más una consecuencia de un olvido y algo no buscado. He aquí una suerte de *operación fallida*. Un buen ejemplo para constatar el problema es analizar a fondo la celebrada *El lobo de Wall Street* (Aziz, 2013), de Martin Scorsese, una película frenética, cuya dinámica excesiva arrastra al espectador como si éste estuviera estimulado por las mismas drogas que toman sus protagonistas. Todo es velocidad, movimiento, vértigo, a tal punto que el personaje de Leo Di Caprio se convierte en un héroe del capitalismo financiero sin que el film detenga su marcha y su verosimilitud, incluso su mayor problema: la figura del otro, el contracampo difuso de la riqueza. Así es como la rapidez estimula y empuja al espectador a seguir la travesía ascendente (y descendente) de Jordan Belfort, un tipo devenido en millonario a partir de una estafa permanente a sus clientes maquillada como financiamiento, como si estuviéramos frente a un espectáculo interminable, o una larga función de circo en la que se suceden los números de su principal animador encarnado por Di Caprio, como señalara el crítico cordobés Ramiro Sonzini (2014).

El desenfreno de *El lobo de Wall Street* va delineando un fantasma que merodea, pero que Scorsese teme materializar. Esto se explica

en un olvido permanente, en un personaje conceptual que estará fuera de campo. La tribu de millonarios y los discípulos de Belfort viven porque han aprendido a enriquecerse de quienes invierten poco porque no tienen prácticamente nada. Para mayor contundencia, lo que se dice es: el gran fuera de campo en el film de Scorsese son todos aquellos que viven en una suerte de sometimiento diferido y sistemático como parte de una economía que contiene a los deudores como también a los especuladores de segunda categoría, los que despilfarran sus ahorros bajo la promesa de una mejor vida material. Esa clase trabajadora diezmada que cree en un posible enriquecimiento a partir de la oferta de inversión que hace una empresa sostenida en una quimera dignificada invierte su esperanza materialmente sin saber que de ese modo contribuye a la construcción de una nueva modalidad de millonario, una subjetividad obscena que se independiza de una historia y una herencia de la riqueza. Es la inversión de la figura de Robin Hood, aunque festejada como picardía en un sistema en el que cualquiera puede supuestamente devenir en millonario.

Excepto por algunas secuencias iniciales, la vida de los ricos ocupa siempre el espacio visual integral de la película. Pero inesperadamente, casi llegando al final, Scorsese introduce una postal del infierno que tiene lugar en el subterráneo, es decir, de nuestro mundo, una secuencia de menos de 20 segundos como si la vida de los pobres o del simple trabajador fuera algo así como la aparición de un paisaje ominoso, el reverso de la obscenidad en la que viven todos los personajes de *El lobo de Wall Street*. En ese infierno viven los otros, la gran mayoría, los corderos, quienes están ahí para sostener un modelo de vida delirante que

es de provecho para algunos otros. Los “corderos” constituyen el verdadero fuera de campo de toda la película. Es algo que desborda al propio film. He aquí entonces la *operación fallida* por excelencia de *El lobo de Wall Street*. Es el desliz en el que el realizador se enfrenta desordenadamente con un elemento traumático de su propia condición material, imposible de ser articulado en su propio universo simbólico.

IV

Un método peligroso (Alexandra, 2011), *Augustine* (Madelaine, 2012) y *Sobreviviendo a la vida* (Field, 2010), tres películas recientes, vuelven sobre episodios o temas propios del universo psicoanalítico. Nunca está de más ver la propia historia del psicoanálisis reciclada en películas de alcance masivo, o intentos –como es el caso de Jan Svankmajer en *Sobreviviendo a la vida*– de ilustrar la vida inconsciente en una película, como lo hiciera conscientemente Alfred Hitchcock en dos oportunidades: en *Cuéntame tu vida* (Selznick, 1945) y más tarde en *Marnie, la ladrona* (Hitchcock, 1964). El psicoanálisis va al cine y el cine al psicoanálisis. Es lógico que dos formas de explorar el deseo y la vida inconsciente vayan de la mano. Pensar psicoanalíticamente el cine puede servir para contrarrestar cierta tendencia en el cine a normalizar el deseo y a fijar un solo régimen poético de imágenes. Por otra parte, repitiendo la fórmula de Félix Guattari, el cine puede seguir siendo (o volver a ser) el psicoanálisis del pueblo. Como sea, en ese ida y vuelta entre una práctica de interrogación discursiva de la intimidad y una forma de representación visual y sonora de nuestras prácticas sociales se pone en juego una vía para insistir en el deseo y en formas inesperadas de articularlo.

Referencias

- Alexandra, T. (Productor), & Cronenberg, D. (Director). (2011). *Un método peligroso* (Película). Reino Unido: Recorded Picture Company.
- Aziz, R. (Productor), & Scorsese, M. (Director). (2013). *El lobo de Wall Street* (Película). Estados Unidos: Paramount Pictures.
- Field, S. (Productor), & Svankmajer, J. (Director). (2010). *Sobreviviendo a la vida* (Película). República Checa: Athanor
- Freud, S. (1990). El interés por el psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913)
- Hitchcock, A. (Productor), & Hitchcock, A. (Director). (1964). *Marnie, la ladrona* (Película). Estados Unidos: Universal Pictures.
- Madelaine, I. (Productor), & Winocour, A. (Director). (2012). *Augustine* (Película). Francia: Dharamsala.
- Piotrowska, W. (Productor), & Kieślowski, K. (Director). (1979). *Camera Buff* [El amateur] (Película). Polonia: Film Polski.
- Selznick, D. (Productor), & Hitchcock, A. (Director). (1945). *Cuéntame tu vida* (Película). Estados Unidos: Selznick International Pictures.
- Sonzini, R. (marzo de 2014). *Cinéfilo*, 16.
- Torre, M. B. de la (Productor), Cohn, M. & Duprat, G. (Directores). (2009). *El hombre de al lado* (Película). Argentina: Aleph Media.

Psicoanálisis y literatura: convergencias, divergencias¹

La interfase los campos del psicoanálisis y la literatura es tan amplia que se torna difícil delimitar, en un breve espacio, sus interacciones y alejamientos. Es éste un territorio singular que se abre al analista, desde los textos o desde la palabra en sesión de análisis, cuya riqueza y complejidad abarcan diversos temas y procedimientos comunes a la crítica literaria y a la práctica psicoanalítica. Intentaré trazar aquí algunas posibilidades de aproximación entre ambos y esbozar en la segunda parte, que llamé “ejercicio de lectura”, pequeños comentarios analíticos de un relato de Mario de Andrade, del libro *Cuentos nuevos*. La idea no es la de una ilustración ejemplar de conceptos, sino la de respetar el texto literario como generador de significaciones en el encuentro con el lector inspirado por el psicoanálisis.

Lo que caracteriza, primordialmente, este campo interdisciplinario es, por encima de todo, la palabra y sus múltiples deslizamientos. Y esa palabra móvil, cambiante y creadora está en los textos de los escritores, pero también en la conversación diaria de los pacientes en sus relatos de sueños, en sus actos fallidos, sus lapsus de lenguaje. La materia prima es, sobre todo, la palabra y lo que lleva consigo, como un tronco deslizándose río abajo, fundiéndose

con las raíces, las astillas, los pedazos de residuos flotantes, arrastrando todo en su movimiento continuo.

Tanto en la clínica como en el arte, como es el caso de la literatura, el inconsciente aflora y busca espacio para existir más allá o más acá de las amarras que nos atan a los sistemas de significación y de regulación. Pero es esa dinámica de revelar y ocultar las caras del deseo la que aproxima la palabra poética a la palabra en análisis. Ambas dicen lo que en la vida ordinaria y común no podemos escuchar. Se encuentran así en condición de signo desautomatizante, desalienante, inusitado, que rompe el *statu quo* de la lengua y desafía a lo que insiste en ordenarse. Siempre me inspiro en la hermosa frase de Octavio Paz: “La expresión estética es irreductible a la palabra y, sin embargo, tan sólo la palabra puede expresarla”. Tanto el psicoanálisis como la literatura hablan de algo que escapa de la trama del lenguaje, pero que sólo en ella puede ser capturado (Meneses, 1995, p. 15).

Las correspondencias entre literatura y psicoanálisis pasan por muchos caminos comunes, pero son campos diversos y no se reducen el uno al otro, puesto que conservan innumerables especificidades. Es solamente como analogía

* Prof. Dr. de literatura brasileña en la Universidad de San Pablo (USP).

1. Este texto se basa en la clase inaugural que presentó en el Programa de Estudios para Post-Graduados en Literatura y Crítica Literaria de la PUC (Pontificia Universidad Católica)-SP, publicada posteriormente con el título “Psicoanálisis y literatura: Reflexiones” por la revista digital FronteraZ (São Paulo, n° 7, Dic/2011). La presente versión mantiene varios pasajes del texto original pero modifica otros y agrega nuevos, como el del “ejercicio de lectura” del cuento de Mario de Andrade.

que se pueden llegar a encontrar. Y es sobre todo en su alteridad con el psicoanálisis que la literatura interesa, justamente, por no confundirse con ella. La literatura siempre proveyó de metáforas, imágenes, arquetipos y conceptos al saber psicoanalítico, los cuales fueron aprovechados en múltiples instancias (Edipo, narcisismo, bovarismo, entre tantos), lo cual muestra la anterioridad y supremacía de la experiencia literaria. Como dice Leyla Perrone-Moisés, “es por el hecho de lidiar siempre con metáforas que la literatura no necesitó esperar al psicoanálisis para decir de lo inconsciente y su complejo funcionamiento” (Perrone-Moisés, 2002, p. 211). Ciertamente, esta es una relación recíproca, sin embargo, en la contabilidad general, creo que el psicoanálisis le debe más a la literatura que a la inversa.

Cuando le preguntaron a Freud cuáles habían sido sus maestros, el fundador del psicoanálisis respondió con un gesto que apuntaba a los estantes de su biblioteca en los que figuraban los monumentos de la literatura universal. Todos saben que Freud era un gran lector de los clásicos (clásico en Austria y hasta 1870, cabe recordar): Homero, Hesíodo, Cervantes, Hoffman, Rabelais, Schiller, Dostoievski, Flaubert, Thomas Mann, Stefan Zweig y Zola, entre otros.

Se dice que Freud, como científico, era un gran escritor. Su doctrina nos llega por la fuerza de las palabras, cuya escritura fue reconocida como literaria en 1930, al ganar el premio Goethe, único premio que obtuvo. En más de una oportunidad Freud reconoció esta vocación: “aunque bajo la apariencia de científico, he sido y continúo siendo un poeta y un romántico: el Psicoanálisis no deja de ser sino la transposición de una vocación literaria hacia el campo de la psicología y de la patología” (Papini, 1973).

En esta misma línea, es famosa la carta de Freud al escritor austríaco Arthur Schnitzler:

“Pienso que lo evité por una especie de temor de encontrarme con mi doble. El señor ha llegado a saber, por intuición –y realmente a partir de una fina auto-observación– todo lo que yo he descubierto en otras personas



por medio de un laborioso trabajo”. Schnitzler, por su parte, sabía hasta qué punto tales afinidades eran profundas: “En literatura recorro el mismo camino que aquel por el cual avanza Freud, en la ciencia, con sorprendente audacia. De todos modos, ambos, poeta y psicoanalista, observamos a través de la ventana del alma” (Kon, 1997, p. 140).

La relación de Freud con la literatura revela cómo él tomaba al arte como fuerte aliado en el desafío de crear un nuevo territorio de acercamiento a la subjetividad: el psicoanálisis. Esta siempre fue, en este sentido, una hermenéutica, es decir, un saber interpretativo. Mientras que la psiquiatría clásica describía enfermedades sin escuchar la totalidad del individuo ni el sentido de sus actos, Freud inauguraba una



nueva escucha para el sujeto del inconsciente. Por ello no podía dialogar con la ciencia de su época, porque su interés estaba en construir la génesis de este sujeto y sus despliegues sintomáticos, atribuyendo sentidos donde, hasta entonces, sólo se veía insensatez. El otro del psicoanálisis verdaderamente no podía ser la medicina positivista o la biología, pero sí la poesía y sus ambivalencias, sus desvíos, disfraces, ocultamientos y revelaciones (Pedral, 2004). Es claro que, a pesar de ello, el *zeitgeist* de la época impregnó a Freud, que buscaba por encima de todo ser reconocido como científico. Como recuerda Pontalis, “Freud es inflexible, su dios es el Logos”. Y retoma la enérgica advertencia de Freud: “No intentemos ofrecer literatura en lugar de conocimiento” (Gómez Mango & Pontalis, 2013, p. 214).

Sin embargo, tal vez a pesar de su propia rebeldía, el investigador del alma se abrió al carácter imaginativo de su pensamiento y cedió a la corriente lírica de sus imágenes poéticas un lugar decisivo en su escritura. Sólo así, según el psicoanalista Mango, le fue posible al *dichter* (poeta creador) dar voz en las letras a su nuevo objeto científico –la verdad psíquica del hablante:

La escritura romántica [de Freud] es el nuevo instrumento que le permite al mismo tiempo explorar el objeto de su investigación y transmitir su resultado. Como si lo “romántico” fuera una cualidad de la vida psíquica que sólo el *dichter* [cursivas del autor] es capaz de aprender y representar (Gómez Mango & Pontalis, 2013, p. 220).

La dinámica interna de Freud entre el poeta y el pensador (*naturforscher*), se manifestó también en la ambivalencia de su relación con los artistas: el escritor sería tanto un precursor y un aliado, un visionario de los descubrimientos del inconsciente, como un manipulador, un ilusionista, un escapista. De la primera actitud, tenemos el famoso pasaje del ensayo sobre la *Gradiva* de Jensen, de 1906:

Los escritores son aliados sumamente valiosos, cuyo testimonio debe ser tomado en gran consideración, puesto que conocen toda una vasta gama de cuestiones entre el cielo y la tierra, muchas de las cuales nuestra filosofía todavía no nos ha permitido siquiera soñar (Freud, 1976, p. 18).

Pero, el otro lado, el que critica y desconfía, el que ve al arte como consuelo fugaz, opuesto al trabajo psicoanalítico que sí estaría al servicio de la iluminación y de la realidad, también se hace bastante presente en la obra de Freud, tal como se ve en este pasaje de *El malestar en la cultura*, de 1930: “No obstante, la suave narcosis a la que el arte nos induce, no hace más que generar un alejamiento pasajero de las presiones de las necesidades vitales, sin ser lo suficientemente fuerte como para hacernos olvidar la aflicción real” (Freud, 1976, p. 100).

¿Mistificación o revelación de la verdad? Esta “doble navegación”, como la llamó Monique Schneider,² acompaña toda la obra de Freud. El artista, dice Freud, teje el velo que el analista retira. Pero, en otros momentos, el arte parece proveer de ejemplos que Freud necesita para atribuir universalidad a sus descubrimientos, inspirándolo en la invención o consolidación de conceptos, como por ejemplo el complejo de castración, a partir del estudio del cuento de Hoffman, *El hombre de arena*, en su conocido ensayo *Lo ominoso*, de 1919.

Una de las intersecciones más importantes entre psicoanálisis y literatura proviene justamente de los *Estudios sobre la histeria*, de 1898, cuando Freud muestra que la neurosis histérica es ante todo una fabulación, una invención ficcional por la cual se permite la realización desfigurada del deseo. La diferencia aquí es que tal fantasía, convertida en el cuerpo ruidoso de la histérica, tiene estatuto de verdad. La famosa frase lacaniana, “la verdad tiene estructura de ficción” hace al génesis mismo de los *Estudios sobre la histeria*. Sus relatos de casos clínicos comienzan a confundirse con relatos, transformando deseo, fantasía y culpas en dramas familiares de lo más incitantes. Freud mismo reconocía eso y se protegía de las posibles críticas a su lado “creativo ficcional”, que podría distanciarlo de los parámetros científicos. Afirmaba:

No siempre fui psicoterapeuta. Como otros neuropatólogos, fui preparado para emplear diagnósticos locales y electroprognosis, y todavía me sorprende que los historiales de los casos que escribo se parezcan a relatos y que, como bien se podría decir, se resientan del aire de seriedad propio de la ciencia. Debo consolarme con la reflexión de que la naturaleza del asunto es evidentemente responsable por ello, antes que ninguna preferencia personal (Freud, 1976, pp. 209-210).

Habiendo comentado un poco las relaciones generales entre Freud, los escritores y la ficción, cabría ahora adentrarnos un poco más en los instrumentos con que el psicoanálisis provee al crítico literario para expandir el campo de significaciones de la obra, penetrar en sus lados más oscuros y contribuir con una mirada que ilumine la obra en alguno de sus múltiples sentidos. Después de todo, los elementos del arte no se limitan al mundo del arte y la crítica puede y debe servirse de los recursos de distintos ámbitos del saber humano: filosofía, antropología, historia, economía, sociología, psicoanálisis, etc. Por otra parte, el propio Freud construyó su teoría a partir de tres fuentes principales:

- 1) el discurso de los pacientes (el psicoanálisis es una “*talking cure*”, una cura por la palabra);
- 2) su auto-análisis (exceptuando a Jung, no conozco a nadie que lo haya hecho con tal radicalidad);
- 3) el recurso a la cultura. Sin sus estudios sobre arqueología, historia, etimología, literatura y otros, el psicoanálisis no hubiera podido surgir (Mezan, 1985).

La primera lección que el psicoanálisis nos brinda es que existe una realidad no accesible a simple vista y que para alcanzarla debemos ir más allá de lo que se manifiesta en la superficie. ¿Y qué serían esas manifestaciones? Son residuos muchas veces insignificantes, datos marginales, pormenores triviales, recurrencias, ambigüedades, desvíos de la norma. Estos elementos con carácter de signo, conducen a núcleos íntimos, tanto de la subjetividad como del texto en análisis. Lo que escapa al control del sujeto es justamente el camino del analista para captar realidades más profundas, de otra forma intangibles. Aprendemos, con el psicoanálisis, a prestar atención a lo que está al margen, a las trazas no relevantes para la mirada

2. Ver el artículo “La réalité et la résistance à l’imaginaire”. Topique, Paris, L’Épi, (15), 1977. Apud Kon, Noemi Moritz, op. cit., p. 10.

hegemónica. En ensayo magistral sobre estos indicios infinitesimales, Carlo Ginzburg aproxima a Sherlock Holmes, Freud y Morelli, el famoso historiador de arte y descubridor de un método (método morelliano) para identificar a los falsificadores de pinturas en el siglo XIX. Tales indicios serían los síntomas para el psicoanálisis, las pistas para el detective y los ínfimos signos pictóricos para Morelli. No es la sonrisa lo que atestigua la autoría del cuadro de Leonardo da Vinci, sino el detalle escondido, “los pormenores desdeñables y menos influenciados por las características de la escuela a la que el pintor pertenece: los lóbulos de las orejas, las uñas, las formas de los dedos de las manos y de los pies” (Ginzburg, 1989, p. 144). Decía Morelli que “es necesario no basarse, como se hace habitualmente, en las características más llamativas pero también más fácilmente imitables en las pinturas” (Ginzburg, 1989, p. 144).

Lo que está latente interesa, tanto para el analista como para el crítico literario, tan sólo en la medida en que es construido o revelado (o disfrazado) por el texto manifiesto. El material extra-literario o los restos diurnos de un sueño están procesados e incorporados por la materia misma del lenguaje del texto y del sueño, y sólo en él, con sus hilos diversos entramados en textura compleja, es que podemos acceder a otros planos interpretativos.

Todavía en el terreno de las afinidades entre literatura y psicoanálisis es preciso destacar la gran contribución que para los estudios literarios fue la obra *La interpretación de los sueños*, de 1900. Ya decía Jorge Luis Borges que los sueños eran el más antiguo, aunque no el menos complejo, de los géneros literarios.

Freud mostró que la mente es productora de poesía. Naturalizó la poesía, descubrió en la propia organización de la mente los mecanismos a través de los cuales el arte provoca sus efectos, tales como la condensación y el desplazamiento, asociados después por Lacan a la metáfora y la metonimia. Los remito al be-

llo texto de Adélia Bezerra de Menezes, *Del poder de la palabra*, donde nos recuerda que poesía en alemán es *dichtung* y condensación *verdichtung*. Por lo tanto, poesía es condensación, mecanismo onírico por excelencia.

Lo que más nos interesa como analistas literarios es el trabajo del sueño, responsable de la transformación de las pulsiones y del deseo en una narrativa. Las técnicas de lo inconsciente elucidadas por Freud, condensan y desplazan el material bruto en imágenes y anudamientos. La figurabilidad y la elaboración secundaria son otros dos procedimientos que también dan visibilidad pictórica al material inconsciente, al tiempo que llevan adelante una terminación pulida de las aristas de la escena onírica. Todo ello encontramos en la prosa y en la poesía, sin duda, pero a diferencia del sueño, que actúa de modo no consciente, el proceso creativo del artista incluye atención, selección, cortes, agregados. Cuando Freud compara al soñante con el escritor, con el niño que juega y con el neurótico,³ muestra que hay en todos ellos un primer momento de alejamiento de la realidad insatisfactoria, el cual recibe una corrección reparatoria en el sueño, en el juego infantil y en la neurosis. Sin embargo, el artista sabe encontrar su camino de vuelta, puesto que da forma a sus fantasías de modo que lo que sería un producto narcisista y asocial, deviene en una comunicación con la cultura que permite incluso que el público suspenda sus propias defensas y se gratifique con la realización de deseo ajeno.

Como texto-sueño, la obra del artista puede ser leída en sus contradicciones, ambivalencias, reiteraciones, intensidades, acentuaciones, condensaciones, desvíos. Es a esta materialidad verbal, al cuerpo de las palabras en la danza textual, que el crítico literario de inspiración psicoanalítica debe prestar atención. La hermenéutica psicoanalítica no puede prescindir de un estudio cercano al lenguaje y sus metamorfosis.

3. En “Escritores creativos e devaneios”. Obras completas, Rio de Janeiro: Imago, 1976.

Una segunda lección que aprendemos con el psicoanálisis es que el Yo no coincide con uno mismo. Ello tiene desarrollos en la teoría lacaniana que son muy fértiles para la crítica literaria. Desde el momento en que somos expulsados de la satisfacción primaria en el cuerpo de la madre, alejados en forma definitiva de una plenitud imaginaria, caemos en el vacío del lenguaje, en el que no poseemos más nada enteramente, deslizándonos en la cadena de significantes, siempre parciales. Como dice el crítico inglés Terry Eagleton, “el mundo metafórico del espejo cedió terreno al mundo metonímico del lenguaje” (Eagleton, 2006, p. 289). En esta cadena infinita producirémos significaciones, pero nunca podremos apoderarnos de cosa alguna, siendo la palabra una eterna aproximación alusiva y esquiva con respecto a la tal Cosa perdida (*Das Ding* para los lacanianos). Como dice Schiller, “cuando el alma habla, ya no habla el alma”. Este es el juego del deseo, movido por la falta, que nos impulsa en una búsqueda vital. De allí la imposibilidad de *significar* y *ser* simultáneamente.

Las derivaciones de esta nueva concepción de sujeto que las ciencias humanas de finales del siglo XIX, y sobre todo el psicoanálisis, trajeron a la crítica literaria son vastísimas. Para empezar, el Yo del enunciado de la frase no coincide con el sujeto de la enunciación. Quien emite la frase está en un lugar diferente del Yo pronominal, que es hablado por la enunciación. Si despreciamos los modos de producción de una frase o de un texto, tendremos la ilusión de un ego pleno, sin divisiones. Incluso, según Eagleton, la literatura realista vivenció este menoscabo al sujeto de la enunciación, volviendo su atención al enunciado. La realidad “realista” se ofrecía así como natural y espontánea, resaltando el medio de producción del propio texto y sus estrategias constructivas. La obra de la modernidad, por el contrario, pone en primer plano a la enunciación, denunciando la condición de “constructo” de todo discurso. El caso de Clarice Lispector es ejemplar en ese sentido, como se puede ver en las innumerables crónicas que hacen foco en ella y en su obra.

Acerco una cita pequeña, que se llama *La experiencia mayor* y que podría valer como tratado psicoanalítico: “Yo antes hubiera querido ser los otros para saber lo que no era yo. Entendí entonces que yo ya había sido los otros y que eso era fácil. Mi experiencia mayor sería la de ser el centro de los otros: y el centro de los otros era yo” (Lispector, 1992, p. 414).

Es notable, en este fragmento, la conciencia de la escritora de un “no Yo” y de la búsqueda del sujeto entre los tantos otros que lo constituyen. En cada nueva inflexión de la frase, movida por la reflexividad entre el yo y el otro, la palabra “otro” surge renovada –se torna otra–, adquiriendo resonancias imprevistas hasta desembocar en el “centro” de la frase: “el centro de los otros era yo”. ¿No sería esa, finalmente, la travesía propia de un análisis, capaz de hacernos rescatar lo que se alienó en otro? Al sujeto dividido y conflictuado del psicoanálisis le correspondía un lenguaje igualmente sinuoso, muchas veces irónico, con esa hendidura entre el ser y el deseo que se deja vislumbrar en las entrelíneas que Clarice quería que escucháramos: “Ya que se ha de escribir, que al menos no se aplasten las entrelíneas con palabras” (Lispector, 1922, p. 212).

La tercera lección que nos da el psicoanálisis está en una de las frases del ensayo *El creador literario y el fantaseo*, de 1906, en el que Freud dice: “Nunca renunciamos a nada. Apenas sustituimos una cosa por otra”. El juego de sustituciones es movido por el circuito de la pérdida y la recuperación del objeto en nuevas formaciones. Ese proceso ganó una configuración inédita en el ensayo de 1920, *Más allá del principio del placer*, cuando Freud muestra el juego de su nieto con el carretel. Habiéndose ido la madre al trabajo, el niño repite sin parar dos movimientos con un carretel: lo hace alejarse mientras emite el fonema “fort” (en alemán “ir”) y lo acerca nuevamente con la expresión “Da” (que significa “aquí”). De nuevo, recorro a una formulación perfecta de Eagleton, que afirma que el *fort-da* es la historia más mínima que podemos imaginar: un objeto que se pierde y que seguidamente es recuperado. Sin embargo,

las más complejas narrativas pueden ser variantes de este modelo. Hay un pasaje muy sugerente de Eagleton, acerca de ese recorrido de aprendizaje con la ausencia y la presencia de los objetos y de cómo el lenguaje lo encarna tan bien en su naturaleza hamletiana del ser y no ser al mismo tiempo. Dice el crítico inglés sobre la inextricable relación entre el fort y el da: “Si la madre se aparta, ello es simplemente una preparación para su retorno; pero cuando vuelve no podemos olvidar el hecho de que siempre podría desaparecer, tal vez para nunca más retornar” (Eagleton, 2006, p. 279).

El tiempo perdido

Partiendo de la fórmula minimalista de Eagleton –el juego del *fort-da* como matriz simbólica de todas las narrativas– pienso que podría resultar inspirador el abordar un cuento de Mario de Andrade (1890-1945), escritor modernista de “corazón de arlequín”,⁴ obsesionado por la exigencia de integrar en una unidad la diversidad de sí y del mundo. “Soy trescientos/soy trescientos cincuenta”, escribe. La lengua, patria habitada por tantas voces disparejas, será su instrumento de lucha y de sondeo de las contradicciones subjetivas y sociales.

El texto a ser comentado brevemente: *Tiempo de la camisolinha*,⁵ es un relato de memorias, atravesado por la inevitable fragmentación del sujeto adulto, narrador en primera persona, que intenta reconciliarse con el niño que fue y que todavía pide elaboraciones en el presente de la enunciación. Episodios centrales de su vida infantil son recuperados por una voz vacilante, dubitativa y emotiva, sustituida muchas veces por la palabra del niño, usurpador del discurso. El proceso analítico se deja entrever en esta forma de retomar el tiempo del pasado en el presente, puntuado por la conciencia del

narrador entre revelaciones y distorsiones. El comienzo evoca el trauma y su secuela: “La fealdad de los cabellos cortados me hizo mal. No sé qué noción prematura de la sordidez de nuestros actos, o más exactamente de la vida, me llegó en esa experiencia de mi primera infancia” (Andrade, 1999, p. 102).

El corte de pelo, tan elogiado por todos, instaaura una dolorosa herida narcisista. El imperativo del padre –es necesario cortarle el pelo a ese niño– es la ruina de la “inocencia perfecta” que la madre, incapaz de reaccionar frente al mandato del padre, intenta preservar al guardar los restos del pijama infantil del hijo. Una foto de época en la cual el niño protagonista aparece con el hermano mayor, refleja, como en espejo de doble cara, su “monstruosidad insubordinada”, la boca “entreabierta en una sonrisita pérfida”. El narrador reconoce en la foto antigua la herida de infancia, de la cual él mismo es fruto. Los verbos en presente del indicativo actualizan la vivencia: “Mis ojos no miran, acechan. Brindan a las claras, con una facilidad teatral, todos los indicios de una segunda intención” (Andrade, 1999, p. 102). El hermano se aparece, para el narrador que recuerda, como “un niño integral, mirada vacía de experiencia”.

Al hablar de *Cuentos nuevos*, el crítico Anatol Rosenfeld percibe la unidad de los diferentes textos del libro como variaciones de un solo tema: “el tema del hombre disfrazado, del hombre desdoblado en ser y apariencia” (Rosenfeld, 1976, p. 193). El pasaje de “niño integral” a ser de máscara, irremediablemente escindido, “lleno de desilusiones, de revueltas”, apunta al proceso de castración, tan caro al psicoanálisis. Le tocará al protagonista niño emprender la travesía de su subjetivación, acompañado por la conciencia adulta que rememora y oscila entre el discurso actual y el

4. Según verso del poema “Trovador”, de Pauliceia desvairada (1922).

5. Los cuentos están en el volumen póstumo *Contos novos* (1947). Rio de Janeiro/Belo Horizonte: Itatiaia, 1999. Los cuentos fueron escritos entre 1924 e 1942. Las citas serán siempre de esta edición.

“Camisolinha” es un tipo de túnica, al estilo de un camisón, que solía ser utilizado también por los varones durante la niñez en la época referida por el autor; pijama.

flujo de consciencia habitado por la voz infantil. El retorno del niño reprimido gana el espacio narrativo y muestra que todavía no fue totalmente asimilado por el adulto.

Además de los cabellos cortados y de la *camisolinha*, ambos metonimia del tiempo perdido, un nuevo significante de plenitud extinta surge de las manos de un pescador en el canal de Santos, donde la familia pasaba las vacaciones después del nacimiento de una hermanita (otra experiencia de descentramiento narcisista). Son “tres hermosas estrellas de mar” portadoras de buena suerte, en palabra del pescador, quien resuelve dárselas al niño entusiasmado, diciéndole: “nos dan de todo... dinero, salud”. Al poseer el mágico talismán se recupera la fe en la totalidad perdida. Una mirada lacaniana percibiría aquí el desplazamiento de la cadena significante que hace deslizar el deseo de perfección por entre las aberturas parciales del lenguaje. El sujeto busca reparar, a través del imaginario de la estrella de mar, el daño de la falta instaurada por la herida narcisista. Al reunir cielo y mar, los “tesoros de la buena suerte” se alude también al retorno al refugio materno, al mundo idealizado y sin fallas. El circuito opera en tres tiempos: plenitud-pérdida-sustitución. El objeto reparador es siempre un fragmento del todo, pero es vivido como morada de lo absoluto.

Eran tres estrellas, una chiquita, a la que le faltaba una punta, y dos grandes. La simbología edípica de pareja e hijo salta a la vista. “Fue entonces que sucedió el caso desafortunado del que jamás olvidaré ni el más mínimo detalle”, dice el narrador. Al jugar en el canal, “un portugués flacucho y bárbaro, de enorme mostacho” protestaba por su “mala suerte”. Tocado por la infelicidad de otro, el personaje se zambulle en el dilema ético de ceder o no su amuleto de la suerte: ¿Cuál de ellas le daría? ¿La mayor? ¿La fallada? “Allí estaban las tres estrellas, brillando al sol, llenas de una buena suerte inmensa. Y yo tenía que desprenderme de una de ellas, de la más chiquita y rota, ¡tan bonita!”. Al final del monólogo en asociación libre, la decisión: “Ahora tenía que darle mi estrella grande, la sublime estrellota-de-mar!...”.

El gerundio potencia la escena dramática: “Fui corriendo, muriendo, fui llorando, sosteniendo con furia y caricia mi más grandota estrellota-de-mar” (Andrade, 1999, p. 108).

Marcado ahora irremediamente por la conciencia de la falta, el pequeño se infringe activamente a sí mismo el corte que era vivido antes en forma pasiva (como en el ejemplo ya comentado del *fort-da*). El portugués, sin embargo, ni siquiera nota la dimensión del regalo: “¡él no se daba cuenta de la magnitud de mi sacrificio! Y la mano callosa apenas rozó mis cabellos cortados” (Andrade, 1999, p. 109). Sólo después de haber pasado por el sufrimiento de la pérdida es posible reconocer fraternalmente a otro que sufre. La elaboración de la castración permite una acción ética en el mundo, incluso al precio de ver –según la frase final del cuento– “inutilizarse en el infinito de los sufrimientos humanos a mi estrella de mar” (Andrade, 1999, p. 109). En su fuero íntimo, el niño siente las “desilusiones clarísimas”. La expresión antitética anuncia la inscripción de la falta y, simultáneamente, la claridad esperanzadora que abre al sujeto al mundo.

Dicho todo esto, sería prudente terminar con algunas advertencias para el crítico literario de sesgo psicoanalítico. Como dice Davi Arrigucci Jr. en *El guardián de los secretos*, “en el momento en que la interpretación psicoanalítica se convierte en explicación, se aparta de la interpretación literaria. La interpretación literaria debe acercar el sentido vivo, no explicarlo” (Arrigucci Jr., 2010, p. 230). El psicoanálisis como herramienta crítica debe de ir más allá de la traducción de la obra en símbolos fálicos, cerrando el texto con sentidos pre-concebidos. No existe un sentido último y definitivo y lo que importa en el texto literario es develar la forma en que se da la producción de sentidos, más que un desciframiento final.

Finalmente, me gustaría terminar recordando una frase de Bellemin-Noel, que parece sintetizar la fascinación de la literatura para los psicoanalistas y el puente inextricable en-

tre ambos: el psicoanálisis ayuda “a la lectura a revelar una verdad del discurso literario, a dotar a esta parte de la estética de una dimensión nueva, a hacer escuchar un discurso diferente, de manera que la literatura no nos hable solamente de otros, sino del otro en nosotros” (Bellemin-Noel, 1983, p. 20).

Referencias

- Andrade, M. de. (1999). *Contos novos* (17ª ed.). Belo Horizonte: Itatiaia.
- Arrigucci Jr., D. (2010). *O guardador de segredos*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Bellemin-Noel, J. (1983). *Psicanálise e literatura* (Á. Lorencini & S. Nitrini, Trad.). São Paulo: Cultrix.
- Eagleton, T. (2006). *Teoria da literatura: Uma introdução* (W. Dutra, Trad.). São Paulo: Martins Fontes.
- Freud, S. (1976). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 9). Rio de Janeiro: Imago.
- Ginzburg, C. (1989). Sinais: Raízes de um paradigma indiciário (F. Carotti, Trad.). En *Mitos, emblemas, sinais* (pp. 143-179). São Paulo: Companhia das Letras.
- Gómez Mango, E. & Pontalis, J.-B. (2013). *Freud com os escritores* (A. Telles, Trad.). São Paulo: Três Estrelas.
- Kon, N. M. (1997). *Freud e seu duplo: Reflexões entre psicanálise e arte*. São Paulo: Edusp.
- Lispector, C. (1992). *A descoberta do mundo*. Rio de Janeiro: Francisco Alves.
- Meneses, A. B. (1995). *Do poder da palavra: Ensaios de literatura e psicanálise*. São Paulo: Duas Cidades.
- Mezan, R. (1985). *Freud pensador da cultura*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Papini, G. (1973). A visit to Freud. En R. H. Marinus (Ed.), *Freud as we knew him* (pp. 98-102). Detroit: Wayne State University Press.
- Pedral, C. S. (2004). Freud e a literatura: Fronteiras e atravessamentos. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 38(4), 803-818.
- Perrone-Moisés, L. (2002). Para trás da serra do mim. *Scripta*, 5(10), 210-217.
- Rosenfeld, A. (1976). Mário e o cabotinismo. En *Texto/Contexto* (pp. 181-196). São Paulo: Perspectiva.

El interés del psicoanálisis para el derecho: algunas reflexiones sobre la dominación

¿Tiene el psicoanálisis algún interés para el derecho? Se trata de una cuestión complicada, aunque por razones diferentes ni el derecho ni el psicoanálisis se refieren a realidades únicas. El derecho cubre múltiples aspectos. Frecuentemente está asociado a los procesos y a los procedimientos judiciales, lo que solo representa una muy pequeña parte de su campo disciplinario. Por otra parte, el psicoanálisis contemporáneo, aun cuando se presenta todavía como una disciplina unificada, comporta una gran variedad de teorías frecuentemente incompatibles entre sí. Actualmente está diversificado a tal punto que es difícil sostener que los conceptos de *inconsciente*, *pulsión*, *sexualidad* e incluso *psicoanálisis* remitan a una realidad común.

Derecho y dominación

En lugar de tratar de manera general el interés del psicoanálisis por el derecho, abordaré la cuestión de la dominación, que se sitúa más allá del campo disciplinario del derecho. Como Weber (1971) lo ha teorizado, el derecho constituye una de las formas de legitimación de la dominación. El derecho sustituye la coerción que resultaría si se usara directamente la fuerza. La dominación constituye una acción legal cuando está sancionada por el derecho. Por otra parte, es de-

signada como legítima cuando la regla del derecho que la sanciona es conforme a un conjunto de normas jurídicas más generales –por ejemplo, reglas constitucionales o internacionales– y cuando es adoptada en el marco de estas. Esto no impide que el fundamento de esas normas generales esté, también, en relaciones de poder e incluso de fuerza que, en el mejor de los casos, fueron resueltas por compromisos políticos. El juicio sobre la legitimidad de la dominación no se limita, sin embargo, a la esfera jurídica: necesita una evaluación moral. Esta puede implicar la desobediencia a las leyes, el rechazo al respeto del derecho existente o la comprobación de que el carácter legal de una conducta no se corresponde automáticamente con su valor moral. En un grado menor, puede saldarse con una evaluación de los hechos que impide la aplicación de la regla o por una interpretación de la regla del derecho que lleve a un resultado diferente del que generalmente se espera en un contexto dado. En todos estos casos y en diversos grados, esas situaciones plantean el problema del rechazo a conformarse con lo que es considerado constrictivo.

Este texto se referirá a estas situaciones. En efecto, la dominación plantea un problema para el individuo cuando está constreñido a hacer

* Abogada por la Universidad de Montreal, miembro de la Sociedad Canadiense de Psicoanálisis.

lo que no haría de buen grado, o cuando debe actuar de una manera que él desaprueba. Mientras la norma jurídica se corresponde con su posición moral, la distinción entre *legalidad* y *legitimidad de la dominación* no es conflictiva. La evaluación moral compromete la subjetividad. Contrariamente a lo que se podría creer, el recurso a las normas jurídicas también lo hace. No me refiero particularmente aquí a los casos de oposición directa entre la evaluación moral y la norma jurídica, sino a los procesos corrientes que se producen cuando nos preguntamos cómo debemos actuar para conformarnos al derecho. La aplicación concreta de una norma jurídica a una situación particular implica siempre elementos subjetivos. Se los encuentra, por un lado, en el proceso de interpretación de la regla del derecho. Ninguna regla es totalmente clara cuando la debemos aplicar a hechos particulares. Por otra parte, el elemento subjetivo aparece también en el ejercicio de calificar los hechos, que constituye la otra vertiente de la interpretación. En los dos casos una decisión personal está en juego. De manera más general, toda decisión, incluso la de interpretar un texto jurídico o la de posicionarse sobre el carácter legalmente obligatorio o no de una conducta, comporta un aspecto subjetivo, porque supone el acto de un sujeto que decide. Esta situación está, por otra parte, en el origen de la responsabilidad moral: si cada decisión o cada acción implica a un sujeto que la ejecuta, ese sujeto es responsable de los actos que acarrea esa decisión.

En el campo del derecho, la cuestión de la imputabilidad no se plantea de la misma manera que en lo moral: la dominación o la subordinación que determinan las reglas jurídicas permite, precisamente, escapar a la imputabilidad personal, por ejemplo, en las relaciones laborales.¹ Es por esta razón que la obediencia que se requiere al soldado o al funcionario tiene como efecto el de separar su responsabilidad personal en relación con los actos efec-

tuados correctamente en el marco de sus funciones, o con las decisiones tomadas en conformidad a las normas aplicables. Incluso si los planos jurídicos y morales se confunden a veces, la ausencia de responsabilidad jurídica no equivale a una ausencia de imputabilidad moral. En el plano moral, cualquiera sea la fuerza constrictiva de la regla o del sistema, la subjetividad está comprometida en la decisión de obedecer, de conformarse o de interpretar las normas en función de las expectativas de la jerarquía: habiendo decisión debe haber acción.

El comprometimiento de la subjetividad: un punto de contacto entre dominación, derecho y psicoanálisis

Se puede, entonces, postular que el momento en que la dominación –incluso la dominación mediatizada por el derecho– suscita una cuestión moral constituye un tiempo de contacto entre el derecho y el psicoanálisis, puesto que se trata de un momento en que la subjetividad está implicada. En efecto, solo en el registro de la subjetividad y la elucidación de los fenómenos subjetivos puede el psicoanálisis legítimamente intervenir. Tal afirmación no quiere decir que el psicoanálisis no represente ningún interés para las ciencias sociales o para el derecho. Al contrario. Es tan ilusorio creer que los fenómenos colectivos y sociales, incluyendo la reivindicación de emancipación, pueden ser considerados solo desde el ángulo de la psicología individual de quienes se comprometen en eso, como es totalmente abstracto pretender que las luchas colectivas contra una dominación injusta o los proyectos colectivos de liberación puedan concretizarse en ausencia de los sujetos que los propulsan, adhieren a ellos y se movilizan subjetivamente. Del mismo modo, salvo que se adhiera a una concepción teológica del derecho, es necesario reconocer que este no se crea fuera de las relaciones sociales y políticas que implican protagonistas humanos cuya subjetividad es también requerida. El psicoanálisis

1. Las reglas se refieren a la personalidad moral de las empresas, a la responsabilidad de los dueños y de los encargados, etcétera.

puede aportar una contribución específica y esencial para estos aspectos. En efecto, cuestioné las concepciones filosóficas y psicológicas del sujeto incorporando un elemento, el inconsciente, cuyo modo de ser se distingue del de los atributos de la intencionalidad y la lógica del sentido. Puso en evidencia que los humanos están habitados por energías contradictorias y conflictivas que difícilmente podrían reivindicar como propias, pero que se encarnan de manera muy real en las consecuencias de sus decisiones y de sus actos.

El psicoanálisis nació de la comprobación de que el yo no es dueño de sí mismo, que es movido por fuerzas que se le aparecen como extranjeras. Esas fuerzas que se resisten a las acciones educativas, a la buena voluntad y a las buenas intenciones son irreductibles a una teoría de la necesidad y de la motivación. Para el psicoanálisis, esas fuerzas constituyen las manifestaciones del inconsciente sexual, un inconsciente dinámico que no es observable de manera directa y del que se reconoce la acción y sus derivados. El inconsciente sexual no es la subjetividad, como tampoco lo es el yo. La subjetividad es un concepto más englobante que no puede por cierto entenderse únicamente por factores individuales: el sentido, la conciencia, el conocimiento y, a partir de allí, los códigos de relaciones de sentido ofrecidos al yo (*moi*), son históricos y son el fruto de una cultura y de una sociedad tributarias de la lengua y de los modos de comunicación que prevalecen en ella, como también lo son los contenidos del inconsciente y sus derivados. Sin embargo, salvo que nos contentemos con una descripción abstracta y parcial de la subjetividad –y, por lo tanto, una descripción de una pseudosubjetividad–, la dimensión introducida por el psicoanálisis resulta esencial para describir las apuestas de su compromiso.

Por otra parte, para establecer una relación entre psicoanálisis y derecho deben reunirse condiciones que toquen a la vez al psicoanálisis y al derecho.

En lo que respecta al derecho, la relación entre derecho y psicoanálisis supone que el concepto

de *inconsciente* sea tomado en consideración en el campo de estudio del derecho, lo que no puede hacerse de un modo arbitrario ni con respecto a cualquier aspecto del derecho. Es necesario concentrarse sobre un aspecto que movilice la dimensión subjetiva. La dominación y lo que ella implica de sujeción constituye uno de esos aspectos. Esto último compromete siempre la subjetividad, aun si la norma jurídica que efectúa su regulación reviste un carácter objetivo. En efecto, una imposición de obediencia supone siempre una imposición de actuar –o de pensar o de decidir–, lo que exige la mediación de un sujeto. El lazo que liga el inconsciente y la dominación pasa por las formas híbridas que toman los derivados del inconsciente sexual. Esos derivados se manifiestan en conductas y actitudes que corresponden a una descripción fenomenológica de la dominación y sus efectos; por ejemplo, la propensión al conformismo, la fascinación por el poder, la sumisión a la autoridad, los comportamientos autodestructivos, la fuerza de las representaciones fantasmáticas y su influencia sobre la regulación de las relaciones económicas y sociales.

En lo que tiene que ver con el psicoanálisis, es necesario –para establecer un lazo entre psicoanálisis y derecho– que la teoría psicoanalítica a la que nos referimos dé cuenta del inconsciente sexual y de las características que acabamos de describir. Esta teoría debe incluir entonces un reconocimiento de lo que constituye el inconsciente sexual, su modo de ser y sus modalidades de acción. Debe dar cuenta del lugar central de la sexualidad infantil, en el sentido freudiano del término, en los procesos de subjetivación y en la elaboración de la subjetividad. Debe también poder detectar el carácter erotizado e invasor de los derivados del inconsciente en el conjunto de las actividades humanas. Todas las teorías psicoanalíticas no son equivalentes cuando se trata de examinar estos aspectos.

Proseguir nuestra reflexión sobre el interés del psicoanálisis para comprender los mecanismos implicados en la dominación supone dos desarrollos. Por un lado, en el restringido marco de este artículo se trata de precisar un aspecto

de la dominación que el concepto de *inconsciente sexual* puede aclarar. Por otra parte, hay que proceder a una elección entre las diferentes teorías psicoanalíticas que tratan las nociones de sexualidad y de inconsciente sexual.

Dominación y servidumbre voluntaria

La dominación es sinónimo de regulación social y, como tal, no moviliza una reflexión sobre el inconsciente sexual. Es difícil imaginar una sociedad e incluso relaciones humanas sin dominación. Aunque los grupos dominantes y dominados cambian según las épocas, las sociedades y las culturas, las reivindicaciones de justicia y de libertad constituyen temas universales de la historia de la humanidad. Han encontrado su expresión no solo en los combates y luchas políticas sino también en la literatura y en las artes, para las que fueron frecuentemente una importante fuente de inspiración. Esas luchas, en el mejor de los casos, han llevado a la elaboración de un derecho que, en algunos aspectos, se vuelve un arreglo más conforme a la justicia.

Que la dominación provoque luchas, rebeliones, no tiene nada de sorprendente. Existe, sin embargo, un reverso de esta cuestión que nos acerca al campo de estudio del psicoanálisis: ¿por qué la rebelión es tan rara? En efecto, la lucha contra la represión y la injusticia no es la regla. Al contrario. En sus estudios sobre psicodinámica del trabajo, Dejours (1998/2009) puso en evidencia la importancia del concepto de *servidumbre voluntaria* para dar cuenta del hecho de que “la mayoría de las personas puede ser enrolada al servicio del sistema cuyos métodos sin embargo desaprueban profundamente, y (...) que esta movilización puede ser obtenida sin el uso de la fuerza”. También mostró que los “recursos subjetivos” del consentimiento a la dominación –sobre los cuales se funda el apoyo prestado a la injusticia– solicitan diversos registros de estrategias defensivas destinadas a evitar o a atenuar el sufrimiento provocado, sea por la organización del trabajo y su evaluación, sea por la colaboración misma.

Así, la pertinencia del inconsciente sexual para el estudio de la dominación deviene más visible en el caso de la sumisión a una dominación considerada como injusta o fuente de injusticia. Por otra parte, las fuerzas contradictorias que actúan en la dimensión subjetiva de la obediencia aparecen, sobre todo, en el caso de la colaboración con esa dominación injusta y, más aún, si se trata de la colaboración celosa con ella. Este último aspecto evoca la realidad de la servidumbre voluntaria descrita por La Boétie (1995) y retomada por Dejours.

La referencia al concepto de *servidumbre voluntaria* tiene un interés particular para el examen de las relaciones entre dominación y psicoanálisis. Dos elementos que se destacan merecen en este tema una atención especial.

1) La Boétie establece una distinción entre la servidumbre impuesta y la servidumbre voluntaria. La dominación que resulta de la fuerza y de la coerción es un infortunio. No cuestiona el hecho de que la represión, la violencia y la fuerza puedan volver virtualmente imposible la resistencia a la dominación. Doblar la cerviz (agachar la cabeza) no es siempre una manifestación de servidumbre voluntaria. El ensayo de La Boétie (1995) no es un ensayo sobre la tiranía sino más bien sobre la colaboración que asegura a la tiranía el apoyo que necesita, no solo para mantenerse, sino para acrecentar su dominio y su capacidad de suscitar el miedo y de desalentar toda posibilidad de oposición.

2) Al realizar esta distinción, muestra que la servidumbre voluntaria se sitúa más allá de las relaciones dominación-servidumbre dentro de una sociedad dada y a la que constituye como condición de su posibilidad o, por lo menos, como condición gracias a la cual esas relaciones se pueden mantener. La Boétie pone en evidencia un mecanismo que encuentra su fuente en lo más íntimo de la conciencia individual, a través de la cual los humanos buscan fácilmente no solo someterse a la voluntad del tirano –que el miedo o la violencia podrían explicar–, sino entregarse a su servicio; desean

complacerlo, mendigan sus favores y hacen de todo para anticiparse a sus deseos:

No se limitan a hacer lo que ordena, sino que frecuentemente piensan en lo que él quiere e incluso, para satisfacerlo, prevén sus propios deseos. No alcanza con obedecerlo: es necesario aun complacerlo, es necesario que se rompan, se atormenten, se maten, por manejar sus asuntos y que solo encuentren placer en su placer (La Boétie, 1995, p. 43).

Este pasaje pone el acento sobre el celo que los dominados pueden poner al servicio de lo que asegura el éxito de la dominación sobre ellos o sobre sus semejantes. Este aspecto interesa directamente al psicoanálisis: ¿por qué los humanos se fascinan tan fácilmente por el poder y la dominación, al punto de prestarles su fidelidad y, sin coerción ejercida por la fuerza, darles con gusto su apoyo, favorecer con lealtad el logro de sus objetivos por más injustos que sean? ¿La dominación ejercería, entonces, una seducción?

Psicoanálisis y dominación: la posición originaria del masoquismo en la sexualidad humana

Como ya lo mencionamos, todas las teorías psicoanalíticas no son equivalentes cuando se trata de ver de qué modo el psicoanálisis puede contribuir a la comprensión de lo que se juega en la dominación. Existen, en efecto, diferencias significativas entre ellas en lo que concierne a la delimitación tanto de su campo epistemológico como de su objeto de estudio. Ahora bien, la cuestión que planteamos apunta al objeto del psicoanálisis. ¿En qué está comprometido este objeto en la seducción que ejerce la dominación?

Utilizar el término *seducción* no es neutro. Hace referencia a la dimensión erótica, especialmente al investimento libidinal que evoca la descripción de La Boétie. Implica, pues, una referencia al inconsciente sexual. En efecto, el psicoanálisis, además de ser una práctica que

en el mejor de los casos intenta ubicar las condiciones que permiten el acceso a procesos anímicos inaccesibles de otro modo (Freud, 1923), es también una antropología. Como lo escribe Laplanche (1997), el psicoanálisis busca “las categorías universales de lo humano y del devenir humano” (p. 332), y entre esas categorías puso el acento sobre la sexualidad. Mostró que el proceso de humanización, junto con el pasaje del orden de lo viviente al orden humano, implica la formación de un inconsciente sexual, que resulta de un proceso –la represión– que lo constituye como parte separada del resto del alma. La constitución del inconsciente va junto a la formación de una sexualidad infantil, autoerótica, perversa y polimorfa. Esa sexualidad no equivale a la sexualidad del ser vivo en general: no se trata de una sexualidad biológica anatómica u hormonal, sino de una sexualidad específicamente humana, previa a la diferencia de los sexos, que no está ligada a la procreación y cuya fuente es el fantasma. El psicoanálisis no inventó el inconsciente sexual. Existía antes que él y existe independientemente de él. El psicoanálisis encontró, sin embargo, su modo de ser: el de una fuerza de “desligazón” que ataca al yo desde el interior, que resiste a la educación y a los buenos sentimientos. El inconsciente sexual no es una entidad metafísica: está constituido por fragmentos de escenas y representaciones, corresponde a contenidos particulares, individuales, que bajo la forma más ligada de la fantasía “constituye en su ligazón original con la excitación (...) el dominio propio no especulativo del psicoanálisis” (Laplanche, 1997, p. 449). Actúa sobre el cuerpo, es indisociable de la subjetividad, del funcionamiento cognitivo, de los estados afectivos y, por este hecho, es parte pregnante de las relaciones sociales.

Laplanche puso en evidencia la posición originaria del masoquismo en la sexualidad humana. Sin retomar aquí el conjunto de la teoría de la seducción generalizada, insistimos sobre tres motivos que colocan el masoquismo en primer lugar en el proceso de sexualización. Estos tres motivos se desprenden de las carac-

terísticas de la sexualidad infantil. Se trata 1), de la esencia del fantasma, que es no la de ser traducido sino la de ser realizado; 2), de la satisfacción que alcanza el fantasma, que consiste en una búsqueda de excitación; y 3), de su carácter autoerótico. Otra dimensión entra aquí en consideración para colocar el masoquismo en una posición primera en la sexualidad humana: el masoquismo está en la fuente de la “esencia de lo seductor”: la seducción, en su dimensión antropológica, se define como relación, actividad-pasividad (Laplanche, 1997, p. 333). Es necesario precisar que en la teoría de Laplanche la pasividad no está ligada a una situación de dependencia, sino a la imposibilidad de simbolizar lo que sucede en nosotros a partir del otro.

Los lazos entre masoquismo y dominación son clásicos. Se conoce la importancia de la relación entre amo y esclavo en los comportamientos practicados por los grupos BDSM,² que incluyen, además de coacciones y sometimientos físicos, humillaciones de situación (espera, prohibiciones), humillaciones verbales, así como reglas de comunicación que deben demostrar la subordinación o la dominación. La posición originaria del masoquismo en la sexualidad humana y la definición de la sexualidad, en el sentido freudiano, como una sexualidad infantil, sadomasoquista, aparece fructífera para reflexionar sobre la servidumbre voluntaria y la perennidad de la dominación.

Precisemos, sin embargo, que esta concepción de la sexualidad no es unánime en psicoanálisis, ni es la más extendida. Aunque la encontremos en parte en la teoría de Freud, ha sido recortada desde allí por otros desarrollos que han llevado a la definición clásica de la sexualidad en psicoanálisis. Se la puede resumir así: la pulsión es de origen somático y sus representantes

psíquicos se manifiestan bajo la forma de contenidos originarios y universales del inconsciente. Esos contenidos tratan de la diferencia de sexos y adoptan formas mítico-simbólicas relacionadas con la filogénesis tal como se encarnan en los grandes complejos del psicoanálisis, especialmente en el Edipo y la castración.

Esta definición del inconsciente sexual es problemática en varios sentidos para una contribución del psicoanálisis a la reflexión sobre los resortes psíquicos de la dominación. Más allá del hecho de que toma poco en cuenta el carácter disruptivo y anárquico de los derivados del inconsciente sexual, recurre a las relaciones de dominación de género como fundamento de su argumentación.

En efecto, el primado del falo, la lógica fálico/castrado, el rol fundamental atribuido a la diferencia de los sexos en el origen de la pulsión y los contenidos del inconsciente, el recurso a los conceptos de funciones paternas y maternas, reflejan prácticas sociales y estereotipos cuyo anclaje socio-histórico se vuelve cada vez más manifiesto a medida que se modifican las condiciones socio-históricas. Por otra parte, la referencia a categorías tales como *lo femenino* y *lo masculino*, aunque ellas no correspondan al sexo biológico, no entrañan menos una esencialización ahistórica de estereotipos sexistas y una representación normativa de la parentalidad. Podemos preguntarnos, incluso, si las teorías psicoanalíticas clásicas sobre la sexualidad no reflejan una atracción –que ha permanecido al abrigo de todo análisis crítico– por las relaciones de dominación de género que prevalecían en el momento de elaboración de estas teorías, y que estas pueden en parte continuar legitimando. Estas teorías reproducen, en efecto, en la teoría psicoanalítica, la dominación de las mujeres instituida por el derecho de su época,

2. Nota de la editora: La sigla inglesa BDSM surgió en la década de 90 y es un acrónimo que da cuenta de los tres grandes conjuntos de actividades vinculadas a las trocas de poderes eróticos.

- 1) Servidumbre & Disciplina: restricción de movimientos
- 2) Dominación & Submisión: juegos de roles eróticos
- 3) Sadismo & Masoquismo: juegos de dolor/placer

para hacer una categoría universal de la estructuración psíquica.

Intentar establecer puentes entre el derecho y el psicoanálisis, sobre la base de tal definición de la sexualidad y del inconsciente sexual, no es deseable. El psicoanálisis se encuentra en posición de sostener las posturas jurídicas más conservadoras, en especial en materia familiar. Evaluando el derecho al abrigo de sus cánones, oculta el hecho de que estos provienen precisamente de las relaciones sociales de dominación reflejadas por el derecho de otra época. Favorece, entonces, una concepción según la cual el derecho sería de origen suprahumano, posición que no puede más que desacreditar al psicoanálisis, haciendo de él un instrumento normativo de respeto al orden establecido.

El conformismo: una reflexión a continuar

Insistir sobre la posición originaria del masoquismo y sobre los fantasmas sadomasoquistas constitutivos de la sexualidad infantil constituye un punto de partida para elaborar una contribución del psicoanálisis a la reflexión sobre la dominación y la servidumbre voluntaria. Pero el inconsciente sexual no es el único componente de esta sexualidad. Este soporta también la fuerza de ligazón que emana del narcisismo y adopta en consecuencia formas más integradas a las demandas sociales, especialmente la del

conformismo. Esta reflexión merece ser continuada. Si examinamos las defensas presentadas a posteriori por aquellos que han colaborado activamente en el marco de su trabajo a prácticas que han sido luego vigorosamente condenadas y reprobadas, estas se refieren a menudo a una variante de la definición de la pasividad según la cual el individuo soportaba algo sin ser su causa (Tessier, 2014) y solo se limitaba a conformarse con lo que se esperaba de él. La teoría del *rouage* abundantemente utilizada en el dominio del trabajo podría, desde ese enfoque, ser analizada bajo el ángulo de la ligazón de la sexualidad sadomasoquista. En otro orden de ideas, esta pista podría incluir un análisis de las razones por las cuales la sanción de las transgresiones, no solo en el derecho criminal sino también en el pasado, en el derecho laboral y en materias escolares y familiares, no se limitó a hacer cesar la conducta prohibida sino que agregaba un elemento consistente en hacer sufrir al transgresor. Podemos legítimamente preguntarnos si el escándalo de lo sexual, tan a menudo evocado en psicoanálisis, no consiste –contrariamente a la opinión generalmente extendida– en la primacía del sadomasoquismo en la regulación de las relaciones sociales. En ese caso, la renuncia pulsional que describía Freud implicaría primero y antes que nada la renuncia a la satisfacción derivada del fantasma sadomasoquista y de su realización.

Referencias

Dejours, C. (2009). *Souffrance en France*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1998)

La Boétie, E. (1995). *Discours de la servitude volontaire* (Trad. S. Auffret). Paris: Mille et Une Nuits.

Freud, S. (1923). *Oeuvres complètes – Psychanalyse* (Vol. 16). Paris: PUF.

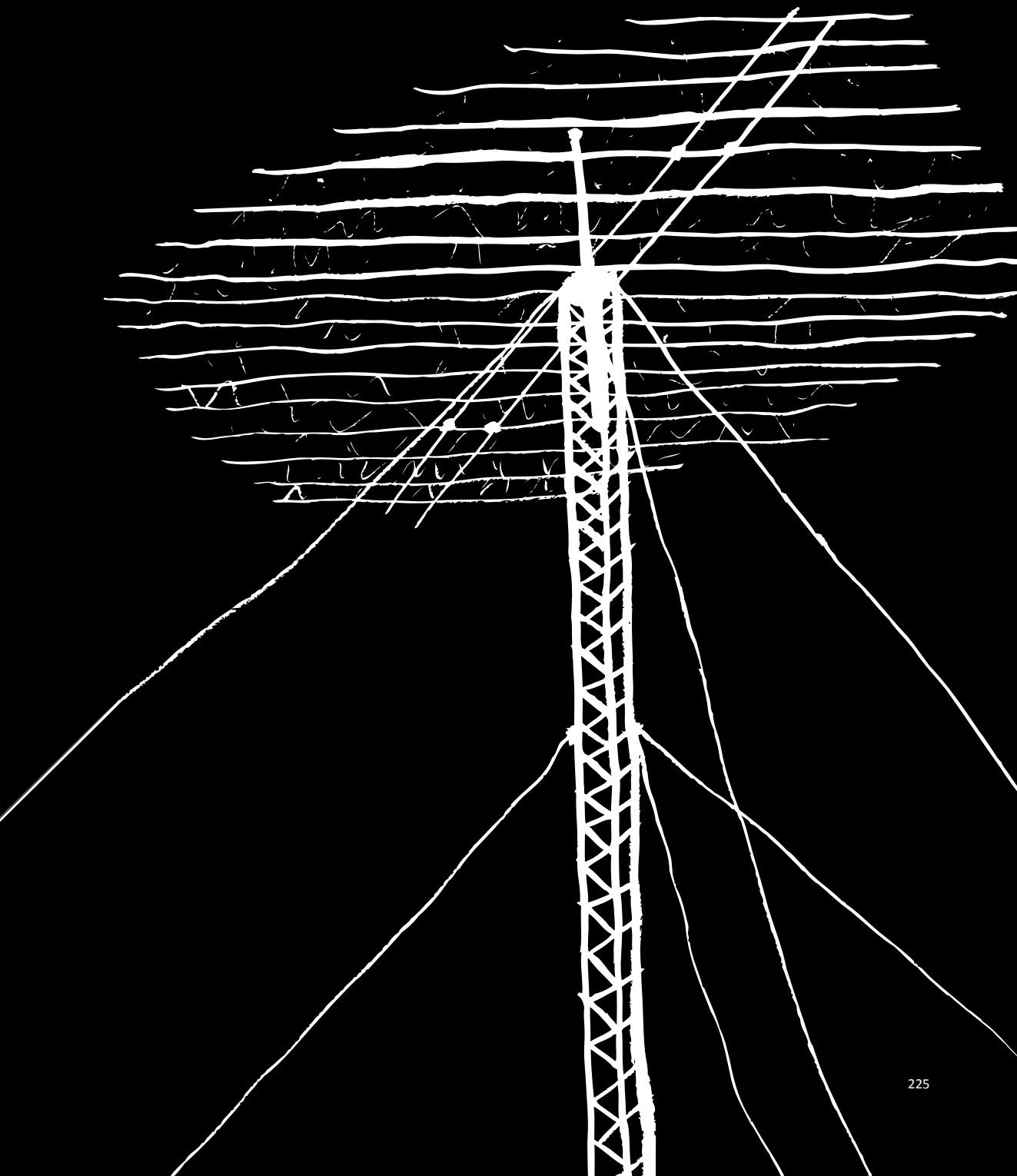
Laplanche, J. (1997). *Le primat de l'autre en psychanalyse*. Paris: Flammarion.

Tessier, H. (2014). *Rationalisme et émancipation en psychanalyse: l'oeuvre de Jean Laplanche*. Paris: PUF.

Weber, M. (1971). *Économie et société*. Paris: Plon.



Fuera de Campo



La escritura en psicoanálisis. Sobre el discurso freudiano**

I. Preámbulo

Lo que se planteará en este ensayo es la circunscripción teórica del tema de la *escritura en psicoanálisis*. De todos modos, para la lectura pertinente de esta cuestión es preciso preguntarse fundamentalmente, como eje orientador de este ensayo, si existe una *especificidad* de esta escritura, de hecho y de derecho (Kant, 1971, pp. 20-40). Así, si es que existe efectivamente, la escritura en psicoanálisis estaría marcada por una *singularidad* que la diferenciaría de otras modalidades de escritura: la *literaria*, la *filosófica* y la *científica*. Lo que implicaría decir, en fin, que la escritura en psicoanálisis tendría una *diferencia* elocuente frente a otras modalidades de escritura.

Ahora bien, si esta especificidad de escritura no existe, es preciso preguntarse, a continuación, si la escritura en psicoanálisis sería similar a alguna de estas diversas modalidades de escritura antes mencionadas. En lo que a ello concierne, es preciso entonces indagar inicialmente si dicha escritura sería similar a la de la *literatura*, en sus características *poética* y *ficcional*. Es preciso indagar, a continuación, si la escritura en psicoanálisis sería similar a la escritura en *filosofía*, marcada como estaría ésta por la dominación elocuente de la *argumentación*.

Con todo, hay que preguntarse también si la escritura en psicoanálisis estaría próxima a la que se emprende en el campo de la *ciencia*. En este caso, no obstante, es preciso saber si la escritura en psicoanálisis sería similar a la que se encuentra en el campo de las *ciencias naturales*, caracterizada por la *matematización de los enunciados* y la *verificación de las pruebas*, o, si no, en el campo de las *ciencias humanas*, en las cuales si existieran la *coherencia teórica de los enunciados* y la *referencia a un campo de empiricidad*, no existirían, en contrapartida, ni las marcas de la matematización de los enunciados ni tampoco las de los procedimientos de cálculo.

Evidentemente, la escritura en psicoanálisis no se rige por los procedimientos existentes en los diversos discursos de las ciencias naturales, carente como está de cualquier enunciado matematizable y en cuyo seno la verificación de las pruebas es de orden *cualitativo* y no *cuantitativo*. De esta manera, la escritura

* Espaço Brasileiro de Estudos Psicanalíticos.

** Este texto fue escrito a partir de las notas que me orientaron en la conferencia realizada en el coloquio "Psicoanalizar: de la escritura a la escrita", organizado por la revista *Calibán* y la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, en el MAR, en 24/10/2013. Traducción de Gastón Sironi.

en psicoanálisis estaría más próxima a la que se encuentra en el campo de las distintas ciencias humanas. No obstante, por la presencia de algunos procedimientos ficcionales la escritura en psicoanálisis estaría próxima al discurso literario, enfatizándose aquí tanto el discurso psicoanalítico sobre la clínica como el de la metapsicología. Mientras tanto, la presencia de un cierto estilo argumentativo en la metapsicología aproximaría la escritura en psicoanálisis a la escritura filosófica. En fin, estas consideraciones preliminares nos permiten orientar y pensar en la cuestión de la escritura en psicoanálisis, en caso de que ésta no esté caracterizada por la especificidad y por la singularidad.

Con todo, suponiendo que exista tal especificidad de la escritura en psicoanálisis, la pregunta que se postula a continuación es si la comunidad psicoanalítica actual ha ejercido la singularidad de esta escritura. Si la respuesta a esta indagación es negativa la pregunta que se impone entonces necesariamente es, cuáles serían las razones de ello. En efecto, cómo se podría situar efectivamente los *impasses* presentes en la comunidad psicoanalítica para el ejercicio pleno de la escritura en psicoanálisis.

Así, en este recorrido teórico me orientarán estas tres indagaciones, una de las cuales condensa mi cuestión fundamental, es decir, si existe o no una escritura psicoanalítica propiamente dicha. Las otras dos cuestiones son subsidiarias y complementarias, por cierto, pero son también cruciales para el establecimiento de esta *problemática*. Digo esto en el sentido de que teorizar es *problematizar* conceptualmente un *problema*, de acuerdo con las formulaciones de Foucault (1944, pp. 250-300) y Deleuze y Guattari (1980, Capítulo 1).

II. Ruidos y desentendimientos

Para iniciar este recorrido mi punto de partida es el comentario inicial de Freud en la *Correspondencia con Fliess* (Freud, 1887-1902/1973c, pp. 240-242) y en el ensayo sobre la *Psicoterapia de la histeria* (Freud, 1895/1975e, pp. 250-252), en el cual decía que las *narrativas clínicas* eran leídas por sus colegas médicos como si fuesen *narrativas literarias* y no como *narrativas científicas* de casos clínicos. Freud estaba refiriéndose así a sus narrativas clínicas realizadas en los ensayos titulados *Las psiconeurosis de defensa* (Freud, 1894/1973e) y los *Nuevos comentarios sobre las psiconeurosis de defensa* (Freud, 1896/1973d), publicados en 1894 y 1896 respectivamente, así como a las diversas narrativas clínicas que realizara en los *Estudios sobre la histeria*, obra publicada en 1895 (Freud y Breuer, 1895/1975).

¿Qué pone en evidencia este comentario de Freud? Antes que nada, la amargura de Freud ante el hecho de que el discurso teórico y el dispositivo clínico que estaría entonces forjando, que desembocarían luego en el psicoanálisis, no fuesen reconocidos como modalidades del discurso científico, de hecho y de derecho. Lo que implica decir que Freud quería que su discurso teórico fuese reconocido efectivamente como inserto en los campos de los discursos de la ciencia y la medicina. Más allá de eso, es preciso destacar que Freud ironizaba sobre sus colegas neurologistas por esta sordera y por no reconocer su trabajo científico, considerándolo una producción literaria, similar a lo que sería la *narrativa novelística*.

A continuación, con la publicación en 1905 del *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Freud enfatizó la misma posición, evidenciando la misma amar-

gura e ironizando igualmente ante sus colegas médicos. En efecto, enunciaba entonces que los neurologistas consideraban sus narrativas clínicas similares a las narrativas novelísticas y no como narrativas clínicas de cuño estrictamente científico (Freud, 1905/1966c).

A la par, en la conferencia pronunciada en la Sociedad Médica de Viena en 1896 y publicada luego bajo el título *La etiología de la histeria* (Freud, 1896/1973b), Freud escuchó del importante neuropsiquiatra y sexólogo austriaco Kraft-Ebing que lo que presentaba no pasaba de un “cuento de hadas científico” (Jones, 1970, pp. 113-116).

Con la publicación de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1976a), obra en la que Freud sostuvo no sólo que el sueño tenía un *sentido*, sino que éste estaría centrado en la *realización del deseo* (Freud, 1900/1976a, Capítulo 2) -criticando de manera sistemática la tesis de la neuropsiquiatría de entonces, que sostenía que el sueño no tendría sentido y que sería la resultante de las descargas nerviosas procedentes del estado funcional del dormir-, la recepción de la obra destacó su dimensión *estética* y no científica. En efecto, Havelock Ellis y Stern, entre otros, destacaron los procedimientos estéticos presentes en sus lecturas de los sueños y la ausencia de todo rigor científico (Freud, 1900/1976a, Capítulo 7).

Así, en un período de pocos años, en el cual el discurso psicoanalítico estaba efectivamente constituyéndose, un conjunto de desentendimientos se forjó entre la pretensión de Freud en lo que concierne a la cientificidad del psicoanálisis y la comunidad médica. Estos ruidos se concentraban en dos frentes: el primero se centraba en el *estilo* presente en la escritura clínica de Freud -cercano al de la literatura y específicamente a la escritura novelística, y no a la escritura presente en la clínica médica-, en tanto el segundo indicaba la proximidad de la teoría freudiana con el arte y la literatura, ya sea representados por los cuentos de hadas, ya sea por la metodología elaborada por Freud para la lectura del sueño. Por lo tanto, de la escritura sobre la experiencia psicoanalítica a la escritura inicial de metapsicología, el discurso freudiano fue considerado *extraño* a los cánones teóricos presentes entonces en los discursos de la neurología y de la clínica médica, por un lado, así como al discurso de la ciencia, por el otro.

¿Se trata de un *malentendido*? Es decir, ¿la comunidad médica no entendió que el discurso freudiano se inscribiría en el campo teórico de la medicina, no obstante las diferencias existentes en sus escrituras? O, entonces, ¿se trata efectivamente de un *bienentendido*, pues el cuerpo de la medicina científica reconocía desde entonces que los cánones teóricos presentes en el discurso psicoanalítico no se adecuaban a los cánones teóricos de la medicina científica? En esta perspectiva, la diferencia existente en la composición psicoanalítica de la escritura, en oposición a la presente en la medicina científica, ¿no evidenciaría justamente eso?

Será por el énfasis puesto en este *embrollo*, es decir, entre el malentendido y el “bienentendido” existente entre los discursos de la medicina y del psicoanálisis, que voy a centrar inicialmente el desarrollo de este ensayo. Sin embargo, este debate teórico sobre la especificidad teórica del psicoanálisis y de su escritura en relación a la medicina, se desdobló en otro debate, la relación del psicoanálisis con el discurso de la ciencia. En efecto, si Freud insistió durante mucho tiempo en sostener que el discurso psicoanalítico era de orden estrictamente científico

y seguía los presupuestos presentes en el discurso de la ciencia, en contrapartida, las comunidades científicas y filosóficas enunciaban que el psicoanálisis no se inscribía efectivamente en aquellos presupuestos epistemológicos.

Retomemos entonces separadamente este doble embate teórico -las oposiciones psicoanálisis/medicina y psicoanálisis/ciencia- para conjugarlo enseguida en el *embrollo* sobre la escritura en psicoanálisis.

III. Lenguaje, fantasma e intensidad

Para subrayar aun más la pertinencia de la oposición existente entre los discursos del psicoanálisis y de la medicina, al interior del discurso freudiano, voy a enfatizar ahora cómo ésta oposición fue relanzada posteriormente en el recorrido teórico de Freud, no circunscribiéndose pues al inicio de éste. En efecto, tanto en el ensayo publicado en 1923 bajo el título *Una neurosis demoníaca del siglo XVII* (Freud, 1923/1952), como en el libro publicado en 1926 titulado *La cuestión del análisis profano* (Freud, 1926/1984a), Freud destacó las *diferencias* entre el psicoanálisis y la medicina, por el énfasis colocado en diversos criterios.

Así, en el ensayo *Una neurosis demoníaca del siglo XVII*, Freud enunció una tesis sorprendente: existiría más verdad en la teoría demonológica de la Edad Media que en la teoría somática de la medicina científica, pues en aquella se reconocía efectivamente la presencia de los “espíritus” en la experiencia de la posesión, tesis que fue puesta en suspenso por el positivismo médico moderno (Freud, 1923/1952). Sería, por lo tanto, por esta derivación, en la segunda tesis formulada por Freud en este ensayo, que existiría más proximidad teórica entre el psicoanálisis y la demonología, pues con el psicoanálisis tales “espíritus” serían representados por la valoración conferida al *fantasma* en el psiquismo (Freud, 1923/1952). Sería a consecuencia de ello que el psicoanálisis se distanciaría de la medicina científica, en la medida en que ésta no reconocía la pertinencia efectiva del fantasma en las perturbaciones corporales (Freud, 1923/1952). Finalmente, en una estricta perspectiva genealógica existiría una articulación posible entre la demonología y el psicoanálisis, así como una ruptura teórica de éste con la medicina científica, por el énfasis puesto en el criterio diferencial del fantasma (Freud, 1923/1952).

En el ensayo sobre el análisis profano enfatizó la oposición existente entre el psicoanálisis y la medicina por el acento conferido ahora al *lenguaje* en la experiencia psicoanalítica (Freud, 1926/1984a). Retomó entonces una tesis ya enunciada en 1891, en un ensayo titulado *Tratamiento psíquico* (Freud, 1890/1984b), en la cual sostenía que el tratamiento psíquico se sustentaba en el campo del *discurso*.

No obstante, si el tratamiento psíquico se realizaba por el discurso ello se debía a la condición básica del psiquismo, es decir, la de *aparato de lenguaje* (Freud, 1891/1963). Ésta fue la primera versión metapsicológica del psiquismo, en la medida en que Freud transformó la idea *aparato del alma*, formulada por Wernick, en aparato de lenguaje (Freud, 1891/1963). Sin embargo, en el ensayo titulado *Proyecto de una psicología científica*, escrito en 1895, Freud concibió el *aparato psíquico* por la articulación existente entre los registros del lenguaje y de la *intensidad* (Freud, 1895/1973a).

La oposición del discurso freudiano al discurso de la medicina, en los principios del psicoanálisis, implicó una recuperación estratégica del lenguaje en el

campo de la experiencia psicoanalítica, lo que había sido decididamente abolido en el campo de la clínica médica, con la constitución de la medicina científica, a finales del siglo XVIII (Freud, 1890/1984b).

En efecto, con la emergencia del discurso de la *anatomía clínica*, en la aurora del siglo XIX, en el cual se establecieron las relaciones de fundación existentes entre los registros de la *lesión* y de la *enfermedad*, la medicina científica abolió cualquier referencia al lenguaje en la experiencia clínica, tal como hacía anteriormente en la era clásica (Foucault, 1963). Por lo tanto, fue con la medicina premoderna que el psicoanálisis se articuló para conferir al lenguaje una posición estratégica en la experiencia analítica (Freud, 1890/1984b).

Sin embargo, el registro de la intensidad sería articulado por la línea del registro del fantasma, tal como Freud lo introdujo de manera sistemática en la metapsicología desde *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1976a), y en oposición a la teoría inicial de la seducción. Fue este criterio diferencial, frente al discurso de la medicina científica, que Freud evocó en el comentario sobre *La neurosis demoníaca del siglo XVII* (Freud, 1923/1952), como indiqué anteriormente. Finalmente, sería por la *conjunción* de los registros del lenguaje, de la intensidad y del fantasma que el discurso freudiano se opondría al discurso de la medicina moderna, marcando así las disonancias existentes entre sus experiencias clínicas.

IV. Inconsciente y escritura

Todas estas cuestiones ya nos indican, entonces, el camino teórico para pensar en la diferencia existente entre la escritura psicoanalítica y la de la clínica médica desde los principios del psicoanálisis, en la medida en que inicialmente los registros de la palabra y de la intensidad demarcaban la oposición existente entre ambos campos. A continuación, el registro del fantasma delineaba aun más la diferencia existente entre estos discursos, en conjunción con los otros registros. Se puede afirmar así que la comunidad médica tenía razón en sorprenderse ante la escritura teórica y clínica de Freud, que no se adecuaba a los cánones de la medicina científica. Existía, por lo tanto, un malentendido entre el discurso freudiano y el discurso de la medicina científica, no obstante la amargura de Freud por no obtener el reconocimiento para el nuevo discurso que estaba entonces forjando.

¿Cómo delinear debidamente la diferencia planteada?

Así, si examinamos rigurosamente las narrativas clínicas forjadas por la clínica médica y por la neurología, lo que estaba planteado en ellas era la posición estratégica conferida a la figura de la *enfermedad* a partir de los *síntomas* y *señales* presentados por la figura del enfermo, para que fuese debidamente establecida la relación causal existente entre aquella y el registro de la *lesión*, de acuerdo con los presupuestos teóricos del discurso de la anatomía clínica (Foucault, 1963).

En contrapartida, lo que se planteaba en las narrativas clínicas forjadas inicialmente por Freud era el esfuerzo por circunscribir la figura del *sujeto* a partir del campo del síntoma, de manera de interpretar los caminos tortuosos por los cuales una *historia* se constituye efectivamente, tal como Freud estableció en su método de manera sistemática desde el ensayo *Psicoterapia de la histeria* (Freud,

1895/1975). Posteriormente, con la crítica de la teoría de la seducción y el establecimiento de la teoría del fantasma, el registro de la fantasía también se inscribió en la narrativa clínica, marcando las variaciones a lo largo de la historia del sujeto.

Además de ello, es preciso evocar que en el campo de estas distintas narrativas clínicas el síntoma asumía connotaciones diversas e incluso opuestas. En efecto, si en la clínica médica el síntoma tenía un valor *negativo*, pues sería el signo infalible de una lesión del organismo a ser regulado por la intervención médica de carácter terapéutico, en la experiencia analítica, en contrapartida, el síntoma tenía un valor *positivo*, pues sería a partir de él que la *interpretación* de una historia podría efectivamente realizarse, para colocar en evidencia al sujeto y sus impasses frente al mundo.

Como consecuencia de estas diferencias cruciales, las narrativas en cuestión forjaron *composiciones* textuales diversas y hasta opuestas, centrada como estaría la del psicoanálisis en la figura del sujeto, y en la enfermedad la de la medicina científica, de forma que en ambas el síntoma tendría valencias diferentes. De allí que el discurso freudiano se haya valido del modelo de la *novela* en la narrativa psicoanalítica, para poner en evidencia el registro del sujeto y de sus impasses. Además de ello, es preciso decir que la composición de la narrativa psicoanalítica enfatizaba también el registro de la *ficción*, ausente en la narrativa de la clínica médica, pues sería el contrapunto necesario de una experiencia clínica guiada por la interpretación y por la elucidación sistemática de la trama fantasmática que marcaría el sujeto.

Fue como consecuencia de esta articulación entre los registros de la interpretación, del fantasma y de la ficción, por la cual Freud puede concebir el aparato psíquico desde el libro sobre la interpretación de los sueños (Freud, 1900/1976a), que se estableció la oposición entre la *realidad psíquica* y la *realidad material*, de manera de acompañar a través del fantasma las intensidades que permearían el psiquismo. En contrapartida, desde los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, obra publicada en 1905, Freud concibió el registro de las intensidades por el sesgo del concepto de *pulsión*, siendo ésta la exigencia de trabajo hecha al psiquismo en función de su articulación con el organismo (Freud, 1905/1962).

Por lo tanto, la escritura en psicoanálisis pondría en evidencia cómo el sujeto tendría como coordenadas fundamentales los registros del lenguaje (interpretación), de la ficción (fantasma) y de la intensidad (pulsión). No obstante, si esta escritura procura evidenciar la condición del sujeto en la experiencia analítica, también lo pone en evidencia en las diferentes *formaciones del inconsciente* (Lacan, 2010), como diría Lacan, como el *síntoma*, el *sueño* (Freud, 1900/1976a), el *lapsus* (Freud, 1901/1973f) el *acto fallido* (Freud, 1901/1973f) y el *chiste* (Freud, 1905/1980).

Enfatizando aun más la importancia de la cuestión de la narrativa clínica en el discurso freudiano, es necesario evocar debidamente el hecho de que Freud publicó una enorme cantidad de narrativas sobre la experiencia psicoanalítica. Publicó por cierto mucho más que cualquier otro analista a lo largo de la historia del psicoanálisis, incluidos aquéllos que constituirían nuevas teorías y forjarían otras traducciones psicoanalíticas, como Ferenczi, Melanie

Klein, Lacan y Winnicott. En efecto, además de los textos antes citados en este artículo, Freud publicó las experiencias analíticas de *Juanito* (Freud, 1909/1966a), del *Hombre de las ratas* (Freud, 1909/1966a), del *Hombre de los lobos* (Freud, 1918/1966b) y de la joven homosexual (Freud, 1920/1973g), así como transformó su lectura de las *Memorias de Schreber* (Schreber, 1903/1975) en una narrativa psicoanalítica (Freud, 1911/1966d), al destacar las articulaciones existentes entre la psicosis y la historia infantil de Schreber (1903/1975).

Lo que caracterizaba todas estas narrativas clínicas era la articulación existente entre el registro de los síntomas y la historia fantasmática de los analizandos, articulación orientada y actualizada por la colocación en primer plano de las coordenadas presentes en el campo transferencial.

Por eso mismo, Freud puede también publicar narrativas analíticas que fracasaron y no tuvieron éxito, como los análisis de *Dora* (Freud, 1905/1966c), la joven homosexual (Freud, 1920/1973g) y el *Hombre de los lobos* (Freud, 1918/1966b), en la medida en que lo que era fundamental en aquéllas era la puesta en evidencia, en sus experiencias analíticas en cuestión y delimitadas en el contexto transferencial planteado, de los impasses de los sujetos en cuestión. Es claro que el imperativo de estas publicaciones clínicas, así consideradas, era el de realizar la *transmisión* de la experiencia analítica, con vistas a formar jóvenes analistas y difundir así el psicoanálisis (Birman, 1989).

Sin embargo, la composición textual de estas narrativas clínicas remite por cierto al *estilo* de la novela, sin ser una narrativa novelística en el sentido estricto del término, pues existen en aquéllas consideraciones de orden metapsicológico y el delineamiento del campo transferencial inscriptos en estos textos. No obstante, evocan inequívocamente el estilo novelístico, pues lo que se postularía siempre en estas narrativas clínicas sería el registro del sujeto, articulado íntimamente en los registros del fantasma y de la intensidad, tal como ocurre en la escritura literaria, centrada en los recorridos tortuosos de los personajes. Además de ello, estas narrativas clínicas remiten a figuras reales y no inventadas por el narrador.

Sería en consecuencia de esto que en su gran mayoría tales textos se titulan ya sea con el nombre del sujeto en cuestión en la experiencia analítica planteada -*Fräulein Emmy von N* (Freud, 1893-1895/1975c), *Fräulein Lucy R* (Freud, 1891/1975d), *Katharina* (Freud, 1891/1975a), *Fräulein Elizabeth von R* (Freud, 1891/1975b), *Dora* (Freud, 1905/1966c) y *Schreber* (Freud, 1909/1966a)-, como si fuera un personaje de una novela, por un lado, o con el nombre de la escena fantasmática originaria que orientaría la histeria del sujeto en cuestión, como el *Hombre de las ratas* (Freud, 1909/1966a) y el *Hombre de los lobos* (Freud, 1918/1966b), por el otro.

Por lo tanto, la deuda del psicoanálisis en relación a la *literatura* es evidente, pues ésta fue por cierto el modelo de escritura por el cual el discurso freudiano se orientó para emprender sus narrativas clínicas, con la demarcación de los criterios teóricos antes destacados. No obstante, la *deuda simbólica* de Freud en relación a la literatura no se limitó al registro de la escritura clínica, sino que se hizo también presente en la escritura de la metapsicología, en la cual procuró articular el registro de la interpretación (lenguaje) con el del fantasma (ficción), promoviendo así una escritura permeada por las intensidades. ¿No fue justamente eso lo que dijeron los críticos iniciales del psicoanálisis, que no lo reconocieron

como inscripto en el campo del discurso de la ciencia, y lo aproximaron en cambio al campo de la literatura (Kraft-Ebing) y de la estética (Havelock Ellis)?

De esta manera, no fue por cierto una casualidad que el método de las *asociaciones libres*, que como regla fundamental delinea las coordenadas del campo de la experiencia psicoanalítica, tuviera una inspiración literaria, originándose en el Romanticismo alemán. En efecto, Freud acabó por confesar inesperadamente a Ferenczi, en 1920 que en la adolescencia había leído todas las obras de Borne, entre ellas la que enseñaba cómo convertirse en escritor y escribir una obra. Para ello sería necesario que el aprendiz de escritor dejara las ideas fluir libremente en su imaginación, sin censura y sin que el escritor se preocupara por los criterios de realidad inmediata presentes en la existencia cotidiana (Freud, 1920/1973g). Por lo tanto, por la suspensión provisoria de la realidad material y por el énfasis puesto en el libre curso de la imaginación, una obra podría ser forjada por el escritor. Fue a partir de esta referencia literaria que Freud forjó efectivamente la técnica de la asociación libre en la experiencia analítica, pero la resaltó posteriormente en sus orígenes y la recordó sólo cuando Ferenczi le señaló la similitud existente entre el procedimiento de Borne y el procedimiento analítico.

Así, por el procedimiento de la asociación libre el sujeto en análisis sería puesto en la posición de dejar fluir sus pensamientos, dejándolos correr a la deriva, dando entonces libre curso a su imaginación y sin contraponer a eso censura alguna. En efecto, como la figura del escritor el analizando podría crear ficciones sobre su existencia y su historia, siendo llevado a ello por el flujo de sus intensidades y de sus fantasmas. En fin, el sujeto reinscribiría en el análisis la historia de su existencia, atravesando sus impasses y sus virajes vertiginosos, tal como el escritor enuncia en la producción novelística.

Sería a cuenta de esta producción del aparato psíquico, centrada en el lenguaje, en la ficción y en las intensidades, que remitiría efectivamente a las condiciones de posibilidad de la escritura literaria, que Derrida conceptualizó el modelo del aparato psíquico forjado por Freud como una escena de la escritura, en la medida en que los trazos psíquicos serían inscripciones por las cuales circularían las intensidades moduladas por los fantasmas. En el ensayo *Freud y la escena de la escritura*, en efecto, Derrida (1967) recorrió la obra de Freud, desde el *Proyecto de una psicología científica* (Freud, 1895/1973a) hasta el ensayo *Nota sobre la pizarra mágica* (1925/1985a), no sólo para demostrar que el inconsciente se constituiría como una escena escrituraria, sino también para proponer que el aparato psíquico sería una *máquina de escribir*, por lo cual dichas inscripciones serían efectivamente producidas (Derrida, 1967). Con todo, si en el *Proyecto de una psicología científica* el discurso freudiano anunciara ya un discurso sobre el trazo, fue con *La interpretación de los sueños* que el trazo fue transferido a una *escritura*, en la medida en que Freud recurrió a los jeroglíficos egipcios y a la escritura china como modelos para concebir el campo del inconsciente.

Es claro que con esta formulación teórica Derrida emprendió la crítica indirecta de la teoría de Lacan sobre el psicoanálisis, en la medida en que éste enunciara desde 1953 que el psicoanálisis sería el campo del *habla* y del lenguaje (Lacan, 1953/1966). Para Derrida, en efecto, el psicoanálisis sería el campo de la escritura y del lenguaje, de forma que los campos del habla y del discurso

serían los desdoblamientos y las derivaciones importantes del campo de la escritura, que sería constitutiva del inconsciente.

V. Romanticismo y neopositivismo

Así, en los registros de la metapsicología y de la narrativa clínica el discurso freudiano indicaba mediante su escritura los ruidos que promovía frente al discurso de la ciencia, en la medida en que la embestida con el campo de la medicina científica ponía en escena y en acto el *no reconocimiento* del psicoanálisis como discurso científico, de hecho y de derecho. La forma de recepción teórica del discurso freudiano, por Kraft-Ebing y Havilock Ellis, ya ponía eso en evidencia, por cierto. Por eso mismo, el discurso freudiano fue cercano a los campos de la literatura y la estética.

Es claro que Freud buscó de manera insistente el reconocimiento científico del psicoanálisis, no obstante la imposibilidad que experimentó en relación a ello durante casi todo su recorrido teórico. Freud no fue víctima de nadie, sino sólo de su deseo de reconocimiento. En los ensayos sobre el narcisismo (Freud, 1914/1969) y la pulsión (Freud, 1915/1968) intentó sostener que los conceptos fundamentales de cualquier disciplina científica no se enunciaban en el tiempo histórico inicial de la constitución de ésta, sino sólo posteriormente, cuando el campo científico en cuestión tuviera ya acumuladas sus evidencias empíricas y estuviese entonces en franco desarrollo teórico. Argüía entonces que se exigía del psicoanálisis esta coherencia conceptual desde sus inicios, cuando eso no sucedía en la historia de los demás discursos científicos. En fin, no había sido eso lo ocurrido en los campos de la física, la química y la biología, pero era lo que se exigía, en contrapartida, en lo que atañe al campo del psicoanálisis, afirma Freud con perplejidad.

Sin embargo, lo que estaba en cuestión en este debate sobre el no reconocimiento científico del psicoanálisis era el modelo de científicidad que comenzaba a imponerse como paradigma epistemológico desde el inicio del siglo XX, y que culminó en la constitución del Círculo de Viena, al final de los años 20 del siglo XX (Jacob, 1980). Lo que estaba planteándose entonces, en efecto, era el modelo *neopositivista* de ciencia, que tiene en Carnap a uno de sus mayores sistematizadores, por la formulación de algunas de sus tesis fundamentales (Bouveresse, 1973).

¿Cuál era el argumento crucial enunciado por Carnap? Según éste sería preciso oponer debidamente los enunciados *con sentido* y *sin sentido* de los diferentes discursos teóricos, en los cuales los primeros podrían y deberían ser *descompuestos* en enunciados *más simples*, en los cuales éstos tendrían entonces una *referencia empírica* segura. Se plantearía así la cuestión de la verificación empírica de los enunciados de las proposiciones. Solamente así los enunciados tendrían sentido, lo que no ocurriría con los enunciados sin sentido, en los cuales esta operación de descomposición enunciativa y esta referencialidad empírica no habría sucedido (Lacan, 1953/1966). Finalmente, si los enunciados con sentido fueran considerados *verdaderos*, los enunciados sin sentido serían falsos.

En esta perspectiva, el discurso de la ciencia estaría constituido entonces por enunciados con sentido, en tanto los discursos de la filosofía, de la literatura y de las diversas ciencias humanas estarían constituidos por enunciados sin

sentido y, rigurosamente hablando, no podrían insertarse en el discurso de la ciencia. Por lo tanto, el discurso freudiano no era entonces reconocido como un discurso científico propiamente dicho, en la medida en que estaría constituido por enunciados sin sentido, es decir, sin referencia empírica sistemática y rigurosamente establecida.

Este debate epistemológico atravesó el siglo XX de cabo a rabo, de manera que el psicoanálisis no fue reconocido efectivamente como una ciencia, en la medida en que ésta era concebida según los criterios epistemológicos del discurso del neopositivismo. En la tradición anglosajona el psicoanálisis nunca fue reconocido como una ciencia, en la medida que no se pautaba por los criterios teóricos del neopositivismo. A comienzos de los años 50, en *Función y campo de la palabra y del lenguaje*, Lacan (1953/1966) remarcaba que el psicoanálisis no era aún una ciencia, pero que seguramente podría llegar a serlo al orientarse por los presupuestos teóricos de las ciencias conjeturales, es decir, de las ciencias con fundamento lógico, matemático y probabilístico. No obstante, ya a finales de los años 50 y comienzos de los 60 Lacan dejó de proponer que el psicoanálisis debería ser una ciencia, pues asumía la nueva propuesta teórica de que el psicoanálisis sería una *ética* (Lacan, 1973/1986).

Lo que me interesa enfatizar es que Freud buscó el reconocimiento teórico del psicoanálisis como una ciencia, por los criterios epistemológicos del neopositivismo. En efecto, orientado como estaba por el criterio teórico de la referencia empírica de los enunciados, tal como exigía el discurso científico, esto es, el criterio de la *verificación* de los enunciados, Freud publicó ampliamente sus narrativas clínicas como ningún otro analista en la posterioridad de la historia del psicoanálisis, porque pensaba que tales narrativas podrían considerarse la verificación empírica de los enunciados metapsicológicos de la teoría psicoanalítica. No obstante ello, las comunidades científica y epistemológica no reconocieron esta pretensión de científicidad del psicoanálisis.

Sin embargo, en los años 30 Freud desistió definitivamente de esta demanda de reconocimiento científico para el psicoanálisis. En efecto, en la obra titulada *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (Freud, 1934/1985b), en el capítulo sobre la pulsión, Freud enunció que el concepto de pulsión era el *mito* de la teoría psicoanalítica. Se puede afirmar incluso que el concepto de pulsión sería el mito fundador del psicoanálisis. Lo que implica decir, bien entendido, que sostener que la pulsión como concepto fundamental de la metapsicología era del orden del mito, en el contexto teórico triunfante del neopositivismo, era asumir efectivamente que el psicoanálisis no era una ciencia, pues no podría ser verificado por los criterios empíricos, como se exigía en el discurso epistemológico del neopositivismo.

Sin embargo, si examinamos el discurso freudiano desde otra perspectiva teórica, podemos afirmar que la metapsicología freudiana se adecua efectivamente a las reglas teóricas de científicidad del Romanticismo alemán, que se oponía frontalmente a los imperativos epistemológicos del neopositivismo. En efecto, la vasta obra crítica de Gusdorf sobre el Romanticismo alemán puso en relieve en este movimiento otra tradición de científicidad, en la cual la *imprecisión* de los enunciados se valorizaba positivamente en lugar de desvalorizarse, como lo hacía la tradición científicista del neopositivismo (Gusdorf, 1983).

De esta manera, podemos afirmar que el discurso teórico de la metapsicología se orienta por los criterios de cientificidad del Romanticismo alemán y no por los criterios teóricos de la tradición neopositivista, que tiene en Goethe a uno de sus teóricos mayores. Por eso mismo, registro de la metapsicología cuando no de la narrativa clínica, de forma que el discurso freudiano fue aproximado a los campos de la literatura y de la estética desde el comienzo de su recorrido teórico. Quedaría así planteada la marca inconfundible de la escritura psicoanalítica, en fin, del discurso freudiano.

VI. Conclusión

La tradición psicoanalítica postfreudiana no se guió por estas marcas del Romanticismo alemán, que serían inconfundibles en el discurso freudiano. Las narrativas clínicas del psicoanálisis y de la metapsicología postfreudiana pasaron a pautarse por las reglas de la psicopatología general y más recientemente por las normas de la psicopatología fundamental, por las cuales la comunidad psicoanalítica procuró adecuarse a los criterios de cientificidad presentes en el discurso de la psiquiatría.

Además de ello, las largas narrativas clínicas se fueron volviendo *raras* en la historia del psicoanálisis postfreudiano, en la medida en que la escritura psicoanalítica pasó a valerse de la experiencia clínica de forma periférica y volátil, en la medida en que ésta pasó a transformarse en *viñeta clínica*, es decir, a ser utilizada en la escritura psicoanalítica como ejemplificaciones de un determinado concepto teórico.

No obstante, si el discurso psicoanalítico se transformó tan radicalmente en su escritura, desde los tiempos primordiales de la constitución del psicoanálisis, cuando se forjó el discurso freudiano, hasta la actualidad, ello se debe al imperativo teórico presente en la comunidad psicoanalítica de guiarse por los criterios de cientificidad del neopositivismo y por la interminable búsqueda de reconocimiento científico del psicoanálisis. En fin, sería por eso mismo que la psicopatología general y la psicopatología fundamental se transformaron en modelos teóricos en la historia postfreudiana del campo del psicoanálisis.

Resumen

La intención de este ensayo es poner de relieve las principales características de la escritura en el psicoanálisis con la lectura que realiza el discurso freudiano. Como resultado, se acerca al discurso freudiano del campo de la literatura y la tradición científica del romanticismo alemán, que se oponen a criterios científicos derivados del neopositivismo.

Descriptores: Escritura, Literatura. **Candidato a descriptor:** Neopositivismo.

Abstract

The intention of this essay is to highlight the key features of writing in psychoanalysis by reading that performs the Freudian discourse. As a result, approaches the Freudian discourse of the field of literature and scientific tradition of German Romanticism, which oppose scientific criteria derived from the neo-positivism.

Keywords: Writing, Literature. **Candidate to keyword:** Neopositivism.

Referencias

- Birman, J. (1989). *Freud e a interpretação psicanalítica*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Bouveresse, J. (1973). La théorie et l'observation dans la philosophie des sciences du positivisme logique. En F. Chatelet, *Le XX^e siècle. Histoire de la philosophie* (Vol. 7, pp. 76-134). Paris: Hachette.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). *Capitalisme et schizophrénie 2: Mille Plateaux*. Paris: Minuit.
- Derrida, J. (1967). "Freud et la scène de l'écriture". En *L'écriture et la différence* (pp. 293-340). Paris: Seuil.
- Foucault, M. (1963). *Naissance de la clinique: Une archéologie du regard médical*. Paris: PUF.
- Foucault, M. (1994). *Dits et écrits 1980-1988* (Vol. 4). Paris: Gallimard.
- Freud, S. (1952). Une névrose démoniaque au XVII^e siècle. En *Essais de psychanalyse appliquée* (pp. 215-253). Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1962). *Trois essais sur la théorie de la sexualité*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1963). *Contribution à la conception des aphasies*. Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1891)
- Freud, S. (1966a). Analyse d'une phobie chez un petit garçon de cinq ans (le petit Hans). En *Cinq psychanalyse* (pp. 93-198). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1909)
- Freud, S. (1966b). Extrait de l'histoire d'une névrose infantile (L'homme aux loups). En *Cinq psychanalyse* (pp. 325-420). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1918)
- Freud, S. (1966c). Fragment d'une analyse d'hystérie. En *Cinq psychanalyse* (pp. 1-92). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1966d). Remarques psychanalytiques sur l'autobiographie d'un cas de paranoïa: Dementia Paranoides (Le Président Schreber). En *Cinq psychanalyse* (pp. 263-324). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1911)
- Freud, S. (1966e). Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle (L'homme aux rats). En *Cinq psychanalyse* (pp. 199-262). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1909)
- Freud, S. (1968). Pulsions et destins des pulsions. En *Metapsychologie* (pp. 11-44). Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1969). Pour introduire le narcissisme. En *La vie sexuelle* (pp. 81-105). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1973a). Esquisse d'une psychologie scientifique. En *La naissance de la psychanalyse* (pp. 315-396). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1973b). Létologie de l'hystérie. En *Névrose, psychose et perversion* (pp. 83-112). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1973c). *La naissance de la psychanalyse: Lettres a Wilhelm Fliess, notes et plans (1887-1902)*. Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1887-1902)

- Freud, S. (1973d). Nouvelles remarques sur les psychonévroses de défense. En *Névrose, psychose et perversion* (pp. 61-82). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1973e). Les psychonévroses de défense. En *Névrose, psychose et perversion* (pp. 1-14). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1973f). *Psychopathologie de la vie quotidienne*. Paris: Payot. (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1973g). Sur la psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine. En *Névrose, psychose et perversion* (pp. 245-270). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1975a). Katharina. En S. Freud & J. Breuer, *Études sur l'hystérie* (pp. 119-127). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1891)
- Freud, S. (1975b). Mademoiselle Elisabeth von R. En S. Freud & J. Breuer, *Études sur l'hystérie* (pp. 128-169). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1891)
- Freud, S. (1975c). Mme Emmy von N. En S. Freud & J. Breuer, *Études sur l'hystérie* (pp. 46-102). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
- Freud, S. (1975d). Miss Lucy R. En S. Freud & J. Breuer, *Études sur l'hystérie* (pp. 103-118). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1891)
- Freud, S. (1975e). Psychothérapie de l'hystérie. En S. Freud & J. Breuer, *Études sur l'hystérie* (pp. 230-267). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1976a). *L'interprétation des rêves*. Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1976b). Sur la préhistoire de la technique analytique. En *Résultats, idées, problèmes* (Vol. 1, pp. 255-258). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1980). *Le mot d'esprit et sa relation à l'inconscient*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1984a). *La question de l'analyse profane*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1926)
- Freud, S. (1984b). Traitement psychique. En *Résultats, idées, problèmes: 1890-1920* (Vol. 1, pp. 1-23). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1890)
- Freud, S. (1985a). Notes sur le bloc-note magique. En *Résultats, idées, problèmes* (Vol. 2, pp. 119-124). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1985b). *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1934)
- Gusdorf, G. (1983). *Le romantisme* (Vols. 1-2). Paris: Payot.
- Jacob, P. (Comp.). (1980). *De Vienne à Cambridge*. Paris: Gallimard.
- Jones, E. (1970). *La vie et l'œuvre de Sigmund Freud* (Vol. 1). Paris: PUF.
- Kant, E. (1971). *Critique de la raison pure*. Paris: PUF.
- Lacan, J. (1966). Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse. En *Écrits* (pp. 237-323). Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1953)
- Lacan, J. (1973). *Le séminaire, livre 11: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Paris: Seuil.
- Lacan, J. (1986). *Le séminaire, livre 7: L'éthique en psychanalyse*. Paris: Seuil.
- Lacan, J. (2010). *Le séminaire, livre 5: Les formations de l'inconscient*. Paris: Seuil.
- Schreber, P. (1975). *Mémoires d'un névropathe*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1903).

Ciudades Invisibles



Buenos Aires, cuando yo te vuelvo a ver...

*“No nos une el amor sino el espanto
será por eso que la quiero tanto”¹*

J.L. BORGES

Conocí Buenos Aires cuando viví en Madrid. La descubrí en su ausencia. Antes, ¿habría sido muda, invisible? Descubrí allí el eco del poeta: “Esta ciudad que yo creí mi pasado / es mi porvenir, mi presente; / los años que he vivido en Europa son ilusorios, / yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires”.² Y con él puedo decir: “Las calles de Buenos Aires ya son mi entraña”.³

Me pregunto cuál será entonces *mi ciudad* y si será la misma cuando concluya estas líneas. La miro hoy de nuevo para escribir sobre ella, con sus bordes evanescentes, como en un viaje por territorios desconocidos, un poco extranjera, haciendo visible lo que la habitualidad invisibiliza; aquello con lo que en la cotidianeidad me mimetizo.

Me percató de sus veredas anchas custodiadas por árboles que dan sombra para mitigar el calor del asfalto del verano porteño con acordes de Piazzola. Añoro mi plaza y su magnolia, hilos de mi recuerdo encubridor con sabores y aromas de infancia. Quedan ya pocos bancos ocupados por madres con tiempos infinitos, vecinas conversando y tejiendo amistades de la vida que durarán por años o niños jugando en los areneros construyendo mundos de fan-

tasía. Los adoquines de las calles empedradas se han alisado bajo el asfalto; otros han sido removidos para ser vendidos y reubicados en patios de casas recicladas o para la *puesta en valor* de espacios históricos. Buenos Aires construye, destruye, deconstruye, reconstruye... El visitante descubrirá que no es fácil perderse en Buenos Aires, con su grilla cuadriculada de manzanas ordenadas y numeradas de forma creciente desde el río.

Buenos Aires, la Reina del Plata, canta el valsecito de María Elena Walsh, a pesar de que Buenos Aires le da la espalda al Río de la Plata y arroja sus desechos industriales, amarrando las orillas de la gran ciudad. Son el río y su puerto quienes bautizaron con el gentilicio al morador de la ciudad: el *porteño*. Quinquela Martín le dio colores al puerto y a La Boca, que hoy perduran encantando a los turistas que se pasean entre *souvenirs* porteños, adivinando esa promesa de porvenir que quedó detenida en el tiempo entre puentes y hierros de barcos arrumbados. Ese pintoresquismo asoma por la terraza de Fundación Proa, un punto de referencia para el arte contemporáneo de la ciudad de Buenos Aires, con su fachada de vidrio transparente para comunicar experiencias desde el interior hacia el barrio –ya originalmente también hábitat de artistas.

*Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

1. Del poemario *Para las seis cuerdas* (1965), de Jorge Luis Borges.

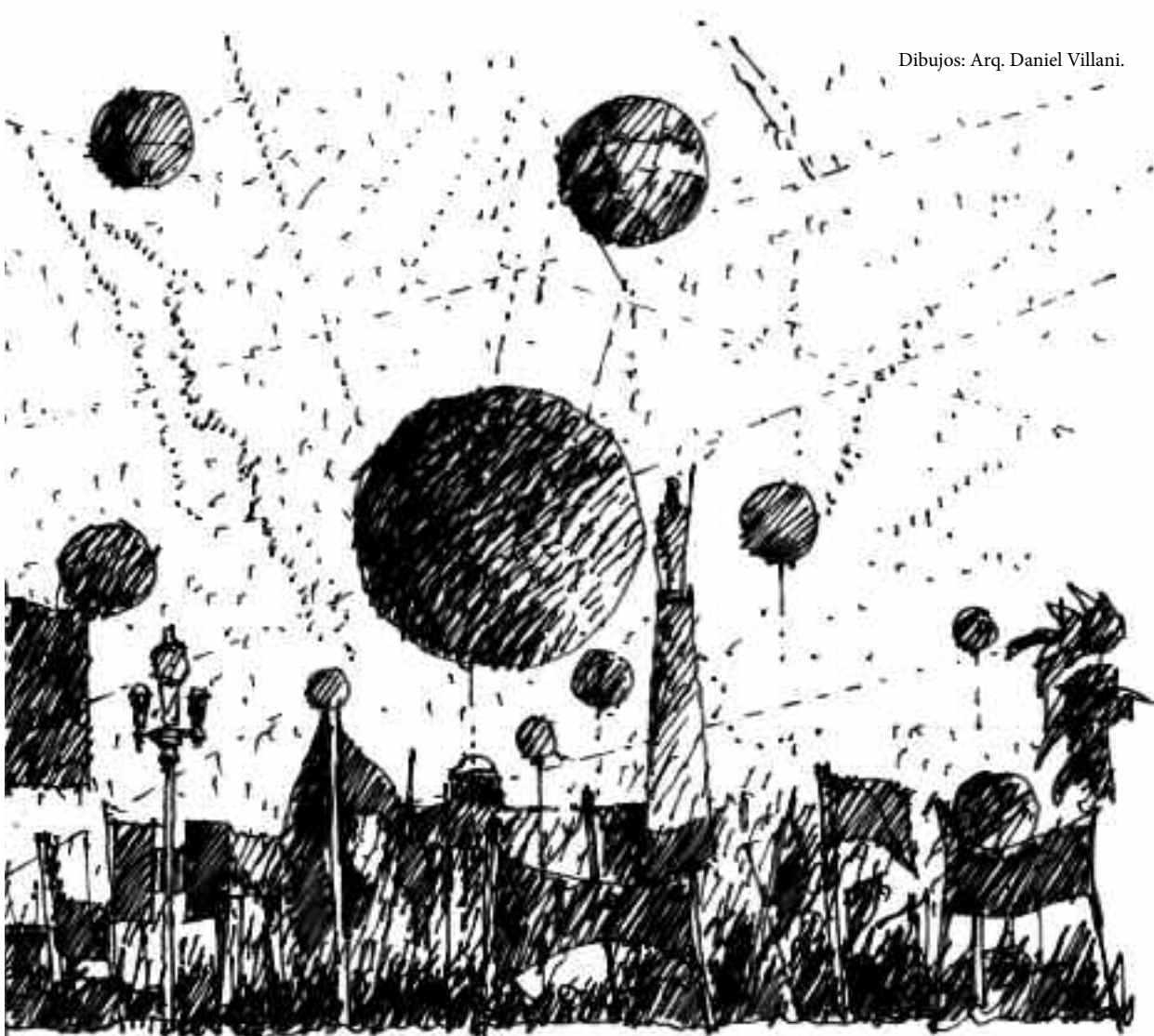
2. “El arrabal”, del poemario *Fervor de Buenos Aires* (1923), de Jorge Luis Borges.

3. “Las calles”, del poemario *Fervor de Buenos Aires* (1923), de Jorge Luis Borges.

Solía decirse no hace tanto que Buenos Aires era la ciudad que no duerme; su actividad cultural, su calle Corrientes, los teatros, los bares abiertos hasta cualquier hora, no son ya insomnes. Pero la vida cultural de la ciudad ha expandido sus fronteras; se han multiplicado las salas de teatro *off*, los museos, las salas de concierto. Probablemente el turista no se querrá perder de visitar el teatro Colón, exponente del eclecticismo arquitectónico, con su imponente escalera de mármol, su araña o su cúpula pintada por Raúl Soldi que acoge una extraordinaria acústica.

A la salida, el Palacio de Tribunales, la Plaza de la República y la diagonal que se abre hacia la Plaza de Mayo, escenario cotidiano de manifestantes permanentes u ocasionales que se apropian del espacio público para hacer oír sus reclamos. De ahí tomaron su nombre las madres que empezaron a juntarse allí por 1977, años de dictadura, colocándose en sus cabezas el pañal de sus seres queridos, luego vuelto pañuelo blanco que se hizo símbolo, y que recorrieron el mundo sin resignarse a la insolencia del lenguaje que llamaba a sus hijos *desaparecidos*.

Dibujos: Arq. Daniel Villani.





La plaza siempre clama: trabajo, justicia, memoria. Palabras gritadas o pintadas en banderas y pancartas de todos los colores políticos recuerdan que ese es el centro de la ciudad. Sin embargo, Buenos Aires ya no tiene centro. La velocidad de la vida contemporánea le ha impuesto varios centros y probablemente sólo la recorreremos de manera concéntrica.

Entre aquello que conserva y lo que se renueva, entre olvido y recuerdo de sí misma, la ciudad naturaliza el presente en sus postales, y deja grabado el tiempo y nos hace creer que encontramos entonces una identidad conformada por una superposición de lugares comunes y acentuación del rasgo (in) significante: el barrio de La Boca, Caminito, el Obelisco, el taxi negro de techo amarillo o las piernas entrelazadas de una pareja tanguera sobre un fileteado porteño construyen su iconografía naturalizada.

El psicoanálisis es casi también un ícono del porteño que llama *analista* a cualquier profesional “psi” sin distinción de raza o color: psicoterapias sugestivas, terapeutas sistémicos, cognitivos o alternativos no se distinguen en boca de los legos. Podría parecer obscena la multiplicidad de instituciones y propuestas “psi” en la ciudad donde la oferta de cursos, seminarios, jornadas, congresos y tratamientos psicoanalíticos a bajos honorarios es de tal magnitud y diversidad que ofrece al interesado un magma confuso en el cual no es fácil distinguir la paja del trigo.

La metrópoli suele ser mirada por los colegas que la visitan desde las ciudades del interior

del país como una meca heredera del esplendor del psicoanálisis europeo del novecientos, que encontró en el Río de la Plata un terreno fértil en el que floreció de la mano de inmigrantes o hijos de inmigrantes. Fue aquí, en Buenos Aires, donde autores como Racker, Pichon Rivière, los Baranger, Álvarez de Toledo, Liberman y Bleger enfatizaron “la co-determinación recíproca de analizando y analista de los fenómenos que ocurren en la situación analítica”.⁴ Debemos a Mimi Langer los estudios sobre la mujer que nutrieron las investigaciones feministas y a Arminda Aberastury los desarrollos del psicoanálisis de niños. Los nombres de Garma, C. Cárcamo, Rascovsky y Horacio Etchegoyen, entre muchos otros sin duda, resuenan en la genealogía del psicoanálisis porteño que se ha ramificado dentro y fuera de las instituciones pertenecientes a la IPA. De la mano de Oscar Masotta se introdujo el estudio de la obra de Lacan por estos pagos, lo que dio origen a la proliferación de instituciones de cuño lacaniano cuyos representantes hoy ocupan lugares relevantes en las universidades. Parejas, familias y grupos han conseguido ingresar en los consultorios analíticos gracias al psicoanálisis de las configuraciones vinculares que comenzó desarrollándose en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG).⁵ El empuje del psicoanálisis porteño no se resignó ante la exclusión que sufrieron años atrás los psicólogos para formarse en las sociedades de la IPA, y encontró en la

4. “Los conceptos de vínculo y espiral dialéctica: un puente entre la intra e intersubjetividad”, de Ricardo Bernardi y Beatriz de León, Foro Debate *Libro Anual de Psicoanálisis* (2013)

5. Fundada en 1954.

Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados (AEAPG)⁶ la hospitalidad que les fuera negada antaño.

Buenos Aires sigue siendo aún hoy en este siglo XXI ciudad de extranjeros: si no ya de españoles o italianos, inmigrantes peruanos, bolivianos, paraguayos y orientales de ojos rasgados buscan un futuro mejor para sus hijos y se asientan en barrios donde se escuchan lenguas y dialectos extranjeros y se saborea una gastronomía globalizada, tan de moda. La ciudad aloja también a jóvenes extranjeros que pasan una temporada estudiando en las universidades locales beneficiados por la diferencia cambiaria; algunos incluso eligen estos pagos como sede de su formación analítica.⁷

Es posible escandir la ciudad en sus edificios notables o sus anchas avenidas, en sus centros comerciales pero también en los asentamientos tomados por los desposeídos que han quedado bajo la línea de pobreza; hoy esos son los suburbios dentro mismo de las fronteras de la ciudad, que nos llevan a andar con rodeos y escotomizar la cuadrícula urbana. Suelen ser sus moradores los que pueblan con sus miserias –no sólo neuróticas– los consultorios de los servicios de salud, haciéndose oír en espacios de supervisión hospitalaria, aunque los servicios públicos son hoy también el lugar de consulta de una clase media pauperizada que en otros tiempos no hubiera acudido a ellos.

Si algo caracteriza también a la Buenos Aires de los psicoanalistas son los cafés. Cada psicoanalista en esta ciudad tiene el suyo, en la cuadra o en la esquina de su consultorio, del que sus pacientes se hacen *habitués* en ese es-

pacio intermediario semipúblico, semiprivado. En los cafés de Buenos Aires se ven libros verdes de Freud o los seminarios de Lacan y ya no sólo en aquel barrio norte que se conoció en los 70 como Villa Freud; hoy los consultorios de los analistas han tomado la ciudad a lo ancho y a lo largo.

Ya no es fácil trasladarse en pocos minutos por la ciudad cuyas calles se ven desbordadas por un parque automotor que se ha multiplicado desmesuradamente y en la que el transporte público colapsa cada dos por tres. Hoy, cuando alguien busca analizarse, no es infrecuente que considere dónde queda el consultorio, y las distancias y los tiempos se incorporan a sus consideraciones sobre el trabajo que ha de emprender. Ya no escucho sólo en clave mundo interno al paciente que refiere que se demoró por no encontrar dónde estacionar, y repongo la hora a quien no pudo llegar porque a la salida de la oficina lo sorprendió el paro de subtes y fue imposible viajar.

“Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos” (Calvino, 1972/1983).⁸

Esto nos dice Calvino en *Las ciudades invisibles*, que hojeo sentada en una de esas librerías tan porteñas que se encargan de desmentir la profecía agorera que declara la muerte del libro. Allí descubro *La ciudad vista* de Beatriz Sarlo

6. La asociación está cumpliendo 50 años de existencia.

7. “La apertura al estudio propio y ajeno del psiquismo resulta ser en la ciudad un valor agregado en su cultura, encontrarse en distintos ámbitos con conocimientos sobre psicoanálisis, reflexiones sociales desde una mirada psicoanalítica, comprensión y vinculación en los distintos ambientes de la sociedad: académicos, políticos, sociológicos y médicos permiten hacer del estudio del psicoanálisis un ambiente con mayor oportunidad de estudio y reflexión, logrando en quienes optamos por ser psicoanalistas en Buenos Aires un mayor espacio de conocimiento tanto teórico como personal. En una ciudad donde el psicoanálisis tiene un lugar de tal importancia, el acceso a estudios teóricos, discusiones continuas y con distintas miradas clínicas y teóricas entre colegas del país y fuera de él facilitan y enriquecen el proceso de formación personal y profesional.” Nancy Moreno Dueñas, colega colombiana en formación en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Comunicación personal.

8. Del libro *Las ciudades invisibles* (1972) de Ítalo Calvino.

(2009), que me ayuda a encontrar las teorías de la ciudad en las ficciones de Borges, en la metáfora mundo/laberinto/ciudad. Cuando él regresa de Europa (en 1921) camina Buenos Aires cuadra por cuadra revisitando en sus poemas la ciudad transformada por la modernización. “Aquí el incierto ayer y el hoy distinto / me han deparado los comunes casos / de toda suerte humana; aquí mis pasos / urden su incalculable laberinto”⁹

Me pregunto qué diría Borges si supiera que, de aquellas cuatro calles en las que él situó la fundación mitológica de Buenos Aires, la calle Serrano lleva hoy su nombre y rodea la Plaza Cortázar de uno de los barrios *fashion* americanizado como Palermo Soho. Zona de la moda y el diseño, se han reciclado allí antiguas casonas transformadas en negocios, galerías de arte, bares y restaurantes que albergan una *movida joven*.

Las paredes también hablan en el espacio urbano; Buenos Aires se expresa en sus muros apropiados por el arte callejero en los últimos años, en el que la imagen, el grafiti, el rock y la crítica social diseñan mensajes que se adueñan del espacio público sin pedir permiso. Sin embargo, hay áreas de la ciudad que se controlan y son de acceso controlado; siendo espacios abiertos que no pueden cerrar sus puertas, el exceso de control policial o la falta de acceso a través del transporte público constituyen puertas virtuales que delimitan zonas protegidas y poblaciones excluidas, como ocurre en el nuevo barrio de Puerto Madero, con sus torres espejadas y calles desiertas que parecen imágenes del futuro aunque implican ya decisiones del presente.

Buenos Aires invita a caminarla a pesar de sus distancias enormes, mirando o sin mirar, buscando o encontrando; no hay ciudad sin *flâneur*, el observador melancólico y callejero

que inmortalizó Baudelaire; pero prefiero la figura de aquel texto de Arlt en sus *Aguafuertes porteñas*: el vagabundear a la deriva sin sentido fijo, “sin memoria ni deseo”, dejándose sorprender por el gesto espontáneo o por las redundancias con que construye narrativas urbanas.

Comienzo por declarar que creo que para vagabundear se necesitan excepcionales condiciones de soñador (...). Ante todo, para vagar hay que estar por completo despojado de prejuicios y luego ser un poquitín escéptico (...). ... ¡qué grandes, qué llenas de novedades están las calles de la ciudad para un soñador irónico y un poco despierto! ¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de las mujeres que pasan! ¡Cuánta canallada en otras caras! Porque hay semblantes que son como el mapa del infierno humano. (...) El profeta, ante este espectáculo se indigna. (...) El papanatas no ve nada y el vagabundo se regocija. Entendámonos. Se regocija ante la diversidad de tipos humanos (Arlt, 1958).¹⁰

¿No es acaso nuestra tarea de psicoanalistas semejante a la del vagabundo de Arlt?

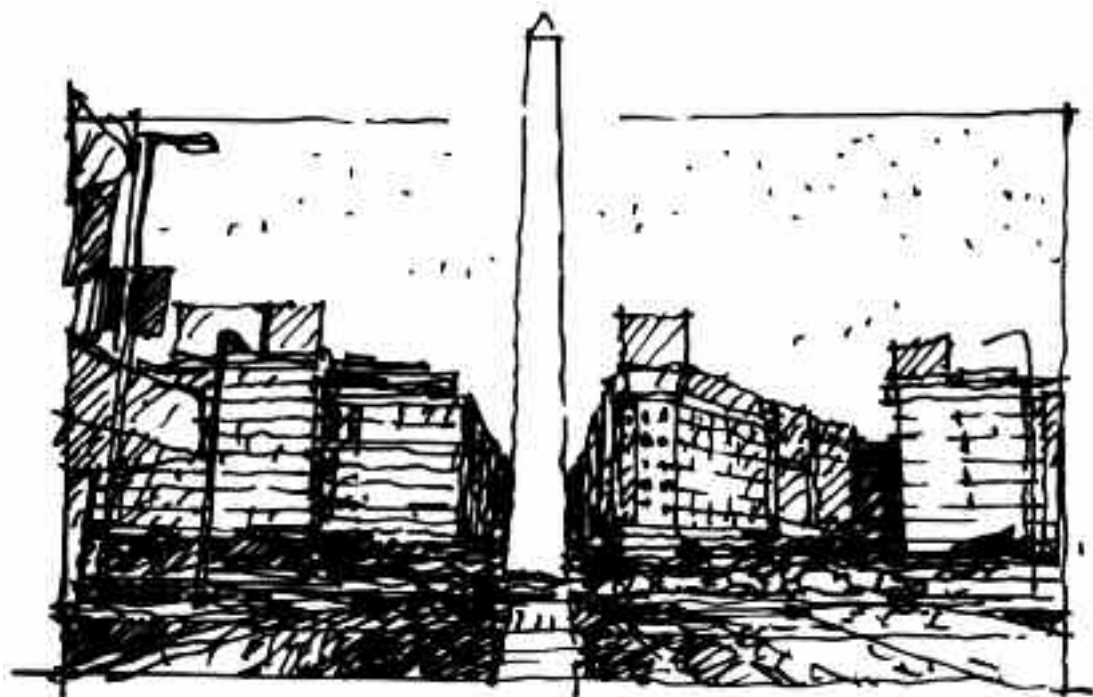
Los extraordinarios encuentros (de la calle).¹¹ Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer... Y de pronto la calle (...) se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan una zarabanda infernal... para dejar flotando en el aire agriado las nervaduras del dolor universal (Arlt, 1958).¹²

9. Del poemario *Para las seis cuerdas* (1965), de Jorge Luis Borges.

10. De *Aguafuertes porteñas* (1958) de Roberto Arlt. El libro es una recopilación de los artículos publicados por Arlt en el diario *El Mundo*, de Buenos Aires, en las décadas de 1920 y 1930.

11. Los paréntesis son míos.

12. *Ibidem*.



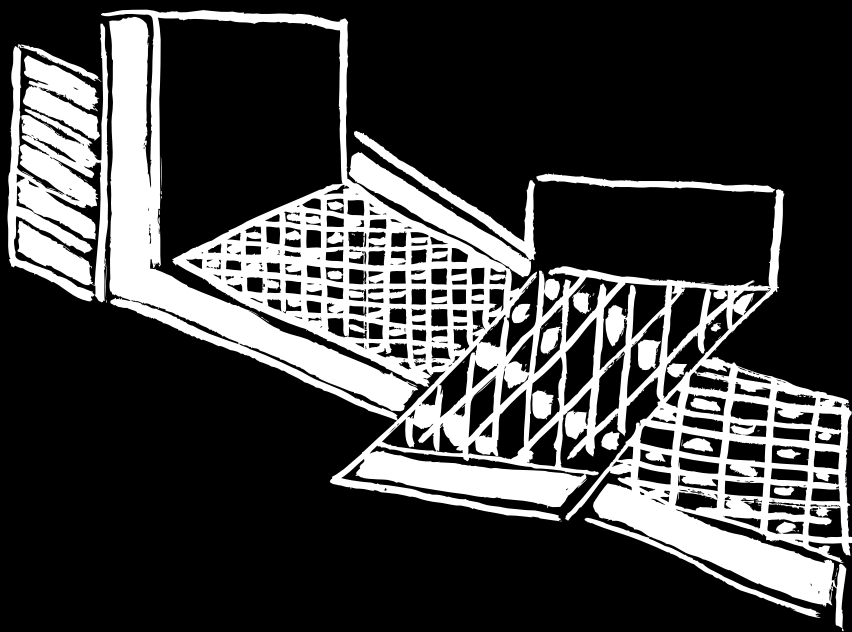
Será por eso que vagabundear por la ciudad y dejarse sorprender por el detalle le da sentido al epígrafe borgiano; tal vez no al modo disyuntivo sino conjugando espanto y amor para quererla tanto. Quizás por eso, al volver de una ciudad extranjera sin dejar de mirar como extranjera, digo como Arlt:

He llegado a la conclusión de que aquél que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo. Y no las encontrará, porque el ciego en Buenos Aires es ciego en Madrid o Calcuta... (Arlt, 1958).¹³

Referencias

- Arlt, R. (1958). El placer de vagabundear. En R. Arlt, *Agua-fuertes porteñas*. Buenos Aires: Lozada.
- Borges, J. L. (1965). Buenos Aires. En J. L. Borges, *Para las seis cuerdas*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J. L. (2007). Arrabal. En J. L. Borges, *Fervor de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé. (Trabajo original publicado en 1923)
- Borges, J. L. (2007). Las calles. En J. L. Borges, *Fervor de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé. (Trabajo original publicado en 1923)
- Calvino, I. (1983). *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Minotauro. (Trabajo original publicado en 1972)
- Sarlo, B. (2009). *La ciudad vista*. Buenos Aires: Siglo XXI.

13. Ibidem.



Clásica & Moderna

Willy Baranger y el psicoanálisis de hoy

En un episodio de transmisión oral –de aquellos que son un componente esencial del caudal formativo de un psicoanalista– le oí decir a Willy Baranger que una cuenta pendiente del psicoanálisis era transcribir la metapsicología freudiana en términos bipersonales (hoy diríamos *relacionales*). No sé si Willy llevó a buen puerto esta afirmación en su obra escrita, pero certifico que fue una constante en su itinerario de reflexión y de sus convicciones.

La implicación de la persona del analista (se le llame *contratransferencia* o *deseo del analista*) en el proceso de la cura es, aún, un tema de litigio en el movimiento psicoanalítico contemporáneo. Muchos autores y escuelas lo desaprueban e incluso lo condenan, al percibirlo como un tobogán que facilita el *laissez-faire* y el vale todo. Otros lo reseñan como una zona problemática a evitar o, en su defecto, a ser tratada con asepsia quirúrgica, si se da el mal paso y se cae en el pantano. Por fin están los menos –y en esto el psicoanálisis rioplataense tiene una escarapela de originalidad– que consideran que las ideas, la sensibilidad y los puntos ciegos de la mente del analista son un ingrediente inevitable de todo proceso clínico, que forma parte de sus avatares, y que complementa o interfiere en el trabajo interpretativo que cada practicante intenta con su experiencia y su bagaje teórico. Esta renuncia a una neutralidad aséptica fue en esa época acogida como un escándalo.

Vaya uno a saber si las marcas de mi propio perfil vienen de la lectura o del diván, pero si escojo esta arista de una obra con tantos puntos de relieve y de excelencia no es sólo por los efectos que ha tenido en mi práctica y en mi trayectoria, sino porque es el *carrefour* o divisoria de aguas que define opciones de conmensurabilidad (o no) entre diferentes concepciones para definir qué es el psicoanálisis (la noción de *contratransferencia* o *deseo del analista*).

En la cultura psicoanalítica de mediados del siglo pasado –desde mi perspectiva como candidato en formación, que no era “objetiva” pero tampoco arbitraria– el mito del analista-espejo era hegemónico. Desde su torre panóptica, munido de una “buena teoría”¹, éste observaba los avatares del conflicto interno del paciente, haciendo consistir su trabajo interpretativo en la explicitación del

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

1. En *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*, Alberto Cabral trata el tema más extensamente, con prolijidad y precisión. En “El jarrón y las semillas de girasol. Apuntes para una tradición por venir”, presentado en el Congreso Fepal 2012, Mariano Horenstein (2014) plantea lo siguiente: “Deberíamos replantearnos el lugar de las teorías en esa tradición. Si bien cada teoría es un sistema autorreferencial, que organiza los fenómenos inteligibles en un campo que

interjuego entre las ansiedades y las defensas del analizando. El analista-espejo observaba los avatares del conflicto interno del paciente, las convulsiones del vaivén introyectivo-proyectivo, donde aparecían al desnudo los impulsos de amor y odio, la tensa rivalidad entre las ansiedades paranoides que empujaban a la envidia y los sentimientos depresivos que llevaban a la reparación. La función interpretativa consistía en poner de manifiesto y explicar estos mecanismos arcaicos en acción. De algún modo, el analista era testigo u observador participante del escenario del mundo interno de su paciente. Neutralidad evasiva que avalaba la metáfora freudiana del cirujano: yo opero o analizo; es la naturaleza la que produce la curación.

Recordemos que en la práctica clínica de entonces era indiscutido que un psicoanálisis implicaba cuatro o cinco sesiones semanales, de 50 minutos cada una, como requisito para que la regresión en el “aquí, ahora, conmigo” actualizara la “asamblea de objetos internos”, los objetos arcaicos activos en los albores de la vida psíquica, promoviendo el clima emocional de la locura transferencial.

El kleinismo, entonces hegemónico, había desistido de la noción freudiana del fantasma, en tanto híbrido entre sistemas (preconsciente-inconsciente), para promover la visualización directa de la fantasía inconsciente que se ponía en escena en la locura transferencial. Toda neurosis tendría un fondo psicótico, postularía Gilberto Koolhaas, nuestro destacado maestro uruguayo. Esta movilización de objetos arcaicos, propia del tiempo del *infans*, fue la meta de la regresión transferencial.

Los emergentes del mundo “exterior”, del mundo social y relacional de la conciencia eran harina de otro costal, interferencias que venían a perturbar la fuerza de la emergencia de esas etapas fundacionales de la vida psíquica, del tiempo ancestral del primer año de vida, a lo sumo de los dos primeros. Una perspectiva de ontogénesis desarrollista donde lo arcaico era –en una causalidad lineal– determinante de lo ulterior. Las ideas de Paula Heimann sobre el principio de continuidad genética son paradigmáticas de este enfoque. La teoría kleiniana de las posiciones, las angustias sin nombre o agonías primitivas de Donald Winnicott o la relación onofílica de Michael Balint pautan la convergencia de una masa crítica de investigadores en torno al psiquismo primitivo como referente primordial, sino exclusivo. El Edipo temprano de Melanie Klein cuestionaba el complejo de Edipo freudiano de una etapa más tardía como “complejo nuclear de la neurosis”.

El retorno a Freud propuesto por Jacques Lacan y la escuela francesa asignará otro lugar al lenguaje y la cultura como referentes de la estructuración psíquica, habilitando otra porosidad entre el mundo relacional de la conciencia y la atemporalidad presubjetiva del psiquismo primitivo. La linealidad de la ontogénesis del desarrollo psicosexual, en el linaje de los *Tres ensayos* (Freud, 1905/1993) seguidos por Karl Abraham y Melanie Klein, será reemplazado por la noción de *estructura* y los mecanismos de resignificación (*nachträglichkeit*, *apres-coup* o retroacción).

a la vez crea, deberíamos propender a teorías que no se presenten como sistemas cerrados, que sepan alojar su falla, su incompletud, y desde allí, que sean **teorías que den lugar a lo nuevo aún no inventado**. Sólo así, con un encadenamiento genealógico entre teorías y también entre maestros, donde lo que se transmita sea una falta, contaremos con una tradición puesta al día, lejos del museo o de la historia.”

La noción de *regresión* en el proceso analítico se tornará problemática y controversial; la guerra de creencias entre los que se dicen kleinianos y los que se designan lacanianos exacerbará un combate inútil, allí donde la real dificultad en la clínica residirá en el manejo de la locura transferencial que el dispositivo analítico promueve y desencadena, sobre todo donde las patologías fronterizas, con sus fallas en la simbolización, en las que el valor de las palabras es distinto al que hallamos en la neurosis tradicional, requieren otro posicionamiento del terapeuta.

Jamás he renegado del valor de estas experiencias, sobre todo cuando prevalecen en la clínica las estructuras fronterizas, pero es menester distinguir si esta perspectiva (que considero fecunda) es exclusiva o sólo hegemónica, o si es un parámetro entre varios en el abanico de una multicausalidad. La diferencia entre una y otra postura es honda y por ello fue y sigue siendo motivo de mucho debate. Es en este contexto histórico y en el interior del kleinismo rioplatense (hasta donde sé, ajeno o ignorante del enfoque que inaugura Lacan con la prioridad del Otro) en donde surge la noción de *campo dinámico biperpersonal*. La concepción panóptica del analista-espejo que conlleva el riesgo de convertirlo en un amo normalizante es derrumbada y reemplazada por la fantasía básica de una *folie à deux*.

Es difícil sintetizar las consecuencias clínicas y el cambio axiológico que comporta este giro al variar su perspectiva sobre la implicación o participación de los afectos del analista.

En esta coyuntura histórica –de tiempo y lugar– donde el psicoanalista era un observador neutral de la vida mental y de los conflictos internos de su paciente, la creación de las nociones de *campo biperpersonal* y *fantasía básica de campo* fueron, en el mejor de los casos, una ruptura, cuando no un escándalo. Que la pasión transferencial que el dispositivo promovía implicara la participación afectiva y emocional del analista, creando un escenario inédito y artificial –diferente a un vínculo relacional discriminado–, reformulaba los hallazgos freudianos de compulsión a la repetición.

En las antípodas del analista-espejo que evita y elude la simbiosis, Willy Baranger y otros herederos de la estirpe de Pichon-Rivière se dejarán capturar por la locura del paciente para mirar y sentir esos movimientos desde dentro, como *carrefour* transitorio pero necesario, e iniciar, desde allí y palmo a palmo, una discriminación gradual y paulatina de la desmesura que lo tenía capturado. El mundo loco de la causalidad fantasmática podría así ser reformulado, y advendría el cambio psíquico (que entonces era llamado *insight biperpersonal*).

A diferencia del análisis mutuo o recíproco de Sándor Ferenczi, el campo biperpersonal sigue sosteniendo posiciones asimétricas, en que la contratransferencia no es una patología a extirpar para rescatar una ecuánime neutralidad sino un ingrediente imprescindible del campo dinámico. El posicionamiento de los miembros del par analítico es decisivo para promover la reciprocidad amorosa y hostil y apuntar a exorcizar la idealización y el sometimiento obediente provocados por la observación desde la torre panóptica. La jugada no está exenta de riesgos y excesos, pero abre laberintos que de otro modo quedarían clausurados.

La repetición demoníaca que trae el paciente captura al analista, pero éste, en vez de resistirse a la posesión, se deja atrapar (transitoriamente) en ella, creando un tiempo de simbiosis transferencial, piedra angular en que una transfe-

rencia caliente –como el hierro en la fragua– permite urdir el cambio psíquico en una des-simbiotización gradual.

La noción de *baluarte*, y la descripción de sus formas clínicas, será la cara opuesta del *insight* buscado y el fracaso de la simbiosis en tanto piedra angular del cambio psíquico. Al crear este dispositivo conceptual operatorio, original e inédito, Willy se ocupa de sus límites y fracasos: riesgos inherentes e ineludibles del trabajo en sesión. En ese ir y venir, el lector respira a un autor crítico de sí, opuesto a la aseveración dogmática que tanto daño nos hace. Desde Sigmund Freud hasta Willy Baranger, la lectura que transmite la incompletud de las teorías es contraria a la coherencia y redondez demostrativa de los (espíritus) científicos.

Las teorías o ficciones teóricas con que trabajamos nunca son inocentes. Son imprescindibles para ordenar el caos de la experiencia y una brújula o timón de la atención flotante, pero demasiados colegas las usan como un teorema a aplicar al caso particular, como llave que abre la cerradura de todos los enigmas, considerando que *saber* en psicoanálisis es aplicar a sus protocolos el dialecto o la jerga propia de un autor reconocido en nuestra disciplina; borrando las sombras y las opacidades que son un acompañante perpetuo de nuestro quehacer. Esto nos hace navegar buena parte del tiempo en la incertidumbre o en la ignorancia.

Más allá del valor intrínseco que asignemos a la originalidad de los hallazgos o descubrimientos de los Baranger (y hablo aquí de Willy y también de Madeleine, su compañera), que se pueden volver a recorrer en la lectura de su libro *Problemas del campo psicoanalítico* (Baranger & Baranger, 1969), un aspecto que me parece ejemplar de la reflexión y el recorrido es la lectura y asimilación crítica de las teorías vigentes, sosteniendo el perfil singular de una postura: asimilar una herencia para transgredirla y enriquecerla. Sólo así el psicoanálisis puede permanecer como pensamiento vivo en perpetua evolución, y no como lectura sumisa a un autor o escuela de referencia, lo que nos vuelve adeptos antes que creativos. Usar las teorías como un *padrenuestro* es un peligro, siempre más activo de lo que en conciencia pensamos.

Este posicionamiento de Willy Baranger fue tan constante como en Freud. En algún congreso de Fepal, algunos buenos alumnos le increparon, citándolo, que no era congruente con un texto previo. Su sencilla respuesta fue: "... por supuesto que no estoy de acuerdo con el Baranger de hace diez años". El psicoanálisis va mutando o deja de ser psicoanálisis. Si es cierto que sin herencia no hay futuro, tampoco hay futuro sólo con herencia y sin ruptura.

Al fundar junto a su esposa Madeleine la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, promovió desde el comienzo la publicación de una revista semestral, que en poco más de medio siglo ha llegado al N° 118. El psicoanálisis plural, el arcoíris de referencias teóricas y la diversidad de intereses en esta publicación son expresión de una controversia interminable. No faltan tensiones, pero no hemos llegado ni al fratricidio ni a las escisiones. Presumo que esto puede ser una herencia de los padres fundadores, no dicha como mandato o consigna, sino predicada con el ejemplo.

Willy –como antes Freud– no se contentaba con conservar el saber adquirido sino que fue un inquieto explorador de nuevos horizontes. De su hondo

conocimiento de la obra kleiniana da cuenta su libro *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein* (Baranger, 1976). Considero que este libro expone de manera sistemática y didáctica algunas de las teorías kleinianas que en la autora original son más difíciles de asir por estar dispersas en la gradualidad de sus descubrimientos. Pero llegado a ese punto, y volviendo de visita a nuestra casa montevideana desde su patria adoptiva que era Buenos Aires, se despachó diciéndonos desde su sitial de maestro y con la informalidad propia de su estilo: “No vamos a tirar a la vieja Klein por la borda, pero ya hemos asimilado exhaustivamente sus enseñanzas y hallazgos y es la hora de explorar nuevos pensamientos”. Con esta consigna promovió la visita de Octave y Maud Mannoni y de Serge Leclaire a la APA y a la APU para dictar extensas y fecundas jornadas de introducción al pensamiento y obra de Jacques Lacan, que tuvieron un impacto profundo y renovador en el psicoanálisis rioplatense, quizás latinoamericano. Otros grupos afines al pensamiento lacaniano marcan sus comienzos en la tarea de transmisión operada por Oscar Masotta y Raúl Sciarreta, pero para nuestras tribus (APA y APU) el hito originario fueron, sin lugar a dudas, Leclaire y los Mannoni. Hubo en algunos cierta inquietud –y hasta temblor– por la herejía de que nuestros conferencistas no fueran miembros de IPA, pero, hasta donde yo sé, “la sangre nunca llegó al río”.

Tal vez esta crónica descriptiva de acontecimientos merezca un análisis más hondo que el meramente anecdótico, porque plantea un problema que no sólo no sé resolver sino que –mucho peor– sé que existe pero apenas tengo balbuceos para formular la interrogación. Es lo que Mariano Horenstein formula como “genealogía” de una tradición (ver nota al pie anterior), y lo que yo “traduciría” como la interfase entre los rasgos peculiares de una cultura (necesariamente local) y el legítimo anhelo del valor universal de una teoría. ¿Cómo influyen en el quehacer clínico de un practicante las ideas preponderantes o hegemónicas de su comunidad de pertenencia? ¿Qué relación existe (o no) entre psicoanálisis y cultura local?

Nuestra avidez eurocéntrica es fácilmente detectable en la observación de que casi el 100% de nuestras referencias bibliográficas son de ese origen. Una colega compatriota, sólo una década menor que yo, tomó contacto con la obra de Willy Baranger cuando lo vio citado por el psicoanalista italiano Antonino Ferro.

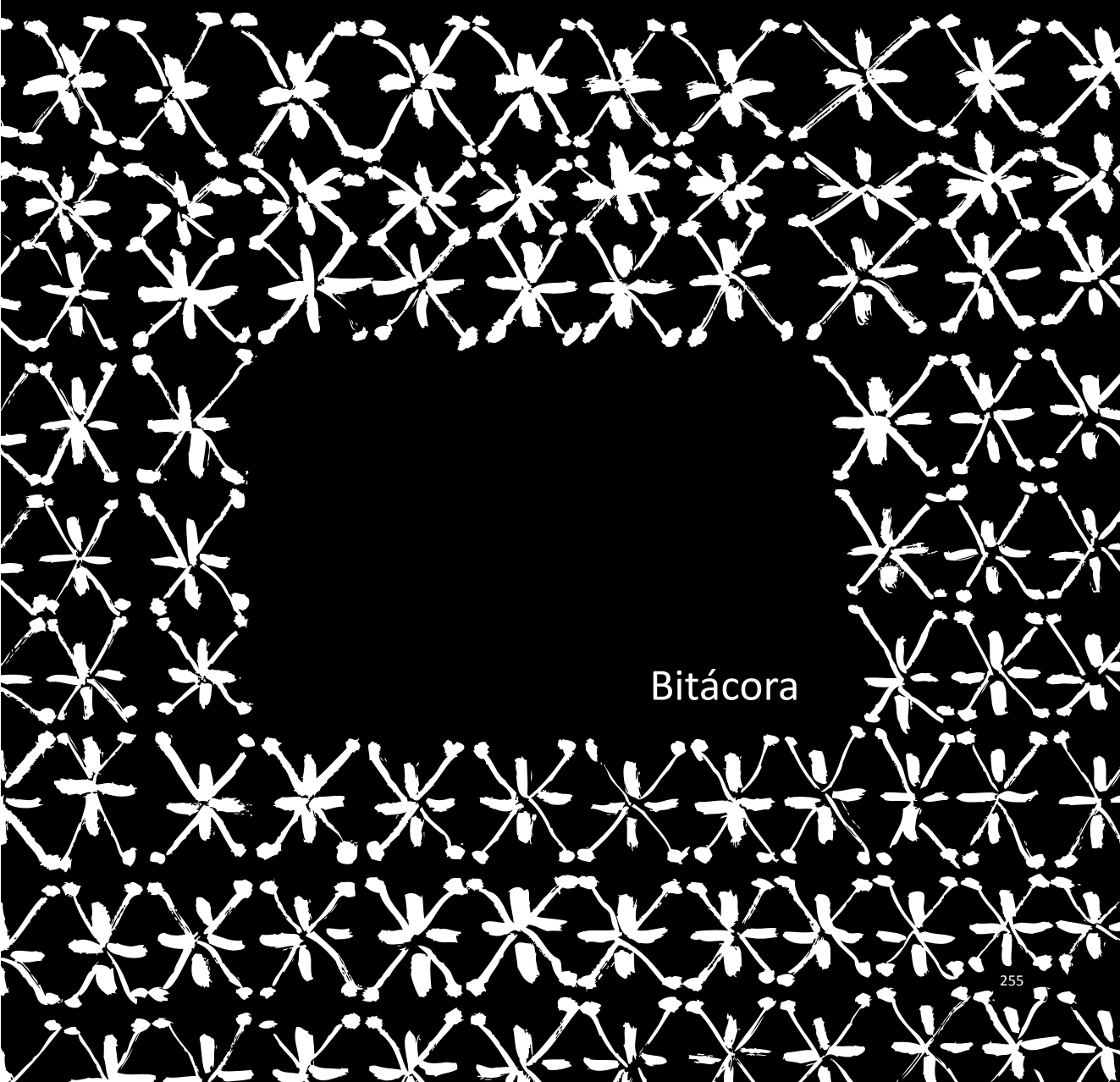
Cabría –en un trabajo más extenso y sistemático– considerar las similitudes y las diferencias de la polémica entre el analista-espejo y el campo bipersonal, y la confrontación entre Sándor Ferenczi y Sigmund Freud sobre la naturaleza de la transferencia expuesta en los diarios clínicos del primero. Un excelente texto del recientemente fallecido amigo y colega Pedro Boschan intitulado *Transferencia y contratransferencia en el Diario Clínico de Sándor Ferenczi* (Boschan, 2010) resume el tema y nos muestra cómo la figura del analista en el proceso de la cura es un tema recurrente.

Desde aquel acto pionero y transgresor de Willy Baranger, no pocos colegas del continente han sido hondamente marcados por el pensamiento de Lacan y sus sucesores, y lo que se ha dado en llamar *escuela francesa de psicoanálisis*. Pero seguramente las marcas identificatorias previas no se han borrado y desde esa antropología originaria tenemos la cuenta pendiente de ir tejiendo nuestra propia originalidad.

Cuando Willy Baranger titula su última compilación, realizada junto a Raquel Zak de Goldstein y Néstor Goldstein, *Artesanías psicoanalíticas* (Baranger, Zak de Goldstein & Goldstein, 1994), acoge la incompletud del teorizar, avalando la renuncia de la ciencia contemporánea a ser portadora de verdades universales y perennes, asumiendo el carácter conjetural y efímero del saber en las ciencias humanas y tomando la incertidumbre probabilística como reemplazo al ideal de un determinismo universal demostrable.

Referencias

- Baranger, W. & Baranger, M. (1969). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Baranger, W. (1976). *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Kargieman.
- Baranger, W., Zak de Goldstein, R. & Goldstein, N. (1994). *Artesanías psicoanalíticas*. Buenos Aires: Kargieman.
- Boschan, P. (2010). Transferencia y contratransferencia en el Diario Clínico de Sándor Ferenczi. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, pp. 131-143.
- Cabral, A. (2009). *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1993). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (Vol. 7). Amorrortu: Buenos Aires. (Trabajo original publicado en 1905)
- Horenstein, M. (2014). El jarrón y las semillas de girasol. Apuntes para una tradición por venir. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 34 (121), 223-234.



Bitácora

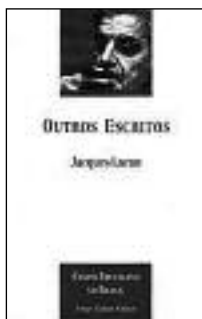


Dar (el) tiempo

Jacques Derrida

Este libro puede reseñarse haciendo referencia al epígrafe del capítulo 1: "El rey toma todo mi tiempo; doy el resto a Saint-Cyr, a quien querría dárselo todo." Son palabras de Mme. Maintenon (amante de Luis XIV). Saint-Cyr fue una institución creada por ella para la educación de jovencitas pobres y de buena familia. Derrida equipara el tiempo al don. El tiempo no "es", no se "tiene". Sólo "hay" tiempo, sólo hay dones que deben de fluir. (Osvaldo César Canosa)

**Buenos Aires:
Paidós, 1995**

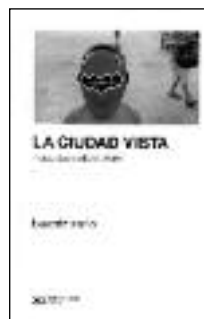


Outros escritos

Jacques Lacan

Se trata de una recopilación de textos del autor, la mayoría ya publicados en vida, pero en forma separada. Son reunidos aquí, proporcionando una visión de continuidad con su correlato *Escritos* (1966), publicado en 2001, en conmemoración del centenario del nacimiento de Jacques Lacan. El texto presenta conceptos destacados de la obra, desde la noción de objeto "a", el cual reduce a lo que llamará "semblante", hasta la cuestión del goce. Presenta, además, trabajos que hablan de "mi Escuela" desde el acto de fundación y hasta la carta de disolución. (Maria Elisabeth Cimenti)

**Río de Janeiro:
Jorge Zahar, 2001**



La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana

Beatriz Sarlo

La vida urbana como fue mirada y escuchada por Sarlo, a través de la cámara fotográfica con que salió a recorrerla y luego sedimentó en este ensayo. Vistas de Buenos Aires, objeto de crítica cultural. Ciudad de mercancías, pobres, extranjeros, ciudad real e imaginada, ciudad de narraciones y poemas. Ninguna de estas vistas pretende coagular una identidad, sino preguntarse qué identidad dice esta ciudad, la suya, en la polifonía de sus versiones discursivas, para convencer a otros y convencerse a sí misma. (Mónica Vorchheimer)

**Buenos Aires:
Siglo XXI, 2009**



Problemas del campo psicoanalítico

Willy Baranger y Madeleine de Baranger

Más allá del valor intrínseco que asignemos a la originalidad de los hallazgos o descubrimientos de los Baranger —y hablo aquí de Willy y también de Madeleine, su compañera—, los cuales se pueden volver a recorrer en la lectura de este libro, un aspecto que me parece ejemplar de la reflexión y el recorrido es la lectura y asimilación crítica de las teorías vigentes, sosteniendo el perfil singular de una postura: asimilar una herencia para transgredirla y enriquecerla. (Marcelo Viñar)

**Buenos Aires:
Kargieman, 1969**

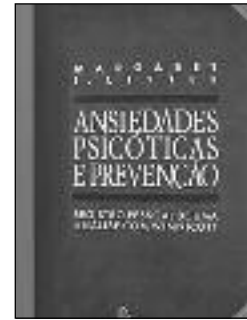


The grand design

Stephen W. Hawking y Leonard Mlodinow

Es uno de los libros que más me inspiró para mi artículo, sin ser un libro psicoanalítico. Como en otras obras de este estilo, encontré salidas refrescantes del clima (para mí) agobiante de ciertos textos estrictamente psicoanalíticos. Pude entender, por ejemplo, el valor de la observación para determinar qué llamamos *realidad* y el de considerar que en la mayoría de los casos *construimos* una historia (un pasado) para tolerar la presencia de lo radicalmente novedoso, al transformarlo en otra vuelta de lo mismo. (Julio Moreno)

**Estados Unidos:
Bantam Books, 2010**



Ansiedades psicóticas e prevenção. Registro pessoal de uma análise com Winnicott

Margaret I. Little

Escrito por Margareth I. Little, en 1990, aborda con honestidad el relato de su análisis con Winnicott. Comienza el texto describiendo sus experiencias analíticas anteriores, lo cual incluye su análisis didáctico. El enfoque descansa en aquello que la autora juzga como error diagnóstico: la presentación neurótica que esconde una estructura más regresiva. Ello produce una intensa sensación de futilidad y desesperanza en el paciente, amenazando el futuro del análisis. Es un libro técnico, escrito por una analista inteligente y sensible, más allá de ser un relato conmovedor de su lucha por alcanzar una existencia viva. (Anette Blaya Luz)

**Río de Janeiro:
Imago, 1992**



Texto/contexto

Anatol Rosenfeld

“Mario e o cabotinismo” forma parte del volumen y centro de la obra de Mario de Andrade: la búsqueda de lo genuino en la identidad, en contraposición con la conciencia dividida de la subjetividad. El tema aparece tanto en la prosa como en la poesía de Mario, escritor modernista que enfrentó el dilema de la nacionalidad, intentando desalienar a la lengua portuguesa de sus amarras falsificadoras. El autor muestra que el problema de la autenticidad del idioma se conecta con el de la propia identidad. Para Rosenfeld, se trata de escritores “desenmascaradores de lo real”: Shakespeare, Thomas Mann, Kafka, entre otros. (Judith Rosenbaum)

San Pablo:

Perspectiva, 1978



Construcciones en psicoanálisis

Sigmund Freud

El material constituido por los recuerdos perdidos del paciente se podría comparar con las estratificaciones de una ciudad, donde los elementos arquitectónicos de diferentes épocas conviven en detrimento de la coherencia. El trabajo de *construir o reconstruir* se asemeja a lo que sucede en estas ciudades en las que, a modo de palimpsesto, coexisten estratos de “escrituras” “olvidadas”, en espera del lector, en latencia, y de las cuales surge la interpretación de rasgos, superposiciones y pliegues, como una tarea específica relativa al “resto” constituido por la acumulación de fragmentos de varias urbanidades superpuestas. (Jorge Mario Jáuregui)

Buenos Aires:

Amorrortu, Tomo XXIII,

p. 255



Cortázar por Buenos Aires, Buenos Aires por Cortázar

Diego Tomasi

Este libro no es una biografía ni un estudio crítico. Es la crónica de la relación del escritor y su ciudad: una pesquisa por el tiempo y por las huellas perdidas de sus pasos en Buenos Aires, en su personalidad y en su literatura. Aunque Cortázar se fue a París cerca de los 40 años, volvió varias veces a Buenos Aires pero, sobre todo, siempre la llevó consigo. Sin duda, fue en sus veredas que dibujó *Rayuela*. (Gloria Gitaroff)

Buenos Aires:

Seix Barral, 2012

Miembro de la comisión de trabajos escritos del Instituto Ángel Garma (APA). Publica trabajos referidos a la importancia de la literatura en la formación psicoanalítica.

osvaldocanosa@yahoo.com.ar

Francesco Castellet y Ballarà

Neurólogo y psiquiatra. Miembro de la Sociedad Psicoanalítica Italiana y de IPA. Miembro del *European Board* del comité de relaciones IPA-IPSO. *Chair* de un grupo de discusión sobre "Enfrentar el dolor de volverse analista" en el congreso de IPA de 2013, en Praga. Sus principales intereses de investigación actualmente pasan por la interacción entre la situación económica, el encuadre y el proceso psicoanalítico, el neuropsicoanálisis, el arte y el psicoanálisis.

francesco.castelletyballara@fastwebnet.it

Maria Elisabeth Cimenti

Miembro didacta de la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre (SPPA). Máster en psicología clínica por la PUC-RS.

Directora científica de la SPPA.
bethcimenti@hotmail.com

Wania Maria Coelho Ferreira Cidade

Psicoanalista, SBPRJ. Redactora de los programas de radio *Perguntar e pensar*, de la SBPRJ, y

Psicanálise e interface social - Propis desde 2007. Co-editora del diario *Intervalo Analítico*, de la SBPRJ (2006-2008), y miembro del equipo 2013-2014 de publicación, divulgación, archivo y biblioteca. Miembro del equipo editorial del diario *50 Minutos* (2008-2010) de la SBPRJ.

waniacidade@globo.com

Antonino Ferro

Psicoanalista, Sociedad Psicoanalítica Italiana. Se ocupa especialmente del análisis de niños y de patologías graves. Ha profundizado en la relación entre narrativa y psicoanálisis, particularmente en la forma del diálogo analítico y la modalidad de interpretación. Ha publicado entre otros libros: *Evitar las emociones, vivir las emociones; La sesión analítica; El psicoanálisis como literatura y terapia.*
hmdefe@tin.it

Elvio Eduardo Gandolfo

Escritor, traductor y periodista argentino. En 2014 recibió el Premio Konex - Diploma al Mérito como uno de los mejores cuentistas del período 2009-2013. Publicó, entre otros libros, *Boomerang* (1992); *Pa-rece mentira* (1993); *Cuando Lidia vivía se quería morir* (2000); *Ómnibus* (2006). Algunos de sus cuentos han sido traducidos al francés e italiano.
elviogan@hotmail.com

Graciela Frigerio

Doctora en ciencias de la educación de la Universidad de la Sorbonne París V, con estudios profundizados en psicología y ciencias de la educación en París X. Directora del doctorado en educación de la UNER (Argentina), coordinadora de la Escuela Internacional de Postgraduados de CLACSO en Haití (convenio CLACSO-UHE). Escribió: *Saberes alterados* (Frigerio & Diker, 2010) y, entre otros artículos, *En la cinta de Moebius* (2005).
frigeriograciela@gmail.com

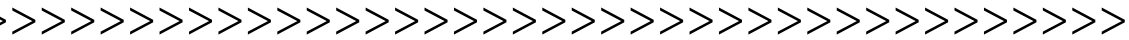
Raul Hartke

Graduado en medicina en la Universidad Federal de Santa Catarina (1975), especialización en psiquiatría de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (1978) y especialización en formación psicoanalítica en la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre (1992). Integra la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre. Ha escrito, entre otros textos, *Repetir, simbolizar e recordar* y *La situación traumática básica en la relación analítica.*

rahartke@brturbo.com.br

Jorge Mario Jàuregui

Es "arquitectourbanista"; miembro de la institución psicoanalítica Letra Freudiana de Río de Janeiro. Elabora y materializa soluciones con calidad estética y pertinencia social para las metrópolis



Marcelo Viñar

Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Ex profesor del Departamento de Educación Médica Continua, Facultad de Medicina. Desde 1990 coordina un grupo de investigación de campo sobre adolescencia marginada y menores de 18 años fuera de la ley. Fue presidente de APU, de FEPAL y representante ante el *Board* de la IPA.

Autor de múltiples libros y artículos psicoanalíticos.
marcelo@belvil.net

Mónica Vorchheimer

Psicoanalista, APA. Profesora titular de especialización en psicoanálisis, Instituto Universitario de Salud Mental (IU-SAM). Co-coordinadora del Equipo de Familia y Pareja del Centro Liberman de la Asociación Psicoanalítica de Buenos

Aires (APdeBA). Miembro del grupo de trabajo sobre psicoanálisis de pareja y familia de la IPA. Docente titular de la especialización en psicoanálisis de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. Miembro honorario de la Asociación Aragonesa para la Investigación Psíquica de Niños y Adolescentes (Aa-pipna), en Zaragoza.
monicavorchh@gmail.com

Calibán - Revista Latinoamericana de Psicoanálisis, es la publicación oficial de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), organización vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), que se edita regularmente, bajo el título de *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, desde 1994.

Su propuesta editorial tiene como finalidad favorecer la divulgación y el desarrollo del pensamiento psicoanalítico latinoamericano en su especificidad y promover el diálogo con el psicoanálisis de otras latitudes. Busca estimular la reflexión y el debate insertando las cuestiones pertinentes al psicoanálisis en los contextos científico, cultural, social y político contemporáneos. Su periodicidad es semestral.

Cada número incluirá en su contenido artículos en formato de ensayo, artículo científico, entrevista, reseña u otros que los Editores consideren pertinentes.

Los trabajos a publicar serán inéditos y redactados en español o portugués. Sin embargo, si a juicio de los editores son considerados de especial interés, podrán editarse trabajos que hayan sido publicados o presentados en congresos, mesas redondas, etc., citando lugar y fecha donde fueron expuestos originariamente. Podrán publicarse trabajos originales en otros idiomas que no cuenten con versiones en español o portugués.

En el caso de incluir material clínico, el autor tomará las más estrictas medidas para preservar absolutamente la identidad de los pacientes, siendo de su exclusiva responsabilidad el cumplimiento de los procedimientos para lograr tal finalidad o bien obtener su consentimiento.

Las opiniones de los autores de los trabajos o de las personas entrevistadas son de su exclusiva responsabilidad. Su publicación en *Calibán-Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* no implica de modo alguno que sus editores compartan los conceptos vertidos.

Al momento de presentar su trabajo el autor deberá firmar un formulario de autorización por el cual cede legalmente sus derechos. Por dicha cesión quedará prohibida su reproducción escrita, impresa o electrónica, sin la autorización expresa y por escrito por parte de los editores.

Los trabajos presentados serán objeto de una evaluación independiente con características de “doble ciego”, por al menos dos integrantes del Comité Revisor de la *Revista* quienes podrán hacer recomendaciones tendientes a su eventual publicación. La evaluación se hará con criterios parametrizados y su eventual aceptación, rechazo o solicitud de cambios o ampliaciones constituyen la tarea

del Comité Revisor de la *Revista*, quien remitirá sus sugerencias al Comité Editor. Los editores definirán, en función de la pertinencia temática y posibilidades de la revista, la oportunidad de la publicación.

Los trabajos se enviarán por correo electrónico a **fepal@adinet.uy** y a **revista@fepal.org**.

La extensión de las presentaciones no deberá exceder las 8.000 palabras en formato A4, fuente Times New Roman tamaño 12 con interlineado a doble espacio. La bibliografía, que no será tomada en cuenta en la extensión máxima permitida, deberá ser la imprescindible y ajustarse a las referencias explícitas en el texto. Trabajos para secciones específicas de la *Revista* podrán tener especificaciones adicionales.

Los trabajos podrán ser redactados en español o portugués, según el idioma de su autor, y deberán enviarse dos copias del mismo con el mismo título: una deberá llevar el nombre del autor. Se adjuntará una breve descripción curricular y al pie de la primera página institución de pertenencia y dirección electrónica.

La otra con seudónimo y sin menciones bibliográficas que permitan eventualmente identificar al autor.

Se adjuntarán también un resumen en español o portugués, y otro, en inglés (en todos los casos), de las principales ideas del trabajo, redactado en tercera persona y de aproximadamente 150 palabras.

Se incluirán todos los datos de referencia de las publicaciones citadas, poniéndose especial cuidado de aclarar cuando se trata de citas de otros autores, y en que las mismas sean fieles al texto original.

La bibliografía y las citas bibliográficas se ajustarán a las normas internacionales de la *American Psychological Association*. Disponibles en **www.fepal.org**

Los descriptores deberán ser tomados del Tesoro de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Ver Tesoro. Disponible en **www.fepal.org**



Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis



Realidades & Ficciones

Argumentos: Paneles centrales del
30° Congreso Latinoamericano
de Psicoanálisis

Ciudades Invisibles: Buenos Aires

Dossier: La época del psicoanálisis

Vórtice: El dinero en psicoanálisis

El Extranjero: Elvio Gandolfo

Textual: Élisabeth Roudinesco

Clásica & Moderna:

Willy Baranger por Marcelo Viñar

Fuera de Campo & Bitácora

